AMY SANDAS

Al amarlo, podría perderlo todo.

LA Tentación DEL Conde

LOS BASTARDOS WRIGHT

La Tentación del Conde

Los Bastardos Wright

Amy Sandas

Contenido

Capítulo Uno

Mayo de 1818
En algún lugar cercano al pueblo de Blackshaw
Dumfriesshire, Escocia

El carruaje rebotaba sobre otro bache profundo, y a pesar de sus asientos mullidos y acolchados, sacudían a su único pasajero. Con una maldición entre dientes, Colin Fitzhugh, séptimo conde de Wright, inclinó la cabeza para mirar por la ventana con desdén, el paisaje que pasaba. Si no hubiera estado viajando durante una semana y no hubiera dejado de disfrutar la empresa, podría haber apreciado las colinas inclinadas que subían y bajaban a su alrededor, los viejos árboles retorcidos que bordeaban el escarpado camino rural y el aroma de tierra, hierba y lluvia que llenaban el aire primaveral.

Tal como estaban las cosas, el conde ya estaba harto del entorno rural, por muy encantador que pudiera ser Dumfriesshire. La impaciencia no era una característica común de su naturaleza, pero había retrasado este pequeño viaje mucho más de lo que pretendía. Si se hubiera salido con la suya desde el principio, el otoño pasado habría viajado a Escocia y de regreso a Londres.

Si, en algún momento, alguna de sus cartas hubiera sido respondida.

Trató de ser generoso y considerar la posibilidad de que su carta de presentación y las tres, no, cuatro cartas que la siguieron no hubieran llegado a su destinatario previsto. Pero dudaba sinceramente que ese fuera el caso.

Varios meses atrás, había contratado al misterioso hombre conocido como 'Nightshade'. El hombre había sido altamente recomendado como alguien que realizaba una amplia gama de tareas imposibles de forma discreta, por una tarifa bastante elevada.
[Nota de la Trad.: *"Nightshade" se traduce como "Sombra Nocturna"*]

Y Colin no se había sentido decepcionado.

El hombre era tan discreto que Colin ni siquiera lo había visto cara a cara. Nightshade siempre enviaba a su hombre, el señor Davies, para encargarse de cualquier reunión directa. La única información que Colin había podido proporcionar al investigador procedía de breves detalles documentados muchos años atrás en los diarios de su padre. Sin embargo, Nightshade lo había logrado con sorprendente eficiencia, proporcionando un informe conciso y definitivo.

Señorita Davina Claybourne, n. 1789 hija de Mary y Angus Claybourne en el pueblo de Kyleakin en la Isla de Skye, Hebrides

Interiores, Escocia. Mary murió poco después de dar a luz.

El sexto conde de Wright visitó Kyleakin en el verano de 1806.

El 2 de noviembre de 1806, el primo cuarto de Angus Claybourne, Sir Robert Morgan, murió sin descendencia masculina, transfiriendo su riqueza y propiedades, así como la tutela de su hija de dieciséis años, Ainsworth Morgan, a Angus. A las pocas semanas, Angus y Davina se establecieron en Rosmuir Hall, cerca de Moffit, Dumfriesshire, Escocia.

Desde su partida de Skye en noviembre de 1806 hasta el registro de su muerte el 3 de marzo de 1807 a la edad de dieciocho años por complicaciones de trabajo de parto y partos prematuros, hay muy pocos relatos de Davina Claybourne.

El nacimiento ilegítimo de Cailleach Davina Claybourne se registró el 2 de marzo de 1807.

A finales de abril de 1811, a la edad de veintiún años, la señorita Ainsworth Morgan solicitó y obtuvo la liberación anticipada de su herencia, que incluía una modesta propiedad heredada de la familia de su difunta madre. La señorita Cailleach Claybourne acompañó a la señorita Morgan a Faeglen Cottage en el sur de Dumfriesshire, cerca del pueblo de Blackshaw, y residía allí con ella en la fecha de este informe, el 21 de septiembre de 1817.

Cailleach Davina Claybourne. Su media hermana, actualmente de once años.

Su estómago se apretó con una extraña mezcla de temor y anticipación.

Habiendo crecido en un hogar ensombrecido por la crueldad y la venganza de su padre, Colin había pasado gran parte de su juventud imaginando cómo sería tener hermanos. Durante un tiempo, se convenció de que las miserias provocadas por su obsesivo padre podrían haber sido tolerables si simplemente no hubiera estado tan solo en su tormento. A medida que maduraba, se dio cuenta del egoísmo de tal deseo. Nunca esperaría que el dolor de lo que había soportado fuera infligido a nadie más.

Era un hombre joven y ya estaba algo distanciado de su padre cuando se enteró por primera vez de que tenía un hermano ilegítimo no mucho más joven que él. Aunque un sentimiento similar a la esperanza de su infancia lo había impulsado a buscar al otro joven, las interacciones sociales de cualquier tipo tendían a serle difíciles y nunca había reunido el valor suficiente para hacerlo. La primera vez que se encontraron inesperadamente, el resentimiento en la expresión de su medio hermano dejó muy claro que no tenía ningún deseo de reconocer su conexión. Al comprender y respetar la posición del otro hombre, Colin se propuso darle un amplio margen a su hermano cada vez que sus caminos se cruzaban.

Hasta recientemente.

Colin había sido conde durante más de un año cuando decidió leer los diarios de su difunto padre. En ellos, descubrió que Roderick Bentley no era el único hijo que su padre había engendrado fuera del matrimonio.

Finalmente, ver en las propias palabras de su padre hasta dónde había llegado para satisfacer su hambre de venganza, había sido impactante. Pero también había servido como catalizador. Una vez que se enteró de los hijos que su padre había engendrado y abandonado, no podía simplemente ignorar su existencia.

Con su padre muerto y Colin ahora como conde, finalmente tenía el poder y los medios para cambiar el legado de odio y destrucción que sus padres habían creado.

Empezando por Roderick, había comenzado cuidadosa pero persistentemente el proceso de curar las heridas causadas por su padre. Y no iba a detenerse hasta que las hubiera curado todas. No tenía duda de que el camino sería difícil y doloroso. Para todos. La resistencia inicial de Roderick y la ira que aún albergaba hacia su padre en común ayudaron a Colin a prepararse para esperar que sus hermanos tuvieran sentimientos muy fuertes sobre el hombre que nunca había cumplido su papel de padre. Una actitud que también podría transmitirse a Colin por extensión como el único hijo legítimo del conde anterior. Pero creía, *esperaba*, que el resultado final valdría la pena.

Crear un legado basado en la compasión y la lealtad a la familia, independientemente de lo poco convencional que pudiera ser, valía la pena.

Y un puñado de cartas sin respuesta y un viaje a las Tierras Bajas de Escocia ciertamente no lo disuadirían.

Si el posadero de Dumfries había acertado con sus indicaciones un tanto ambiguas, Colin debería esperar llegar a Faeglen Cottage en los próximos quince minutos.

Justo cuando lo pensaba, su carruaje aminoró la marcha y tomó un giro decisivo a la izquierda, lo que los llevó fuera del camino rural principal hacia un camino aún más pequeño e irregular. Después de varios minutos más e innumerables surcos que hacían rechinar los dientes y curvas sinuosas, el carruaje se detuvo lentamente. Su mozo de cuadra abrió la puerta y Colin no dudó en salir. A pesar de la inquietud personal que pudiera sentir por conocer a su joven hermana por primera vez, no iba a andarse con rodeos ahora que finalmente estaba allí. El asunto era simplemente demasiado importante.

Frente a él se alzaba una modesta casa de campo de dos pisos construida con ladrillo gris con una breve entrada de piedra y una puerta principal pintada de un fresco tono verde. Pintoresca, supuso.

Las flores silvestres primaverales y los setos de hoja perenne crecían sin un plan o patrón particular alrededor del perímetro de la casa y seguían la línea informal del camino.

Volviéndose hacia la casa, se acercó a la entrada, donde su mozo de cuadra ya había llamado un par de veces sin obtener respuesta.

Colin se había preparado para una fría bienvenida. La prudencia exigía que se quedara allí esperando a ser recibido. Pero el largo viaje en carruaje y la espera aún más larga para recibir una respuesta a sus múltiples cartas habían desgastado con éxito sus modales habitualmente refinados.

Sintiendo la necesidad de estirar las piernas, Colin dejó al mozo de cuadra con sus probablemente inútiles golpes mientras continuaba por el angosto camino que rodeaba la casa. Después de seguir un sendero a través de una jungla de un jardín de flores que necesitaba desesperadamente desmalezar, podar y dar forma, se encontró en medio de un gallinero donde casi una docena de criaturas cacareantes se apresuraron a dar vueltas frenéticamente alrededor de sus pies.

Un poco temeroso de pisar a una de las gallinas claramente agitadas, se detuvo para mirar a su alrededor, buscando alguna señal de los residentes de la casa. Otro jardín se alzaba a poca distancia. Era muy grande y había sido excavado en líneas bien ordenadas con una cerca apropiada alrededor para mantener alejadas a las gallinas y la fauna salvaje que lo saqueaba. Sospechaba que estaba reservado para verduras y hierbas y, aunque no sabía casi nada sobre esas cosas, parecía un proyecto ambicioso.

Más allá del huerto de la cocina había un gallinero y más allá se alzaba un pequeño establo enclavado contra la línea de árboles de un bosque bastante denso. En la dirección opuesta se elevaba una colina de pendiente lenta con un arroyo lento que descendía y serpenteaba hasta perderse de vista.

Para un hombre que había pasado la mayor parte de su vida en Londres, era una escena sorprendentemente bucólica. En cualquier momento, Colin esperaba oír el mugido distante de una vaca o el balido de una oveja.

En cambio, escuchó el lento clip-clop de un caballo que se acercaba. Tomándose la muñeca con la mano detrás de la espalda, ignoró la repentina sacudida en el pecho, enderezó los hombros y se dio la vuelta para ver un gran caballo de carga negro que salía de la línea de árboles. Montada en la bestia iba una mujer con un vestido verde oscuro que combinaba casi a la perfección con los árboles que había detrás de ella y que le daba a su pelo oscuro un intenso tono rojizo.

Sin notar su presencia al otro lado del patio, cabalgó hasta un

bloque de monta junto al establo. Después de desmontar, condujo al caballo hasta un pequeño potrero donde murmuró unas palabras y luego lo dejó pastar.

La mujer parecía estar en sus veintitantos años, tal vez a mediados o finales de esa década, lo que sugería que posiblemente fuera la esquiva señorita Ainsworth Morgan, originaria de Rosmuir Hall, ahora dueña de Faeglen Cottage y tutora autoproclamada de la hermana de Colin. Aunque la señorita Morgan había nacido hija de un noble, si de hecho se trataba de esa misma dama, Colin no habría asumido tal pedigrí al mirarla ahora.

Su vestido era de estilo sencillo. Sus botas estaban embarradas y su cabello caía en una trenza larga y rebelde sobre su hombro. Su paso era decidido y contenía una especie de energía desenfrenada que era poco elegante, aunque tenía que admitirlo, grácil a su manera. Mientras cruzaba el patio, mantuvo la mirada fija al frente para que él no pudiera distinguir de qué color eran sus ojos, pero su piel estaba ligeramente dorada por el sol y hubiera apostado cualquier cosa a que unas breves pecas le salpicaban la nariz y las mejillas.

Ella era una criatura hecha para el aire fresco, los vientos frescos y las caminatas pesadas por colinas y valles ondulantes. Y parecía que iba a pasar a su lado sin siquiera notar su presencia.

Le había escrito a la señorita Morgan con el único propósito de presentarse y de informar sobre su conexión con la joven señorita Claybourne para que su repentina aparición en la vida de la niña no fuera una sorpresa perturbadora. Como no podía estar seguro de que alguna de sus cartas hubiera sido leída, no tenía idea de si su joven media hermana o su tutora actual sabían algo sobre el anterior conde de Wright. Y ahora que estaba allí, no estaba muy seguro de cómo proceder.

Si quería hablar con la señorita Morgan antes de encontrarse con su joven hermana, no podía permanecer en silencio por más tiempo. En realidad, debería haber gritado en cuanto llegó. Sin embargo, antes de que pudiera decir nada, la mujer finalmente lo miró. La oyó respirar rápidamente mientras se detenía de repente.

Dando un paso adelante, se aclaró la garganta. «Perdóneme. No quise asustarla». Echó un vistazo por encima del hombro y agregó, «mi hombre ha estado llamando a la puerta sin respuesta, así que pensé en dar un paso para ver si había alguien cerca».

En cuanto las primeras palabras salieron de su boca, la expresión de la mujer pasó de una cautelosa sorpresa a una de duro rechazo. Reanudó su largo paso hacia la casa y lo ignoró descaradamente y con bastante rudeza.

Conmocionado, Colin detuvo su cauteloso avance. Luego comenzó a avanzar una vez más. No había recorrido todo ese camino

para que lo ignoraran.

«¿Señorita Morgan?», ella lo ignoró, «señorita Morgan», dijo nuevamente, esta vez con más severidad.

Con un sonido de clara frustración, se detuvo y se volvió para mirarlo. Cruzando los brazos sobre el pecho, lo miró con una mirada combativa. «No debería haber venido», dijo con claridad y firmeza, con un dejo de acento escocés en sus palabras.

Totalmente poco acostumbrado a una falta de respeto tan descarada, Colin hizo todo lo posible por ser comprensivo y paciente. «Le escribí varias cartas».

«Y si hubiera querido tener algo que ver con usted», respondió con firmeza, «seguramente habría contestado».

Aunque intentó mantener una expresión neutral, pudo sentir el peso de un ceño fruncido bajando sus cejas. «¿Sabe usted quién soy?».

Su respuesta fue un breve resoplido mientras algo que podría haber pasado por una diversión renuente se curvaba en la comisura de su boca. «¿Cree que recibimos muchas visitas con una apariencia tan elegante y modales tan sofisticados aquí en Faeglen?». Cuando Colin solo pudo devolverle la mirada, ella suspiró y se volvió hacia la casa. «Vamos, entonces. Preferiría no tener esta conversación delante de Roy y las chicas».

Colin miró a su alrededor, pero no había nadie más a la vista. Seguramente no se refería al caballo y las gallinas.

Capítulo Dos

Ainsworth resistió el impulso de azotar la puerta tras ella mientras entraba en la amplia y espaciosa cocina de la casa construida al estilo Tudor. Aun así, el esfuerzo que requería permitir tranquilamente que el alto y rubio lord la siguiera hasta su casa le hacía temblar las manos.

Al menos el señor y la señora Norris estaban fuera unos días visitando a su hija mayor y a su nieto más reciente. Eso significaba que tenía la casa para ella sola por el momento y al menos unas horas para llevar al elegante caballero inglés lo más lejos posible de Faeglen antes de que Caillie regresara del pueblo.

Tenía tiempo de sobra para convencer a su visitante no deseado de que debería marcharse sin planes de volver jamás

Aunque solo había leído la primera de sus cartas, arrojando obstinadamente las otras a la chimenea encendida sin abrirlas, supo quién era en el segundo en que lo vio. Había suficientes cosas en su apariencia que se parecían a las descripciones que había escuchado sobre su sinvergüenza padre como para hacer una suposición segura.

Dejó el saco sobre la gran mesa de trabajo e hizo todo lo posible por ignorar al intruso indeseado que agachó la cabeza para cruzar el umbral hacia la cocina. Demasiado tarde, se dio cuenta de que habría sido mejor recibirlo en el salón formal que rara vez utilizaban. Ahora, su habitación favorita de la casa estaría manchada para siempre por el recuerdo de su presencia.

Hasta hace varios meses, cuando recibió una misiva de Londres, nunca había creído realmente que el padre de Caillie, o cualquiera de su familia aristocrática, pudiera venir algún día a buscarla. Nunca lo había creído, pero siempre lo había temido.

No fue hasta que Angus Claybourne heredó la baronía tras la muerte del padre de Ainsworth que ella conoció a su prima Davina. Al ser de la misma edad, las chicas naturalmente se volvieron bastante cercanas. Después de que Davina finalmente confesara su desgraciada condición, no hubo secretos entre las primas.

Ainsworth se enteró de todo lo que había pasado con el elegante conde inglés que viajaba por Escocia y que se había quedado en Kyleakin solo el tiempo suficiente para seducir y abandonar a una chica de campo lamentablemente poco sofisticada. Angus había sido un padre frío e insensible, pero había intentado cumplir con su deber insistiendo en que el conde hiciera las paces como era debido. Ainsworth había estado al lado de Davina, sujetándole la mano con fuerza, cuando finalmente llegó la respuesta del lord inglés, que decía

que no tendría nada que ver con la chica ni con el niño que llevaba en su vientre.

Angus se había puesto furioso, pero Davina se había sentido destrozada, y Ainsworth había sabido entonces que su prima había albergado una auténtica ternura por el apuesto conde a pesar de que él era significativamente mayor y a cambio había mostrado una total e insensible falta de consideración hacia ella.

Al levantar la vista de su tarea de clasificar las diversas hierbas que había recolectado, Ainsworth se dio cuenta de que, si el padre se hubiera parecido en algo al hijo, podría entender por qué Davina se había enamorado tan trágicamente de él. Odiaba admitirlo, incluso en la privacidad de su propia mente, pero el actual conde de Wright era desgraciadamente atractivo. Era alto y esbelto, con el pelo color arena en un estilo que de alguna manera lograba parecer descuidado *y* elegante. Su ropa era sencilla a primera vista, pero Ainsworth reconoció los materiales finos y las costuras expertas que se habían empleado para confeccionar las prendas. Y, mientras se acercaba lentamente con un paso que era a la vez decidido y ligeramente distraído, se sintió intrigada por las constantes contradicciones del hombre.

Dirigiendo su atención a su rostro, notó una frente amplia combinada con una mandíbula ridículamente cuadrada y una nariz recta y patricia. Los rasgos deberían haber parecido severos o al menos autocráticos, si no fuera por el hoyuelo muy infantil en el centro de su barbilla y el intenso y deslumbrante azul de sus ojos...

Azul como un cielo despejado de verano, pero más oscuro.

No. Más como el azul de una pluma de pavo real, pero más claro.

Mientras luchaba por clasificar el tono exacto, se dio cuenta de que lo estaba mirando, pero no podía obligarse a apartar la mirada. Porque además del color llamativo, su mirada también contenía una atracción magnética muy real y visceral.

Era fascinante y bastante diferente a todo lo que había experimentado antes. Literalmente no podía apartar la mirada. Y le tomó un momento darse cuenta de que él se había parado directamente frente a ella en la mesa.

«¿Puedo asumir que usted es la señorita Ainsworth Morgan?».

Nunca le había gustado mucho el acento inglés más formal que usaba la nobleza del país. Siempre había sonado tan rígido y poco natural para los oídos acostumbrados a la cadencia ondulante de su hogar. Pero su voz era lo suficientemente baja y rica para crear un tono que era sorprendentemente cálido, a pesar de su formalidad. Otra contradicción inquietante.

Recuperando el control, se volvió para revisar los frascos que se

alineaban en los estantes detrás de ella. Necesitaría secar las hojas, los tallos y las flores que había recogido hoy antes de guardarlos, por lo que todavía no necesitaba los frascos, pero la tarea le permitió darle la espalda a su invitado no deseado.

«Asuma lo que usted quiera», respondió ella.

Una pausa. «Entonces, también asumiré que sabe por qué estoy aquí».

Al instante, ella pensó en Caillie y una feroz necesidad ardiente de protegerla le atravesó el pecho. Se dio la vuelta con las manos apoyadas con valentía en las caderas para mirar con dureza al pretencioso lord; en realidad no sabía si era pretencioso, pero ¿no lo eran todos?

«No, en verdad, no lo sé. La mayoría de la gente espera una invitación antes de llegar a la casa de alguien».

Sus duras palabras no parecieron afectarlo; ciertamente no parecía insultado ni irritado por su grosera intención. Por un momento, se limitó a mirarla fijamente. Luego respiró lentamente y enderezó los hombros; aunque ya estaban bastante erguidos, y bajó la barbilla. Solo un poco.

«Entiendo su hostilidad, señorita Morgan».

«Lo dudo mucho».

Sus cejas se fruncieron hasta quedar sobre sus ojos antes de volver a una posición neutral. «Ella es mi hermana. Me gustaría conocerla».

El miedo y la negación feroz se arquearon a través de ella. Movió sus manos de sus caderas para presionarlas bien abiertas y planas sobre la mesa, inclinándose hacia adelante. «No».

Él ni siquiera se inmutó. «¿Por qué?».

«No podría salir nada bueno de eso».

Su ceño se profundizó mientras daba un paso más cerca. «¿Le contó usted acerca de mis cartas?».

Ainsworth decidió que la pregunta no merecía una respuesta.

Su mirada se entrecerró por un momento y un músculo a lo largo de su mandíbula dio un tic apenas perceptible. «¿Tan siquiera se molestó en leerlas?».

Ella se encogió de hombros. «La primera».

Él soltó el aliento de golpe y se dio la vuelta para caminar hacia el otro extremo de la cocina. Girando sobre sus talones, caminó hacia el otro lado nuevamente, pasando por la mesa esta vez para continuar directamente hacia la puerta.

Ainsworth esperó.

¿Se había marchado?

Eso había resultado fácil. Suspiró e hizo una mueca. Demasiado fácil.

Se sacudió la suciedad de las manos en el delantal y se dirigió a la pequeña ventana que había junto a la puerta trasera para echar un vistazo al exterior.

Él seguía allí. Caminaba con paso firme hacia su jardín de hierbas antes de darse la vuelta. Mientras él se dirigía a la puerta de la cocina, ella se apresuró a volver a su posición en la mesa, donde rápidamente, pero con cuidado, comenzó a sacar el ajo silvestre que había encontrado. Pero cuando él no entró, se arriesgó a echar otro vistazo a la ventana para ver que había regresado al jardín.

Con un resoplido, le dio la espalda a la ventana. Que desgastara sus botas brillantes, si eso era lo que quería.

Después de casi cinco minutos más, la sombra de su figura alta y masculina llenó la puerta una vez más. Se acercó con paso tranquilo y mesurado. Ainsworth estaba de pie junto a la estufa, preparando los ingredientes para la sopa que estaba preparando. Notó su postura rígida con el rabillo del ojo, pero no dijo nada. Ya le había dicho que no era bienvenido. ¿Qué más había que decir?

«Si hubiera leído alguna de mis cartas más allá de la primera, señorita Morgan, habría comprendido mejor por qué he viajado desde tan lejos de Londres, *a pesar de* no haber recibido una invitación». Su voz se había endurecido significativamente en contraste con sus comentarios y preguntas anteriores. Una frialdad distintiva cubrió ahora sus palabras. «En ellas, compartí una gran cantidad de información sobre el hombre que engendró a la señorita Claybourne y a mí, hizo una pausa, «junto con varios otros hijos ilegítimos».

Trató de no notar la extraña forma en que se refería a su padre. Pero sus últimas palabras llamaron su atención a pesar de sí misma y se volvió para mirarlo con sorpresa. «¿Varios?».

Su expresión era inquietantemente estoica mientras asentía. «Varios».

Un insulto crudo dirigido a un hombre que nunca había conocido y nunca había deseado conocer salió de sus labios antes de que pudiera detenerlo.

El conde se aclaró la garganta. «Demasiados».

Se dio cuenta con una punzada de sorpresa de que al conde actual no le gustaba mucho su padre. Eso no importaba.

Volviéndose hacia la mesa, recogió un poco del perejil silvestre que había dejado ahí. «Eso todavía no explica por qué está aquí».

Él se quedó en silencio mientras ella añadía el perejil a la olla y revolvía. Estaba todo tan silencioso que ella empezó a sentirse un poco nerviosa.

Cuando finalmente él habló, su tono era extrañamente uniforme, como si estuviera eligiendo cuidadosamente sus palabras

antes de hablar. «Como describí en mis cartas, aunque mi padre falleció hace unos años, no tenía idea de que mis medios hermanos existían hasta el año pasado. Con una excepción, claro». Hubo una pausa prolongada. «Como actual conde, es mi responsabilidad y mi deber corregir parte del daño y la injusticia que infligió en vida».

Su corazón se heló mientras preguntaba en voz baja, «¿qué demonios significa eso?».

«Significa que me gustaría conocer a mi hermana. Me gustaría ser parte de su vida y tenerla como parte de la mía».

«¡No!», la negación salió en un grito áspero y doloroso.

«Solo quiero hacer lo correcto por mi familia».

«¿Familia?», ella se burló mientras se giraba para mirarlo. «Caillie y yo somos familia. Vi a su madre soportar tres días de parto traumático y desgarrador para traerla a este mundo. Sostuve su pequeño cuerpo envuelto en pañales mientras su madre luchaba por sanar, por vivir, a pesar de haber sido repudiada por su propio padre, a pesar de haber perdido más sangre de la que un cuerpo puede prescindir. Mi prima luchó por vivir por su hijo y yo estuve allí cuando ella no pudo aguantar más. He estado allí para la pequeña todos los días y todas las noches desde entonces. A través de pesadillas, lágrimas, alegrías y cada nuevo descubrimiento. Soy su familia», declaró con pasión y furia. «*Usted es* un maldito extraño».

Estaba tan arrastrada por su furiosa emoción que no se dio cuenta de que se había acercado al conde, blandiendo su cuchara de madera como un arma. Sin duda parecía una mujer salvaje en ese momento, con el rostro enrojecido y los ojos centelleantes. Tal vez él se sentiría lo suficientemente desanimado por su indigna demostración de temperamento como para irse con un razonable terror.

Desafortunadamente, cuando inclinó la barbilla para encontrarse con su impresionante mirada, él no pareció inmutarse en lo más mínimo. En cambio, respondió de manera simple pero firme. «Preferiría no serlo».

Si él se hubiera enojado o respondido a la defensiva, ella podría haber sido capaz de seguir alimentando su ira. Tal como estaban las cosas, su respuesta calmada la golpeó justo en el centro de su pecho, donde residía un miedo indescriptible.

Apretó los dientes, obligando al miedo a regresar a un pequeño lugar detrás de su corazón. «Y obviamente, no tiene problemas para perturbar todo su mundo si eso significa que conseguirá lo que quiere».

Sus ojos azules brillaron, pero su tono permaneció frío y reservado. «Tenía toda la esperanza de evitar una reunión que podría ser inquietante para la chica. Era el propósito de las cartas que tan casualmente ignoró». Su mandíbula se tensó por solo un segundo antes

de continuar. «*Usted* nos ha traído hasta este punto, señorita Morgan, y aunque puedo entender su reticencia, no cederé ante ella».

Mientras tomaba aire para decir algo, cualquier cosa para disuadirlo de su objetivo, fue detenida por el ladrido no muy lejano de un perro.

Su estómago dio un vuelco y se retorció.

¡No!

Caillie había llegado temprano a casa.

Por un segundo, consideró empujar al hombre para sacarlo de su cocina, que atravesara la casa y saliera por la puerta principal hacia su carruaje.

Pero no había tiempo para eso.

Tenía que afrontarlo. Lo que siempre había temido, iba a suceder.

No importaba cuánto quisiera Ainsworth negar la conexión, el hombre frente a ella era más pariente cercano de Caillie que ella. Ainsworth experimentó un repentino y profundo arrepentimiento por no haber leído las cartas del conde. Si lo hubiera hecho, tal vez habría podido encontrar una razón válida para mantenerlos separados, al menos hasta que la muchacha fuera un poco mayor. Porque la inquietante verdad que había rechazado deliberadamente reconocer hasta ahora era que, si el conde de Wright quería conocer a su media hermana, ella no podía hacer nada para detenerlo.

Y había aprendido hacía mucho tiempo que cuando algo no se podía evitar, era mejor afrontarlo de frente si se tenía alguna esperanza de guiarlo en una dirección favorable.

Se había resignado solo en parte a esa intención cuando Caillie entró en la cocina con su habitual actitud despreocupada, seguida de cerca por Bramble, su fiel border collie. El cabello castaño oscuro de la muchacha era una maraña azotada por el viento que le caía por la espalda, sus mejillas estaban sonrojadas por su andar y sus ojos color avellana brillaban de asombro.

Ainsworth había logrado avanzar lo suficiente para interponerse entre la niña que había criado desde la infancia y el extraño que estaba detrás de ella. No tenía idea de cómo preparar a la muchacha para conocer a un medio hermano cuya existencia jamás había sabido, pero tenía que intentarlo.

«¿Viste el carruaje que está afuera, Worthy? Es el más grandioso que he visto en mi vida», exclamó Caillie mientras se quitaba la correa de la bolsa tejida del hombro. «¿Son viajeros perdidos?».

«No, no exactamente», respondió Ainsworth, tomando la bolsa vacía de la muchacha. «¿Por qué has vuelto tan pronto y sin los artículos que te envié a comprar?».

«La tienda estaba cerrada. La señora Weaver dijo que el señor Brown está enfermo. ¿Preguntó si podrías llevarle algo del tónico que lo ayudó la última vez?».

«Por supuesto», respondió Ainsworth, pero la respuesta fue ignorada. De repente, Caillie se había dado cuenta de que no estaban solas en la cocina y se estaba inclinando hacia un lado para mirar más allá de Ainsworth y ver mejor al visitante.

«¿Quién eres usted?», preguntó.

Ainsworth casi sonrió ante la audacia de Caillie. Aunque le hubiera gustado pensar que tenía algo que ver con la confianza de la muchacha, era simplemente la naturaleza de Caillie, la de ser completamente inocente y totalmente intrépida en cualquier situación.

El conde dio un paso adelante, pero no respondió a la pregunta de Caillie. Parecía estar esperando que Ainsworth hiciera la presentación.

Desafortunadamente, no pudo lograr que su boca formara las palabras.

Al volverse hacia Ainsworth, los ojos color avellana de Caillie se iluminaron con curiosidad mientras insistía. «¿Es quien llegó en ese carruaje?».

Ella asintió. «Sí».

Desde el principio había resultado evidente que Caillie era una muchacha inteligente y perspicaz. Por esa razón y otras, Ainsworth nunca había visto mucho beneficio en protegerla de las realidades de la vida. Así que, cuando Caillie le había preguntado por primera vez por sus padres, Ainsworth le había explicado la historia lo mejor que pudo sin entrar en detalles que hubieran sido inapropiados para una niña. Y siempre había aprovechado cualquier oportunidad para contarle a la muchacha sobre su madre y el alma bondadosa que había sido.

Había sospechado que Caillie eventualmente presionaría para obtener más información sobre su padre o las circunstancias de su concepción. Y Ainsworth habría cedido y habría compartido lo que pudiera, creyendo que era mejor enfrentar la verdad en lugar de cubrirla con falsedades o cuentos de hadas. Pero por alguna razón, Caillie nunca había parecido terriblemente interesada en el hombre que había seducido tan deshonrosamente a su madre.

Ainsworth había estado innegablemente aliviada por ese hecho.

Desafortunadamente, las paredes invisibles de la pequeña fortaleza privada que había creado para las dos, aquí en Faeglen, ya habían comenzado a desmoronarse. No habría forma de escapar de la irrupción del conde.

«¿Quién es él, Worthy?», preguntó Caillie, con un tono curioso,



pero ahora también ligeramente preocupado, ya que sin duda percibía la incomodidad de Ainsworth.

Capítulo Tres

Durante varios meses, Colin había imaginado conocer a cada uno de sus hermanos de mil maneras diferentes. Pero ahora que estaba a punto de conocer a la más joven de ellos, se quedó paralizado.

Cuando la niña finalmente miró más allá de la señorita Morgan hacia donde él estaba, una extraña especie de reconocimiento había destellado en su cerebro. Diferente a lo que uno sentiría al ver a una vieja conocida, pero no totalmente diferente.

Los ojos de la niña eran una suave mezcla de verde, dorado y marrón en lugar del azul que él y Roderick compartían con su padre. Y su cabello era de un castaño intenso y cálido, mientras que él tenía el cabello rubio de su padre. Aun así, en ese instante, sintió que la conocía. Ella era su sangre. Su hermana.

Pero este momento era demasiado importante. No podía permitirse cometer un error irreversible. Entonces, se obligó a permitir que la señorita Morgan tomara la iniciativa.

«Este… caballero ha venido desde Londres para conocerte, Caillie».

A pesar de su falta de presentación anterior y su vacilación actual, la voz de la señorita Morgan era suave mientras le hablaba a la niña. Si no hubiera adivinado ya lo importante que era su hermana para la mujer, el hecho de que intentara ocultar su propia resistencia a su aparición, por el bien de la niña, le habría dicho mucho.

Entendía su falta de hospitalidad, su razonable deseo de proteger a la niña. Pero eso no podía cambiar su propósito. Esto era lo correcto.

Dio otro paso hacia adelante cuando la señorita Morgan se volvió para mirarlo. Su expresión era imposible de interpretar, pero la miró a los ojos con paciente expectación. Apareció un breve surco entre sus cejas, pero luego respiró profundamente. «Caillie, cariño, este es el conde de Wright».

En términos de presentaciones adecuadas, las palabras fueron muy breves, pero la niña pareció entender exactamente lo que significaban Sus brillantes ojos color avellana se abrieron y su boca formó un pequeño óvalo de sorpresa. Miró a la señorita Morgan, quien asintió mientras claramente intentaba con mucho esfuerzo sonreír. Luego la niña miró de nuevo a Colin.

«Es demasiado joven para ser mi padre», afirmó con bastante franqueza en un suave tono similar al de su protectora. «Entonces, debe ser su hijo».

Colin asintió. «Lo soy», se aclaró la garganta. «Lo que me

convierte en su medio hermano».

La chica parpadeó. Luego, lo hizo de nuevo. «Tengo un hermano», afirmó con cuidado, como si intentara familiarizarse con el concepto.

«En efecto», respondió él.

«Dado que es el conde, supongo que nuestro padre está muerto, ¿verdad?».

Colin tosió brevemente y asintió. «Murió hace un par de años».

Hubo una breve pausa mientras ella parecía ordenar la noticia en su mente. Luego se acercó a él y le extendió la mano mientras que al mismo tiempo ejecutaba una reverencia apropiada. «Encantada de conocerle, milord».

Siguiendo su ejemplo, Colin tomó su mano e hizo una reverencia. «Yo también estoy encantado de conocerla señorita Claybourne».

Ella inclinó la cabeza cuando algo curioso brilló en su mirada. Luego soltó una suave risita. «Todo esto es un poco extraño, ¿no?».

«Lo es», convino Colin mientras agarraba su muñeca detrás de su espalda, «pero espero que eso disminuya a medida que nos vayamos conociendo».

«Claro», señaló la señorita Morgan un poco bruscamente mientras daba un paso adelante para poner una mano sobre el hombro de la chica. «Bueno, debo decir, milord, que su llegada ha sido toda una sorpresa».

La mirada de la mujer tenía un duro destello de provocación, como si lo desafiara a rebatirla mencionando sus cartas. Como no servía a su propósito alentar más conflictos con la mujer de los que ya existían, él prefirió morderse la lengua.

Hubo un destello de triunfo cuando ella continuó. «¿Cuánto tiempo piensa quedarse en Dumfriesshire?».

«No mucho, me temo. Hice el viaje tan pronto como tuve la oportunidad, pero mis responsabilidades en Londres requieren un regreso apresurado».

«Eso es decepcionante», señaló la joven señorita Claybourne con el ceño fruncido que rápidamente cambió a una sonrisa. «Entonces supongo que eso significa que tendremos que aprovechar al máximo su visita. Se quedará y comerá con nosotras, por supuesto. Tengo muchísimas preguntas que me gustaría hacerle».

Ocultando la inquietud que se avivó ante sus palabras, Colin asintió brevemente. «Supongo que sí, señorita Claybourne, y espero responderlas todas». Mirando a la señorita Morgan, continuó, «pero no me gustaría imponerme».

Su expresión dejó muy claro que toda su presencia era una imposición. Pero cuando la niña miró por encima del hombro, la

señorita Morgan le dio a la niña una sonrisa fugaz.

«Por supuesto, Su Señoría puede quedarse».

La breve mirada que le lanzó le aseguró que no debía quedarle ninguna duda de que solo estaba siendo cortés por el bien de la niña y que no debía confundir su invitación con ningún tipo de verdadera aceptación de su presencia.

«Gracias, señorita Morgan», respondió, «aprecio la hospitalidad».

«Bueno, entonces, tengo una comida que preparar y mi cocina está más que un poquito abarrotada. Caillie, cariño, ¿por qué no le muestras a Su Señoría el salón y luego puedes llevar a Bramble al granero antes de lavarte?».

«Tal vez podría llevarlo a dar una vuelta por Faeglen mientras terminas. Sería mucho más interesante que estar sentados en el viejo y aburrido salón».

La risa de la señorita Morgan tenía solo un dejo de humor. «Dudo que el conde tenga ganas de ir a dar vueltas por ahí».

«Al contrario», señaló Colin, «me encantaría que me diera un recorrido».

La sonrisa que la chica le dirigió fue casi tan gratificante como frustrante para la señorita Morgan.

Hubo un momento de vacilación antes de que la mujer hiciera un gesto despectivo con la mano mientras caminaba hacia la estufa. «Vayan, pues».

«¿Prefiere empezar adentro o afuera?».

«Dejaré esa decisión a mi guía», respondió Colin.

«Afuera, entonces», respondió rápidamente la señorita Claybourne. «Podemos disfrutar del sol mientras dure. Bramble...», llamó antes de dirigirse hacia la puerta, esperando claramente que el perro y Colin la siguieran.

El collie, que estaba tumbado debajo de la mesa, saltó inmediatamente para trotar tras ella mientras Colin miraba a la señorita Morgan una vez más con una ceja levantada, preguntándose si la chica siempre era tan decididamente audaz. Puede que hubiera un ligero rizo de humor en la comisura de la boca de la mujer, pero no podía estar seguro. Y luego tuvo que alargar sus pasos para asegurarse de que no se quedara atrás en su propio recorrido.

Una vez fuera, Caillie se dio la vuelta para caminar hacia atrás a través del grupo de gallinas reunidas en el patio. «¿Ya conoció a nuestras gallinas?».

Aunque le divertía la extraña forma en que se dirigían al ganado en Faeglen, se lo guardó para sí mismo para no ofender inadvertidamente. En cambio, respondió en un tono igualmente serio. «Solo las he conocido brevemente y aún no me han presentado

formalmente».

Aceptando su respuesta con un gesto de la cabeza, señaló a la gallina que en ese momento intentaba picotear la punta de su bota. «Esta es Fen. Esos son Lil y Hew y Run. Allí están Dip y Sam. Mientras que Tin y Bit están haciendo alboroto junto al jardín de hierbas de Worthy».

Colin entrecerró la mirada. «¿Detecto un ligero patrón en su método de nombrar a las gallinas?».

Caillie se rió. «Les puse nombres a Bit y Lil cuando era pequeña y simplemente decidimos continuar con nombres de tres letras para el resto. El gallo es un viejo gruñón y le gusta quedarse en el cobertizo, pero si nos lo encontramos, puede dirigirse a él como Sin».

Las cejas de Colin se alzaron ante el nombre, pero la niña ya se había dado la vuelta para guiarlo hacia el jardín. Colocó su muñeca sobre la otra mano detrás de su espalda y la siguió obedientemente.

«La señorita Morgan parece disfrutar de la jardinería», dijo. «¿Usted también?».

Ella pareció considerar la pregunta cuidadosamente antes de encogerse de hombros. «Me gusta aprender sobre los diversos usos de las hierbas y cosas así, pero realmente no tengo paciencia para la jardinería».

Miró por encima del hombro. «¿Usted disfruta de la jardinería, milord?».

«La verdad es que nunca he tenido la oportunidad de intentarlo».

«Claro, supongo que no», observó ella con otro sabio asentimiento. No pudo evitar sentirse un poco juzgado por su tono mientras se preguntaba qué estaría pensando exactamente. Entonces ella lo miró interrogante. «Entonces, ¿qué *es* lo que hace?».

Su pregunta directa lo desconcertó por un momento y tuvo que considerar su respuesta. Gran parte de su vida se centraba en el deber y la responsabilidad de su posición. Incluso antes de haber heredado el condado, había asumido gran parte de las tareas requeridas para administrar las propiedades y los bienes de los Wright.

«Montar a caballo, supongo. Leer. Llevo varios años construyendo la biblioteca de la residencia Wright».

«La residencia Wright. ¿Está en Londres?».

«Sí», él asintió.

¿Va a muchas fiestas elegantes? ¿Bailes, cenas y veladas?».

«A unas cuantas». No agregó que normalmente evitaba esas cosas siempre que podía.

Ella se quedó en silencio por un momento mientras sus pasos los llevaban por una escarpada pendiente de tierra salpicada de rocas y arbustos, mientras Bramble corría delante. Parecía estar pensando

bastante intensamente en algo y aunque Colin se sentía inesperadamente curioso, esperó a ver si ella compartía sus pensamientos con él.

Después de un rato, lo hizo. «Creo que algún día me gustaría ir a un baile elegante. Pero no estoy segura de que me gustaría vivir en un lugar tan concurrido como Londres. Una vez, Worthy y yo visitamos Edimburgo y era tan ruidoso y estaba lleno de gente y… oloroso. No había un solo momento de tranquilidad», ella inclinó la cabeza y le dio una sonrisa torcida que solo pudo describir como traviesa. «Pero fue bastante emocionante».

Él le devolvió la sonrisa. Estaba a punto de revelar su verdadero propósito al viajar a Dumfriesshire, pero antes de llegar había decidido no abordar el tema con la niña sin discutirlo primero con la señorita Morgan. Esa decisión parecía especialmente prudente ahora que sabía que era poco probable que esa conversación fuera fluida.

«¿Quiere que le enseñe nuestro pequeño lago?», sugirió la chica. «Es un paseo corto, pero el camino puede ponerse accidentado», añadió con una mirada dubitativa a sus botas bien lustradas.

Se enderezó y dio un tirón brusco a su abrigo. «Guíe el camino, señorita Claybourne».

Valía la pena ver el lago y no era tan “pequeño” como esperaba. Ella le explicó que era un lugar perfecto para nadar cuando el tiempo era agradable, como hoy, y que proporcionaba buena pesca para los afortunados.

«¿Es una de los afortunados?», no pudo resistirse a preguntar.

Hizo una mueca antes de responder. «No, pero Worthy sí. Nunca se va sin un buen botín».

Eso no lo sorprendió.

Desafortunadamente, no pudieron quedarse mucho tiempo en las orillas rocosas, ya que el cielo había comenzado a oscurecerse con las nubes que se acercaban y el viento se levantó. Llegaron a la casa justo cuando la lluvia comenzaba a caer, entrando por la cocina por donde habían salido. «Vamos, le mostraré la casa ahora».

Siguiendo a la chica a través de la cocina, Colin se permitió mirar a la señorita Morgan mientras se acercaba a su posición frente a la gran estufa de hierro. El vapor de la olla grande había encrespado los mechones de cabello castaño oscuro que enmarcaban su rostro y descansaban contra su cuello. Aunque parecía decidida a no reconocerlo, notó cómo contenía la respiración cuando él pasó.

También se percató de que había estado en lo cierto acerca de las pecas.

Capítulo Cuatro

No había nada particularmente grandioso en la vieja casa de campo, de hecho, era más bien modesta, pero innegablemente era un hogar. Todas las habitaciones que visitaron, tal vez con la excepción del salón formal, tenían un aspecto de estar habitadas y amadas.

Muy diferente de las casas en las que había crecido, donde cualquier señal de vida era rápidamente barrida por los muchos sirvientes disponibles.

La sala de estar tenía libros y cojines tirados por todas partes. El bordado sin terminar parecía que lo habían dejado a un lado esa misma mañana. Dibujos de pájaros e insectos estaban esparcidos sobre la mesa de té. Una habitación en la esquina, que daba al exuberante jardín de flores, estaba abarrotada de estanterías, dos escritorios que habían sido colocados uno frente al otro, un piano, un violín y varios instrumentos de viento. El comedor era bastante pequeño para cenas formales, pero Colin sospechaba que las damas de la casa no recibían a menudo a nadie, si es que lo hacían, y habría apostado a que eso era completamente por elección propia.

La joven señorita Claybourne explicó que una pareja de ancianos, el señor y la señora Norris, vivían en la casa y ayudaban a administrar el lugar, pero que ambos estaban fuera por el día. Incluso con un personal de dos personas, estaba claro que la señorita Morgan prefería encargarse ella misma de muchas de las tareas domésticas, incluida la mayor parte de la cocina, la gestión de las cuentas de la casa y el papel de institutriz. Por su parte, Caillie tenía la responsabilidad de cuidar de las gallinas, su único caballo, Roy, y de Bramble, por supuesto, así como de ayudar a la señorita Morgan en el huerto cuando fuera necesario.

Cuando la visita guiada los llevó de nuevo a la cocina, una extraña sensación se había instalado en el pecho de Colin. Se había formado un punto de presión que iba creciendo de forma constante. No se podía negar que su hermana estaba bien cuidada. Era evidente que estaba feliz y que adoraba a la señorita Morgan y al señor y la señora Norris. Cada momento que pasaba con ella, se volvía cada vez más consciente de su inteligencia natural y madurez. Había momentos en que casi se había olvidado de que estaba hablando con una niña de once años.

Y aunque estaba agradecido de que su bienestar hubiera estado asegurado durante todos estos años mientras él había estado en la oscuridad sobre su existencia, no podía ignorar cómo su repentina aparición probablemente perturbaría su vida. Solo podía esperar que

resultara ser una interrupción positiva.

Mientras seguía a Caillie a la cocina, los sabrosos aromas que llenaban el aire hicieron que su estómago rugiera.

La señorita Morgan levantó la vista de donde estaba colocando una pila de cuencos sobre la gran mesa toscamente tallada en el centro de la habitación. «Nuestras comidas tienden a ser bastante informales aquí en Faeglen», señaló sin preámbulos. «Espero que no tenga aversión a comer en la cocina».

Escuchó la clara nota de desafío en su tono y aunque su hostilidad comenzaba a volverse un poco tediosa, sus modales estaban demasiado arraigados como para responder con algo que no fuera una cortesía amable. «En absoluto, señorita Morgan».

«Tome asiento», dijo, señalando con la cabeza uno de los taburetes que había alrededor de la mesa antes de volverse para dirigirse a la niña. «Caillie, por favor trae unos vasos del armario y la jarra de limonada que preparé esta mañana». La verde mirada de la mujer se volvió hacia Colin. «¿A menos que prefiera vino? Puede que tengamos algo en la bodega, pero no puedo dar fe de su calidad».

«La limonada estará bien. Gracias».

La mujer asintió y se apresuró a volver a la estufa. Cogió dos paños tejidos, agarró las asas de la gran olla de hierro y se giró para llevarla a la mesa. Al notar su evidente peso, Colin dio un paso adelante, con la intención de ofrecer ayuda, pero la mirada que le dirigió detuvo de inmediato la acción.

Era evidente que no quería ni necesitaba la ayuda.

Al menos, no de él.

Después de colocar la olla en el centro de la mesa, usó un cucharón de madera profundo para llenar uno de los cuencos, que le entregó primero a él. Luego llenó uno para Caillie y otro para ella misma. La chica llenó sus vasos con limonada y los repartió con una sonrisa. Sin duda, las dos habían compartido innumerables comidas como esta. Distribuyendo las tareas entre ellas, sentadas en la cocina. En un ambiente cómodo y acogedor.

Una verdadera familia.

Las anteriores palabras de la señorita Morgan le llegaron fuerte al fondo del cerebro.

Colin esperó hasta que la mujer tomó asiento antes de sentarse él en un taburete. Caillie ocupó el lugar más cercano a él. Se inclinó sobre el cuenco ancho para respirar el aroma. «Huele delicioso, Worthy», exclamó la niña.

«Gracias, Caillie», se puso de pie de un salto. «El pan».

Colin también se puso de pie y esperó pacientemente mientras ella tomaba una canasta cubierta con un paño que había dejado a un lado. Cuando regresó a la mesa, arqueó las cejas y le dirigió una

mirada que era a la vez molesta y divertida. «No hay necesidad de ser tan formal, milord»,

Él hizo una pequeña reverencia. «Aun así».

No estaba seguro de qué emoción se reflejó en sus rasgos expresivos y vivaces, pero rápidamente fueron reemplazados por un ceño fruncido mientras ella volvía a sentarse.

La comida transcurrió en su mayor parte en silencio. Y no necesariamente debido a la tensión ligeramente incómoda que flotaba entre él y la señorita Morgan, sino porque todos rápidamente se concentraron en su comida.

No había esperado mucho de la comida rústica. Su chef en Londres era un maestro francés y aunque Colin nunca había considerado muy detenidamente sus comidas, ciertamente eran mucho más complejas y sofisticadas que lo que la señorita Morgan probablemente ofrecía.

Una mezcla abundante de zanahorias, papas, algunas otras verduras de raíz, un poco de cebolla y ajo y varias hierbas que no intentó identificar, el guiso estaba rico y sabroso y profundamente satisfactorio.

Colin acababa de terminar de tomar el último bocado de su tazón cuando la chica a su lado se volvió para concentrar toda su atención en él. «Milord, ¿puedo hacerle una pregunta?».

Al escuchar cierta gravedad en su tono, levantó la servilleta para secarse la boca antes de responder. «Por supuesto. Cualquier cosa».

Sabía que esta visita traería algunas conversaciones difíciles y se había estado preparando para ellas desde que decidió buscar a sus hermanos.

La niña inclinó la cabeza. «¿Por qué ha venido aquí?».

Con el rabillo del ojo, vio que la señorita Morgan se quedaba quieta. Aunque tenía ganas de hacerlo, no iba a intervenir en la conversación. Apreciaba su moderación y lo lamentaba al mismo tiempo.

Aunque no había un tono evidente de rudeza en el tono de la niña, Colin todavía no estaba seguro de cómo responder a una pregunta tan directa. Como nunca había interactuado con niños, no tenía idea de qué esperar, pero ciertamente no había considerado una actitud tan directa de una niña tan joven. Era sorprendente, pero no necesariamente algo que quisiera disuadir.

«Estoy aquí porque es mi hermana y me gustaría mucho conocerla».

La niña tuvo una pausa reflexiva. «¿Por qué ahora?», añadió.

Se aclaró la garganta, Colin dejó la servilleta junto a su tazón. Al mirar los ojos color avellana de la niña de once años, supo que

tendría que responder con cuidado. Con total honestidad, por supuesto, pero el momento actual podría no ser el mejor para mencionar algunos de los detalles más sórdidos. Tomó aire para pensar en cómo responder, e involuntariamente deslizó otra mirada rápida hacia la señorita Morgan.

Evitando su intensa mirada, ella se puso de pie de manera bastante abrupta y comenzó a recoger los objetos de la mesa.

Se aclaró la garganta nuevamente y volvió a prestar atención a la niña. «Mi padre, perdone, *nuestro* padre, murió hace más de dos años. Pero no fue hasta el verano pasado, cuando finalmente leí sus diarios, que me enteré de su… relación con su madre».

«No fue realmente una relación, ¿verdad?», señaló Caillie sin rodeos.

Él asintió con rigidez, incapaz de negar la verdad de su comentario. «No. No lo fue».

La mirada fija de la niña era ligeramente desconcertante. «¿Y sus diarios me mencionan?», añadió.

Colin vaciló. Pero no por mucho tiempo. Sus interacciones con su hermana hasta el momento lo llevaron a creer que estaría mejor si le contaba toda la verdad desde el principio.

«Me temo que solo brevemente. Pero fue suficiente para iniciar una investigación que finalmente me trajo aquí».

Los ojos color avellana se abrieron. «¿Una investigación? Todo suena un poco como un misterio gótico, ¿no, Worthy?».

La mujer emitió un breve sonido en respuesta, pero no se involucró más.

«¿Puedo preguntarle algo ahora?», dijo Colin.

La chica se sentó un poco más erguida en su taburete. «Creo que es lo justo».

«¿Qué sabe de nuestro padre?».

Se encogió de hombros levemente. «Sé que era el conde de Wright, un caballero de Londres. Sé que estaba de visita en Skye, donde conoció a mi madre, la sedujo y luego la abandonó. Mi abuelo intentó obligar al conde a asumir la responsabilidad, pero este se negó», la chica hizo una pausa para mirar más allá de él a la señorita Morgan. «No hemos sabido nada del lord desde entonces». Su mirada se encontró con la de él nuevamente. «Hasta su llegada hoy».

Colin tuvo que resistir la tentación de ponerse de pie y empezar a caminar de un lado a otro de la mesa.

«En esencia, esa es la verdad, tal como yo la entiendo. Padre era un hombre muy egocéntrico, incapaz de considerar cómo sus acciones podían afectar a otras personas. Su comportamiento con su madre fue cruel e imperdonable. Su despreciable fracaso tratándose de usted, resultó mucho peor».

Una pequeña arruga se formó entre las cejas de la niña. Un surco de reflexión intencionado. «Estoy completamente de acuerdo. Pero no creo que haya venido hasta aquí solo para reconocer los defectos de carácter de un hombre que se había borrado intencionadamente de mi vida».

Una vez más, logró quedar asombrado por su capacidad para ver más allá de lo que se presentaba en la superficie.

«No, tiene toda la razón en eso», afirmó él con calma. «Mi visita tiene mucho menos que ver con nuestro padre y su miserable pasado, que con nosotros dos y nuestro futuro. Aunque lamento profundamente no haber sabido de usted hasta hace poco, ahora que lo sé...», buscó las palabras adecuadas mientras la vulnerabilidad tensaba sus músculos, «me complace bastante la idea de tener una hermana».

Ella pareció considerar sus palabras por unos momentos. Sus ojos lo evaluaron en silencio antes de inclinar la cabeza y ofrecerle una sonrisa. «Creo que también me gustaría tener un hermano».

Colin soltó un suspiro pesado. «Me alegra escucharlo», tragó saliva. «Espero que no le moleste saber que no soy el único».

Un breve ruido vino de la estufa, donde la señorita Morgan estaba ocupada en alguna tarea desconocida. Pero la señorita Claybourne ni siquiera pareció notarlo mientras lo miraba con los ojos color avellana muy abiertos.

«¿Tengo otro hermano?».

Colin se dio cuenta de que podría haber guardado esa información para otra conversación, pero ahora era demasiado tarde. «Padre fue imprudente en muchas de sus *relaciones* a lo largo de los años». Enfatizó la palabra para permitir que la inteligente chica sacara sus propias conclusiones sobre la naturaleza de esas asociaciones. «Aunque soy el único de su descendencia nacido dentro de los límites de su matrimonio con mi madre, usted no es la única hija nacida fuera de ello. Antes de la muerte de mi padre, yo solo conocía a otro hijo. El señor Roderick Bentley es un poco más joven que yo y nació de una dama inglesa. Causó un gran escándalo cuando el conde la trató tan mal como a su madre».

«Roderick Bentley», susurró la muchacha en voz baja antes de preguntar, «¿vive también en Londres?».

«Sí, él y su esposa tienen una residencia permanente no muy lejos de mi casa en Mayfair. Él, eh…», Colin consideró ser impreciso, pero la muchacha acabaría por saber la verdad. «Es dueño de una sala de juego muy popular».

«¿Una sala de juego? Worthy, ¿lo has oído?».

Colin decidió no mirar por encima del hombro para ver la reacción de la señorita Morgan ante ese pequeño hecho.

El asombro de la muchacha se convirtió rápidamente en reflexión. Tales cambios volubles parecían ocurrir a menudo. «Me gustaría conocerlo algún día», añadió con una expresión seria.

Aunque la señorita Morgan emitió un sonido ligeramente ahogado mientras volvía a sentarse en el taburete frente a él, Colin continuó dirigiéndose a su hermana. «Además de usted y del señor Bentley, nuestro padre engendró dos hijos más».

«¿Dos hermanos más? Ayer, éramos solo yo y Worthy, y hoy... ¡tengo cuatro hermanos mayores!».

«Parece estar contenta con la noticia», observó Colin entonando una ligera pregunta en su voz.

«Sí» respondió la chica de buena gana, «¿por qué no lo estaría? ¿Podré conocerlos algún día también?».

Colin bajó brevemente la mirada. «Me temo que la situación es bastante complicada en ese sentido. Todavía estoy trabajando para resolver las cosas».

«Pero, por supuesto, que lo hará», respondió su hermana de buena gana. Luego suspiró y agregó, «todo es tan emocionante. ¿Quién podría haber imaginado algo así?», miró a la señorita Morgan. «¿Pueden venir todos mis hermanos a visitarnos?».

«Quizás algún día», logró murmurar la mujer, aunque Colin notó el destello de horror en sus ojos. Al darse cuenta de que no podía posponer más el objetivo final de su visita, Colin se puso de pie y se volvió hacia su hermana. «Señorita Claybourne» empezó con seriedad, «mi visita de hoy ha sido memorable, pero me temo que se me acaba el tiempo».

«Pero no puede irse ya», protestó ella.

«Sin duda, su señoría tiene muchas cosas importantes de las cuales encargarse en Londres», intervino la señorita Morgan mientras también se ponía de pie.

La mujer no podía esperar a librarse de él. «Es verdad. Ojalá hubiera podido dedicar más tiempo a este viaje, pero me daba miedo posponerlo más» añadió con una mirada mordaz a la señorita Morgan, que simplemente arqueó una ceja en respuesta. «Sin embargo, antes de irme, me gustaría hablar en privado con la señorita Morgan».

«¿Por qué?». La pregunta de la chica lo sorprendió. Sus directrices no solían cuestionarse con tanta osadía. Miró a la mujer frente a él, pero ella se limitó a devolverle una fría mirada, sin ofrecerle ninguna ayuda.

«Hay un asunto que debo discutir con ella».

«Dado que es muy probable que tenga que ver conmigo, también podría quedarme para participar, ¿no cree?», preguntó Caillie con una inocente inclinación de cabeza.

Al no saber cómo responder, se salvó de tener que hacerlo

cuando la señorita Morgan se puso de pie. «No discutas, muchacha. ¿Por qué no vas a encargarte de la cena de Roy?».

«Pero es demasiado temprano».

En lugar de seguir discutiendo, la señorita Morgan bajó la barbilla para fijar una mirada severa en la chica. Aunque esperaba que la niña voluntariosa ofreciera más protestas, Caillie solo suspiró y carraspeó mientras se ponía de pie.

Volviendo sus ojos color avellana hacia él una vez más, suplicó suavemente, «no se vaya sin despedirse».

«No lo haré. Lo prometo».

«Ve, ahora», instó finalmente la señorita Morgan en voz baja, pero con firmeza.

Con otro suspiro de sufrimiento, la niña se dio la vuelta y salió de la cocina, con el border collie pisándole los talones obedientemente.

Capítulo Cinco

La anterior hostilidad, poco sutil de la señorita Morgan, regresó en el momento en que los dos adultos estuvieron solos. Su modesta figura vibró con una resistencia obstinada mientras fijaba una mirada dura en la dirección de Colin.

A pesar de la naturaleza desafiante del tema que necesitaba abordar con la amenazante mujer, Colin mantuvo su propia mirada firme y su tono neutral mientras hablaba. «¿Podríamos irnos a una habitación más propicia para una discusión privada?».

«Creo que está ansioso por irse, milord. Seguramente, no es nada tan importante como para que no pueda ser abordado por carta», sugirió con un gesto despectivo.

«¿De verdad la leería?», preguntó antes de pensarlo mejor.

Entrecerró ligeramente su mirada seguido de una sonrisa tensa que estaba allí un momento, desapareciendo al siguiente.

«Muy bien. Si insiste».

«Insisto».

«Sígame, milord».

Con un movimiento decisivo de sus faldas, se dio la vuelta para guiarlo hacia el frente de la casa. Había un dejo distintivo de desprecio en su voz cada vez que decía *'milord'*. Habiendo crecido en la casa de su padre, la burla y el desprecio no eran nada nuevo para él. Hacía mucho tiempo que había aprendido a evitar que tales actitudes le afectaran, pero escuchar el tono despectivo en su voz lo irritaba por alguna razón que no podía comprender.

Tal vez era porque, aunque ciertamente podía forzar su objetivo, preferiría tener la cooperación de la mujer, por el bien de Caillie. Desafortunadamente, hasta el momento, su experiencia con la señorita Morgan sugería que la cooperación podría no estar en su naturaleza.

Sin fuego encendido en la chimenea, el salón al que lo llevó estaba más oscuro que el resto de la casa y un frío impregnaba el espacio. Caminó hacia los dos sofás uno frente al otro mientras ella cerraba la puerta con un clic audible.

Agarrando su muñeca detrás de su espalda, como solía hacer, Colin se giró para mirar hacia la chimenea mientras esperaba que ella se uniera a él.

«¿Enciendo un fuego? Creo que nuestra primavera escocesa es bastante fría para su sangre inglesa».

«No es necesario, señorita Morgan», respondió ignorando su condescendencia y sospechando que solo estaba tratando de retrasar

la conversación. Luego, hizo un gesto hacia uno de los sofás. «¿Nos sentamos?».

La mandíbula de Ainsworth se tensó y un destello distintivo cruzó su mirada ante el tono agudo de su voz, pero él se estaba acercando rápidamente a su límite con respecto a su actitud agria.

Tan pronto como se sentó en el centro de un sofá, Colin se sentó en el de enfrente. Luego se miraron el uno al otro.

Sus ojos verdes brillaron con rebelión y sus rasgos estaban tensos y amenazadores. Parecía una guerrera enfrentando una batalla.

Pero Colin también estaba preparado para luchar.

«Señorita Morgan, sin duda se da cuenta de que mi visita de hoy es por algo más que simplemente conocer a la señorita Claybourne».

Sus ojos se entrecerraron. «No puedo imaginar qué otros asuntos podría tener, milord», argumentó ella.

«¿No puede?», él arqueó una ceja. No tenía duda de que la expresión era imperiosa, pero pensó que se había ganado el derecho a estar un poco molesto por la insistencia de la señorita Morgan en llevarle la contraria.

Ella presionó sus labios en una línea severa antes de tomar una respiración profunda por la nariz. Luego se encogió de hombros y agitó una mano impaciente en el aire. «¿Por qué no me ilumina para que pueda ya marcharse?».

Sus cejas bajaron ante su tono despectivo y sus siguientes palabras salieron un poco más abruptamente de lo que pretendía. «Me gustaría que la señorita Claybourne viniera conmigo de regreso a Londres».

#

La respiración de Ainsworth se detuvo. Sus pulmones simplemente no tenían el poder de expandirse o contraerse mientras toda la vida dentro de ella se condensaba en un pequeño nudo justo detrás de su esternón.

«¿Con qué propósito?», preguntó con rudeza.

«Creo que es obvio».

El semblante plano y sin emociones del hombre frente a su propio pánico creciente hizo que Ainsworth se pusiera de pie. Cuando él también se puso de pie, ella casi gruñó su frustración por su ridícula insistencia en los buenos modales a pesar de lo completamente en desacuerdo que estaban el uno del otro.

«Oh, pero no lo es. Ni siquiera un poquito», ella se burló. «¿De verdad cree que puede aparecer de la nada y comenzar a dictar el destino de la niña?».

«No es mi intención dictar nada», señaló con firmeza.

«¡Disparates!», le hubiera gustado tomarse un momento para

disfrutar del destello de sorpresa en los rasgos estoicos del conde. En cambio, muy atentamente redujo la velocidad de su respiración a un ritmo más tranquilo. Luego, entrecerró la mirada mientras daba un paso decidido hacia adelante. «Hace mucho tiempo hice una promesa de nunca envolver a Caillie en mentiras. Ella siempre ha sabido las verdaderas circunstancias de su nacimiento ilegítimo y lo que eso significa para la sociedad. Su propio padre y abuelo demostraron ser ejemplos infalibles de cuán cruelmente podía ser tratada. Me prometí a mí misma y a ella que nunca la obligaría a una situación en la que tuviera que luchar para convencer a alguien de su valor. Ella es mucho más que las circunstancias de su nacimiento, más que las decisiones de sus padres, más que los rechazos y los juicios que sin duda recibirá a lo largo de su vida. He hecho todo lo posible para asegurarme de que lo entienda, de que lo crea con todo su ser».

«Yo diría que ha hecho un excelente trabajo en ese sentido».

Ella hizo una mueca que le decía exactamente lo que pensaba de su pequeña interjección.

«Londres es un lugar frío, duro y sin compasión», continuó con tono sombrío. «Y, sin embargo, desea llevarla directamente al corazón de todo eso».

Su expresión permaneció firme mientras hablaba en un tono duro pero sereno. «Señorita Morgan, aprecio sus instintos protectores y entiendo su deseo de asegurar su felicidad considerando toda la tragedia que rodeó su nacimiento. Pero ella es mi hermana. No puedo volver atrás y cambiar las acciones de mi padre, y no puedo alterar el hecho de que recién me enteré de su existencia». Un ceño fruncido oscureció brevemente sus rasgos antes de suavizarse rápidamente. Sus ojos eran intensamente azules mientras la miraba fijamente. «Pero ahora lo sé. Y ahora estoy aquí. Y no importa cuánto lo desee usted, simplemente no voy a desaparecer. Es mi deber asegurarme de que ella reciba lo que es suyo por derecho».

Con el corazón acelerado, plantó sus manos firmemente en sus caderas. «¿Y qué es eso exactamente?».

«Reconocimiento», respondió él de buena gana. «Una educación adecuada para una jovencita».

Ainsworth no pudo contener su bufido.

Entrecerró los ojos, pero continuó. «Una dote apropiada. Y una introducción a la sociedad cuando sea el momento adecuado».

A ella se le retorció el estómago. «¿Y también se asegurará de que reciba la burla y el ridículo social habituales por haber nacido como bastarda?».

Se puso visiblemente rígido mientras los músculos de su mandíbula trabajaban más rápido. «La protegeré».

«No puede protegerla de todo, milord».

«Usted tampoco», respondió en un tono más bajo que le llegó directamente al centro del pecho.

Su pánico aumentó ante su evidente determinación. Porque sabía muy bien que no podía impedirle que se llevara a Caillie si eso era lo que quería. Ella era solo una prima lejana mientras que él era su hermano y un conde. Tenía el poder de hacer lo que quisiera.

Y ella lo odió por eso.

«Puedo protegerla de usted», dijo ella en un vehemente susurro.

Por una fracción de segundo, la fachada dura y distante huyó de su expresión, permitiendo una breve y sorprendente visión de algo más. Algo intenso y poderoso y lejos de carecer de emociones. Pero luego, la máscara volvió a colocarse firmemente en su lugar. «No soy el hombre que él fue».

Cuando ella echó una mirada mordaz a sus botas y luego volvió a levantarla, un agudo escalofrío de intensa conciencia la sacudió, pero se aseguró de que solo se mostrara burla en su expresión. Avanzando hasta que tuvo que inclinar la cabeza hacia atrás para encontrarse con su mirada ceñuda, preguntó en un susurro feroz. «¿Pero no es así? Viene hasta aquí sin invitación y sin pensar en las consecuencias de su acción. Habla de *deber* y *responsabilidad* mientras amenaza con sacar a una niña del único hogar que ha conocido y llevarla entre extraños fríos e indiferentes».

Su expresión era dura. Inmóvil. Insensible.

«No será echada a los lobos, señorita Morgan».

«Aquí es libre», continuó Ainsworth apasionadamente, «libre de las horribles y arbitrarias reglas que el mundo le exigiría seguir. Libre de todas las etiquetas y restricciones que su sociedad insistiría en otorgarle. No le haré eso. No cuando trabajé tan duro para darle una vida más allá de esas cosas, una vida de posibilidades».

«Ella tendrá todos los recursos y la protección que puedo proporcionarle».

«Caillie no necesita nada de usted. Me tiene a *mí*».

Por un instante fugaz, su estoicismo constante se quebró, dejando solo un atisbo de lo que prosperaba debajo. Su mirada se entrecerró peligrosamente y la línea de su mandíbula se volvió dura y definida. El cambio en él la sorprendió. Al igual que la fuerza y la frustración en su expresión. La pura intensidad de esto hizo que su corazón se acelerara salvajemente mientras luchaba por mantener su posición.

Ella lo había estado provocando desde el momento en que llegó. Su rudeza y burla se habían mostrado para lograr el máximo efecto para asegurarse de que él supiera exactamente cómo se sentía acerca de su intrusión. Y a pesar de todo, había mantenido una firmeza inquebrantable. Había habido breves atisbos de su tensión en

un ceño fruncido rápidamente o un rápido apretar de los dientes, pero en su mayor parte, había mostrado una mirada constantemente serena y una actitud tranquila y paciente.

Por lo que esta gloriosa exhibición de temperamento y fuego, era completamente inesperada. Parecía una persona diferente. El poder de su repentina pasión e intensidad la conmocionó de manera física. Su cuerpo se iluminó en reacción. Sus músculos zumbaron y su sangre corrió un poco más rápido.

«Ella es la hija del conde de Wright y mi hermana», afirmó en un tono brusco y autoritario que le provocó un escalofrío en la nuca. «Eso es todo lo que necesito para insistir en que venga a Londres. Le guste a usted o no».

La fuerza de su pánico se abrió paso a través de su inexplicable reacción a su repentina contundencia. «Ella no irá».

«Sí, Worthy, iré».

El corazón de Ainsworth se paró con una fuerza dolorosa. La voz clara de la muchacha borró la ferocidad de su postura contra el conde.

Al girarse, vio a Caillie parada orgullosa y voluntariosa en la puerta. Dios la ayudara, conocía esa mirada de determinación obstinada. Cerró los ojos y soltó el aliento con un suspiro profundo y doloroso.

«Con una condición», añadió la niña.

Al abrir los ojos, Ainsworth se obligó a respirar mientras la muchacha se acercaba a ambos, donde estaban parados cara a cara como comandantes en un campo de batalla.

El conde se giró primero para responder. «Me esforzaré por adaptarme a cualquier condición que requiera». Su tono era tan razonable y tranquilo. Nada de la orden dura y acalorada que había empleado hacía solo unos momentos.

Ainsworth nunca había querido golpear a alguien con tanta fuerza como lo quería hacer en ese momento. Logró contenerse solo concentrándose intensamente en el rostro de Caillie. Su dulce rostro de mejillas suaves con su mirada inteligente pero inocente y su boca sonriente actualmente apretada en una línea firme.

Esos ojos color avellana se volvieron hacia Ainsworth. «Worthy». Su voz era suave pero firme, imitando un tono que Ainsworth había usado a menudo cuando intentaba calmar y dirigir a la niña en momentos de mal humor. «Su señoría tiene razón. Merezco una oportunidad de aprender todo lo que pueda sobre mi padre y el mundo del que él ha venido. Y me gustaría conocer a mis hermanos y ver Londres».

Caillie se volvió hacia el conde y continuó. «Pero no aceptaré quedarme indefinidamente. Considérelo una visita prolongada. Si

decido que deseo irme, me gustaría que me prometiera que no me impedirá hacerlo».

El corazón de Ainsworth saltó hacia adelante de orgullo por la previsión y la audacia de la niña. Miró al hombre a su lado.

A pesar de una tensión apenas perceptible en su perfil, se agarró la muñeca detrás de la espalda e inclinó la cabeza en reconocimiento y aceptación. «Lo prometo. Serás libre de regresar a Faeglen en cualquier momento», bajó la barbilla, «pero espero que estés dispuesta a darle una oportunidad justa».

«¿Serán suficientes tres meses para comenzar?», Caillie respondió rápidamente.

Él arqueó las cejas. «Creo que sí».

«Y…», continuó Caillie con una inclinación obstinada de su barbilla, «Worthy debe acompañarme».

Ainsworth sintió que la mirada del conde se desviaba rápidamente hacia ella antes de apartarse de nuevo, pero no se molestó en reconocer su reacción mientras observaba a su joven protegida con una mirada entrecerrada.

Caillie no solo había decidido demostrar su naturaleza atrevida, aparentemente también había decidido demostrar su inteligencia. La chica sin duda era muy consciente de que la mitad de las objeciones de Ainsworth se volvían esencialmente irrelevantes si ella era incluida en la invitación del conde.

«Y Bramble», agregó la chica rápidamente en el momento del atónito silencio.

El conde se negaría. Seguramente, él no querría la cáustica presencia y hostil actitud de Ainsworth, y que ella tenía toda la intención de mantener, rondara su vida durante tres largos meses.

Pero luego asintió brevemente y respondió con firme convicción. «De acuerdo. En ambos casos».

Los ojos de Caillie brillaron con una emoción innegable, pero miró primero a Ainsworth. «¿Worthy?».

Pensando en todas las posibles razones para negarse que se le ocurrieron, rápidamente se dio cuenta de que después de la amable aceptación del conde, cualquier otra objeción de su parte la haría parecer irrazonablemente testaruda. Y no podía ignorar que, aunque dudaba que Caillie fuera si no tenía la bendición de Ainsworth, en realidad no era necesario que el conde la obligara a hacerlo. En última instancia, preferiría estar con Caillie dondequiera que estuviera la chica que lejos de ella, sabiendo que podría necesitarla.

No tenía elección. Con un suspiro audible, finalmente respondió. «Solo por tres meses».

La boca de Caillie se abrió en una sonrisa de innegable anticipación mientras bailaba una pequeña y animada jig. «¡Nos

vamos a Londres!».
[Nota de la Trad.: *"jig" es un tipo de danza folclórica rápida y animada, originaria de las Islas Británicas y caracterizada por pasos rápidos y saltarines*]

«Pero…», interrumpió Ainsworth en un tono brusco cuando finalmente se volvió para dirigirse al conde, «es imposible que estemos listas para emprender semejante viaje hoy o incluso mañana» añadió con severidad mientras él abría la boca como si se estuviera preparando para discutir. Luego juntó los labios y le permitió terminar.

Ella comenzó a contar los puntos con los dedos. «Debemos informar sobre todas las cosas aquí al señor y a la señora Norris. Hacer arreglos para que alguien del pueblo cuide de Roy y las niñas. Necesitaremos tiempo para empacar».

«¿Cuánto tiempo?», preguntó de una manera que sugería que podía ser razonable.

Ella le dio una sonrisa tensa, sabiendo que no le gustaría su respuesta. «Dos semanas».

Se le formó un surco entre las cejas y un destello de fuego frío se iluminó en su brillante mirada azul. «Haré que envíen un carruaje para que las recojan».

Y eso era todo. Le gustara a ella o no, ¡y vaya que no le gustaba nada!, Cailleach Claybourne y Ainsworth Morgan irían a Londres como invitadas del conde de Wright. Ainsworth esperó hasta que el conde se despidiera con firmeza y Caillie saliera corriendo para desahogar su emoción antes de retirarse a su dormitorio en la esquina y llorar a gusto para liberar la tensión.

Por desgracia, no liberó mucha tensión. Cuando por fin recuperó el aliento y se lavó la cara con agua, se sentó a mirarse en el espejo ovalado que colgaba sobre su tocador.

Ojos rojos e hinchados. Piel con manchas. Cabello despeinado. Siempre parecía asustada después de un fuerte llanto.

No es que llorara muy a menudo. En su vida solo había habido unas pocas ocasiones que le habían provocado una oleada de emoción tan fuerte. El día en que su padre murió en un accidente de carruaje cuando regresaba a casa desde Edimburgo. Ella no era más que un bebé cuando falleció su madre, así que él había sido su mundo entero.

También estaba la noche en que nació Caillie. Esas eran lágrimas de alegría extrema y sin filtros. A la mañana siguiente, cuando Davina se fue silenciosamente de este mundo, lloró por dolor.

Y hoy, cuando vio que su mayor miedo tomaba sentido en la forma de un elegante conde inglés.

Se había vuelto demasiado complaciente, demasiado cómoda y confiada en la creencia de que nadie se atrevería a entrometerse en el

pequeño mundo privado que había creado para Caillie y para ella misma. Después de la triste muerte de Davina, Angus había dejado en claro que no quería tener nada que ver con una nieta nacida de la desgracia y la muerte. Esos primeros años en su casa habían sido tortuosos y oscuros. Todo lo que había podido hacer era tratar de aislar a la inocente hija de Davina de la ira y el resentimiento que la rodeaban. Ainsworth había creído a medias que Angus se comportaba por el dolor por la pérdida de su única hija y que, con el tiempo, llegaría a aceptar a su nieta.

Pero nunca lo hizo.

Al darse cuenta de la sombría vida que la inocente hija de Davina enfrentaba en un hogar así, Ainsworth había pasado cada momento de esos primeros años planeando un futuro diferente. Un futuro en el que Caillie estuviera libre del duro juicio de los demás. Un futuro lleno de felicidad e independencia en el que nunca más dependerían de la aceptación y la buena voluntad de otra persona. Lo lograrían por sí solas. O no lo harían en absoluto.

Angus finalmente aceptó una liberación anticipada de la herencia que le correspondía a Ainsworth si eso significaba que ella se llevaría a la hija ilegítima con ella cuando él se marchara. Aunque Rosmuir era el único hogar que Ainsworth había conocido, se había alejado de él sin mirar atrás.

El futuro era su única preocupación.

El futuro de Caillie.

En los años que había permanecido vacía, Faeglen había recibido un mantenimiento mínimo por parte del señor y la señora Norris. Así que, aunque la vieja casa había permanecido en un estado suficientemente habitable, todavía había sido necesario mucho trabajo para convertirla en un hogar. Ainsworth había aprendido mucho en esos primeros años. Cómo identificar las diversas hierbas que crecían en los bosques y valles cercanos, así como sus múltiples usos, y lo que necesitaría plantar ella misma. Que el valor de un buen caballo de batalla superaba con creces la necesidad de un pura sangre cualquier día y que las sedas y los satenes no tenían ningún uso más allá de los salones de baile y los salones de estar y que valían su peso en oro cuando se intercambiaban por algodón, lana y cuero útiles. Cómo hornear casi cualquier cosa que una muchacha en crecimiento pudiera desear y lo gratificante que podía ser poner una mesa con caza que había aderezado ella misma y verduras cultivadas con su propia atención diligente.

Cada elección que había hecho, cada habilidad ganada con esfuerzo que dominó mientras creaba un hogar para ellas en Faeglen tenía un propósito. Puede que no hubiera dado a luz a Caillie, pero le daría cada gramo de amor, apoyo y protección que Davina le habría

otorgado si hubiera vivido. Ainsworth había jurado inculcarle a la niña el tipo de confianza e independencia que nunca permitiría que nada ni nadie más dirigiera sus elecciones o su felicidad.

Y para hacerlo, Ainsworth se había visto obligada a aprender a modelar esas cualidades también. Habiendo sido criada como la hija de un caballero, no había sido fácil. Pero había valido la pena ver a la niña que amaba como suya convertirse en una muchacha tan inteligente, compasiva y voluntariosa.

Aunque había habido momentos en que Ainsworth dudaba de su capacidad para criar sola a una niña tan testaruda, y a menudo se preocupaba de estar haciendo todo mal, nunca podía permitirse el lujo de pensar en esos pensamientos durante mucho tiempo. Se había dicho tantas veces a sí misma a lo largo de los años que había hecho lo mejor que podía con lo que tenía, que la frase se había convertido en un mantra.

Y la mayoría de los días, lo creía. Estaba orgullosa de la vida que había creado y de la muchacha que había criado. Orgullosa y ferozmente protectora.

Pero de vez en cuando... la duda se colaba y le preocupaba no haber hecho lo suficiente para compensar todo lo que Caillie nunca tendría. Se preguntaba si había logrado cultivar las cualidades y habilidades que la muchacha necesitaría si la crueldad de la vida llegara a su puerta.

Ainsworth había hecho todo lo posible para evitar que eso sucediera.

Pero hoy, con la aparición repentina de un inglés arrogante, temía que la pequeña vida segura y feliz que había construido para Caillie estuviera a punto de derrumbarse ante sus ojos.

Capítulo Seis

Tres semanas y dos días después, Ainsworth salió del lujoso carruaje del conde, un paso detrás de Caillie, que había saltado al suelo sin esperar a que el lacayo le ofreciera una mano. Echando la cabeza hacia atrás, Ainsworth echó una mirada atenta a la hermosa casa de Grosvenor Square, perteneciente al conde de Wright. Construida con ladrillo rojo descolorido, con molduras blancas alrededor de cada ventana y columnas blancas enmarcando la entrada, era perfectamente simétrica en todos los sentidos, salvo por las enredaderas de madreselva que se extendían por un lado del edificio.

Le sorprendió que el conde no se hubiera ocupado de las caprichosas enredaderas. Seguramente, sus fragantes flores arruinarían el efecto imponente que su casa pretendía proyectar.

Bramble saltó del carruaje detrás de ella y corrió para alcanzar a Caillie, quien ya estaba a mitad de camino de los escalones de entrada, hacia las puertas dobles pintadas de un blanco limpio con relucientes manijas doradas y aldabas con volutas.

«Por aquí, por favor, señorita», el lacayo asintió hacia los escalones.

Aunque su estómago dio un vuelco rápido y revuelto, Ainsworth se dirigió hacia la casa. Apenas llegó al lado de Caillie cuando las puertas principales se abrieron sin que fueran tocadas, mostrando la figura alta y de hombros anchos de un hombre de mediana edad vestido todo de negro con cabello oscuro con mechas plateadas. La expresión del hombre era decididamente de mayordomo, distante y apático con solo un ligero indicio de arrogancia en la inclinación de su barbilla cuadrada.

«Señorita Morgan. Señorita Claybourne». El mayordomo asintió profundamente a cada una de ellas por turno antes de romper el personaje con un rápido destello de sorpresa al notar al collie suelto. «Por favor, entren».

Se hizo a un lado con un amplio gesto que estaba apenas un poco lejos de ser dramático, acompañándolas a un vestíbulo de entrada cavernoso. Los pisos de mármol pulido brillaban, las paredes estaban cubiertas de seda verde pálido y el techo estaba pintado pareciendo un cielo estrellado de medianoche. Una amplia escalera, también de mármol, revestida de un azul intenso que le recordaba a Ainsworth los ojos del conde, se curvaba hacia el piso superior formando un elegante arco.

«En este momento, lord Wright está ocupado con un asunto importante, pero desea darles la bienvenida personalmente a Londres

y a su hogar. Permítanme mostrarles el salón donde podrán esperar su llegada».

El tono del mayordomo no daba lugar a ninguna negativa ni resistencia.

Ainsworth apretó los labios y le dirigió a Caillie un rápido arqueo de las cejas cuando la muchacha la miró. Después de sus viajes, habría sido agradable acomodarse y refrescarse, tal vez disfrutar de un pequeño refrigerio, pero parecía que estarían esperando el placer de encontrarse con el conde.

No la sorprendía en lo más mínimo.

El salón era casi pintoresco comparado con la entrada, pero estaba adornado de manera similar con los mejores materiales, pulido y acolchado a la perfección. Ni siquiera el jarrón de rosas blancas colocado sobre la mesa cerca de la puerta se atrevía a mostrar un rastro de marchitamiento o amarillamiento.

«¿Debo pedirles algo para beber?», preguntó el mayordomo desde la puerta.

«Un té sería encantador», respondió Ainsworth. Cuando Caillie se volvió con ojos esperanzados, agregó, «y sándwiches, tal vez. No hemos comido desde muy temprano esta mañana».

El mayordomo asintió y luego fijó una mirada fija en Bramble, que permaneció cerca de los talones de Caillie mientras la niña se acercaba a la ventana.

«Haré que uno de nuestros lacayos cuide al perro mientras esperan».

«Bramble no suele irse con extraños».

Apenas terminó de hablar cuando el mayordomo dio una breve palmada acompañada de un silbido agudo.

El border collie se dio la vuelta y trotó directamente al lado del hombre y el sirviente mayor lo sacó de la habitación sin decir una palabra más.

«Ven a ver el jardín, Worthy», exclamó Caillie sin aliento. «Parece un sueño».

Con las manos enguantadas fuertemente unidas frente a ella, Ainsworth se acercó a la chica. El jardín era extenso, con una profusión de rosales, árboles floridos en capullo o en plena floración, setos esculpidos y una fuente de piedra que representaba una elegante figura femenina que parecía haberse quedado congelada en medio de un baile.

«Está bien, supongo», respondió Ainsworth, «pero un poco sin vida, ¿no crees? Con todo en su pequeña fila ordenada y todas las líneas rectas y las ramas demasiado podadas».

Caillie se rió y la miró de reojo, «no es como nuestro terreno rebelde, sin duda. Pero tienes que admitir que tiene su propio

encanto».

«No tengo que admitirlo en absoluto».

«No seas tan testaruda, Worthy», la chica amonestó, pero con una sonrisa. «No puedes ir por ahí odiando todo lo relacionado con el conde y nuestra visita a Londres».

«No odio todo», argumentó Ainsworth.

«Solo todo lo que hemos conocido hasta ahora», replicó Caillie.

Ainsworth no podía negarlo. No cuando se había asegurado de señalar lo innecesariamente blandos que habían sido los asientos del carruaje, cómo los caballos corrían tan rápido que no tenían muchas posibilidades de disfrutar del paisaje que pasaban, o cómo la comida en las posadas en las que se habían detenido era demasiado rica para sus gustos tan sencillos. Había sido completamente ridícula y descaradamente transparente durante todo el viaje. Y no podía lograr arrepentirse.

Cada pequeño lujo y comodidad se sentía como otra bofetada en la cara, mostrándole todo lo que el conde podía darle a Caillie y que Ainsworth nunca podría soñar con proporcionarle.

Pero ¿podría darle a la muchacha la protección que necesitaba? ¿El apoyo y el estímulo? ¿Y el amor?

Ainsworth no podía imaginar una emoción tan gentil y desinteresada viniendo del reservado y autocrático lord.

«Disculpen, he traído té y un bocado para calmar su hambre».

Al darse la vuelta, Ainsworth vio cómo una mujer delgada, tal vez diez años mayor que ella, se acercaba para colocar una bandeja de plata en la mesa delante del mullido sofá. El pesado anillo de llaves en su cintura revelaba su posición como ama de llaves. Dirigiendo una sonrisa en su dirección, la sirvienta mayor preguntó, «¿Quiere que le sirva, señorita?».

«No, gracias...».

«Señora Athens, señorita», dijo la ama de llaves con una breve reverencia.

«Gracias, señora Athens», dijo Ainsworth con una sonrisa agradable, «nosotras nos las arreglaremos solas».

«Por supuesto, señorita. Llámeme si necesita algo más». La ama de llaves asintió y salió rápidamente de la habitación.

«Oh, tengo que probar eso», suspiró Caillie con expectación mientras alcanzaba un pastel muy glaseado.

«¡Ah!», Ainsworth la detuvo con la palabra cortante. «No estamos en Faeglen. Si alguna vez hubo un momento para emplear los modales adecuados, es ahora. Siéntate y te serviré el té».

Aunque la chica resopló, se sentó en el borde del sofá y se alisó las faldas sobre las rodillas mientras Ainsworth se sentaba a su lado. Después de servir el té, permitió que Caillie eligiera el pastel y luego

la instó a que también tomara uno de los sándwiches de pepino cortados en triángulos.

Después de disfrutar del bienvenido respiro, Caillie comenzó a deambular por la habitación. Su entusiasmo no le permitía permanecer sentada mucho tiempo. A Ainsworth le hubiera gustado caminar un poco por su cuenta, pero lo que la motivaba era la ansiedad y el temor. En cambio, mantuvo su posición en el sofá mientras su mirada recorría la habitación, saltando entre Caillie mientras la niña exclamaba sobre este o aquel nuevo descubrimiento y su propia lectura abierta de la decoración y los detalles de la habitación. Todo lo que captaba su atención evidenciaba innegablemente la riqueza y la sofisticación del conde.

Aunque Ainsworth había crecido como la hija de un caballero, la posición de su padre no se había acercado ni de lejos a la del conde. Sin embargo, en lugar de sentirse impresionada por su entorno, experimentaba una creciente sensación de pavor con cada exclamación de asombro que salía de su impresionable compañera.

¿Cómo podría Caillie regresar a Faeglen sin haber sido alterada de manera absoluta e irreversible por su estancia en ese alojamiento?

La idea provocó un rápido retorcimiento en su interior. Una dolorosa y desgarradora certeza de que la vida nunca sería la misma para ninguna de las dos. Y aunque había hecho todo lo posible durante los últimos once años para asegurarse de que la muchacha estuviera preparada para capear cualquier tormenta, Ainsworth no estaba tan segura de que a ella misma le estuviera yendo tan bien.

«Señorita Morgan. Señorita Claybourne. Me alegro ver que han llegado a salvo a Londres».

Caillie se dio la vuelta desde donde estaba examinando el cuadro del paisaje colgado sobre la repisa de la chimenea mientras Ainsworth se ponía de pie y se giraba para mirar al conde.

Todos sus nervios estaban tan tensos que sentía que podría estallar en cualquier momento, pero allí estaba él, mostrando una calma prístina y una elegancia sin fisuras. Estaba de pie justo en la puerta, vestido con un abrigo gris carbón sobre un chaleco de un tono ligeramente más claro. Su corbata era blanca como la nieve y estaba diseñada por expertos. Sus pantalones eran negros y se ajustaban perfectamente, mientras que sus botas despedían un brillo pulido.

Si bien ella y Caillie sin duda mostraban cada minuto de sus viajes con sus vestidos arrugados y su cabello rebelde, él parecía en todo momento el fino aristócrata londinense. Refinado. Guapo. Y absolutamente carente de emociones.

Aunque, cuando su mirada azul se cruzó brevemente con la de ella antes de pasar a Caillie, un calor extraño recorrió su cuerpo. La consumió solo por una fracción de segundo antes de que un escalofrío

hormigueante le hiciera cosquillas en la nuca, tratando de ahuyentarlo. Pero no del todo. El calor permaneció bajo la superficie, contenido en el remolino de su sangre.

Había esperado que el extraño efecto que el hombre le había causado en Faeglen hubiera sido el resultado de su sorpresa e incomodidad por su repentina aparición en sus vidas. Aunque había tenido mucho tiempo en las tres semanas desde que se había ido de Escocia para explicar sus reacciones ante el hombre, aparentemente, no había servido de nada.

Para distraerse, lanzó una rápida mirada reveladora hacia su protegida y las dos hicieron una reverencia apropiada. «Buenas tardes, milord».

«Gracias por darnos la bienvenida a su hermosa casa», agregó Caillie. Su tono era un poco nervioso, pero era el sentimiento lo que importaba.

La boca del conde se transformó en lo que podría haber sido el comienzo de una sonrisa antes de que se desvaneciera. «Me disculpo por haberlas hecho esperar. No esperaba ocuparme por tanto tiempo».

«En verdad, no había razón para que nos diera la bienvenida usted mismo», dijo Ainsworth, «nos habría parecido bien que su ama de llaves nos acompañara a nuestras habitaciones».

Sus cejas se fruncieron levemente ante la crítica sutil en su comentario.

«Sí, bueno», se aclaró la garganta, «supongo que estaba ansioso por saludarlas en persona».

El tono de su voz de repente la hizo sentir incómodamente desagradecida.

«Es muy emocionante estar aquí», intervino Caillie con sincero entusiasmo. «No puedo esperar a verlo todo».

El ceño fruncido se aflojó y otra sonrisa amenazó con suavizar la presión de sus labios. Ainsworth deseaba que la maldita sonrisa simplemente se liberara.

«No quería abrumarlas tan pronto como llegaran, pero he organizado un recorrido por la casa mañana».

«Gracias, milord», Ainsworth hizo todo lo posible por intentar sonreír también, pero no lo logró mejor que él. «Por ahora, me pregunto si nos podrían mostrar nuestra habitación para que podamos refrescarnos un poco después de un viaje tan largo».

Él asintió profundamente con la cabeza. «Por supuesto».

Luego se dio la vuelta y les hizo un gesto para que lo siguieran a la salida del salón. «Por aquí».

Cruzando el vestíbulo de entrada con piso de mármol, las condujo a la gran escalera.

«He dispuesto que ambas estén en el ala este, donde pueden

estar cerca la una de la otra, pero tienen sus propias habitaciones. Hay una sala de estar privada entre ustedes que pueden compartir para cualquier propósito que deseen. También hay un aula en el piso justo encima de ustedes que ha sido ventilada y limpiada, si desean hacer uso de ella.

«¿Nuestros propios dormitorios? ¿Y una sala de estar?».

Asintió ante las preguntas de Caillie mientras llegaban al rellano del segundo piso y comenzaban a caminar por el pasillo.

Ainsworth tenía en la punta de la lengua recordarle a la niña que tenían sus propios dormitorios en Faeglen. Y una casa entera para compartir en lugar de solo una sala de estar.

Con una sonrisa tensa, se felicitó en silencio por su creciente talento de autocontrol.

Se detuvo frente a una puerta abierta. «La señora Athens pensó que le gustaría esta habitación, Caillie, pero si algo no es de su agrado, hay otras entre las que puede elegir».

Caillie cruzó el umbral de un salto mientras Ainsworth caminaba tentativamente tras ella. Involuntariamente, deslizó una mirada de reojo hacia el conde cuando pasó junto a él. Su atención estaba centrada en la muchacha. El ceño fruncido entre sus cejas se profundizó y luego se suavizó mientras los músculos de su mandíbula se tensaban y luego se relajaban.

¡Estaba nervioso! La constatación la sorprendió y la deleitó.

Bien. Que sintiera, aunque solo fuera una pizca de la inquietud que había experimentado desde el momento en que lo vio de pie en su gallinero.

«Es maravillosa», exclamó Caillie.

Ainsworth cambió su atención a la chica que daba vueltas en el dormitorio bañado por el sol. Decorada en un suave tono amarillo con detalles en verde hoja y blanco, la habitación contaba con una gran cama con dosel vestida con un cubrecama de color salvia y una manta tejida en un intenso verde bosque doblada a los pies de la cama. En una esquina había un escritorio antiguo y en la otra había un lavabo parcialmente oculto por un biombo. Una gruesa alfombra de lana estaba extendida delante de la chimenea y una selección de libros cubría la repisa de la misma. Pinturas pastorales de perros, caballos y ovejas adornaban las paredes y las dos amplias ventanas abatibles parecían dar al jardín de abajo. Incluso había una almohada mullida en el suelo junto a la cama para Bramble.

Era perfecta y no podría haberle quedado mejor a Caillie si Ainsworth la hubiera decorado ella misma.

Un punzante dolor atravesó su vacío interior. El primero de muchos, sin duda.

Mientras ella aminoraba el paso para contener la presión de la

emoción, el conde se adelantó para mostrarle a Caillie dónde estaba el tirador de la campana y le indicó el armario y la cómoda donde habían guardado sus cosas mientras esperaban en el salón.

«La señora Athens les presentará a la doncella que las ayudará a ambas durante su estadía».

«Eso no es necesario, milord», intervino Ainsworth. «Podemos arreglárnoslas bien sin una doncella».

Sus ojos eran severos cuando respondió. «Sin embargo, se ha designado una para su comodidad».

Como si sintiera la tensión entre los adultos y sintiera la necesidad de interrumpir, Caillie saltó hacia ellos con una amplia sonrisa. «Me encanta, milord. Apenas puedo creer que realmente esté aquí en Londres. Muchas gracias».

Hizo un breve gesto con la cabeza, claramente incómodo por la efusiva respuesta de la niña. «Solo quiero que estén cómodas. Vengan, les mostraré la sala de estar».

Una puerta cerrada cerca del escritorio daba paso a una habitación espaciosa que contenía otro escritorio más grande y una colección de dos sofás y dos sillas que rodeaban una mesa baja y ancha. La habitación estaba decorada en un tono de verde más oscuro que el dormitorio de Caillie, con toques de azul cielo y amarillo narciso representados en los cojines del sofá, las cortinas y otros elementos. En un rincón de la habitación había una pequeña colección de instrumentos musicales y en otro había una estantería con libros encuadernados en cuero y tela.

También era, en una palabra, perfecto.

Ainsworth quería saltar por la ventana.

«Su habitación está al otro lado de esa puerta, señorita Morgan. ¿Puedo…?».

«No es necesario, milord», interrumpió. La frase amenazaba con volverse inocua después de tantos usos. «Puedo encontrar el camino a la habitación de al lado. Gracias por su hospitalidad. Creo que ambas estaremos muy cómodas».

Él asintió y miró hacia donde Caillie estaba examinando los libros en los estantes. «Entonces, eh, simplemente las dejaré para que se acomoden».

«Si se me permite preguntar, milord, ¿cuál es la expectativa para la cena de esta noche?».

«La cena se sirve normalmente a las ocho en el comedor formal. Ambas son bienvenidas a unirse a mí cada noche, aunque habrá momentos en que tal vez tenga que salir». Hizo una pausa y luego agregó, «por supuesto, si prefieren tomar sus alimentos en privado, eso también se puede arreglar».

«Esta noche, al menos, creo que cenaremos aquí arriba, si no le

molesta», respondió Ainsworth.

Asintió profundamente. «Por supuesto. Sin duda, ambas están cansadas de su viaje. Avisaré a la señora Athens».

«Gracias».

Asintió, sus ojos azules se encontraron con los de ella nuevamente por un momento conmovedor antes de darse la vuelta y dejarlas.

«Vamos, Worthy, veamos tu dormitorio». Caillie le agarró la mano y la jaló hacia la otra puerta que comunicaba con la suya.

En comparación con la habitación bañada por el sol de Caillie y los tonos de bosque de la sala de estar, el dormitorio de Ainsworth estaba inundado de color. Azul pavo real. Ciruela intenso. Rojo, naranja, amarillo y verdes de todos los tonos. Incluso la colcha era multicolor en un patrón animado de follaje en espiral. En contraste con las obras de arte que se exhibían en la habitación de Caillie, la habitación ostentaba un espectacular paisaje marino y una majestuosa cadena montañosa. Y encima de la cama, una escena de una cascada con ciervos saltando y un sinfín de flores silvestres que crecían a lo largo de la orilla rocosa de un río. Un sillón de cuero de gran tamaño estaba inclinado frente a la chimenea con una mesita al lado que sostenía una lámpara de lectura.

«¿No te encanta?», susurró Caillie.

Maldita sea. Le encantaba.

Capítulo Siete

Colin dejó que sus nuevas huéspedes se instalaran y trató de ordenar la extraña combinación de alivio y pánico que luchaba en su interior.

Finalmente habían llegado.

¿Y ahora qué?

Cuando descubrió la obsesión enloquecida de su padre por engendrar una multitud de hijos ilegítimos como forma de vengarse de la infidelidad de su esposa, Colin solo tuvo un pensamiento. Arreglar las cosas.

Mientras que Colin había heredado una gran vida llena de privilegios y lujos solo porque había sido concebido dentro de los límites de un matrimonio que se había arruinado antes de que él naciera, sus hermanos se habían quedado para enfrentar al mundo con el estigma de la ilegitimidad mientras se les negaba el apoyo de la riqueza y la influencia de la familia Wright.

La única forma que conocía para corregir tan horrenda inequidad era proporcionar a sus hermanos y hermana los medios y recursos que su padre les había negado durante mucho tiempo.

Al ser la más joven y, por lo tanto, la más recientemente concebida, Cailleach Claybourne había sido la primera niña cuya ubicación había sido confirmada por Nightshade. Y aunque Colin había pasado los últimos meses intentando ponerse en contacto por carta con la señorita Morgan para concertar una reunión, también había localizado, con la inestimable ayuda de Nightshade, a un hermano que vivía actualmente en Gales. Colin también había enviado una carta al joven llamado Beynon Thomas. Desafortunadamente, la respuesta que había recibido no había sido favorable. De hecho, era casi francamente hostil.

Se creía que otro hermano había nacido aquí mismo en Londres, aunque en el East End. Nightshade había estado centrando una gran cantidad de recursos en tratar de localizar el estado actual de Max Owen, de diecinueve años, pero hasta ahora, no había tenido éxito. Todo lo que había descubierto hasta la fecha era que Owen había quedado huérfano a una edad temprana. Lo habían trasladado de un hogar temporal a otro antes de terminar en un orfanato que abandonó voluntariamente hace varios años. La única información que desde entonces Nightshade había descubierto sobre el paradero del niño se basaba en referencias vagas y especulaciones descabelladas.

Al menos Caillie estaba aquí. Aunque solo fuera por tres meses, era un paso en la dirección correcta. Había una oportunidad de que se

estableciera algo más duradero al final de esta visita, siempre que la señorita Morgan lo permitiera.

Esa mujer confundía a Colin.

Podía ver que sus motivos eran el amor y la necesidad de proteger a su hermana menor. Pero le preocupaba que la desconfianza de la mujer hacia él fuera demasiado profunda para superarla. Considerando el apego de su hermana a la mujer que la había criado, Colin sospechaba que la opinión de Ainsworth Morgan sobre él importaba tanto como la de la niña.

Tendría que encontrar una manera de ganarse a la mujer.

Desafortunadamente, el encanto no era algo que le sobrara.

Pero sí tenía paciencia. Y una especie de concentración firme que lo había ayudado a superar la mayor parte de su vida. Muy simple… una vez que se proponía algo, se aseguraba de lograrlo. Sin importar cuánto tiempo le llevara o cuánta angustia pudiera causarle. La resistencia de Colin había sido muy perfeccionada.

El conde anterior había sido implacablemente exigente en sus expectativas. Para su esposa, su hijo, su casa y todo lo que caía bajo su influencia o atención. El conde, que se mostraba fríamente encantador cuando quería algo, se enfurecía si algo no cumplía con sus rigurosos estándares. Su expectativa de perfección y la más estricta adherencia al protocolo adecuado habían sido impuestas por su personal superior y mantenidas en cada ampliación de las propiedades del conde.

Cuando su padre murió de un ataque cardíaco repentino y Colin ocupó su lugar como lord, Colin no dejó dudas de que haría las cosas de manera muy diferente al conde anterior.

Después de despedir a una gran parte del personal de su padre, había contratado cuidadosamente reemplazos, personas que serían receptivas a su forma de hacer las cosas. Luego, había reformado una gran cantidad de habitaciones en la residencia de Londres, así como en la casa de campo de la familia Wright. Y lo más importante, había comenzado una reforma completa de las políticas que su padre había empleado con respecto a sus granjas arrendatarias y otras propiedades de tierra.

Pero vio sus intentos de reparar el daño que les había hecho a sus hermanos como la mayor corrección a la vida de perfidia y venganza de su padre, un proceso que estaba resultando muy delicado y desafiante. A pesar de sus intenciones, simplemente no sabía cuál era la mejor manera de establecer una verdadera conexión con la descendencia ilegítima de su padre.

Colin consultó su reloj de bolsillo mientras descendía al salón principal. Aún faltaban unas horas para la cena. Se volvió hacia su estudio personal y decidió que probablemente debería revisar algunos de los informes recientes que había recibido del encargado que

administraba su finca en Hampshire.

No visitaba ese lugar a menudo, ya que era donde su padre residía con mayor frecuencia. El anciano desdeñaba Londres, lo que significaba que Colin pasaba la mayor parte del tiempo en la ciudad. Ahora que su padre se había ido, esperaba hacer más viajes al campo. Tal vez organizaría una visita para sus invitadas. Se imaginó fácilmente a su hermana corriendo con Bramble por los amplios campos, en una caminata con la señorita Morgan hacia las antiguas ruinas en el borde de la finca. Ya podía ver a la mujer de pie sobre el último muro que quedaba, el viento tirando de los rizos castaños oscuros de su trenza, su suave mirada verde escudriñando el horizonte.

Una visión atractiva, pero sin duda equivocada. Si alguna vez llevaba a la señorita Morgan a las antiguas ruinas, probablemente estaría demasiado tentada de empujarlo para que se alejara de la pared.

El reconocimiento fue una nube sobre sus pensamientos cuando entró en su estudio y lo encontró ya ocupado.

El caballero de cabello oscuro que estaba de pie junto al fuego, con el codo apoyado casualmente en la repisa mientras calentaba un brandy en la palma de la mano, se giró al entrar Colin y le mostró una sonrisa ligeramente condescendiente. «Hola, Wright».

Colin frunció el ceño. Sorprendido de que Roderick hiciera su primera visita a la residencia Wright en el momento más irritante. «¿Quién te dejó entrar?».

No hizo nada para ocultar el tono brusco de su voz, pero su hermano solo sonrió en respuesta.

«Tu fiel mayordomo hizo lo posible por rechazarme, pero puedo ser bastante persuasivo».

«Debería haber sabido que no cumplirías tu promesa», observó Colin mientras caminaba hacia el mueble para servirse un brandy.

«Oh, pero lo haré», respondió Roderick de inmediato. «Prometí no forzar mi presencia a tus invitados antes de que tuvieran la oportunidad de aclimatarse a su hogar temporal». Sonrió. «Nunca dije que no *te* obligaría a mi presencia».

Colin se volvió con el ceño fruncido. «¿Cómo supiste siquiera que estaban aquí?».

Su hermano se encogió de hombros. «He tenido a alguien vigilando su llegada. ¿No pensaste que dejaría todo esto completamente en tus manos? Ella es mi hermana tanto como tuya».

«Estoy consciente de ello», murmuró Colin antes de tomar un largo trago de su brandy.

«Las cosas van tan bien, ¿eh?».

Ignorando el comentario y la ceja arqueada irreverentemente

de Roderick, Colin se sentó en una de las sillas que estaban orientadas hacia el fuego.

Finalmente, mostrando un poco de la intuición por la que era bien conocido, Roderick se mordió la lengua y se sentó en el asiento opuesto.

A diferencia de los demás, durante toda su vida Colin y Roderick habían sabido de su relación a través del conde anterior, al igual que todo Londres, y habían vivido en un patrón de evasión mutua. Cada vez que se encontraban en la misma reunión social, uno de ellos simplemente se iba. Se había vuelto tan natural con el paso de los años que Colin apenas había pensado en ello.

Una vez que descubrió la existencia de otros hermanos ilegítimos, Colin supo que no podía comenzar a arreglar las cosas mientras seguía eludiendo al hermano que ya conocía. Había entendido, por supuesto, por qué Roderick no había querido tener nada que ver con el hijo legítimo del hombre que se había negado a reconocerlo. Pero nunca había comprendido realmente su propia evasión hasta que había tomado la decisión, varios meses atrás, de acercarse a su hermano, que era tan cercano a él en edad. El resentimiento y la desconfianza en los ojos del otro hombre, que se parecían tanto a los de su padre, habían sido difíciles de superar.

Afortunadamente, aunque el progreso había sido lento al principio, ya que ambos luchaban contra algunos patrones arraigados de autoconservación, Colin sintió que finalmente habían estado desarrollando algo en común entre ellos. A pesar de sus diferencias muy claras, lograrían establecer una especie de relación. Todavía no una hermandad. Pero era algo. Aun así, no fue hasta que Colin recibió los informes iniciales de Nightshade sobre el paradero de los otros que le dijo a Roderick que él no era el único bastardo de su padre.

Y se había arrepentido de ello desde entonces.

No. Eso no era exactamente cierto. Simplemente no había anticipado la fuerza del interés del otro hombre en el tema. Esperaba que su hermano tratara las noticias de sus otros hermanos de la misma manera que siempre había tratado a Colin. Con abierta burla y evasivas. En contraste, Roderick había sido implacable en sus solicitudes de actualizaciones sobre los esfuerzos de Colin por encontrar a sus hermanos y hermana.

En general, Roderick se había convertido en una verdadera molestia.

Y aparentemente tenía la intención de seguir haciéndolo.

Colin se encontró con la mirada expectante del otro hombre, pero cuando no dijo nada, Roderick habló en su lugar.

Su tono era tan arrogante como el hombre mismo. «Deberías haberme dejado ir contigo a Escocia. Los niños me adoran».

Colin frunció el ceño. «Caillie no es el problema. Ella es muy brillante y bastante amable, dadas las circunstancias».

Roderick levantó la ceja de nuevo. «Entonces, es la mujer la que te tiene todo tenso y de mal humor. La señorita Morgan».

Colin tomó un sorbo de brandy para evitar responder. La extraña habilidad de su hermano para leer a la gente podía ser muy molesta. Colin no estaba acostumbrado a una intrusión tan deliberada. Después de pasar toda una vida manteniendo sus pensamientos y sentimientos más íntimos lo más inaccesibles posible, Colin luchaba por compartir incluso los detalles más pequeños de su vida personal con los demás. Y ahora tenía un hermano que lograba ver a través de sus escudos cuidadosamente construidos con muy poca dificultad.

Sin embargo, lo más extraño de todo era que, a pesar de sí mismo, Colin confiaba en que Roderick no utilizaría una ventaja tan sin precedentes en su contra. Nunca habría imaginado que algo así fuera posible hace apenas un año.

El otro hombre se rió burlonamente mientras se reclinaba en su silla para cruzar un tobillo sobre la rodilla opuesta. «¿Qué pasa, Wright? ¿La dama cree que eres demasiado arrogante? ¿Un poco demasiado condescendiente para su gusto?».

La irritación se mostró en la frente de Colin. Su hermano había acertado. Una vez más. «Ella no confía en mí ni en mis motivos para querer a Caillie aquí».

«Mujer inteligente», observó Roderick con aprobación. «Pero es importante que la chica forme sus propias opiniones sobre la... situación y cómo le gustaría seguir adelante. ¿Crees que la señorita Morgan podría intentar intencionalmente colorear la experiencia de nuestra hermana de forma negativa?».

Colin no tuvo que considerar la pregunta durante mucho tiempo. «No. Creo que tiene en mente lo mejor para nuestra hermana, pero la chica le es muy leal y sin duda tendrá en cuenta sus sentimientos al tomar cualquier decisión».

«¿Cuándo podré conocerla?», preguntó Roderick, insistiendo con total intención. «Emma está tan ansiosa como yo por dar la bienvenida a la chica a la familia». Su sonrisa era ligeramente sardónica. «Lo que sea que eso signifique».

A Colin le hubiera gustado posponerlo un poco más. Principalmente, para permitir que las cosas se calmaran, pero también por su propio deseo egoísta de conocer un poco más a su hermana antes de compartirla con otros. En realidad, existía la posibilidad de que Roderick y su esposa pudieran ayudar a convencer a la señorita Morgan de lo mucho que se dedicaban a garantizar el bienestar de la señorita Claybourne.

Por mucho que odiara admitirlo, el encanto de Roderick podría

ser exactamente lo que se necesitaba para suavizar la actitud de la señorita Morgan.

Incluso mientras tenía la idea, el estómago de Colin se apretó con resistencia. Pero era demasiado pragmático para permitir que su propia incomodidad se interpusiera en el camino del objetivo final.

«¿Qué tal si cenamos todos juntos?», sugirió finalmente.

«¿Mañana?».

«El viernes».

«El miércoles», replicó Roderick.

Faltaban tres días. Después de un momento, Colin asintió brevemente.

«En mi casa», dijo su hermanastro.

Esta vez negó con la cabeza. «Aquí».

Parecía que su hermano intentaría discutir ese punto, pero después de un momento, asintió. Luego sus rasgos cambiaron a una expresión más seria. «¿Alguna otra respuesta de Thomas?».

«¿Desde su último rechazo apasionado?», Colin preguntó en un tono seco. «No».

«Tal vez una visita a Gales sea lo indicado».

Colin lo consideró. «Puede que tengas razón. Pero no hasta que nuestra hermana se establezca. Me gustaría aprovechar al máximo su visita».

«De acuerdo. Pero esta vez, voy contigo».

Colin decidió que una discusión sobre ese punto podía esperar a una fecha posterior.

Además, no parecía que su hermano esperara una respuesta cuando continuó preguntando. «¿Y el niño? ¿Alguna novedad sobre su paradero?».

«Todavía no». Hubo una pausa. «Entiendo que Nightshade está liderando la investigación», Colin miró fijamente a su hermano. «¿Cómo supiste de él?».

«No te preocupes», respondió Roderick, «el hombre es extremadamente discreto. Resulta que yo tengo muy buenos contactos».

Colin no podía dudarlo. Su hermano debía estar considerando el éxito de su club y sus inversiones personales. Roderick Bentley tenía amigos en todos los niveles de la sociedad y por todo Londres.

«No es que me sirva de nada», murmuró Roderick en voz baja, «ese canalla no me dice una maldita cosa».

«¿Disculpa?», preguntó Colin. ¿Su hermano conocía personalmente al misterioso investigador?

Antes de contratar a Nightshade para que lo ayudara a rastrear el paradero actual de sus hermanos, había realizado su propia investigación cuidadosa sobre el misterioso hombre a sueldo. Su

identidad había demostrado ser un secreto muy cuidadosamente guardado. Permanecer anónimo en una ciudad como Londres no era tarea fácil. Había ayudado mucho a convencer a Colin de que Nightshade sería tan circunspecto como afirmaba.

«No importa», murmuró Roderick rápidamente en respuesta. «¿Se ha acercado más a encontrar a nuestro hermano?».

«Espero que proporcione un informe actualizado muy pronto», respondió Colin. «Pero no tengo muchas esperanzas».

Las facciones de Roderick estaban tensas mientras asentía. Luego, con un gesto, se bebió el resto de su brandy antes de ponerse de pie suavemente. «El miércoles, entonces».

Cuando Colin también se puso de pie, los dos hermanos, casi iguales en altura y complexión con los mismos ojos azules, aunque Roderick era moreno y Colin era rubio, se evaluaron brevemente.

Entonces Roderick mostró otra sonrisa de prueba. «No te preocupes, Wright. Incluso si nuestra hermana termina gustándome más, todavía mantendrás el condado».

Colin entrecerró la mirada mientras un oscuro juramento se deslizaba de sus labios.

Roderick solo se rió. «Ahí está. Cada vez se me da mejor encontrar y explotar las grietas de esa elegante armadura tuya. ¿Quién sabe? Tal vez algún día ya no tenga que esforzarme más».

Luego simplemente sonrió mientras le daba una palmadita a Colin en el hombro antes de salir a paso firme de la habitación.

Capítulo Ocho

Ainsworth se ató las cintas del sombrero debajo de la barbilla con algunas maldiciones susurradas. Odiaba los sombreros, pero aparentemente las mujeres no iban a pasear por Hyde Park sin uno. Y esa mañana ella estaba emocionada por su paseo.

Después de pasar una noche de sueño celestial en la ridículamente cómoda cama, estaba lista para hacer ejercicio y tomar aire fresco. Una mirada por la ventana reveló que una niebla brumosa se había asentado sobre la ciudad durante la noche, pero no sería suficiente para disuadirla. Ni Caillie, al parecer, quien saltó a la sala de estar desde su dormitorio, luciendo tan impaciente como Ainsworth por estar al aire libre.

«¿Estamos listas?», preguntó Caillie.

«Casi». Cuando Bramble rodeó con entusiasmo los pies de la muchacha, probablemente sintiendo la aventura que la esperaba, Ainsworth agregó un rápido recordatorio. «No olvides ponerle una correa. No queremos que se aleje y se pierda».

«Pero Bramble nunca se aleja», argumentó la niña. «Va a odiar la correa».

«Se aleja todo el tiempo», corrigió Ainsworth. No le prestas atención porque está familiarizado con Faeglen y siempre vuelve. Pero Londres es diferente. Tenemos que hacer las cosas de manera diferente aquí. Nos guste o no», añadió en voz baja mientras jalaba su ofensivo sombrero.

Unos minutos después, bajaron las escaleras hacia la puerta principal.

El mayordomo Shaw, de quien Ainsworth sabía su nombre por la señora Athens, estaba allí para abrir la puerta con un gesto elegante. Ainsworth sonrió ante la inesperada tendencia del hombre grande hacia el dramatismo sutil.

«Gracias, Shaw», dijo cordialmente mientras cruzaba el umbral para salir a la brumosa mañana gris de Londres.

Respiró profundamente, aspirando el aire fresco hasta los huesos. El sol habría sido encantador, pero, con toda honestidad, la niebla se sentía un poco más como en casa.

«¿Vamos?», preguntó en un tono más ligero mientras Caillie y Bramble bajaban los escalones saltando delante de ella.

«Ciertamente».

La respuesta llegó detrás de ella con una voz que no esperaba oír tan temprano en el día. La única palabra en el barítono uniforme y sin emociones del conde no debería haber provocado tanta sensación

en su cuerpo. Pero lo hizo.

Un hormigueo en la nuca. Un sutil giro en el vientre. Y una pequeña y molesta congestión en la respiración.

Maldito sea por arruinar una excursión matutina tan prometedora. No se molestó en ocultar su ceño fruncido cuando miró por encima del hombro cuando él se acercó a ella. Sin embargo, él no lo vio, ya que su atención estaba en sus manos mientras se ponía los guantes. Mientras esperaba que notara su disgusto por su intrusión, una suave caricia del viento alborotó las ondas arenosas de su cabello hasta que un grueso mechón cayó sobre su frente, dándole una apariencia inesperadamente desenfadada.

Pero solo por un momento. Inmediatamente levantó la mano para volver a colocar la cerradura en su lugar justo cuando Shaw entró por la puerta abierta detrás de él y extendió su sombrero de copa.

Ainsworth frunció el ceño nuevamente cuando el elegante sombrero fue colocado firmemente sobre la cabeza del conde.

Fue en ese segundo que finalmente la miró a los ojos.

Cuando notó su disgusto, aunque no por la razón que ella pretendía, hubo una rápida pero sutil tensión en sus atractivos rasgos.

Ella se arrepintió de eso.

No, no lo hizo. Ensombreció su ceño fruncido. «¿Qué está haciendo, milord?».

Sus cejas se crisparon, pero su expresión permaneció impasible. «Las acompañaré en su paseo, señorita Morgan».

Era una declaración. No una solicitud.

Ella ofreció una falsa sonrisa de seguridad. «No es necesario. La señora Athens nos dio instrucciones. Estaremos bien por nuestra cuenta».

«Aun así». No se molestó en sonreír, falsamente o no, sino que simplemente pasó junto a ella para unirse a Caillie y Bramble en la acera.

La irritación le apretó el pecho, pero no tuvo más opción que aceptar la escolta del hombre. Rechazar una cortesía tan básica sería ir un poco demasiado lejos. Incluso para ella.

Mientras bajaba los escalones de la entrada, juró hacer todo lo posible por disfrutar del día, a pesar de la intrusión del conde.

Sin embargo, la resolución no duró mucho, ya que Caillie rompió el silencio algo incómodo en el que todos habían caído para hacer una preguntar al conde. «¿Cuándo conoceré a mis otros hermanos?».

El conde tosió levemente, obviamente sorprendido por la inesperada pregunta.

Ainsworth ocultó su satisfacción por su momentánea angustia

fingiendo admirar un gran roble al otro lado de la calle.

«Bueno», comenzó el conde, «conocerá al señor Bentley y a su esposa el miércoles, cuando se unan a nosotros para cenar».

«Él es el dueño del salón de juegos, ¿verdad?».

Por supuesto que la muchacha recordaría ese pequeño detalle.

«Sí, así es».

«¿Y a los demás?».

La vacilación del conde atrajo la mirada de Ainsworth y notó el breve destello de tensión en sus rasgos antes de que se suavizaran nuevamente.

«Nuestro hermano, el señor Thomas, reside en Gales. Le escribí y recibí una respuesta en la que rechazó rotundamente mi invitación a reunirse».

Caillie frunció el ceño. «Es una pena. ¿Dio alguna explicación?».

Solo hubo una pequeña pausa durante la cual la mirada del conde se desvió brevemente hacia Ainsworth antes de responder. «Teniendo en cuenta la actitud despectiva que nuestro padre mostró hacia sus hijos durante su vida, no es del todo inesperado que el señor Thomas prefiera no reconocer ninguna conexión con semejante legado».

La muchacha se quedó pensativa. «Supongo que puedo entender su reticencia, pero no puedo creer que no sienta al menos un poquito de curiosidad».

«Supongo que solo cabe esperar».

«No se rendirá con él, ¿verdad?». Había una innegable nota de confianza en el tono de la muchacha mientras miraba al conde.

El corazón de Ainsworth se retorció al oírlo. En tan poco tiempo, el conde ya había logrado ganarse la alta estima de Caillie. Algo que normalmente no sucedía fácilmente.

La línea firme de la boca del conde se suavizó. «Al menos, todavía no».

«¿Y nuestro otro hermano?».

El conde bajó la mirada antes de responder. «Todavía no han localizado al señor Owen. Parece que sus diecinueve años de vida han sido bastante difíciles».

«¿Qué tan difícil?», preguntó Caillie.

«Sabemos que nació aquí, en Londres, pero perdió a su madre cuando era un bebé. Hace varios años, se escapó del tercer orfanato en el que había estado y las noticias sobre su paradero desde entonces han sido vagas e inciertas».

«¿Cómo puede estar segura de que sigue vivo?», preguntó Ainsworth en voz baja, curiosa y preocupada a pesar de sí misma.

Cuando los ojos azules del conde se encontraron con los suyos,

sintió un extraño tirón en el pecho. Lo reprimió rápidamente.

«Esperanza», respondió simplemente. «Y algunas pistas que sugieren que encontró su camino con una pandilla callejera que pudo haberle proporcionado el tipo de protección y seguridad necesarias para sobrevivir en el East End», miró a Caillie, «yo tampoco me rendiré con él. Solo tenemos que seguir buscando».

La muchacha asintió firmemente con una expresión demasiado pragmática para alguien de su edad. Después de un momento, cedió al tirón de la correa de Bramble y comenzó a caminar un poco más rápido, dejando que Ainsworth y el conde se pusieran al mismo ritmo varios pasos atrás.

La distancia restante hasta el parque una vez más estuvo envuelta en un silencio incómodo roto solo por las ocasionales instrucciones expresadas por el conde para que Caillie los guiara en la dirección correcta. Ainsworth consideró brevemente hacer un esfuerzo por charlar un poco, pero luego decidió no hacerlo. El conde había sido el que había insistido en unirse a ellas. Entonces, él también debería asumir la responsabilidad de la conversación, lo que claramente no estaba dispuesto a hacer.

«Dios mío», exclamó Caillie cuando finalmente entraron en el parque y vieron el amplio espacio verde extendido ante ellos. «¿Cómo se las arreglaron para mantener tanta naturaleza en medio de una ciudad tan grande? ¿Eso es un estanque?».

Incluso Ainsworth no pudo guardarse su asombro para sí misma. Hyde Park era mucho más grande de lo que había imaginado, se extendía en todas direcciones con senderos y carriles para que la gente pasara a caballo o en carruajes abiertos. Y la cantidad de gente que se arremolinaba era mucho mayor de lo que hubiera esperado por el clima o por lo temprano que era.

«El parque suele ser bastante popular en esta época del año», señaló el conde.

Ainsworth resistió el impulso de resoplar ante el eufemismo.

Por todas partes, había hombres y mujeres montando a caballo con mozos de cuadra o en pequeños grupos. Los carruajes avanzaban, uno tras otro, sus ocupantes saludaban a sus conocidos al pasar. Los niños retozaban en los espacios abiertos mientras las niñeras observaban desde cerca. Y aquí y allá, las parejas caminaban del brazo, con las cabezas íntimamente inclinadas una hacia la otra.

«¿Puedo correr delante con Bramble? Por favor, está desesperado por una buena carrera».

Era obvio que el perro no era el único ansioso por estirar las patas.

«No más allá de donde pueda verte. Y ten cuidado con los que te rodean. Y sujeta esa correa», tuvo que gritar Ainsworth cuando la

chica y su collie ya estaban casi fuera del alcance del oído.

«Ella estará bien».

«Lo sé», replicó Ainsworth con su tono más brusco de lo necesario.

Pensó oír al conde suspirar silenciosamente en respuesta, pero cuando miró de reojo su perfil, no había nada en su expresión que sugiriera que estaba sintiendo algo más que una leve indiferencia.

La frustraba la facilidad con la que hacía eso. Eliminaba cualquier emoción. Aplanaba cada matiz de su expresión. Hasta que la miraba, claro. Siempre había un momento repentino cuando sus ojos se encontraban por primera vez en el que ella captaba algo brillando en las profundidades azules. Algo que nunca podría definir por completo antes de que desapareciera. O tal vez no desapareciera, pero estaba oculto.

¿Qué tenía que ocultar?

Un conde. Un lord de Londres. Un hombre de riqueza, título y poder y la capacidad de hacer exactamente lo que quisiera. Un hombre sin nada que temer. Tenía todas las ventajas del mundo. Nacido como hombre en un mundo de privilegios garantizados, había muy poca oposición a cualquier cosa que deseara.

Sin embargo, no podía evitar sentir que en su interior residía algún conflicto interno. Algo que estaba decidido a evitar que se revelara. Ese pensamiento la inquietaba.

No se dio cuenta de que lo había estado mirando tan descaradamente hasta que él la miró de reojo y le preguntó, «¿hay algo que desee decir, señorita Morgan?».

«¿Qué? No», sacudió la cabeza y desvió su atención para buscar a Caillie, que ya estaba a medio camino a través del césped abierto hacia el estanque.

Hubo una larga pausa mientras sus pasos sincronizados continuaban por el camino de grava que los conducía por una ruta menos directa hacia la orilla del agua. El conde asintió con la cabeza a una pareja de mediana edad que pasaba por allí y que lo saludó cortésmente mientras desviaba la mirada con curiosidad hacia ella. El breve encuentro social le recordó una de sus mayores preocupaciones con respecto a la llegada de Caillie a Londres.

«¿Qué piensa decirle a la gente?», preguntó una vez que la pareja que pasaba estuvo fuera del alcance del oído.

«Nada», respondió él de inmediato, sugiriendo que sabía exactamente a qué se refería.

Ella soltó una risa áspera. «No puede evitar el tema. Solo provocará más especulaciones y rumores».

Un ceño fruncido jalaba su boca, atrayendo su mirada hacia el ligero puchero de su labio inferior.

No.

Ella rápidamente cambió la dirección de su atención hacia sus botas mientras salían de su falda una a la vez antes de volver a plantarse en el camino.

«Cuando lo considere necesario, simplemente diré a la gente la verdad».

«¿Y cuándo será eso?», respondió ella. «¿Una vez que ya hayan tomado una decisión sobre ella?».

El conde se detuvo y se volvió para mirarla desde su altura superior y preguntó en un tono brusco que instantáneamente la puso a la defensiva. «¿Qué quiere que haga, señorita Morgan? ¿Sacar un anuncio en el *Times* anunciando que he traído a mi media hermana ilegítima a casa desde las tierras salvajes de Escocia?».

Ainsworth lo miró boquiabierta por un segundo, sorprendida por su tono poco característico y ofendida por la elección de la frase. Hasta que se dio cuenta de que lo había dicho de esa manera muy intencionalmente para molestarla.

Cambió rápidamente su expresión a una amplia y falsa sonrisa. «Solo digo que, aunque mi mayor preocupación es y siempre será el bienestar de Caillie, me pregunto si ha pensado en el escándalo que esta situación traerá a su nombre».

En su expresión ocurrió algo interesante. Consistió en un breve levantamiento de cejas, una rápida presión de los labios y una contracción de los músculos de la mandíbula. Cada elemento era sutil en extremo, pero cuando se tomaban en conjunto, causaban una rápida tensión en el centro del cuerpo de Ainsworth.

«Le aseguro, señorita Morgan, que he pensado en todo», hizo una pausa antes de añadir, «y la posibilidad de un escándalo no podría molestarme menos».

Aunque ella todavía creía que él era exactamente tan tenso, refinado e imperioso como lo había catalogado… también creía que la amenaza del escándalo se le escapaba por completo.

No tenía ningún sentido razonable y, por alguna razón inexplicable, esa contradicción le provocó un pequeño escalofrío en la columna vertebral. Mientras ella permanecía momentáneamente desconcertada, él levantó la mirada para observar algo a lo lejos por encima de su sombrero.

Sus cejas se hundieron ligeramente, ensombreciendo el azul reflectante de sus ojos. «Sugiero que sigamos hasta el estanque. Antes de que Bramble arrastre a la señorita Claybourne hacia él».

«¿Qué?», Ainsworth se giró para ver a la muchacha agarrando desesperadamente el extremo de la correa mientras Bramble estaba de pie en el agua ladrando intensamente a un par de cisnes que nadaban cerca de la orilla.

«Oh, no», susurró Ainsworth mientras recogía sus faldas con ambas manos y comenzaba a cruzar el césped a grandes zancadas.

El leal collie sin duda pensó que los cisnes eran un par de pollos de gran tamaño que de alguna manera habían salido de su patio. Sabía que probablemente solo quería arrearlos a un lugar seguro, pero para un observador desconocido, podría parecer que estaba tratando de atacar a las pobres criaturas.

Ella ya podía ver algunas miradas horrorizadas de la gente que pasaba. Aunque sinceramente no le importaba lo que la gente pudiera pensar de la situación, también comprendía que una escena dramática, por muy malinterpretada que fuera, no era la mejor manera de hacer su primera aparición pública en Londres.

A medida que se acercaba, podía oír a Caillie hablando con el collie con la debida autoridad, que era probablemente lo único que lo mantenía a su lado, aunque seguía mirando fijamente a los cisnes. Ya no parecía que el perro tuviera intención de soltarse del agarre de la chica y Ainsworth aminoró un poco el paso con alivio. La situación no era tan mala como había temido inicialmente.

Mirando al conde cuando se acercó a ella, notó su expresión atenta. «No hay necesidad de preocuparse demasiado, milord. Caillie tiene a Bramble firmemente en sus manos».

«No es el collie lo que me preocupa», respondió con rigidez mientras aceleraba su propio paso hacia el estanque. «Son los cisnes».

Confundido, Ainsworth miró hacia atrás y vio que los cisnes habían notado intensamente la presencia de Bramble y parecían bastante indignados por ello. Ambos extendían sus alas y arqueaban sus largos cuellos en una exhibición intimidante mientras se dirigían directamente hacia donde estaban Bramble y Caillie en la orilla.

«Pero las criaturas no atacarían, ¿verdad?», preguntó.

La respuesta del conde no fue más que un sonido bajo mientras se precipitaba hacia adelante, lo que no hizo nada para tranquilizarla.

Aunque esperaba evitar empeorar la situación atrayendo más atención, se dio cuenta de que ya no había nada que hacer. Se llevó los dedos a los labios y emitió un silbido agudo que inmediatamente hizo que Bramble girara la cabeza en su dirección.

Pero era demasiado tarde.

Los cisnes casi habían llegado a la orilla y claramente tenían la intención de atacar.

Afortunadamente, el conde se interpuso entre la niña y los pájaros grandes, utilizándose a sí mismo como escudo mientras se quitaba el abrigo con un movimiento rápido y suave y comenzaba a blandirlo frente a los cisnes.

Ainsworth se tambaleó cuando la visión del lord tan eficientemente entrando para proteger a Caillie le provocó una oleada

de emociones encontradas. Admiración por su acción decisiva. Sorpresa por lo audaz y… viril que parecía en su postura actual con los hombros erguidos y los pies bien plantados. Y gratitud por haber detectado con tanta precisión la amenaza cuando ella misma la había pasado por alto. Esto último fue seguido rápidamente por un destello de resentimiento por exactamente la misma razón.

Con un peso extraño en el estómago, siguió adelante. Aunque la rapidez de pensamiento del conde sirvió para desviar la atención de los pájaros de su objetivo inicial, también los enfureció aún más.

Mientras Caillie conducía a Bramble más arriba por la orilla hacia Ainsworth, el conde se quedó atrás para bloquear cualquier avance de las aves enojadas. Incluso cuando se estaba reuniendo una multitud cada vez mayor de curiosos, ninguno de ellos hizo nada para ayudar al hombre que claramente estaba superado en número por sus dos atacantes.

Cobardes.

«Caillie, lleve a Bramble a ese árbol para que no intente interferir. Espere allí».

Mientras la niña se daba la vuelta y corría con el collie hacia un gran roble que la protegía, Ainsworth caminó rápidamente hacia la orilla, desatando la cinta que llevaba debajo de la barbilla mientras lo hacía. Blandiendo su gorro como escudo y arma a la vez, Ainsworth se acercó al conde y comenzó a gritarles a los pájaros para espantarlos.

Los cisnes tardaron un momento en darse cuenta de que ya no tenían ventaja. Como pareja, se volvieron hacia el agua y se alejaron nadando, dejando a Ainsworth y al conde jadeantes en la orilla.

Una vez que quedó claro que los cisnes no volverían, Ainsworth se arriesgó a echar un vistazo al hombre que estaba a su lado, tan alto y fuerte con las mangas de la camisa y el chaleco, que no disimulaban la anchura de sus hombros ni las líneas esbeltas de su torso bien formado. Miraba a los cisnes, con el ceño fruncido y el sudor perlándose en su frente.

Ahora que todo estaba bien de nuevo, Ainsworth se sintió sorprendida por el humor de la situación. «Bueno, todo eso fue muy emocionante», señaló alegremente. «¿Quién hubiera pensado que criaturas tan hermosas podían ser tan aterradoras?».

La mirada que le dirigió fue intensa. El azul de sus ojos parecía más penetrante después del esfuerzo y su respiración todavía era rápida. «O que tuvieran dientes tan afilados», observó secamente él mientras levantaba la mano de su costado para mostrar una buena cantidad de sangre goteando de sus dedos.

«¿Uno de ellos lo mordió?», Ainsworth tomó su mano entre las suyas e inclinó la cabeza para ver mejor la herida.

Se quedó en silencio mientras ella pasaba el pulgar sobre la

fuente de la sangre y vio cortes pequeños pero profundos en el borde exterior de su mano.

«Esto tendrá que limpiarse», murmuró mientras sacaba un pañuelo del bolsillo de su chaqueta y lo envolvía expertamente alrededor de su mano.

Él se aclaró la garganta y ella sintió que se ponía rígido. «Estaré bien, señorita Morgan».

Ella levantó la vista para ver su atención centrada sobre su cabeza. Cuando miró a su alrededor, notó que no todos los curiosos espectadores se habían dispersado. Varias personas se quedaron y parecían bastante interesadas en lo que estaba sucediendo actualmente entre ellos dos.

Rápidamente soltó su mano y dio un paso atrás.

«¿Nos unimos a la señorita Claybourne y nos dirigimos a casa?», preguntó mientras se ponía el abrigo y trataba de alisar las arrugas causadas por su heroica postura contra los cisnes. Luego la miró y ofreció un intento justo de sonreír antes de agregar un murmullo bajo destinado solo para sus oídos. «Yo diría que hemos agitado los chismes lo suficiente por un día, ¿no cree?».

No estaba segura de si era la ligera inclinación de sus labios o el destello momentáneo de diversión en sus ojos, pero experimentó un repentino impulso de darle a la curiosa multitud algo aún más escandaloso de lo que hablar.

Y mientras lo miraba, haciendo todo lo posible para convencerse a sí misma de no sentir las cosas que repentinamente estaba sintiendo, su expresión cambió. La incómoda sonrisa se desvaneció y algo intenso se mostró en sus ojos. Mientras miraba, los músculos de su mandíbula se tensaron y luego se relajaron antes de que bajara la cabeza muy ligeramente.

«La señorita Claybourne está esperando».

Fue lo mejor que pudo haber dicho para liberarla del extraño hechizo en el que había caído. Parpadeó y dio otro paso atrás. «Bien». Ella se aclaró la garganta. «Entonces, sigamos nuestro camino».

Se dio la vuelta sin decir una palabra más y se dirigió rápidamente hacia donde la niña y el collie esperaban pacientemente. Aunque el conde la siguió, se quedó un paso o dos por detrás.

Su grupo abandonó el parque de un humor mucho más apagado que cuando llegaron. No fue hasta que empezaron a caminar por la calle que Ainsworth se dio cuenta de que todavía llevaba su sombrero atado por las cintas.

Cuando murmuró algo molesta y levantó el ofensivo objeto para ponérselo de nuevo en la cabeza, el conde la detuvo con palabras en voz baja. «No se moleste. No le queda bien».

En lugar de sentirse ofendida por el extraño comentario, sintió

un hormigueo de calor en la sangre. Inclinó la cabeza para mirarlo con fingida ofensa y preguntó, «¿qué no me queda bien? ¿El decoro?». Cuando él respiró hondo para negar su interpretación, ella añadió en un tono descarado, «¿me está llamando poco elegante, lord Wright?».

Ella vio el momento en que él se dio cuenta de que estaba bromeando, y la chispa repentina que iluminó su mirada la hizo temblar. Un intrigante rizo se formó en la comisura de su boca mientras respondía en un tono sereno, «nunca me atrevería a decir algo así, señorita Morgan».

Su vientre se agitó salvajemente sin ninguna razón explicable mientras se encontraba mirando fijamente el llamativo azul de sus ojos. Deseaba que se *atreviera*. A eso y más.

Luego, para su intenso enojo, el hombre volvió a dirigir su atención hacia adelante. Su perfil aristocrático no le decía nada de sus pensamientos. Probablemente era lo mejor, ya que se encontraba completamente perdida para discernir los suyos.

Capítulo Nueve

En preparación para la velada que se aproximaba, Ainsworth respiró profundamente frente a su espejo de cuerpo entero.

Aunque Caillie y el conde habían empezado a reunirse todos los días para un almuerzo informal a medida que se iban conociendo, Ainsworth había alegado diversas razones para seguir comiendo en su sala de estar. Pero esas tácticas evasivas habían agotado su efecto y esa noche no habría forma de librarse de la expectación. Al parecer, el señor Roderick Bentley estaba ansioso por conocer a su media hermana. Y por la forma en que el conde había dado la noticia, Ainsworth sospechaba que no estaba del todo contento con la intrusión.

No es que hubiera dado ninguna indicación de ello en su tono o actitud. Pero ella había empezado a notar que el conde tenía algunas señales muy sutiles que no lograba ocultar en momentos de incomodidad o angustia.

En el parque, cuando se dio cuenta de que Caillie podría estar en peligro por culpa de los cisnes furiosos, una arruga de preocupación había aparecido entre sus cejas.

Y cuando llegó por primera vez a Faeglen, se quedó muy quieto con la muñeca agarrada a la espalda. Ella había llegado a la conclusión de que solo se quedaba así cuando estaba decidido a permanecer impasible. El glorioso ritmo que había mostrado ese día parecía ser una aberración singular.

Y luego estaba la tensión y relajación de los músculos de su mandíbula. Ella todavía no estaba segura de lo que eso significaba, pero parecía desencadenarlo con bastante frecuencia. Sin duda, tenía algo que ver con reprimir su irritación.

Cuando mencionó la esperada presencia del Sr. Bentley a la cena, bajó los párpados ligeramente sobre su mirada de una manera que sugería una sutil falta de interés, pero que ella sospechaba firmemente que era en realidad una señal de desagrado.

Todo era fascinante, esa seriedad con la que el conde parecía esforzarse por parecer distante.

Cualquiera que fuera su reticencia con respecto a su medio hermano, esta noche llevaba al conde un paso más cerca de su objetivo de atraer a Caillie a su mundo. Lo que significaba que la curiosa actitud del conde no podía ser su principal preocupación.

Hizo una mueca de disgusto y frustración al ver su reflejo. Después de la muerte de su padre y el nacimiento de Caillie, había habido cosas mucho más importantes de las que preocuparse que las

ridículas cortesías que se esperaban de una dama de noble cuna. Pero algunas cosas estaban demasiado arraigadas como para olvidarlas por completo. Había hecho su parte al transmitirle las lecciones de la buena sociedad a Caillie, aunque secretamente dudaba de tener alguna excusa adecuada para usarlas.

Sin embargo, ahora, allí estaba, vestida con su mejor vestido azul pavo real, con un corsé que le cortaba la respiración y empujaba sus pechos bastante grandes hasta el borde de su escote. Su cabello había sido peinado expertamente por Gracie. La doncella de estatura pequeña pero formidable había dejado de lado la insistencia de Ainsworth de que podía arreglarse sola con el comentario directo, «sí, señorita, pero yo lo haría mejor».

Y había tenido razón.

Ainsworth nunca había sido capaz de domar su espesa melena de ondas y rizos enredados para convertirla en algo tan elegante. Como resultado de la habilidad experta de Gracie, la imagen en el espejo ya no parecía la mujer en la que se había convertido.

Si no fuera por la luz desafiante muy familiar en sus ojos verdes, pensaría que era una extraña la que la miraba.

«¡Dios mío, Worthy! Mírate», respiró Caillie con asombro mientras entraba en la habitación.

Ya habían establecido que las puertas entre sus habitaciones y la sala de estar permanecerían abiertas a menos que hubiera alguna necesidad específica de privacidad. Ainsworth lo había sugerido la primera noche cuando sintió la renuencia de la chica a irse a la cama sola en la casa desconocida. Las puertas abiertas les permitían sentirse más conectadas, a pesar de que una completa habitación se interponía entre ellas.

Ainsworth hizo otra mueca en el espejo que hizo reír a la chica como pretendía. Pero luego se volvió para mirar a Caillie con los ojos muy abiertos. «¿Y quién es exactamente esta encantadora muchacha frente a mí?».

Caillie sonrió y sacudió su falda rosa pálido. «Gracie pensó que el rosa sería una buena elección para esta noche. Y agregó estas cintas de raso a mi cabello. ¿Te gusta?».

«Me encanta», respondió Ainsworth con seriedad. A pesar de su propia insatisfacción con el enfoque extra en las apariencias de esta noche, para una chica que amaba caminar por el campo, Caillie también adoraba arreglarse de vez en cuando. Y se veía innegablemente encantadora con su elegante vestido y sus trenzas adornadas con cintas.

Y aterradoramente adulta.

Luego saltó hacia adelante y sin ceremonias sobre la cama, demostrando que todavía era una chica joven e impulsiva después de

todo. «No puedo creer que voy a conocer a otro de mis hermanos esta noche», exclamó mientras se dejaba caer hacia atrás para mirar hacia el techo, antes de agregar con una voz más suave, ¿crees que le agradaré?».

«Te adorará», le aseguró Ainsworth con firmeza mientras se sentaba junto a la muchacha. «La pregunta más importante es si te agradará a ti».

La chica lo pensó por un segundo. «El conde ha sido tan maravilloso, que me da miedo pensar que yo podría tener la suerte de tener *dos* hermanos perfectos».

Ainsworth casi se atragantó con la risa. «¿Perfecto? ¿El conde?».

Caillie arqueó las cejas sorprendida, «¿no lo crees?».

Seleccionó sus palabras con cuidado. Tenía que ser honesta, pero no demasiado. «Supongo que es cortés cuando es necesario. Pero ¿no parece un poco… rígido e imperioso la mayor parte del tiempo?».

La chica se encogió de hombros. «Creo que es tímido».

Ahora Ainsworth se rió, tan gutural y llena como su corsé le permitía. Se deslizó de la cama, se dio la vuelta para ofrecer una mano para ayudar a la chica a ponerse de pie también. «Sea lo que sea, supongo que no apreciará que lleguemos tarde a la cena. ¿Bajamos?».

Caillie se sacudió las arrugas de la falda con vigorosa intención, luego se alisó el cabello con suavidad. «¿Cómo me veo?».

El corazón de Ainsworth dio un vuelco al ver la mirada esperanzada en los ojos color avellana de la niña. «Perfecta», respondió, provocando que la chica resoplara con humor ante el uso repetido de la palabra.

Los pasos de la niña eran ligeros mientras se adelantaba para salir de la habitación primero. Afortunadamente, no volteó hacia atrás para ver que la sonrisa de Ainsworth era reemplazada por una mirada de consternación.

Cada vez le resultaba más difícil mantener la actitud de insatisfacción y desdén que había jurado mantener durante toda su visita. No era natural para ella y de todos modos, Caillie se había dado cuenta de la estratagema. Lo peor de todo es que estaba empezando a sospechar que su negatividad no se debía a nada más que un orgullo herido. Pero si admitía que el conde no era tan malo como temía, tal vez tendría que aceptar que en realidad tenía algo de valor que ofrecerle a Caillie. Y eso la hizo preguntarse si tal vez había hecho mal al mantener a la muchacha para ella sola todos estos años.

Y esos pensamientos simplemente no podían surgir.

Desde la muerte de Davina, Ainsworth había hecho exactamente lo necesario para asegurar la felicidad y seguridad de la muchacha. Tal como lo estaba haciendo ahora. Caillie pertenecía a

ella en Faeglen. Londres era una diversión, pero no era el hogar de la chica.

Shaw las recibió al pie de la gran escalera y las condujo a un gran salón. El conde se encontraba mirando por la ventana en el otro extremo de la habitación. En el momento antes de darse la vuelta para saludarlas, Ainsworth admiró abiertamente su figura alta y masculina y cómo se las arreglaba para exudar fuerza y sofisticación a la vez.

Ella no *quería* admirarlo.

Y seguro que no quería que él supiera que lo admiraba, así que cuando se dio la vuelta para darles la bienvenida, se aseguró de que su expresión no revelara nada del calor hormigueante que encendía su sangre cada vez que estaba en su presencia.

Su mirada vívida se posó primero en Caillie. La línea firme de su boca se suavizó mientras hacía una elegante reverencia con la cabeza. «Señorita Claybourne, qué hermosa se ve esta noche».

La chica hizo una reverencia perfecta y respondió en el mismo tono formal. «Gracias, milord. Igual que usted». Luego se rió, probablemente al darse cuenta de que acababa de llamar hermoso al conde. «No recuerdo la última vez que Worthy y yo nos vestimos formales para la cena».

Cuando su atención se centró en ella, Ainsworth se puso tensa bajo su mirada. Habían pasado muchos años desde que se había preocupado mucho por su apariencia, ya que nunca había habido nadie a quien deseara impresionar de esa manera. Pero cuando el conde echó un vistazo rápido a su persona, de repente deseó que su vestido no estuviera tan pasado de moda o que hubiera permitido que Gracie se construyera un peinado más sofisticado que el estilo bastante simple en el que Ainsworth había insistido.

Entonces se reprendió mentalmente por ese pensamiento. No necesitaba la admiración del conde más de lo que quería darle la suya. Eran adversarios. Necesitaba recordar eso.

Pero cuando su mirada vivaz se elevó hacia su rostro, sintió un rápido salto en el pecho y un hormigueo en los dedos de los pies.

«Usted también luce muy bien, señorita Morgan».

Forzó una sonrisa tensa.

«No hay necesidad de halagos, milord. Estoy segura de que ha dado la bienvenida a damas mucho más elegantes a su mesa».

Hubo un momento de silencio mientras sus cejas se hundían en el centro de su rostro antes de suavizarse nuevamente mientras respondía con calma. «Tal vez, pero ciertamente ninguna tan encantadora».

Ainsworth entrecerró la mirada. Ella era todo menos encantadora y lo sabía bien. En ese momento, no pudo decidir si debería estar molesta o divertida por su respuesta.

Luego no necesitó decidirse cuando Shaw se aclaró la garganta detrás de ella.

«El señor y la señora Bentley», anunció.

Ainsworth caminó rápidamente al lado de Caillie mientras la chica se giraba para mirar la puerta con los ojos muy abiertos. Conteniendo la respiración, observó cómo Shaw se hacía a un lado y los Bentley entraban en el salón. A primera vista, podría haber pensado que era la señora Bentley la que estaba emparentada con el conde en lugar del hombre de cabello oscuro y hombros anchos que estaba a su lado. El cabello rubio de la dama y su elegancia serena combinaban casi a la perfección con el comportamiento refinado del conde. El señor Bentley, en cambio, presentaba modales mucho más informales con su leve fanfarronería y su media sonrisa irreverente.

Pero entonces se fijó en los ojos del hombre. Del mismo tono azul que los de lord Wright, aunque quizás un poco más claros. La mirada de Bentley tenía toda la intensidad que poseía la mirada de su hermano, pero curiosamente, aunque tal vez no fuera sorprendente, no tenía el mismo efecto visceral sobre ella que la mirada atenta del conde.

El conde dio un paso adelante para saludar a sus invitados con una regia inclinación de cabeza. «Buenas noches y bienvenidos».

«Hola, Wright», la sonrisa de Bentley y el tono de su saludo estaban muy cerca de ser burlones.

Antes de que Ainsworth pudiera mirar al conde para ver si le molestaba el tono de su hermano, la señora Bentley dio un paso adelante para ejecutar una reverencia perfectamente elegante. Su expresión era reservada pero amable mientras decía con una sonrisa genuina, «buenas noches, milord. Su invitación es muy apreciada».

«Por supuesto, señora Bentley», respondió el conde con calma. «Es un placer volver a verla».

«Aunque, en realidad, la invitación fue más bien cosa mía», intervino el señor Bentley.

El conde frunció el ceño brevemente antes de continuar con suavidad hacia la señora Bentley, «su marido fue bastante insistente».

A pesar de la evidente censura en el comentario del conde, la encantadora mujer rubia no pareció inmutarse. Ainsworth supuso que la señora Bentley probablemente estaba acostumbrada al extraño indicio de animosidad entre los hermanos.

«Sí, a veces puede resultar agobiante», observó la señora Bentley con un suspiro. La rápida mirada de soslayo que le dirigió a su marido estuvo a punto de ser tímida. «Pero normalmente tiene las mejores intenciones».

«Mis intenciones son irreprochables», observó con una sonrisa impenitente, «siempre». Luego, deslizó su mirada azul hacia donde

estaban Caillie y Ainsworth. «¿Pasamos a las presentaciones, entonces?».

El conde suspiró, pero se volvió hacia donde Ainsworth y Caillie estaban ligeramente apartadas en un rincón. Su expresión era plana e ilegible, aunque Ainsworth creyó detectar una rápida sonrisa de aliento cuando su atención se centró en su hermana menor.

«Por supuesto. Señorita Morgan y señorita Claybourne, permítanme presentarles al señor y la señora Bentley».

El caballero de cabello oscuro dio un paso adelante primero. De cerca, Ainsworth no podía negar el sorprendente atractivo del hombre y cuando extendió su gran mano hacia Caillie y le dio una amplia y deslumbrante sonrisa, sospechó que el hombre había heredado todo el encanto del conde anterior que aparentemente había pasado por alto a su hermano mayor.

«Señorita Claybourne», dijo con una voz intensa. «Cailleach, ¿correcto?», pronunció el nombre de la niña con un acento perfecto.

Caillie asintió y luego respondió, «la mayoría de la gente me llama Caillie».

Bentley sonrió cálidamente. «Caillie te queda bien, creo, pero Cailleach es un nombre tan encantador. ¿Te importa si sigo usándolo?».

La chica sonrió radiante. «En absoluto».

«Y yo insisto en que me llames Roderick. No hay necesidad de formalidades entre hermanos». Lanzó una sonrisa burlona hacia el conde. «¿No te parece, Wright?».

Ainsworth contuvo una risa burlona ante el comentario incitador mientras miraba para ver cómo respondería el conde. Casi esperaba un destello de mal genio o una réplica rápida, pero el lord simplemente asintió mientras juntaba sus manos detrás de su espalda.

Ver eso le provocó una punzada aguda en el pecho.

«Y yo soy Emma», dijo la Sra. Bentley con suavidad. «Roderick y yo estábamos esperando tener esta oportunidad de conocerte». Luego dirigió una serena mirada gris a Ainsworth. «Es realmente encantador conocerlas a ambas».

La señora Bentley era al menos unos años más joven que Ainsworth, pero había una gracia y una confianza innatas, un sutil pero innegable aire de competencia en la mujer que resultaba tranquilizadora al instante.

«Gracias, señora Bentley», respondió Ainsworth cortésmente mientras colocaba una mano sobre el hombro de Caillie. «También hemos estado bastante ansiosas».

«¿Por qué no nos sentamos todos?», sugirió el conde.

Se acomodaron frente al fuego, los Bentley ocuparon un sofá y Caillie y Ainsworth se acomodaron en el que estaba frente a ellos, lo

que dejó al conde con el sillón a un lado.

Hubo solo un momento de silencio incómodo antes de que Bentley soltara una risa suave. «Todo esto es un poco extraño, ¿no? Especialmente para ti», le dijo a Caillie. «Viajar hasta Londres para conocer a una familia de la que no sabías nada».

La chica se encogió de hombros y esbozó una amplia sonrisa. «Extraño, pero también muy emocionante».

El hombre se rió con un toque de burla. «Londres puede serlo, sin duda».

Caillie se deslizó hasta el borde del sofá. «¿Es cierto que tienes un club de juego?».

Su sonrisa era decididamente desenfadada cuando respondió, «sí, lo tengo».

«Me encantaría verlo».

El conde se aclaró la garganta justo cuando la señora Bentley se inclinó hacia delante. «Quizás algún día, pero hay muchos lugares maravillosos que probablemente querrás visitar en la ciudad. El Museo Británico. Los numerosos jardines y parques. Las tiendas de Bond Street».

«¿Tiendas?», Caillie se volvió hacia Ainsworth con una mirada esperanzada. «¿Podemos hacer algunas compras mientras estamos aquí, Worthy?».

«Quizás», respondió ella sin comprometerse.

«Acaban de llegar», observó el conde desde un costado. «Estoy seguro de que les gustaría tener algo de tiempo para adaptarse a su nuevo entorno antes de programar un itinerario turístico».

Los dos hombres se miraron el uno al otro por un momento. Aunque la mirada fue fugaz, se podía detectar mucho en su mirada mutua. Había una innegable, y no del todo encubierta, batalla de voluntades entre ellos. Aunque Ainsworth no pensó que fuera tan malévola como... desafiante.

El momento se rompió cuando la Sra. Bentley puso suavemente su mano sobre el brazo de su esposo y él inclinó la cabeza para darle una rápida sonrisa antes de volverse hacia Caillie.

«Solo avísame cuando te gustaría ir de aventuras y te acompañaré yo mismo», ofreció Bentley con un guiño antes de agregar rápidamente, «con la aprobación de la señorita Morgan, por supuesto».

Ainsworth reconoció su deferencia con una inclinación casual de la cabeza. «¿Qué sentido tiene visitar Londres si no podemos disfrutar de un poquito de aventura?».

«Bien dicho», observó el señor Bentley con otra sonrisa radiante.

«Su señoría nos acompañó a Hyde Park el otro día», dijo Caillie mientras se movía en su asiento. «Terminó siendo una aventura

horrorosa, de verdad», añadió con una pequeña risa.

El conde bajó la barbilla y esbozó una de sus fugaces sonrisas. «En efecto», respondió simplemente, «aunque sugiero que evitemos el estanque en futuras visitas».

Caillie se rió de nuevo y luego se volvió hacia los Bentley para explicarles, «Mi collie, Bramble, estaba demasiado ansioso por presentarse a los cisnes locales».

Aunque las elegantes cejas de su esposa se fruncieron con una leve preocupación, los ojos azules del señor Bentley se iluminaron con humor mientras se inclinaba hacia delante con aire conspirador. «Por favor, díme que su señoría tuvo que intervenir de alguna manera dramática».

Ainsworth arqueó una ceja. ¿Estaba intentando burlarse del conde?

«Realmente fue bastante dramático. Y perfectamente heroico», agregó Caillie con una mirada de admiración hacia el conde.

Si Ainsworth había albergado alguna preocupación de que Caillie pudiera sentirse intimidada en presencia de sus dos hermanos adultos, ese momento la disuadió de ese pensamiento. Estaba claro para ella, si no para nadie más, que la chica había notado la tensión entre los hombres y estaba haciendo que ambos participaran en la conversación de manera experta.

Por eso probablemente debería haber estado preparada cuando Caillie se volvió hacia ella.

«¿No estás de acuerdo, Worthy?».

Tomada por sorpresa, Ainsworth hizo lo posible por no mirar al conde, aunque podía sentir su mirada sobre ella como chispas azules bailando sobre su piel. «Por supuesto. Su Señoría desvió la furia de los cisnes con el destello de un matador que se enfrenta a un toro. Fue algo digno de presenciar».

Bentley se rió entre dientes. «Creo que habría pagado por ver eso».

Ainsworth sonrió, recordando la imagen del conde en mangas de camisa, agitando su abrigo. Luego también recordó la sangre que goteaba de sus dedos después del altercado. No había salido ileso del incidente.

Mientras la conversación continuaba a su alrededor, miró subrepticiamente la mano herida del conde que descansaba sobre su muslo. Notó que las pequeñas heridas habían sido bien limpiadas y no mostraban signos de inflamación. Luego sus largos dedos se extendieron y se curvaron en un puño bajo su mirada. Un extraño estiramiento y la tensión correspondiente se produjeron en lo profundo de ella. Al levantar la vista con sorpresa, lo encontró mirándola fijamente.

Rápidamente volvió a la conversación entre Caillie y la señora Bentley. La dama había preguntado sobre otras mascotas que tenía la niña y Caillie estaba describiendo las personalidades de cada una de sus gallinas en Faeglen.

«Parece como un encantador lugar para crecer», señaló la señora Bentley con calidez. Luego miró a Ainsworth. «¿Han estado ustedes dos solas todos estos años?».

Ainsworth se tensó, preguntándose cuál era el motivo de la pregunta. Pero cuando se encontró con la mirada de la otra mujer, todo lo que vio fue una curiosidad compasiva.

«No exactamente», respondió ella, «hemos tenido la ayuda de una pareja mayor en la casa y de varios amigos en el pueblo».

«¿Pero ninguna otra familia?», observó el señor Bentley con el ceño ligeramente fruncido.

«Nos hemos tenido la una a la otra», observó Ainsworth con la boca curvada en una sonrisa de orgullo con un toque de desconfianza.

«Y ahora los tenemos a todos», añadió Caillie alegremente.

Ainsworth se retorció internamente por cómo la muchacha la había incluido en la declaración. Estas personas eran la familia de Caillie. No de ella.

Por suerte, cualquier discusión adicional sobre el tema se interrumpió cuando Shaw entró en la puerta del salón para anunciar la cena.

#

Colin echó un vistazo rápido alrededor de la mesa mientras se concentraba en mantener una conducta apropiada a pesar de su incomodidad personal. La señorita Morgan los entretenía a todos con una divertida historia sobre la primera vez que Caillie decidió que le gustaría subirse al lomo de su enorme caballo, sin que la señorita Morgan lo supiera ni lo supervisara, y Colin aprovechó ese momento para evaluar exactamente qué era lo que estaba desencadenando su estrés interno. Sabía que Roderick sería tan encantador sin esfuerzo y, por supuesto, la señora Bentley era toda gracia y amabilidad. Juntos, conseguían que una persona se sintiera muy cómoda y relajada en su compañía.

Todos menos él, por supuesto. Hacía mucho tiempo que había aceptado que nunca se sentiría realmente cómodo con los demás y siempre confiaba en su comportamiento profundamente arraigado para superar las situaciones sociales. Su rígida torpeza era solo una de las muchas cosas por las que su padre lo había denigrado a menudo. Se había esforzado por aprender a disimularlo en la mayoría de las situaciones. Los modales estrictos y la multitud de reglas sobre el comportamiento dentro de la sociedad educada ciertamente habían ayudado.

Por desgracia, cuanto más tiempo pasaba con Roderick, más obvias se volvían sus diferencias, sobre todo en su forma casi opuesta de interactuar con los demás. En los últimos meses, Colin había deseado más de una vez haber sido bendecido con el encanto natural y la facilidad de modales que poseía Roderick. Pero nunca más que esa noche, cuando la importancia de la aceptación de la señorita Morgan pesaba mucho en su mente.

Mientras estaba sentado allí, observando la discusión alrededor de la mesa, se vio obligado a reconocer que había algo más en juego que la simple envidia.

Algo en la obvia facilidad y buen humor de la señorita Morgan al interactuar con su hermano lo molestaba. Mucho más de lo que debería. Ella siempre se había comportado contenciosa y ocasionalmente burlona con él. Cuando soltó una risa ronca y completa ante otra de las ocurrencias espontáneas de Roderick, de repente supo exactamente lo que estaba sintiendo.

Y entonces, tan pronto como reconoció sus celos, tuvo que reconocer que, aunque ciertamente deseaba ganarse el favor de la señorita Morgan por el bien de Caillie, había otro elemento mucho más personal en su angustia actual.

Quería que ella lo quisiera... por ser *él*.

Quería entablar con ella una conversación tan fácil y desenfadada, sin el tinte de la desconfianza o su determinación de oponérsele a cada paso. Quería que le sonriera con genuina calidez y lo mirara con admiración en lugar de burla.

Pero ese deseo era peligroso e inútil. Aunque su mirada se sentía constantemente atraída por sus rasgos expresivos y su sangre se calentaba cada vez que ella reía, él no era el tipo de hombre que inspiraba tales cosas en una mujer como la señorita Morgan. Una mujer con opiniones firmes que ya se habían formado antes de conocerlo.

Con el ceño fruncido, miró su plato. Luego, al darse cuenta de que su expresión revelaba su desagrado interno, rápidamente suavizó sus rasgos antes de levantar la mirada nuevamente para encontrar a la señorita Morgan mirándolo con brillantes ojos verdes.

Caillie había tomado el control de la historia y tenía toda la atención de los Bentley, por lo que no apartó la mirada cuando ella levantó una ceja en una pregunta silenciosa.

Desafortunadamente, no tenía idea de lo que estaba preguntando, aunque parecía que lo estaba estudiando, como una curiosidad extranjera. Todo lo que pudo hacer fue mirarla fijamente, haciendo todo lo posible por no revelar el anhelo inesperadamente duro dentro de él.

Pero entonces, algo cambió en su mirada. La curiosidad se

desvaneció cuando sus ojos se oscurecieron. Hubo un leve aleteo de sus espesas pestañas antes de que sus labios se abrieran y pareciera que ella dirigía su atención a su copa de vino con mucho propósito.

Con la sangre corriendo más rápidamente por sus venas, Colin continuó observándola mientras ella tomaba un largo sorbo de vino tinto. Bajó la copa y le lanzó una rápida y fugaz mirada, como para comprobar si todavía la observaba. Cuando se dio cuenta de que lo estaba haciendo, frunció el ceño y juntó los labios, pero no antes de que un intrigante rubor le tiñera las mejillas.

Su cuerpo se endureció instantáneamente en reacción y no pudo negarlo por más tiempo. Quería mucho más que admiración de la mujer. Pero el deseo era lo último que debería sentir por la espinosa señorita Morgan. Y lo último que debería buscar en ella.

Sin embargo, no pudo evitar desear que ella volviera a mirarlo a los ojos para poder buscar alguna señal reveladora de que el desdén no era lo único que sentía por él.

Volvió a centrar su atención en los demás y tuvo la mala suerte de captar la atención de Bentley. El otro hombre esbozó una sutil sonrisa torcida mientras un destello de complicidad brillaba en sus ojos. Cuando Colin mantuvo sus rasgos perfectamente controlados hasta lograr una expresión indescifrable, Bentley sacudió la cabeza ligeramente, como si estuviera decepcionado, antes de volver a centrarse en la conversación. Colin no se molestó en tratar de entender la extraña actitud de su hermano. La comida concluyó poco después. Renunciando a cualquier oporto de sobremesa, el caballero se retiró al salón con las damas. Pero pronto quedó claro que la excitación de la velada había agotado a la joven señorita Claybourne. Después del cuarto bostezo apenas disimulado de la chica, la señorita Morgan explicó que aún no estaban del todo aclimatadas a los horarios de Londres y que tendrían que disculparse pronto.

«Deberíamos irnos también», señaló amablemente la señora Bentley mientras todas se ponían de pie.

Colin tuvo un momento de alivio al pensar que la noche terminaría pronto cuando Roderick le puso una mano en el hombro mientras seguían a las damas hacia el vestíbulo de entrada.

«Una rápida palabra, Wright».

Colin aminoró el paso a regañadientes. En el poco tiempo que había pasado desde que él y su hermano habían comenzado a relacionarse en un nivel más personal, había aprendido que no tenía sentido tratar de evadir al otro hombre. Al final, Bentley tenía una manera de conseguir lo que quería.

«¿Qué pasa?», preguntó mientras observaba a las tres mujeres charlando tranquilamente entre sí al otro lado del pasillo.

«¿Has recibido alguna actualización de Nightshade?».

Colin estaba lo suficientemente molesto como para preguntar. «¿Quieres decir que no te ha mantenido al tanto de mi investigación?»

Su hermano le miró con el ceño fruncido. «Por supuesto que no. Te dije que el hombre es discreto. No traicionará tu confianza ni tus directivas».

«Es bueno escuchar eso».

«Sí, bueno», continuó Roderick, «eso significa que tengo que confiar en ti para que me mantengas informado de cómo progresan las cosas con nuestros hermanos», bajó la voz hasta convertirse en un gruñido, «no estoy acostumbrado a no poder supervisar algo tan importante».

Colin se giró para encontrarse con la mirada de su hermano más directamente. Buscando en el familiar azul, se permitió un momento para reconocer la frustración del otro hombre antes de responder, «entonces supongo que tendrás que confiar en mí, ¿no?».

Los ojos de Roderick se entrecerraron brevemente, diciéndole a Colin que entendía bastante bien el significado subyacente de sus palabras. La confianza no era algo que le resultara fácil a ese hombre y Colin ciertamente podía simpatizar con eso. Pero si todos iban a seguir adelante como él esperaba profundamente que lo hicieran, tenían que empezar por algún lado. Y la confianza iba a ser un factor vital.

«Ya te dije que te mantendría informado», añadió en un tono tranquilo, «y lo haré. Solo recuerda, prometiste no tomar ninguna medida sobre el tema sin mi consentimiento expreso».

Bentley frunció brevemente el ceño y asintió. Luego, sus labios se torcieron en una sonrisa familiar. «Parece que estamos juntos en esto, Wright. Te guste o no», agregó antes de caminar tranquilamente para unirse a su esposa en la puerta. Colin no se molestó en recordarle al hombre que en primer lugar, él había sido quien había iniciado la maldita unión.

Capítulo Diez

Solo dos días después, Colin recibió la tan esperada actualización de Nightshade, entregada en mano por un chico que llevaba una vivaz gorra roja. Aunque le hubiera gustado ir unos días más antes de tener que seguir con Roderick, esa breve molestia no duró mucho mientras leía el informe detallado.

Después de leerlo una segunda vez, bajó las páginas y murmuró una maldición poco habitual en él.

Tenía que acompañar a su hermana y a la señorita Morgan a Hyde Park en menos de una hora. Tendría que conseguir que un mozo de cuadra fuera en su lugar. La noticia que había recibido era mejor compartirla con Roderick de inmediato para que pudieran discutirla y decidir un curso de acción.

Había dejado en claro la otra noche que no quería que Roderick hiciera nada por su cuenta, lo que significaba que Colin tendría que brindarle a su hermano la misma cortesía.

Casi quince minutos después, Colin estaba fuera del club de Roderick ubicado justo al lado de St. James. Se llamaba simplemente 'Bentley's'.

Colin lo había visitado un par de veces en los últimos meses. Siempre durante el día, antes de que el club abriera sus puertas. Sospechaba que era por esa razón que no había sido rechazado de inmediato cuando uno de los empleados de mayor confianza de su hermano abrió la puerta principal cuando llamó.

El maleducado joven, conocido solo como Bishop, le dirigió a Colin una mirada atrevida mientras apoyaba el hombro contra el marco de la puerta. «¿El jefe lo está esperando?», preguntó con un sutil acento *cockney*.

[Nota de la Trad.: *"Cockney" es un dialecto asociado con trabajadores del East End de Londres. No pronuncian la "h" en inglés y es un acento marcado*]

«No, pero querrá verme», respondió Colin con rigidez, molesto por tener que esperar en la entrada cuando había un asunto tan urgente entre manos.

Bishop arqueó las cejas y entrecerró la mirada. «¿Cómo puedo estar seguro?».

Colin le dirigió al hombre más joven una mirada inexpresiva y esperó.

Después de un momento, Bishop se rió entre dientes y se hizo a un lado. «Solo estoy jugando, milord. Está en su oficina». Luego se dio la vuelta y se alejó con paso descuidado, dejando a Colin para que por

su cuenta se abriera paso por el club con poca luz.

Como era de esperar, las puertas dobles de la oficina de Roderick estaban abiertas, ya que insistía en estar disponible para su personal a menos que se estuviera discutiendo algún asunto privado. Roderick estaba sentado detrás de un escritorio muy grande e imponente. Se había quitado el abrigo y lo había arrojado sobre el respaldo de su silla para revelar todo el esplendor de su chaleco verde brillante. Su hermano tenía un sutil pero constante gusto por lo dramático.

Colin se detuvo en el umbral y se aclaró la garganta.

Cuando Roderick levantó la vista, la sorpresa se reflejó en sus rasgos por un momento antes de ser reemplazada por una profunda preocupación. Se puso de pie rápidamente y le hizo un gesto a Colin para que entrara. «Entra, Wright. Cierra la puerta detrás de ti, por favor». Mientras caminaba alrededor de su escritorio para señalar un par de sillas, le dirigió a Colin una mirada directa. «Tienes noticias».

Por supuesto, el infaliblemente astuto dueño del club sabría exactamente qué había traído a Colin a su puerta.

«Realmente me gustaría saber cómo puedes darte cuenta con un vistazo», murmuró mientras se unía a Roderick para tomar asiento en una de las dos sillas de cuero de capitán giradas una hacia la otra.

Su hermano sonrió mientras reclamaba la otra silla. «Te vi hace dos noches, así que sé que no estás aquí porque extrañaste mi brillante compañía. No juegas y rara vez disfrutas de una bebida antes de las cinco en punto. Eso deja solo una probabilidad razonable».

Colin arqueó una ceja. «Podría haber estado de humor para una agradable conversación fraternal sobre el clima o las carreras».

Los dos hombres se miraron fijamente por un momento antes de que Roderick resoplara una risa y Colin se permitió una breve sonrisa antes de aclararse la garganta. «Tienes razón, por supuesto».

Roderick se inclinó hacia adelante. «¿Qué pasa? ¿Nightshade localizó a Owen? ¿O Thomas finalmente cambió su actitud?».

Decidiendo ir directo al grano, Colin respondió. «El Sr. Beynon Thomas dejó su residencia en Gales hace seis días y llegó a Londres anoche ya tarde».

«¿Está aquí?», Roderick se puso de pie, ¿dónde?».

«Siéntate, Bentley». La voz de Colin era tranquila pero firme. «No te diré dónde ha alquilado una habitación hasta que hayamos hablado y *acordado* cómo atender esta información».

Estaba claro que el otro hombre preferiría salir corriendo a enfrentarse al hermano que había respondido a la carta de presentación de Colin con ira e insultos solo para cruzar repentinamente el país. Pero volvió a sentarse, aunque con el ceño fruncido.

«¿A qué está jugando?».

«No todo es un juego, Bentley».

Las cejas negras de Roderick se arquearon. «Por supuesto que lo es».

«El hombre podría tener varias razones para venir a Londres», sugirió Colin y se dio cuenta de que estaba tratando de convencerse a sí mismo tanto como a su hermano, que lo miraba con incredulidad.

«Pero sospecho que solo tiene una», contestó su medio hermano.

Colin suspiró. No podía estar en desacuerdo. «Dime, entonces… ¿qué crees tú que pretende?».

Bentley no dijo nada mientras parecía considerar la pregunta cuidadosamente. «Es difícil de decir. Ha dejado en claro que alberga un profundo resentimiento por las acciones del conde hacia su madre y no quiere tener nada que ver con nosotros».

«Sin embargo, aquí está».

«Correcto».

Ambos hombres se miraron en silencio.

Después de un momento, Bentley declaró, «tenemos que hablar con él».

«Tenemos que hacerlo», Colin asintió brevemente. «Pero me gustaría darle una oportunidad de venir a nosotros primero».

Las cejas negras de Roderick se fruncieron. «¿Cuánto tiempo?».

«Una semana, tal vez», otorgó el conde.

Su hermano gimió de desagrado. Pero antes de que pudiera plantear un argumento, Colin continuó. «Con el nivel de hostilidad y desconfianza que mostró en su correspondencia, cualquier presión indebida de nuestra parte probablemente solo logrará probar su punto y alejarlo. Este es un momento para tener paciencia».

Pasó otro momento, pero Bentley finalmente inclinó la cabeza en reconocimiento. «¿Planeas hacer que Nightshade mantenga a un hombre vigilándolo?».

La frente de Colin se arrugó brevemente. «Dudo que una acción así nos haga ganar su simpatía».

«Entonces tenemos que asegurarnos de que no se entere».

«Más engaño», murmuró Colin.

Bentley arqueó una ceja. «Tenías que saber que este proceso no sería fácil».

Colin apretó la mandíbula. «Por supuesto. Pero en primer lugar, eso no significa que debamos perpetuar el mismo comportamiento egoísta que provocó la situación».

Hubo una pausa. Luego Bentley suspiró largo y profundo. «Tienes razón».

Colin abrió mucho los ojos ante la admisión y Bentley se burló.

«No te veas tan sorprendido. Puedo admitir cuando estoy equivocado».

«Es la primera vez que lo veo».

«Porque rara vez me equivoco», bromeó Bentley con una sonrisa torcida.

Colin resistió el impulso de sacudir la cabeza. Se preguntó si siempre sería así con este hermano. En un momento estaban discutiendo, al siguiente, compartían una broma.

«Ordenaré a Nightshade que nos notifique solo si Thomas da una indicación de que planea irse de la ciudad nuevamente. No necesitamos más detalles sobre sus actividades. Tiene derecho a algo de privacidad».

«Supongo que estoy de acuerdo con ese plan», Bentley entrecerró los ojos, «pero si nuestro hermano se pone en contacto contigo, me lo harás saber. No concertarás una reunión sin mí».

Colin asintió. «De acuerdo».

«Puede que nunca te perdone haber ido a Escocia solo y conocer a Cailleach sin mí».

«La demora en tu presentación no pareció ser un problema», respondió Colin, «la chica quedó encantada contigo».

Bentley sonrió. «Lo estuvo, ¿no? Y el sentimiento es mutuo. Es una criatura encantadora. Claramente, la señorita Morgan tuvo mucho que ver con eso. Ella también es bastante agradable». Su sonrisa se transformó en una mueca irritante. «Oh, es verdad. Dijiste que ustedes dos no se llevaban muy bien».

Apretando la mandíbula para evitar reaccionar ante la obvia burla de su hermano, Colin esperó a que el hombre le diera su opinión.

«Aunque no puedo decir que eso me sorprenda», continuó su hermanastro.

«Obviamente, debe ser algún defecto en mi personalidad», intervino Colin, esta vez con sarcasmo no disimulado.

«Bueno, tienes que admitir que podrías permitirte relajarte un poco», insistió Bentley.

Colin se puso de pie y el otro hombre hizo lo mismo. Cuando vio la diversión en el rostro de su hermano, Colin sintió una oleada de emoción que tuvo que luchar con fuerza para reprimir. Mirándolo fijamente a los ojos, como los suyos, como los de su padre, simplemente preguntó, «¿Puedo? ¿Podría alguna vez?».

El brillo burlón se desvaneció inmediatamente de la mirada de Bentley y bajó un poco la barbilla. Pero no dijo nada.

Los dos hombres aún no habían hablado de su padre a profundidad, pero, de cualquier manera, había un entendimiento tácito entre ellos. Roderick, más que la mayoría, conocía la crueldad de la que era capaz su padre.

Dando un asentimiento, Colin dijo con rigidez, «estaré en contacto, Bentley». Luego se dio la vuelta y salió de la oficina, dejando las puertas dobles abiertas, como prefería su hermano.

Capítulo Once

En raras ocasiones el sol lograba abrirse paso a través de la niebla londinense, pero hoy había logrado hacerlo. El aire era fresco y la alegre luz del sol brillaba sobre los amplios jardines de Hyde Park mientras paseaban por los senderos. El día era aún más agradable por el hecho de que lord Wright no había podido acompañarlas como estaba previsto.

No era que a Ainsworth le disgustara especialmente la compañía del conde o que su presencia hiciera que las experiencias fueran decididamente menos agradables. No. Era mucho más complicado que eso. Deseaba que fuera lo suficientemente simple como para decir que detestaba al hombre. Que era ofensivo o aborrecible de alguna manera. Que había defectos obvios en su carácter que podrían justificar mantener a Caillie alejada de él también.

Pero no existían tales defectos ni faltas.

A pesar de sus considerables intentos por determinar lo contrario, era honorable, amable y generoso. Que tales características lograran brillar a través de su actitud estrictamente reservada solo demostraba la fuerza de su presencia.

Aunque su decencia era en última instancia una bendición para Caillie, resultaba ser una fuente de molestia para Ainsworth personalmente... y ni siquiera era lo más molesto de él.

Por lo general a altas horas de la noche, lo que la molestaba sobre todo, estando acurrucada en la oscuridad de su dormitorio, era que cuando lograba echar un vistazo más allá de la fachada y escudriñaba la bondad innata en él, veía algo... *más* ardiente debajo de la superficie de su actitud siempre tan decorosa.

La desconcertaba cada vez que su mirada impactante se posaba sobre ella durante más de un momento.

Hacía que su corazón se acelerara si se acercaba demasiado o la tocaba, dentro de los límites de la propiedad, por supuesto.

La hacía temblar de la manera más exasperante mientras su piel se calentaba y se sonrojaba.

Francamente, la ponía furiosa. Porque no quería sentir nada a su alrededor excepto un leve desdén y una cautelosa conciencia. Porque si ni siquiera quería que le *gustara*, estaba segura de que no quería *desearlo*. Y eso era exactamente lo que temía que fuera; así que, cuando supo que no se uniría a ellas en su paseo ese día, se sintió inmensamente aliviada. Y, como sospechaba, la excursión resultó ser tan agradable como había previsto.

El mozo de cuadra que había sido asignado para acompañarlas en lugar del conde hizo todo lo posible por mantener una distancia respetuosa. Pero Caillie y Ainsworth, y para ser justos, también Bramble, pronto tuvieron al hombre, llamado Randall, caminando junto a ellas, charlando mientras disfrutaban del buen tiempo y el aire fresco. Como dirigieron su paseo muy intencionalmente lejos del estanque y se aseguraron de mantenerse alejadas de cualquier cosa que pudiera parecerse un poco a una gallina a los ojos del collie, no experimentaron ningún drama ni emoción indebida.

Solo un paseo agradable y tranquilo por el parque.

Lo que hizo que su encuentro inesperado con el conde fuera de la Casa Wright fuera mucho más… estimulante, para la frustración cada vez mayor de Ainsworth.

Acababan de llegar a la parte delantera de la casa cuando el carruaje de Wright se detuvo junto a ellas y un mozo de cuadra saltó de su percha para abrir la puerta del vehículo. El conde estaba sentado en una ligera sombra y aún no las había notado en los escalones frente a su casa. Ainsworth solo necesitó un vistazo a su rostro para saber que algo lo estaba molestando.

Ese pequeño pliegue era evidente entre sus cejas, lo que indicaba que estaba preocupado. Y la tensión mantenía su boca en una línea firme que perversamente hacía que la cuadratura de su mandíbula fuera más evidente y su hoyuelo más pronunciado de una manera que *no era* poco atractiva. ¿Podría esa boca tensa sugerir que el hombre estaba luchando por evitar que se expresaran ciertos pensamientos?

Antes de que ella pudiera contemplar más su estado de ánimo, él bajó del carruaje y levantó la mirada para encontrarse con la de ella. Su expresión se reformó instantáneamente en esa máscara desapasionada que tanto prefería.

La decepción la invadió, enfriando la calidez del descubrimiento que había experimentado hacía apenas un momento.

«Señorita Morgan», dijo con amabilidad, añadiendo una sonrisa tensa.

Ainsworth hizo una rápida reverencia. «Milord. ¿Su asunto urgente ha sido concluido satisfactoriamente?».

Un rápido, apenas perceptible movimiento de sus cejas respondió a su pregunta antes de asentir. «Por ahora». Luego se volvió hacia su hermana. «Hola, Caillie. ¿Cómo estuvo tu paseo de hoy? Ningún incidente desafortunado, espero».

Ainsworth había notado que los dos habían comenzado a usar los nombres de pila del otro poco después de la visita de los Bentley. Parecía que el comentario de Roderick había tocado una fibra sensible después de todo.

«Ninguno en absoluto», respondió la chica. «Fue una excursión encantadora. Ojalá hubieras podido unirte a nosotras».

«La próxima vez», respondió mientras se inclinaba para pasar la mano por la cabeza de Bramble y rascarle detrás de las orejas al perro. Ainsworth tuvo la repentina sensación de que realmente lamentaba no haberse podido unir a ellas. Sus pensamientos anteriores sobre estar agradecida por su ausencia la hicieron sentir de repente miserablemente egoísta. De hecho, gran parte de su comportamiento, desde que vio al apuesto lord entre sus gallinas, la hizo sentir miserable.

Después de darle unas palmaditas más al collie, se enderezó y señaló la puerta principal. «¿Entramos?».

Una vez en el vestíbulo, las damas se quitaron los gorros y las chaquetas ligeras mientras el conde se quitaba el sombrero de copa y los guantes. Un lacayo que estaba esperando se llevó rápidamente todos los artículos mientras Shaw soltaba a Bramble de la correa y le ordenaba a otro lacayo que se llevara al perro para que lo limpiaran y probablemente le ofrecieran una golosina.

«El clima está tan hermoso hoy», señaló Caillie con tristeza, «que casi da vergüenza volver a estar adentro».

«Si lo deseas, podemos disfrutar de un pequeño refrigerio en el jardín», ofreció el conde. «No es tan grandioso como Hyde Park, pero diría que es mucho mejor que un salón sofocante».

«Eso suena maravilloso», exclamó Caillie. «¿No es así, Worthy?».

Ainsworth asintió. No podía negarse exactamente. Y sonaba como una buena manera de pasar una hora o algo así. En casa, ambas pasaban más tiempo fuera que dentro, incluso en días que no eran tan bonitos como ese. Y a pesar de su estricto orden, el jardín del conde era realmente precioso.

«Lo es», ella asintió y le ofreció una rápida sonrisa al conde.

Él parpadeó, la sutil reacción indicaba su sorpresa por su inusual aquiescencia. Luego se volvió hacia Shaw. «¿Podría pedirle a la señora Athens que traiga limonada y quizás algunas galletas a la terraza?».

«Por supuesto, milord».

Cuando el mayordomo salió del salón, el conde se volvió hacia Caillie y le ofreció galantemente el codo antes de dirigirse a ella con formalidad cortés. «Señorita Claybourne, ¿puedo tener el honor de acompañarla al jardín?».

La muchacha sonrió ampliamente y respondió con una elegante reverencia antes de tomar el brazo del conde. «Estaré encantada, milord».

Ainsworth sonrió con una pizca de diversión ante el inesperado

acto de caballerosidad del conde hacia la muchacha. Por un segundo, imaginó cómo se sentiría ser la destinataria de la galantería del lord, antes de apartar el pensamiento y seguirlos a través del salón hacia las puertas con ventanas que daban a la terraza del jardín. Unos minutos más tarde, los tres se relajaron en una pequeña mesa colocada junto a la barandilla de la galería de piedra, desde donde podían contemplar la maravillosa exhibición de flora que conformaba el complejo diseño del jardín del conde. Ainsworth reconoció la mayoría de las flores, arbustos y árboles, aunque muchos todavía estaban en las primeras etapas de su follaje estacional y solo unos pocos habían comenzado a florecer. Aun así, el aire era fresco y brillante y los aromas de las plantas verdes en crecimiento flotaban agradablemente en la brisa. Fue sorprendentemente fácil olvidar que el vasto mundo de Londres estaba justo detrás de los altos muros de piedra del jardín mientras se permitía simplemente respirar la belleza del entorno mientras Caillie deleitaba al conde con cada detalle de su estancia en el parque.

La muchacha hizo que la excursión pareciera mucho más emocionante de lo que realmente era y tenía el control total de la absorta atención del conde, bueno, tan absorto como probablemente pareciera el implacablemente estoico conde, de cualquier forma».

La gratitud brotó del corazón de Ainsworth a pesar de sí misma. Por lo menos, el interés del conde en su hermana menor estaba fuera de toda duda. Nunca dejaba de prestarle a la muchacha toda su atención, sin importar de qué estuviera hablando la chica. Ainsworth quería odiarlo por mostrarle un respeto tan constante y demostrar que uno de sus temores era infundado, pero no podía. No cuando Caillie claramente disfrutaba de su compañía. Mientras el tema cambiaba hacia una discusión sobre otros lugares que Caillie esperaba visitar durante su estadía en Londres, Ainsworth se ocupó de lo que se había convertido en uno de sus pasatiempos favoritos: observar la expresión del lord, buscar cualquier señal reveladora de sus pensamientos, tratar de discernir qué emociones, si las había, podían fluir debajo de su actitud inquebrantablemente distante. Había llegado a reconocer las señales sutiles que creía que indicaban momentos de preocupación o frustración y los destellos de impaciencia que rara vez se veían.

Pero ¿qué pasaba con los tipos de emociones más amables? ¿Tenía alguna de esas?

Ella lo había visto sonreír una o dos veces, solo una rápida inclinación de su boca que había parecido más superficial que genuina. Excepto tal vez por ese momento en el parque, poco después del incidente con los cisnes cuando había mencionado brevemente el escándalo. *Esa* sonrisa no había sido superficial, pero había sido molestamente breve.

Como estaba tan concentrado en la conversación con Caillie, se

arriesgó a mirarle la boca. Sus labios se apretaban con fuerza con frecuencia, pero no en ese momento. Sorprendida al notar la suavidad de la curva inferior y los arcos distintivos que formaban un labio superior bastante sensual, se sintió bastante embelesada. Y luego, mientras observaba atentamente, sus labios se ensancharon y curvaron lentamente para revelar un destello de dientes.

Su vientre estalló en un alboroto de aleteos justo cuando él desvió su atención en su dirección.

Sus ojos brillaban, pero su sonrisa se desvaneció rápidamente cuando su mirada encontró la de ella. Los músculos de su mandíbula se tensaron de esa manera tan familiar, pero Ainsworth estaba demasiado absorta en sus pensamientos como para sentirse avergonzada por ser sorprendida mirándolo. De hecho, se habría sentido bastante contenta de mirarlo un poco más. Tal vez averiguaría qué significaba su mandíbula apretada y qué indicaba ese extraño parpadeo en las profundidades de sus ojos. Y lo más importante, por qué lograban hacer que sus extremidades se sintieran como mantequilla derretida mientras que su interior brillaba como vino efervescente.

«Worthy, ¿estás bien?».

Ainsworth parpadeó rápidamente mientras se giraba hacia la muchacha. «Por supuesto».

La niña la miró dubitativamente. «Parecías un poco conmovida por un momento».

«Solo distraída por mis pensamientos», señaló Ainsworth, jurando no mirar en dirección al conde durante el resto de su tiempo en el jardín.

Afortunadamente, la Sra. Athens eligió ese momento para llegar con la limonada y algunas galletas ligeras con mantequilla. Una vez que puso todo sobre la mesa, se volvió hacia Ainsworth.

«Esto acaba de llegar para usted, señorita». La ama de llaves dejó una misiva cuidadosamente doblada sobre la mesa frente a ella.

Pensando que tenía que ser del señor o la señora Norris, Ainsworth tuvo un breve momento de preocupación de que algo pudiera estar mal en Faeglen. Pero cuando miró la nota, se dio cuenta de que no reconocía la letra.

«¿Qué es?», preguntó Caillie, curiosa.

«No lo sé». En realidad, parecía una especie de invitación.

«Bueno, ábrela», instó la chica.

Ainsworth miró al conde, que estaba dirigiendo su atención hacia el jardín.

«Probablemente debería esperar hasta más tarde».

«Puedo alejarme si lo desea», ofreció él mientras la miraba.

«Eso no es necesario, milord», respondió ella, sintiéndose

repentinamente tonta por retrasar una tarea tan mundana. «No puedo imaginarme qué podría ser», reflexionó mientras rompía el sello y abría la nota.

Después de todo, sí era una invitación.

«Bueno...», insistió Caillie con impaciencia, «¿de quién es? ¿Qué dice?».

«Es de la señora Bentley. Me ha invitado a una fiesta de compromiso que está organizando para su hermana, que acaba de comprometerse con el conde de Harte».

Caillie aplaudió. «¡Una fiesta! ¡Qué divertido! Oh, debes ir, Worthy. ¿Puedo ver la invitación?».

«No estoy tan segura, cariño», respondió mientras le entregaba la nota a Caillie. «Dudo que tenga el atuendo adecuado para una velada tan grandiosa».

«Pero aquí mismo dice que no es nada extravagante, solo un evento informal para familiares y amigos».

Ainsworth se rió. «Es para celebrar el compromiso de un conde. Será formal independientemente de lo que diga la señora Bentley».

«Es una invitación a un verdadero evento social londinense», insistió Caillie. «*Moriría* por tener una oportunidad así. *No puedes* rechazarla, Worthy».

Retirando la invitación de la mano enfáticamente agitada de la muchacha, Ainsworth señaló un poco más severamente, «puedo. Y debo hacerlo».

«Pero...», trató de argumentar Caillie.

«Pero nada».

La muchacha miró hacia otro lado con un resoplido mientras cruzaba los brazos petulantemente sobre su delgado pecho.

Sintiéndose un poco cohibida por todo el asunto, Ainsworth miró de nuevo al conde, esperando que todavía estuviera fingiendo no escuchar.

Desafortunadamente, su brillante mirada azul la estaba evaluando en silencio. Y esa maldita línea estaba de nuevo entre sus cejas.

Cuando ella abrió los ojos con una expresión interrogativa, él simplemente tomó su limonada. Después de tomar un largo sorbo, durante el cual Ainsworth tuvo que recordarse a sí misma que no debía mirarlo, volvió a prestar atención a Caillie con gratitud.

«Es bastante obvio que te encanta pasar tiempo al aire libre, pero tengo curiosidad por saber qué asignaciones disfrutas más mientras estás en el aula de estudio».

Ainsworth mantuvo su atención en Caillie mientras la muchacha ponía los ojos en blanco antes de responder.

«No muchas, me temo», observó honestamente, porque por

supuesto que sí. Luego se encogió de hombros. «Me gusta la música, el baile y los juegos de guerra, supongo».

«¿Juegos de guerra?», preguntó el conde.

Ainsworth se negó a mirarlo, pero sintió el destello de su mirada.

«Sí», confirmó Caillie con un firme asentimiento mientras se inclinaba hacia delante. «Es algo que hacemos siempre que nos enfrentamos a una batalla importante en nuestras lecciones de historia. El señor Norris redujo suficientes soldados para dos ejércitos completos y Worthy y yo los usamos para recrear las batallas. A veces seguimos las estrategias tal como se emplearon en realidad. Pero es mucho más divertido cuando creamos nuestras propias estrategias para ver si no podemos ser más inteligentes que esos viejos generales aburridos».

Ainsworth se quedó quieta mientras el conde la miraba. No quería verlo, pero negarse a hacerlo ahora solo parecería cobarde. Sin duda, él tendría mucho que decir sobre sus métodos de enseñanza poco convencionales. Ciertamente no se considerarían apropiados para la educación de una jovencita, de la que se esperaba que se centrara en el mínimo aprendizaje de escritura, historia y matemáticas, mientras se concentraba más intensamente en las habilidades necesarias para administrar una casa.

Pero cuando levantó la barbilla para enfrentarse a la mirada desafiante del conde, se sorprendió al oírle decir en voz baja, «ojalá hubiera tenido a la señorita Morgan como tutora».

El vientre de Ainsworth dio un extraño vuelco.

«Tiene una forma de hacer que hasta la asignatura más aburrida sea entretenida», estuvo de acuerdo la muchacha. «Como las matemáticas. Cuando era muy joven, todas mis lecciones de aritmética se impartían cantando».

La comisura de la boca del conde se torció. «Me encantaría escuchar una de tus canciones de aritmética».

Caillie ya estaba respirando profundamente para empezar a cantar cuando Ainsworth levantó una mano para detenerla, interviniendo rápidamente, «no creo que sea necesario, muchacha».

Los ojos de Caillie se iluminaron de risa y Ainsworth se dio cuenta de que la niña la estaba molestando intencionadamente. Le dirigió una mirada feroz y severa, que solo inspiró a la niña traviesa a mostrar la lengua.

Ainsworth habría respondido de la misma manera si no se hubiera distraído inmediatamente con el sonido de la risa cálida y ronca del conde. Todo su cuerpo parecía vibrar con el sonido y lo único que pudo hacer fue no darse la vuelta y mirarlo con la esperanza de que volviera a emitir el mismo sonido.

«Parece maravilloso. Mucho mejor que mi propia experiencia», observó con un sutil descenso en la voz.

«No me diga que en alguna ocasión le han dado un golpe en los nudillos», dijo Ainsworth, con la esperanza de desviar la conversación de sus lecciones poco ortodoxas. «No puedo imaginar que fuera otra cosa que un estudiante ejemplar, que obedecía todas las reglas y sobresalía en todas las tareas».

Había querido que las palabras resultaran ligeras y burlonas, pero por alguna razón, provocaron un cambio inmediato en su actitud. Esa fachada severa y sangrienta volvió a su lugar rápidamente cuando se aclaró la garganta.

«Tiene toda la razón, señorita Morgan. Había reglas estrictas que regían cada aspecto de mi infancia, incluida mi educación». Sus ojos se alzaron para encontrar los de ella mientras añadía en un tono que podría haber sonado bastante duro si no fuera tan dolorosamente monótono. «Y seguí cada una de ellas».

Ainsworth comprendió de repente, sin que él tuviera que decirlo, que las consecuencias de comportarse de otra manera probablemente fueran mucho más nefastas que un golpe en los nudillos. Se le retorció el estómago y sintió una repentina necesidad de disculparse.

Después de aclararse la garganta, le dedicó a Caillie una pequeña sonrisa. «Tienes mucha suerte de tener a la señorita Morgan».

«Bueno», dijo Caillie en un tono alegre y optimista, «ahora que eres el conde, puedes hacer o romper las reglas como quieras».

«Es muy cierto», señaló, con voz pensativa y ponderada. «¿Debería empezar insistiendo en que nadie puede levantarse de esta mesa hasta que haya comido al menos tres galletas?».

Caillie se rió. «Eso significa que ambos deben comer dos más», observó la muchacha. Luego sonrió. «Por otro lado, parece que soy libre de irme cuando me plazca».

Antes de que Ainsworth pudiera ofrecer un argumento rápido, la muchacha se puso de pie de un salto y salió corriendo al jardín, riendo con alegría traviesa.

«La chica sabe muy bien que todavía necesita que la disculpen como es debido», murmuró Ainsworth en voz baja.

El conde se aclaró la garganta mientras tomaba una galleta. «No creo que yo haya iniciado esa regla, señorita Morgan».

Ainsworth entrecerró los ojos y lo miró desde el otro lado de la mesa. ¿Por qué había bajado tanto la voz con esa declaración? ¿Y por qué parecía estar evitando deliberadamente su mirada mientras se metía el dulce en la boca? ¿Y por qué, en nombre del cielo, su corazón dio un pequeño salto tan extraño al ver su lengua saliendo para atrapar una miga en la comisura de sus labios?

Negándose a reconocer la respuesta muy obvia a su última pregunta no formulada, Ainsworth se concentró en cumplir con su cuota de galletas mientras miraba a cualquier lado menos al conde. Afortunadamente, él no intentó seguir conversando con ella y, tan pronto como pudo, se puso de pie.

Aunque tuvo la tentación de salir corriendo, como lo había hecho Caillie, se abstuvo. «Si me disculpa, milord».

«Por supuesto», respondió él con calma, habiéndose levantado tan pronto como ella lo hizo. Cuando ella se dio la vuelta y se alejó, él agregó, «espero que reconsidere aceptar la invitación de la señora Bentley».

Curiosa por saber por qué se preocupaba por algo así, preguntó, «¿por qué?».

Él la miró fijamente por un momento. Lo suficiente para que ella fuera intensamente consciente de sí misma. «Creo que lo disfrutaría».

«No estoy aquí para disfrutar, lord Wright». Tan pronto como las palabras salieron de su boca, se dio cuenta de lo tercas e implacables que sonaban.

Pero él simplemente hizo una sutil reverencia con la cabeza mientras respondía, «aun así».

Capítulo Doce

Dos días después, Ainsworth todavía no había tenido tiempo de enviar sus disculpas a la señora Bentley por la invitación. Y se estaba quedando rápidamente sin tiempo, ya que la amable mujer iba a pasar por allí esa tarde para llevarla a ella y a Caillie de compras.

Habían planeado la excursión mientras se despedían después de la cena la semana pasada y Ainsworth recordaba claramente que la señora Bentley le había mencionado que tendría que pasar por la modista para una prueba rápida.

Sería la oportunidad perfecta para comprar un vestido nuevo. Uno que podría ser apropiado para la fiesta de compromiso de un conde.

Aun así, le parecía una extravagancia.

No es que no pudiera permitirse una compra así si quisiera. La dote que su padre había reservado para ella habría sido más que suficiente para conseguirle un marido muy bien posicionado y, combinada con la herencia de su madre, tenía fondos más que suficientes para toda la vida, considerando su sencillo estilo de vida en Dumfriesshire. Un solo vestido ciertamente no haría mella en sus finanzas. Pero ese no era el punto, ¿verdad?

¿Y cuál era el punto, exactamente?

Ella podría haber excusado su renuencia como inseguridad. Aunque le habían dado todas las herramientas necesarias para una presentación social, nunca la habían presentado. La muerte de su padre y la transferencia de la baronía a Angus, luego el nacimiento de Caillie y la muerte de Davina habían puesto un freno bastante duro a su debut planeado. Nunca había asistido a una fiesta formal antes. Y que su primera fuera una que incluía a lores y damas sofisticados de Londres, sin importar lo informal que fuera, era suficiente para intimidar a cualquiera.

Pero Ainsworth no se intimidaba fácilmente y honestamente no le importaba lo que los demás pudieran pensar de su falta de refinamiento.

No, mientras analizaba la verdadera motivación de su resistencia, temía que fuera mucho más autocompasiva y ridícula.

La verdad era que las palabras del conde en el jardín habían sonado demasiado ciertas. No quería ir a la fiesta porque se empecinaba en no disfrutar de este mundo en el que probablemente pronto perdería a Caillie.

En cuanto reconoció la maliciosa verdad, se dio cuenta de que solo se estaba haciendo daño a sí misma.

Tal vez era hora de empezar a aceptar aquello contra lo que había estado tan decidida a luchar. Si el destino de Caillie estaba aquí en Londres con sus hermanos, entonces tal vez a Ainsworth le vendría bien establecer algunos vínculos aquí también, para poder tener más oportunidades de visitarla.

Una sensación como un puñetazo en el estómago le cortó la respiración. Era algo a lo que sospechaba que tendría que acostumbrarse. Pero ese mismo impulso centrado que la había motivado a construir una nueva vida de la nada en Faeglen también la instaba a no detenerse en el dolor que estos nuevos cambios le causarían. Al final, todo lo que importaba era lo que era mejor para Caillie.

Y por difícil que fuera siquiera considerarlo, Ainsworth estaba empezando a pensar seriamente que podría ser el conde.

Aunque no pudiera asistir a la fiesta de compromiso, sin duda podría disfrutar de un día de compras en buena compañía. El contagioso entusiasmo de Caillie definitivamente ayudó en ese sentido. La muchacha estaba emocionada por la oportunidad de ver más de la ciudad.

A la hora señalada, la señora Bentley llegó puntualmente en un elegante carruaje pintado de azul real con ribetes negros. Como ella y Caillie ya estaban en el vestíbulo de entrada con sus capotas puestas cuando el carruaje se detuvo frente a ella, lograron salir antes de que la señora Bentley pudiera bajar del elegante faetón.

Al verlas acercarse por la puerta abierta, la señora Bentley sonrió mientras Caillie corría hacia ella. El entusiasmo de la niña era innegablemente evidente. «Oh, hola. Yo habría ido a la puerta por ti».

Ainsworth le devolvió la sonrisa. «No se preocupe, señora Bentley. No habría podido detenerla ni aunque lo hubiera intentado».

«Aparte del parque, esta es nuestra primera salida real», explicó la chica mientras un joven mozo de cuadra se adelantaba para ayudarlas a subir al carruaje.

«Entonces, me siento muy honrada de ser su guía hoy», respondió la dama.

Ainsworth siguió a Caillie al interior del vehículo bien equipado y notó que la señora Bentley no era la única ocupante. Cuando se acomodaron en sus asientos y la puerta del carruaje se cerró, la señora Bentley asintió con la cabeza a la joven de cabello oscuro que estaba a su lado. «Permítanme presentarles a mi hermana, la señorita Lily Chadwick. Lily, esta es la señorita Ainsworth Morgan y la hermana de Roderick, la señorita Cailleach Claybourne».

La señorita Chadwick les dio una cálida sonrisa que suavizó sus ojos grises hasta convertirlos en un hermoso tono brumoso. «Un verdadero placer conocerlas a ambas. Estoy muy contenta de que

puedan acompañarnos hoy».

Aunque la señora Bentley era rubia y algo esbelta, su hermana tenía un cabello castaño intenso y una figura más regordeta. Pero ambas eran encantadoras y elegantes, de una manera a la que Ainsworth nunca podría aspirar.

«Un placer conocerlas», dijo Caillie muy animada.

«Lo mismo digo», señaló Ainsworth antes de preguntar, «¿Te corresponde la felicitación por el reciente compromiso o hay otra hermana?».

Mientras la joven se sonrojaba un poco, fue la señora Bentley quien respondió. «Tengo otra hermana, pero tienes razón, es Lily, quien pronto se casará con el conde de Harte», señaló con una suave sonrisa hacia su hermana.

Presionando sus dedos contra sus mejillas, la señorita Chadwick respondió con naturalidad, «todavía es un poco difícil acostumbrarse. Por eso he elegido disfrutar de un compromiso prolongado».

«Deseo...», comenzó la señora Bentley, pero fue interrumpida rápidamente.

«Es lo que queremos, Emma».

Pasó un momento, pero la señora Bentley finalmente dio un pequeño suspiro y asintió. «Por supuesto, querida. Es tu elección por completo». Luego se volvió hacia Ainsworth luciendo un poco apenada. «Me temo que tengo tendencia a ser un poco autoritaria con mis hermanas».

La señorita Chadwick rápidamente extendió la mano para acariciar la mano de su hermana. «Bueno, tenías motivos para serlo. Pero últimamente te ha ido mucho mejor», observó con una sonrisa alentadora, «incluso con Portia», se volvió hacia Caillie y Ainsworth y añadió, Portia es nuestra hermana menor. Es una especie de demonio, para ser sincera. Y su fuga a Gretna Green el año pasado afectó bastante a Emma».

«No entiendo por qué no podía esperar a casarse con su hombre como es debido», observó la señora Bentley con rigidez.

«¿Como es debido? ¿Te refieres a como lo hicieron tú y Roderick? ¿Casarse en el club?».

Aunque la señorita Chadwick parecía ser todo lo dulce y gentil que podía ser, claramente no tenía problemas para burlarse de su hermana mayor, que entrecerró la mirada ante ese último comentario.

«¿De verdad lo hizo?», preguntó Caillie con los ojos muy abiertos. «¿Usted y mi hermano se casaron en su club de juego?».

Una hermosa curva suavizó los labios de la señora Bentley. «Lo hicimos, en realidad. Nuestro matrimonio fue un poco escandaloso», se encogió de hombros, «así que pensé que podría aprovecharlo al máximo».

«¡Qué emocionante!», exclamó la muchacha.

«Y fue un evento maravilloso», observó rápidamente la señorita Chadwick. «Solo espero que mi boda sea tan encantadora e íntima». Deslizó su cálida mirada hacia Ainsworth. «¿Ha tenido la oportunidad de considerar si le gustaría o no asistir a mi fiesta de compromiso, señorita Morgan? Realmente me encantaría que viniera».

Al sentir la mirada esperanzada de Caillie y las sonrisas amables de las hermanas frente a ella, Ainsworth se encontró incapaz de negarse a la solicitud, a pesar de su renuencia anterior. «Por supuesto, señorita Chadwick, me encantará asistir».

«¡Excelente!», la sonrisa de la dama era brillante y genuina. «Entonces, tendrá la oportunidad de conocer a Portia y a su esposo, el señor Turner, y a nuestra tía abuela Angelique».

Emma emitió un suave sonido de angustia y Lily se rió de nuevo, luego se inclinó hacia delante como para compartir un secreto. «Angelique es un poco excéntrica. Nadie sabe nunca lo que hará o dirá».

«Exactamente», observó Emma con el ceño fruncido.

«Me gustaría poder ir», dijo Caillie enfurruñada.

Emma sonrió. «Ser joven puede ser bastante difícil cuando hay tantas cosas que te gustaría hacer».

«Quiero hacerlo todo», exclamó la muchacha. «Ir a todas las fiestas, ir al teatro, ver Vauxhall y Covent Garden y navegar por el Támesis y asistir a las carreras y a un combate de boxeo».

Ainsworth se rió. «Y lo harás, cariño», le aseguró cuando la chica hizo una pausa para respirar. «Cuando seas lo suficientemente mayor».

Caillie gimió y las tres mujeres intercambiaron una mirada de comprensión divertida.

Su primera parada fue una pequeña y antigua perfumería escondida a lo largo de un callejón angosto. La señorita Chadwick explicó que Angelique la había llevado allí una vez y que estaba ansiosa por volver. Al parecer, había un perfume en particular que quería pedir para su fiesta de compromiso.

La tienda era una fascinante mezcla de aromas y colores. Pequeña y oscura, con estantes cubiertos de varias botellas de vidrio que reflejaban la escasa luz del sol que se filtraba a través de las ventanas delanteras, parecía un lugar de otro mundo. La atmósfera se veía reforzada por el propietario, un anciano pequeño y arrugado con una gran nariz, ojos dorados brillantes y bigotes plateados.

Mientras Lily Chadwick hablaba con el tendero en voz baja sobre la mezcla de aromas específica que deseaba pedir, Ainsworth, Emma y Caillie deambulaban oliendo los deliciosos perfumes y maravillándose de su variedad.

Una vez que la señorita Chadwick terminó su asunto, los cuatro se dirigieron a una librería cercana donde Caillie encontró un volumen sobre arquitectura del siglo anterior y una colección de mitos de la antigua Grecia. Hicieron otras paradas en la tienda de encajes, la modista y una tienda especializada en los mejores accesorios que una dama moderna podría necesitar, a saber, zapatillas de baile, bolsos y abanicos. Por último, llegaron con la modista.

La propia Madame Bellerose las recibió en la sala principal de la tienda.

«Hola, señora Bentley y señorita Chadwick. Veo que han traído con ustedes a un par de nuevas amigas».

«Buenas tardes, señora», respondió Emma. «Estas son la señorita Morgan y la señorita Claybourne. Están visitando Londres por primera vez como invitadas del conde de Wright».

Los ojos de la modista se abrieron ante la noticia mientras las observaba a ambas con una mirada más brillante y crítica. «¡Ah! Qué agradable. Por favor, pasen por aquí a los probadores».

La trastienda del lugar estaba dividida en varias zonas más pequeñas para probarse vestidos. Madame descorrió las cortinas que había entre dos de ellas para crear un gran espacio para todas. Caillie se sentó rápidamente en un sillón de la esquina, donde comenzó a leer su libro recién comprado sobre mitología mientras las ayudantes de Madame iban a buscar los vestidos que había estado confeccionando para la señora Bentley y la señorita Chadwick y poder completar las pruebas finales.

«Mientras esperamos a que regresen mis chicas, ¿por qué no se sube a la plataforma aquí, señorita Morgan, y comenzaré a tomarle las medidas?».

«Lo siento, Madame, no estoy aquí para comprar un vestido nuevo».

«Pero por supuesto que sí. Es nueva en Londres y seguramente asistirá a la celebración del compromiso de la señorita Chadwick y del deliciosamente misterioso Lord Harte», señaló con una mirada pícara a la joven novia. «Debe desear un vestido nuevo para un evento como este. Y tengo el tiempo justo para hacerlo».

«Bueno…», en realidad no tenía intención de comprar un vestido de noche nuevo, pero el espíritu del día la había afectado y Madame fue muy convincente. «Está bien, pero tendrá que ser sencillo para que pueda tener otra oportunidad de usarlo cuando regrese a Dumfriesshire».

«¡Sencillo, por supuesto!».

Con una velocidad eficiente, Madame hizo que le tomaran las medidas a Ainsworth y luego la envió a una pila de láminas de moda para ver qué estilo o diseño podría gustarle. La prueba de Lily tomó

solo un poco más de tiempo y se retrasó principalmente debido a los muchos jadeos y suspiros de las damas en la habitación. Caillie declaró que el vestido rosa pálido era adecuado para una princesa mientras que Emma comentó lo elegante, hermosa y atrevida que se veía su hermana pequeña.

Mientras las hermanas compartían un rápido abrazo, Ainsworth escuchó a la Sra. Bentley susurrarle a su hermana, «estoy tan orgullosa de todo lo que has superado, Lily. Mereces todo el amor del mundo y una vida de la mayor felicidad. Espero por Dios que tu caballero sepa lo especial que eres».

«Así lo hace, Emma», murmuró suavemente la otra mujer antes de separarse.

Ainsworth miró a Caillie, que la observaba con la sonrisa más amplia y tonta. No pudo evitar devolverle la sonrisa y luego se rió con un poco de burla. Qué sentimentalistas eran todas.

A continuación, le tocó a Emma subir al estrado.

En cuanto Madame colocó el vestido azul zafiro sobre el delgado cuerpo de la mujer, hizo unos cuantos sonidos de chasquido.

«Señora Bentley, me temo que tendré que dejar un poco más de cintura. Parece que mis medidas pueden haber estado mal», añadió, captando los ojos de Emma con una rápida mirada interrogativa en el espejo.

La expresión de Emma se suavizó mientras le aseguraba, «No tengo ninguna duda de que sus medidas eran absolutamente correctas. Más bien son las mías las que han cambiado».

La modista esbozó una sonrisa cómplice y Ainsworth bajó la barbilla para ocultar su propia sonrisa, pero a Lily le llevó otro momento comprender la implicación de Emma. Luego jadeó en voz alta y se apresuró a abrazar a su hermana una vez más.

«Oh, Emma, qué maravilloso. Estoy tan emocionada por ti y por Roderick. Él debe estar emocionado».

«Definitivamente lo está».

«¿Por qué?», preguntó Caillie, levantando la cabeza de su libro. «¿Por qué debería estar emocionado? ¿Qué está pasando?».

«No te preocupes, cariño», dijo Ainsworth en voz baja, sin querer interrumpir el hermoso momento. «Te lo explicaré más tarde».

Emma se volvió hacia ella y le dijo, «espero que no te importe, señorita Morgan, si recurro a ti en busca de consejo de vez en cuando. Me temo que no conozco a ninguna otra madre con experiencia».

Ainsworth se puso rígida cuando el calor desapareció de sus mejillas. Podría haber jurado que la señora Bentley estaba al tanto del triste destino de Davina. «Lo siento, pensé que lo sabías. No soy… en realidad la madre de Caillie».

«Por supuesto que eres mi madre, Worthy», la voz de Caillie era

firme y algo incrédula cuando intervino desde el otro lado de la habitación. Cerrando su libro con un ruido sordo, la muchacha le dirigió a Ainsworth una mirada severa. «Sé que Davina me dio a luz y siempre tendrá un lugar en mi corazón. Pero en todos los sentidos que importan, Worthy, tú eres mi madre. Y eres lo mejor que podría haber pedido».

Ainsworth sostuvo la mirada de la niña sin parpadear, en parte porque era la única forma en que podía contener las lágrimas que le quemaban los ojos, pero también porque estaba más que un poquito asombrada por la convicción en la voz de su niña.

Aunque siempre había considerado a Caillie como su hija, en todos los sentidos menos uno, nunca había expresado ese sentimiento en voz alta. Nunca había querido suplantar a Davina ante los ojos de la niña ni reclamar un lugar que no le correspondía por derecho. Pero oír a Caillie repetir el sentimiento que Ainsworth había llevado en su corazón durante tantos años fue simplemente… el mejor regalo que jamás podría haber recibido.

Antes de que pudiera recuperar el aliento, Caillie se puso de pie de un salto y corrió a sus brazos. Se abrazaron tan fuerte como solían hacerlo cuando la muchacha aún era lo suficientemente pequeña como para subirse al regazo de Ainsworth. Pasó un tiempo antes de que se soltaran con risas acuosas y miraran a su alrededor para ver que las otras damas se habían ido.

Ainsworth se sintió abrumada por la gratitud por su sensibilidad y discreción, aunque todavía se sentía un poco desconcertada por la revelación completamente inesperada que acababa de ocurrir.

Con una respiración profunda, tomó el dulce rostro de Caillie entre sus manos y secó las lágrimas de la chica con sus pulgares mientras ambas sonreían tontamente la una a la otra.

«Bueno, eso fue bastante dramático y maravilloso», dijo suavemente.

Caillie se rió. «Sabes que así es como me gusta hacer las cosas». Luego tomó el rostro de Ainsworth entre sus propias pequeñas manos. «Si hubiera sabido que creías lo contrario, habría dicho algo antes».

«No te preocupes», respondió Ainsworth con firmeza. «Tienes razón. Debería haberlo sabido desde antes».

«Sí», dijo la niña antes de inclinar la cabeza. «Espero poder seguir llamándote Worthy. Te queda muy bien, después de todo».

Ainsworth sonrió. «Sí. Te amo, pequeña».

«Yo también te amo, Worthy».

Se abrazaron de nuevo y luego Caillie, la marimacha, gritó, «ya pueden regresar todas».

Aunque era bastante obvio que las damas habían oído todo

desde el otro lado de las cortinas por los sutiles toques en sus ojos que intentaban ocultar, Ainsworth agradeció su consideración al fingir lo contrario. Las grandes demostraciones emocionales no eran algo con lo que se sintiera muy cómoda… a menos que involucraran su temperamento, por supuesto.

Madame regresó también e inmediatamente se puso a terminar los planes para el futuro vestuario de la señora Bentley. Luego regresó con Ainsworth.

«¿Se ha decidido por un vestido, señorita Morgan?».

Señalando el diseño que esperaba que fuera más versátil para uso futuro, Ainsworth respondió, «creo que este».

«Mmm», Madame estudió el diseño. «Sí, cariño, puedo verlo. Tal vez en un tono verde intenso. No. Una seda jacinto oscura y brillante. Será impresionantemente dramático».

«No estoy segura de que el dramatismo sea la dirección que deseo tomar».

«Vamos, señorita Morgan», la amonestó la modista con el ceño fruncido. «No es tan joven, ¿verdad? Así que no está sujeta a las reglas que mantienen a las señoritas envueltas en pasteles y cien tonos de blanco. Puede ser atrevida, señorita Morgan».

«Soy bastante atrevida, se lo aseguro».

«Entonces que su vestido combine con su espíritu, querida».

«Oh, suena encantador», exclamó Lily. «Debes elegir el jacinto».

«Sí, Worthy. Debes elegirlo. *Moriré* si no eliges el jacinto».

Riéndose de la efusiva súplica de Caillie, Ainsworth negó con la cabeza. «Muy bien, me rindo».

«Por supuesto», señaló Madame con un guiño confiado. Mientras tomaba notas sobre el diseño y el material, agregó en voz baja para Ainsworth únicamente, «su señoría es un hombre apuesto, ¿no es así? Tan reservado y educado. Una mujer se pregunta cómo será cuando se apagan las luces». Suspiró profundamente.

Ainsworth frunció el ceño y respondió, «no tengo idea de qué está hablando».

«Por supuesto, cariño», concedió la modista nuevamente mientras se daba la vuelta con un movimiento de caderas.

Capítulo Trece

Una calidez familiar la envolvió tan pronto como Ainsworth entró en la habitación sin luz. Aunque mucho más grandiosa que la de Faeglen, la cocina del conde poseía todos los elementos necesarios característicos de las cocinas de todas partes. Una gran mesa de trabajo de madera, el aroma terroso de las hierbas que habían sido colgadas para secar, una amplia chimenea de piedra, la suave bocanada de calor que aún emanaba de los grandes hornos de hierro y el tipo de comodidad que no se podía encontrar en ninguna otra habitación de la sofisticada mansión.

Con un suspiro, se adelantó para dejar su vela sobre la mesa. Pasando la mano sobre la superficie suave y desgastada, ya sentía que el nudo de inquietud en su interior comenzaba a liberarse.

Hacía un par de días, había conocido al chef del conde, un francés mayor deliciosamente encantador. Después de una encantadora conversación, había obtenido su permiso para usar los almacenes de la cocina y la despensa cuando quisiera, siempre y cuando no interfiriera con sus preparaciones de comidas y prometió dejar todo como lo encontrara.

Como era casi medianoche, dudaba que pudiera estorbar a alguien esa noche.

En silencio y con eficiencia, se puso a reunir las cosas que necesitaba. Una vez que todos los ingredientes estuvieron dispuestos en la mesa gigante, se arremangó y, con una chispa de anticipación, se puso a trabajar.

No había horneado usando medidas reales durante varios años, prefiriendo confiar en su ojo experto y su instinto cuando se trataba de esas cosas. El pan que estaba preparando esa noche no era difícil. De hecho, lo había elegido por su simplicidad, sabiendo que le permitiría divagar la mente mientras mantenía sus manos ocupadas.

Y su mente ciertamente divagó.

Pensó en el Sr. y la Sra. Norris y esperaba que Roy y las niñas estuvieran bien.

Pensó en cómo necesitaría reanudar las lecciones de Caillie pronto. Se habían tomado un descanso al llegar a Londres para tener la oportunidad de asentarse un poco, pero el respiro no podía durar para siempre. Había visitado el aula ayer y confirmó que tenía todo lo que necesitaba. Y más.

Pensó en el señor y la señora Bentley y en la señorita Chadwick y no pudo evitar reconocer que la nueva familia de Caillie había demostrado ser hasta ahora amistosa y frustrantemente agradable.

Aunque todavía quedaban dos hermanos más por conocer, Ainsworth empezaba a sospechar que el conde y Bentley se dedicarían intensamente a la comodidad y protección de Caillie. A su manera individual, por supuesto.

Lo que la llevó a pensar específicamente en el conde y en cómo, a pesar de su determinación de mantenerse bastante distante de quienes lo rodeaban, rápidamente se estaba volviendo bastante obvio que no era el hombre cruelmente egoísta que había sido su padre.

Sin embargo, aun así, había algo en él que la perturbaba enormemente.

Apoyó el amplio cuenco de madera sobre su cadera mientras mezclaba los ingredientes con movimientos lentos y seguros.

Supuso que podría ser simplemente celos por su creciente conexión con Caillie, ya que los dos seguían pasando algunas horas juntos cada tarde, y su capacidad para ofrecerle mucho más para su futuro de lo que Ainsworth jamás podría.

Pero en el fondo sabía que no era así. Aunque había comenzado la visita con una actitud triste, al querer lo mejor para Caillie solo podía estar agradecida por la buena suerte de la muchacha en su creciente familia. Le encantaba ver a Caillie prosperar en un entorno tan nuevo y vibrante y todo se debía a la insistencia del conde.

Emitió un áspero sonido de exasperación al darse cuenta de que todavía no estaba siendo completamente honesta consigo misma.

El conde la perturbaba. Pero no tenía nada que ver con Caillie. Y todo que ver con sus propias reacciones hacia el hombre. Su naturaleza reservada la desafiaba. Su moderación emocional la frustraba. Cada vez que interactuaba con él, se sentía cada vez más obligada a tomar alguna medida drástica para destruir su fachada cuidadosamente construida.

Y no sabía por qué.

Sacó el trozo de masa del cuenco ancho de madera y lo dejó caer sobre la mesa.

Esa era una mentira descarada. Formó un montículo uniforme con la masa y luego usó las manos para extenderla un poco antes de doblarla. Luego presionó la masa con las palmas de las manos, aplanándola y extendiéndola, antes de girarla y doblarla una vez más. Una y otra vez. Sus movimientos eran rítmicos y fuertes.

Sabía exactamente por qué.

Quería romper su reserva ferozmente mantenida porque quería demostrar que la intensidad que había percibido en él no era imaginada. Que la atracción intrínseca y la conciencia acalorada eran reales. Quería acceder a todo lo que él mantenía encerrado lejos del mundo. Quería *conocerlo*. Quería *sentirlo*. Al *verdadero* él. Tan desesperadamente, que imaginaba cómo sería cada vez que cerrara los

ojos.

«¿Está todo bien, señorita Morgan?».

Todo su cuerpo reaccionó a la voz del conde que fluía a través de ese espacio oscuro, silencioso y privado, lo que la hizo ponerse rígida de golpe mientras sus manos se cerraban en puños sobre la masa. Aunque seguramente lo habría evitado si se hubiera tomado un momento para pensarlo, levantó la mirada y lo encontró de pie, alto y formidable, en la puerta. Vestía pantalones de color beige y una camisa de lino blanca con un chaleco marrón dorado que había sido desabotonado. Se había quitado el abrigo y la corbata y, con su cabello rubio ligeramente despeinado, parecía sorprendentemente humano.

No, eso no estaba bien en absoluto, corrigió con un nudo en el pecho.

Parecía *deliciosamente prohibido*. Una deidad intocable que había entrado en su guarida en sombras sin darse cuenta y ahora estaba de pie en el umbral, sin saber si se atrevería a ir más lejos.

¿Debería tentarlo a acercarse con una sonrisa y una señal con el dedo?

No. No era una tentadora para atraer a un hombre experimentado y sofisticado. Un hombre que conocía mucho más del mundo de lo que ella podría haber imaginado en su pequeño rincón de Dumfriesshire.

Dios mío, estaba de malas esta noche.

Rápidamente volvió a concentrarse en su tarea antes de que él pudiera detectar su estado melancólico. «Todo está bien, milord».

«¿Qué está haciendo exactamente en mi cocina?».

Dobló la masa. «Horneando».

«¿A menudo hornea en mitad de la noche?».

«No, pero de vez en cuando, cuando me siento de mal humor».

«Ya veo», respondió lentamente. Mientras dejaba su posición en la puerta para acercarse a la larga mesa de trabajo, algo pesado y perturbador la recorrió por el cuerpo. «¿Y qué la hizo sentirse de mal humor esta noche?».

Ainsworth apretó los dientes. Con su conciencia interna ya abrumada por su inquietante presencia en sus pensamientos, no estaba segura de cómo podría soportar también su proximidad física. «No lo sé», respondió ella, «creo que sentí la necesidad de... amasar».

«¿Es eso lo que está haciendo?», preguntó él con una mirada intencionada a la bola de masa que ella prácticamente estaba golpeando con sus manos desnudas. «Parece más bien un asalto mortal».

«Maldita sea», murmuró. Había arruinado por completo la masa en su frustración y distracción. Cogió la bola endurecida y la arrojó al

cuenco. «Lo culpo a usted», acusó.

Él miró escépticamente el cuenco antes de desviar su mirada brillante para encontrarse con la de ella. «No veo cómo podría cuando recién entré por la puerta».

Ainsworth plantó sus manos cubiertas de harina en sus caderas. «Estaba distraída», murmuró a la defensiva.

«Parece que estaba distraída mucho antes de que yo llegara», señaló en voz baja.

¡Sí! ¡Por tu culpa! Quería gritar, su frustración anterior adquiría una cualidad delicada y vulnerable en su presencia. Afortunadamente, tuvo el suficiente sentido común para guardarse la exclamación para sí misma mientras cambiaba el foco de la conversación hacia él. Con una inclinación desafiante de su barbilla, preguntó intencionadamente, «como sea, ¿por qué está aquí?».

Él la miró a los ojos con una expresión firme. «Escuché una conmoción mientras pasaba y decidí investigar la causa».

¿Pasaba por aquí? ¿Simplemente estaba paseando por los pasillos de los sirvientes?».

Una pausa. Luego un suspiro. «Estaba en el jardín…».

«¿Casi a la medianoche?».

«Sí», respondió simplemente, aunque su mirada tuvo un efecto electrizante en la luz tenue y crepuscular de la cocina. Como una chispa de fuego azul que la atravesara. «Resulta que disfruto de la tranquilidad de la noche y el aroma de las flores bajo un cielo estrellado. ¿Es difícil de creer?».

En realidad, no lo era. Ella sacudió la cabeza levemente. «Encuentro lo mismo en Faeglen», murmuró. «Parece contraindicado, pero puede ser muy reconfortante estar bajo un cielo nocturno infinito. Es una de las pocas ocasiones en las que estar solo no es sentirse solo».

«¿Se siente sola a menudo, señorita Morgan?».

Se acercó más mientras hablaban y su mayor proximidad, sumada a la forma intensa en que la miraba, hizo que sus huesos se sintieran cálidos y suaves. Le tomó un momento responder y cuando finalmente llegaron las palabras, fueron sorprendentemente honestas. «No a menudo. Pero a veces».

«Ha estado sola por mucho tiempo. Imagino que a veces fue bastante difícil».

Ainsworth asintió, luego levantó la barbilla y sonrió. «Por suerte, siempre he tenido a Caillie».

Una sombra cruzó sus rasgos mientras asentía. Fue rápido, pero le dijo mucho. Él también había conocido la soledad. Tal vez mucho más de lo que ella alguna vez la había conocido.

Aunque hablar tan libremente seguramente cruzaba algún

límite tácito entre ellos, una vez que sus siguientes palabras se formaron en su mente, no pudo contenerlas. «Su padre...», comenzó suavemente, «fue horrible con todos sus hijos, ¿no?».

Él emitió un breve sonido de burla. «Mi padre era un hombre verdaderamente cruel, sin una pizca de empatía en su alma por nadie», una mueca áspera curvó la comisura de su boca, «y menos conmigo».

Ainsworth sacudió la cabeza. «Pero usted fue su hijo y heredero».

«Al final pareció reconocer esa verdad, pero hubo un tiempo, varios años, de hecho, durante el cual creyó plenamente que yo era el hijo de otro hombre».

Ainsworth respiró hondo, sorprendida. ¡Qué ridículo! ¿Cómo era posible que el hombre que tenía delante fuera confundido con el hijo de alguien más que del conde? Había visto el retrato del hombre y el parecido entre padre e hijo era asombroso.

Al ver su sorpresa, explicó, «según tengo entendido, mi madre estaba profundamente enamorada de mi padre cuando se casaron. Era joven y estaba enamorada de su belleza y del encanto que ejercía cuando le convenía. Pero no pasó mucho tiempo hasta que descubrió su verdadera naturaleza, alimentada por el egoísmo y la necesidad de controlar todos los aspectos de su mundo para asegurarse de que cumpliera con sus estándares extremadamente exigentes. El amor no puede sobrevivir en esas condiciones y los tiernos sentimientos de mi madre no fueron una excepción».

«Cuando mi padre se enteró de los amantes de ella, la exilió de nuestras vidas y le exigió que nunca más le mostrara la cara».

«Qué horrible», susurró Ainsworth. Conocía bien el dolor de ser repudiada y dejada de lado. Había visto a Angus hacerlo con su propia hija y luego con su nieta. Lo había visto, pero nunca había entendido cómo una persona podía ser tan despiadada y cruel con alguien a quien supuestamente amaba. «¿Era usted muy joven?», preguntó en voz baja, temiendo la respuesta.

«Aún no tenía los dos años cuando obligaron a la condesa a marcharse». El tono y los modales del conde eran monótonos y carentes de emoción, lo que era revelador en sí mismo. «Su infidelidad lo convenció de que no era su hijo, pero aún necesitaba un heredero para mantener las apariencias. Me reconoció ante el mundo, pero a puerta cerrada... disfrutaba mucho de asegurarse de que nunca olvidara lo indigno que era del título que algún día heredaría».

«Lo siento mucho...», comenzó, pero él la detuvo con un rápido movimiento de cabeza y una mirada dura.

«Eso es cosa del pasado. Con el tiempo aprendí que, si podía evitar darle cualquier motivo para denigrarme, no tenía mucho que

decir. En algún momento, o bien aceptó el hecho de que yo era su hijo o simplemente perdió el interés en atormentarme», se encogió de hombros, «después de eso, casi siempre nos evitábamos el uno al otro».

A Ainsworth le dolía el corazón. Sus palabras le decían mucho más de lo que él pretendía. Ahora estaba claro para ella que sus emociones fuertemente protegidas y su actitud ferozmente estoica eran defensas construidas a lo largo de los años para protegerse contra un padre cruel.

«Además», observó pensativamente, «su ira estaba casi obsesivamente dirigida hacia la mujer que lo había traicionado. Cuando se enteró inicialmente de las infidelidades de mi madre, incluso antes de que la enviara lejos, su primer acto fue de venganza. Para castigarla, se propuso intencionalmente tener un hijo fuera de su matrimonio. Quería degradar y provocar a mi madre como él se había sentido degradado y provocado. No pensaba en absoluto en la mujer o el niño que se verían afectados para siempre por sus acciones».

Entonces hizo una pausa mientras bajaba la mirada al suelo. Pero solo por un momento, mientras levantaba la barbilla para contarle el resto mientras la miraba a los ojos con una honestidad determinada.

«Sabía de la existencia de Roderick durante la mayor parte de mi vida. Dado que su madre había sido miembro de la nobleza, la historia de su caída a manos de mi padre era bien conocida. Después del escándalo, mi padre pudo continuar con su vida como antes. La madre de Roderick, sin embargo, se convirtió en una paria, sobreviviendo con una miseria después de que su familia la repudiara. Entonces, si percibe algún resentimiento en Roderick, le aseguro que está bastante justificado».

«Desafortunadamente, mi padre subestimó la absoluta falta de preocupación de su esposa por él o cualquier cosa que hiciera. Cuando mi madre no se derrumbó y lloró a sus pies ante la noticia de su infidelidad, la exilió. No fue hasta después de su muerte que descubrí cuán intensamente había continuado buscando venganza».

El estómago de Ainsworth se revolvió de ira ante esa repugnante revelación. «Se propuso llenar Gran Bretaña con sus bastardos», señaló suavemente, «con detalles inquietantes, registraba cada intento en sus diarios y se enorgullecía de sus éxitos», su mirada parpadeó, «honestamente, me sorprende un poco que no haya más. Pero siempre anotó si recibía confirmación de que había nacido un bebé y cuándo. Entonces ignoraba por completo tanto a la madre como al niño para buscar su próxima conquista. Supongo que puedo estar agradecido de que haya suficiente información para que yo pueda seguir sus declaraciones. Para poder encontrar a mis

hermanos», enderezó su postura, «y poder ofrecer de alguna manera reparaciones por sus actos».

Ainsworth estaba aturdido. Que alguien fuera tan egoísta y consumido por el odio que arruinaría innumerables vidas... era apenas comprensible. El conde anterior había sido un monstruo. Y no quería pasar ni un momento más pensando en el miserable hombre.

El conde actual, sin embargo, merecía su respeto.

Se acercó a él. «¿Sabe?, usted no merecía ese trato horrible más que ellos».

El conde irguió los hombros mientras la tensión le aplanaba los labios. «No tengo nada de qué quejarme. Mi vida es ridículamente encantadora. Soy el conde, por el amor de Dios. Rico más allá de lo que la mayoría de la gente imagina. Poseo propiedades y caballos y una bodega llena del mejor brandy. Nunca he tenido que mendigar una comida ni luchar por mi lugar en un mundo que se propone vilipendiarme».

«Tal vez», reconoció ella, «pero una vida encantada no garantiza una vida feliz».

«La felicidad es una condición rara para casi todo el mundo», añadió él.

«Yo era feliz. En Faeglen».

Su penetrante mirada azul atrapó la de ella, provocando un rápido hormigueo en sus nervios.

«¿Y ahora?», preguntó él.

Ainsworth respiró profundamente. Ciertamente no estaba feliz de estar en la situación actual. Pero tampoco podía decir que era infeliz. Mientras luchaba por ordenar las emociones confusas que había estado experimentando desde que llegó a Londres, o para ser más precisa, desde el día que había visto al conde de Wright en su gallinero, su frustración anterior regresó.

Frunciendo el ceño, ella se encontró con su paciente mirada. «Ahora, estoy aprensiva».

Esa línea se formó nuevamente entre sus cejas, pero no se alisó de inmediato como solía suceder. «Porque usted desconfía de mí».

No podía permitir que su tono de voz bajo y preocupado la afectara. Él había sido honesto con ella. Ella haría lo mismo. «Desconfío de la máquina que es la sociedad londinense. Incluso si tiene las mejores intenciones, ambos sabemos que no hay garantía de que Caillie no se sienta herida por su asociación con esta familia».

Los labios de él se apretaron mientras respiraba por la nariz. Cuando habló, su tono fue uniforme pero forzado. «Por supuesto, no puede haber tal garantía. Pero ella *es* parte de esta familia. Y yo estaré allí para ella, en cada paso hacia adelante y hacia atrás. Cualquier pequeño dolor que reciba será contrarrestado diez veces más».

Ella le creyó.

Y ella habría reconocido verbalmente ese hecho si no se diera cuenta de repente de lo cerca que estaban ahora. Cuando su mirada intensa y concentrada se clavó directamente en el centro mismo de su ser, donde el calor se arremolinaba con una confusión repentina, quedó hipnotizada al instante. Por las chispas que bailaban en las profundidades de sus ojos y la ferocidad de la convicción en su voz. Por el ensanchamiento de sus fosas nasales y la repentina contracción de los músculos en las comisuras de su mandíbula. Por la fuerza en su postura y la energía tranquila pero poderosa que emanaba de él.

Al notar esto último, su cuerpo respondió con una tensión instantánea. Una deliciosa torsión.

Su mirada se posó en sus labios. Se veían tan suaves, lisos y firmes. Las curvas y los arcos tan intrigantes. Pero ¿cómo se sentirían?

Tenía que saberlo. Incapaz de detenerse, extendió la mano para tomar su hermoso rostro entre sus manos, luego se puso de puntillas y él acercó su boca a la de ella.

¡Dios mío! Sus labios eran increíblemente asombrosos. Podía sentir cada hundimiento y curva mientras se ajustaban contra los suyos. Pero no lo suficientemente bien. Si tan solo pudiera trazarlos con su lengua.

La intensidad de la inclinación la sorprendió. Se apartó abruptamente.

Con los ojos muy abiertos, lo miró a centímetros de distancia, sus manos todavía enmarcando su rostro. Su respiración se soltó antes de atrapar la siguiente inhalación rápida. El calor la quemó por dentro, no del tipo agradable, cuando se dio cuenta de que él se había quedado completamente quieto durante su beso impulsivo. Tenía las manos a los costados y su columna vertebral permanecía recta e inflexible. Solo había bajado la cabeza hacia la de ella para satisfacer su silenciosa demanda de su boca.

Su estómago se hundió. Él debía pensar que estaba totalmente loca.

Retiró las manos del calor de su piel, pero antes de que pudiera retroceder, algo brillante y ligeramente aterrador brilló en los ojos de él. Con una rápida inhalación por la nariz, se acercó a ella, presionando su cuerpo contra el de ella. Al mismo tiempo, la rodeó con ambos brazos por la cintura y la levantó mientras cubría su boca con la suya.

Su beso había sido un impulso desencadenado por la curiosidad.

Este beso estaba encendido y alimentado por algo completamente diferente.

Deseo. Crudo y hambriento y negado durante demasiado


tiempo.

Capítulo Catorce

¡Finalmente!

La palabra resonó repetidamente en la mente de Colin mientras absorbía furiosamente cada pizca de sensación que golpeaba su conciencia, esa suavidad y calidez de sus curvas ajustándose a su cuerpo, el tirón sutil de sus manos sobre su ropa, el sonido de su respiración cuando sus labios se separaron para inhalar rápidamente. El sabor de ella cuando finalmente, *¡finalmente!*, deslizó su lengua en su boca.

Vainilla. Dulce, embriagadora y absolutamente intoxicante.

Momentos antes, él había sentido el cambio repentino en su enfoque mientras se miraban el uno al otro. En un momento, su expresión y tono habían estado llenos de tranquila preocupación y reflexiva conciencia. Al siguiente, sus ojos habían brillado con algo destellante y provocador. Cuando ella bajó su atención a su boca, él había notado el palpitar de su pulso y la rápida dilatación de sus pupilas. Y su cuerpo había respondido instintivamente con una oleada de calor y presión dolorosa.

Pero aún así había estado completamente sorprendido por su impulsivo beso. Sorprendido y totalmente superado. Porque, aunque había reconocido su atracción por la mujer hacía algún tiempo, no se había dado cuenta de lo intensamente que había estado ansiando la sensación de ella, su sabor, su aroma y su sonido. Así. En sus brazos. Bajo su boca. No tenía idea de qué había provocado su beso, pero no estaba dispuesto a analizarlo ahora. En cambio, pasó la lengua contra el borde de sus dientes, pidiéndole que se abriera a él.

Ella emitió un suave sonido en la base de su garganta. No sabía si era una protesta o una indicación de rendición, pero antes de que pudiera tomar la decisión de frenar su apasionado avance, sintió el deslizamiento tentativo y sedoso de su lengua a lo largo de la suya. Una descarga de placer lo atravesó y ya no pudo contener el estruendo de satisfacción que recorrió su pecho, como tampoco pudo evitar agarrar la curva de su exuberante trasero con una mano para sujetarla con más seguridad contra su pene endurecido.

Un jadeo escapó de los labios de ella ante el contacto íntimo y él se preocupó de haber ido demasiado lejos. Pero no podía retractarse y no quería hacerlo. De hecho, quería más. Toda su vida se había dedicado al autocontrol. Había forzado a sus emociones a permanecer en los rincones más alejados de su conciencia para no alimentar el constante ridículo de su padre. Había aceptado cada cruel decepción y cada pizca de alegría y placer con respuestas igualmente medidas.

Había evitado durante mucho tiempo cualquier muestra de vulnerabilidad, anhelo o pérdida que casi había olvidado cómo se sentían esas cosas.

Incluso el deseo se había convertido más en una liberación física rutinaria que en una verdadera pasión.

Había logrado esas cosas durante tanto tiempo que ahora se encontraba completamente perdido sobre cómo manejar esta total falta de control. La intensidad de su necesidad lo sorprendió. Sin embargo, su instinto no era avivar el fuego. Quería avivar las llamas hasta que ambos se volvieran inconscientes y perdidos en la sensación.

Entonces, cuando ella señaló su propio deseo creciente deslizando los brazos alrededor de su cuello e inclinando la cabeza para lanzar con valentía su lengua dentro de su boca, él no dudó. Él tomó su trasero con ambas manos y la levantó hasta la mesa. Ella abrió las piernas de forma natural para dejarle espacio entre ellas y él se colocó sobre sus muslos con un profundo gemido.

Dios, era tan cálida y acogedora.

Ella arqueó la espalda, presionando sus pechos contra el suyo, y otro rayo lo atravesó, encendiendo cada nervio, apretando su vientre, endureciéndolo hasta convertirlo en piedra.

En algún lugar en el fondo de su mente, él sabía lo peligroso que era esto, lo imprudente y egoísta que era disfrutar tanto de su beso, cuando había tanto en juego entre ellos. Pero ignoró voluntariamente las sutiles advertencias. Había estado jugando a lo seguro toda su vida. Simplemente no le quedaba fuerza de voluntad para negarse a esto.

Mientras sus dedos amasaban la parte posterior de su cuello en una súplica urgente, él llevó sus manos a sus rodillas para empujar sus faldas hacia arriba por sus muslos hasta que la tela se reunió sobre su regazo. Sus pulgares rozaron la piel desnuda.

Él interrumpió el beso, desesperadamente necesitando recuperar el aliento. Pero no se apartó. Con sus manos firmemente envueltas alrededor de sus muslos desnudos, apoyó su frente contra la de ella y escuchó sus rápidas inhalaciones y exhalaciones. Al abrir los ojos, vio la curva de sus pestañas mientras revoloteaban contra sus mejillas suavemente pecosas. La observó mientras se lamía los labios y gemía tan suavemente que tal vez no lo hubiera oído, incluso tan cerca como estaban, si no hubiera estado tan intensamente en sintonía con ella.

¿Lo estaba saboreando allí?

Sus bolas se tensaron y respiró rápidamente, luego dijo lo primero que le vino a la mente. «No llevas medias». Bajó la mirada a sus pies. «Ni zapatos».

Ella soltó una risa temblorosa. «¿Eso te sorprende?».

Él no pudo responder. No porque estuviera sorprendido, sino porque la idea de que ella estuviera desnuda debajo de sus faldas provocó una rápida oleada de lujuria ardiente por todo su cuerpo.

Apartando su atención de la visión erótica de sus exuberantes muslos sostenidos firmemente con sus manos, dirigió su mirada hacia la de ella. Sus ojos eran suaves, cálidos y brillantes en la tenue luz de la cocina. Parecían mirarlo directamente, más allá de la fachada que había llevado durante tanto tiempo, más allá del calor sin aliento del momento, más allá del peso de la preocupación que se había instalado permanentemente en su alma desde que se enteró de las ofensas pasadas de su padre.

Después de un momento, suspiró y bajó las manos hasta sus hombros. Luego se rió. Un sonido ligero y entrecortado que cambió brevemente a un gemido silencioso, apenas perceptible antes de que lo detuviera con una presión de sus labios.

Sus ojos verdes volvieron a levantarse para encontrarse con los de él.

Su núcleo se retorció.

«Esto complica un poco las cosas, ¿no es así?», preguntó ella con una ligera inclinación de diversión levantando un lado de su boca.

Los dedos de Colin se tensaron, presionando la exuberancia de sus muslos.

Sus ojos se oscurecieron y su cuerpo se estremeció con una necesidad profunda y omnipresente. Se esforzó contra el feroz impulso de atraerla hacia él. En cambio, de alguna manera se las arregló para formar las palabras necesarias para responderle. «Supongo que sí».

Su voz era tan áspera como se sentía. Entrecortada y cruda.

Ambos permanecieron en silencio durante otro largo momento. Se miraron el uno al otro mientras sus respiraciones se mezclaban entre ellos, mientras su carne se calentaba bajo sus hormigueantes palmas.

Luego suspiró de nuevo. Una exhalación más lenta esta vez. Una resignación.

Él apretó la mandíbula, sabiendo ya lo que probablemente diría a continuación.

Inclinando la cabeza hacia un lado, ella sacudió los largos y sueltos mechones de su cabello castaño rojizo para apartarlos de su rostro. Algo hermoso brilló en su mirada. Era desafiante, aterrador y hermoso.

«Complicado no siempre significa malo», sugirió ella casualmente.

El corazón de Colin se detuvo y comenzó a dar un vuelco brusco. Bajó su atención a la sonrisa que ensanchaba sus labios mientras respondía. «No, no siempre es así».

Deslizando los dedos por su nuca, se inclinó hacia adelante para susurrar contra su boca. «Entonces estamos de acuerdo», añadió ella.

«¿Lo estamos?», preguntó él, sin estar del todo seguro de haber entendido lo que ella estaba diciendo cuando la sangre acababa de fluir de su cerebro a su pene.

«Sí», suspiró ella antes de palmear la nuca de él e instarlo a que volviera a besarla.

En el último momento, él eludió sus deseos bajando la boca hacia un lado de su garganta. La vista de su pulso acelerado atrajo su atención y simplemente no pudo negar el impulso de sentirlo revolotear contra su lengua.

Su cabeza cayó hacia atrás con un gemido gutural y sus dedos se apretaron en su cabello. Arqueó la columna como si estuviera tratando de elevarse más completamente para explorar su boca.

Con sus manos agarrando firmemente sus muslos, él hizo bailar su lengua sobre su piel sedosa y probó el músculo que se inclinaba hacia su hombro con el borde mismo de sus dientes. Ella se estremeció en reacción y él continuó la apasionada exploración, deslizando sus labios a lo largo de su clavícula, luego barriendo el costado de su garganta para acariciar la piel sensible detrás de su oreja.

Su aroma llenó sus fosas nasales. Su corazón latía al ritmo de la cadencia inestable de su respiración. Las yemas de sus dedos ardían contra su piel. Quería deslizarlos más arriba, hacia el calor que lo llamaba debajo de sus faldas.

Le tomó un momento darse cuenta de que ella estaba jalando su chaleco. La soltó y dio un paso atrás, dejando que la prenda se deslizara por sus brazos y cayera al suelo. Ella inmediatamente alcanzó su camisa. Agarrándola cerca de su cintura, la sacó de sus pantalones y la llevó hacia arriba con bastante impaciencia. Tomando el control, Colin se la levantó por la cabeza. Antes de que estuviera completamente libre de la tela ondulante, la escuchó jadear.

Poniéndose rígido, dejó caer la camisa y escrutó su rostro.

Ella tenía los ojos muy abiertos y sus manos flotaban en el aire entre ellos.

«Oh, Dios mío», susurró ella con asombro deseoso.

Colin soltó un suspiro de alivio. Nunca había pensado mucho en su físico o en cómo sería percibido por otros. Era bastante delgado, pero sus músculos estaban definidos y fuertes. Disfrutaba del ejercicio y las actividades físicas y había descubierto años atrás que cuando se concentraba intensamente en el movimiento, experimentaba un bienvenido descanso de sus propios pensamientos.

Sus amantes anteriores habían comentado en alguna ocasión que estaba bien formado, pero él siempre había asumido que solo decían lo que creían que él querría oír. Pero mientras esta mujer

jadeaba y lo miraba con reverencia, él estaba infinitamente agradecido por el cuerpo que había perfeccionado a lo largo de los años, aunque solo fuera porque ponía una luz de fascinación sensual en sus ojos.

Cuando sus manos se deslizaron lentamente hacia su pecho, él contuvo la respiración, deleitándose ya con la sensación anticipada de su toque en su cuerpo.

Las yemas de sus dedos lo alcanzaron primero. Se deslizaron suavemente sobre su pecho, provocando escalofríos en su piel. Cuando sus dedos medios pasaron brevemente sobre los discos planos de sus pezones, él apretó la mandíbula y los músculos de su vientre se tensaron.

Un sonido bajo salió de su garganta. Ella aplastó sus manos sobre su piel antes de acariciarlas sobre las crestas de su abdomen. Su exploración fue una tortura exquisita. Él mantuvo sus brazos pasivos a sus costados, no queriendo interrumpirla. Pero sus palmas hormigueaban por la sensación de su piel, su carne suave, su calor.

Cuando descubrió los músculos que se inclinaban desde sus caderas hasta su bajo vientre, los trazó con ávida curiosidad en su expresión hasta que su caricia inquisitiva fue detenida por la cinturilla de sus pantalones.

Sus entrañas se retorcieron con una especie de delicioso dolor. Poniéndose entre sus muslos, él agarró su rostro entre sus manos y le inclinó la cabeza hacia atrás. Hubo un destello brillante y embriagador en sus ojos cuando él tomó su boca con la suya, pero luego sus pestañas recorrieron su mirada y la luz se fue.

Él la quería de vuelta. Con una extraña desesperación, quería que ella lo mirara y lo viera de verdad. Que lo viera, lo conociera y aún lo quisiera.

Pero sus manos se deslizaban por sus costados, haciéndole cosquillas en las costillas, y pronto perdió el control de sus pensamientos. Un fuego hormigueante se extendió por su piel. Un calor atronador bombeaba a través de su sangre, fluyendo con fuerza hacia su pene.

Endureciéndose. Alargándose.

Respiró profundamente por la nariz mientras le prodigaba la lengua en la boca. Tenía que mantener el control. No podía dejar que esto fuera demasiado lejos.

¿Qué diablos era demasiado lejos? ¿No habían superado ya ese punto?

No. Todavía era solo un beso.

Pero sus agitadas manos no se quedaban quietas. Eran audaces y descaradas en el disfrute de su cuerpo. Deslizó sus dedos hacia arriba y hacia abajo por su columna vertebral, los curvó sobre sus hombros, luego los alisó hacia abajo hasta su cintura. Y luego más

abajo, hasta sus nalgas, donde apretó suavemente.

Se puso rígido. La lujuria rugió con fuerza en sus oídos y sus piernas amenazaron con doblarse.

Una risa suave y ronca se deslizó por sus labios, como si sintiera su angustia y la encontrara deliciosa. Su desvergonzada y alegre complacencia en los placeres entre ellos desmoronó aún más su tenue autocontrol.

Con un gruñido gutural, envolvió un brazo alrededor de sus caderas y apoyó el otro alrededor de sus hombros. Colocando sus caderas firmemente en la cuna de sus muslos, la dobló sobre sus brazos y devastó su boca con profundas embestidas de su lengua y una exigente demanda de labios y aliento. La fuerte presión de su cuerpo contra el de ella y la evidencia innegable de su necesidad, ardían y pesaban entre ellos.

En el fondo de su mente, una voz le advertía contra una demostración tan imprudente, instándolo a no desatar toda la profundidad de la pasión que rugía en su interior.

Pero entonces, ella gimió. Su lengua luchó casi desesperadamente con la de él y su agarre en sus nalgas se volvió más insistente, acercándolo más mientras entrelazaba sus piernas alrededor de sus caderas.

Demasiado lejos. Demasiado lejos.

La nueva letanía se repitió en su cabeza. Él la apartó y se concentró en el sonido de sus jadeos y gemidos.

Buscando una conexión más profunda, ansiando el calor en su centro, envolvió una mano alrededor de la parte posterior de su muslo y levantó una pierna más arriba de su cadera. Ella dejó caer la cabeza hacia atrás y él deslizó sus labios por el costado de su cuello. Saboreó su piel con su lengua y respiró profundamente su aroma.

Y le dolía. Palpitaba. Temblaba por la necesidad que se apoderaba salvajemente en su interior.

Nunca se había sentido tan cerca de una absoluta falta de control como en ese momento.

Lo aterrorizaba. Y todos los pensamientos que había estado manteniendo a raya, de repente cobraron protagonismo. En su mente, vio en ella una mueca de desprecio torciendo sus labios. Vio su desdén y su decepción. Ella era una invitada en su casa y, como tal, estaba bajo su protección. Como caballero, debería estar avergonzado y arrepentido. Como hijo de su padre, le preocupaba pensar que tal vez se pareciera más al anciano de lo que creía.

Tenía que detenerlo. Antes de que fuera demasiado tarde.

Capítulo Quince

Con un gemido de consternación que surgió de lo más profundo de su ser, Ainsworth reconoció que algo había cambiado. Algo drástico.

En un momento, el conde la estaba besando apasionadamente mientras la envolvía con tanta seguridad en sus fuertes brazos que sintió como si hubieran comenzado a fundirse el uno con el otro.

Luego, de repente, se detuvo.

Sus labios dejaron de deslizarse cálidamente sobre su piel. Su respiración pesada se detuvo y se contuvo. Incluso su corazón pareció dejar de tronar contra su pecho.

Con un cuidado minucioso, la levantó hasta donde pudiera sentarse sin apoyo y luego dio un paso atrás de inmediato. Podía sentir su mirada vagando intensamente por su rostro, como si estuviera tratando de determinar su bienestar.

Estuvo tentada de mantener los ojos bajos para que él no viera la angustia que su retirada le había causado, pero decidió ser difícil en cambio. Con un movimiento de cabeza, encontró su mirada. Y supo por su sutil pero innegable estremecimiento que toda la pasión y el deseo que sentía se reflejaban en sus ojos.

Bien. Ella quería que él viera exactamente lo que estaba rechazando.

Fue él quien bajó la mirada entonces. Pero no antes de que ella viera el dolor de la negación sexual parpadeando en las profundidades azules.

«¿Por qué te detuviste?».

Él se puso visiblemente rígido ante su atrevida pregunta. O tal vez fue el desagrado en su voz lo que lo puso tenso.

Dio otro paso atrás y se pasó las manos por su cabello maravillosamente despeinado, desde las sienes hasta la nuca. Ainsworth se permitió el lujo de admirar el atractivo movimiento de los músculos de su torso y sus brazos mientras apretaba la nuca con ambas manos antes de finalmente bajar los brazos a los costados.

«Como dijiste antes, esto complica las cosas».

«Pero acordamos…».

«No», la interrumpió bruscamente, levantando la mirada hacia ella, «no lo hicimos. *No puedo*».

Sintiendo un aumento irracional de su temperamento ante su insistencia, ya que hacía un momento ciertamente sus acciones habían hecho parecer que estaba de acuerdo de todo corazón, Ainsworth lo miró fijamente. «Estás mintiendo».

El ceño fruncido de él, que cruzó sus rasgos, era difícil de leer.

Y luego desapareció. Reemplazado por una expresión firme y desapasionada que la molestó más que cualquier otra cosa podría haberlo hecho. Cuando su corazón comenzó a doler por razones que no quería descifrar, lo vio tomar su camisa y ponérsela por la cabeza. Mantuvo su atención desviada mientras recuperaba también su chaleco.

Aún decidida a llevarle la contraria, Ainsworth no hizo ningún movimiento para bajarse las faldas sobre sus piernas desnudas y fue recompensada por la decisión cuando la atención de él se posó en las curvas de sus muslos y no se fue por un largo momento. Pero luego, justo cuando su cuerpo se calentó por su intensa mirada, se aclaró la garganta y desvió la mirada hacia la pared detrás de ella.

Con la espalda recta y un tono frustrantemente tranquilo, dijo, «sé que probablemente me maldecirá por mis acciones aquí esta noche y tiene todo el derecho de hacerlo. Lo siento profundamente, señorita Morgan, por cualquier… angustia que pude haber causado».

No esperó su respuesta, se dio la vuelta y salió rápidamente de la habitación. No es que ella hubiera dado una respuesta. Durante varios minutos después, ella continuó mirando el umbral oscuro.

Él tenía razón. Ella estaba angustiada, pero no lo maldijo por eso. Sobre todo, trató de averiguar si él lamentaba haberle dado un final tan abrupto a ese embriagador interludio o, si en primer lugar, lo había comenzado. Aunque, por supuesto, con toda honestidad, *ella* había sido quien lo inició.

Cuando salió de la cocina, después de limpiar el desorden que había hecho y poner todo en su lugar para evitar darle alguna razón al chef para prohibirle tales actividades en el futuro, no estaba más cerca de entender el comportamiento del conde de lo que estaba de entender las reglas de puntuación en un juego de piquet.

Lo que quería decir que no lo entendía en absoluto.

#

Desafortunadamente, aunque la repentina partida del conde esa noche en la cocina fue lo suficientemente frustrante, su evidente evitación de ella durante los siguientes días lo fue aún más.

Cada mañana, se iba de la casa antes de que Ainsworth y Caillie bajaran a desayunar. Cuando terminaban sus lecciones del día, él estaba encerrado en su estudio. Incluso canceló la invitación a acompañarlas al parque con Bramble, enviando una vez más a Randall en su lugar.

En cuanto a la cena, la primera noche después de su interludio en la cocina, tal como Ainsworth había empezado a llamarlo mentalmente, él envió un aviso a través de la señora Athens de que tenía un compromiso en su club. La segunda noche, informó que tenía

un trabajo que requería su concentración ininterrumpida y que tenía la intención de que le llevaran la cena a su estudio.

Ainsworth intentó restarle importancia a todo como una coincidencia. Pero cuando descubrió que él había seguido esforzándose por pasar al menos un par de horas cada día con Caillie, no pudo ignorar la verdad.

Él la estaba evitando.

Y ella estaba cansada de eso.

Ella y Caillie habían soportado demasiados años del mismo comportamiento por parte del cabrón del padre de Davina. Afortunadamente, no estaba transfiriendo sus evasivas a Caillie, pero eso no significaba que Ainsworth tuviera que soportarlo. Y ella tenía toda la intención de decírselo.

Si lograba hablar con el hombre.

Fue solo su suerte que tan pronto como decidió enfrentarlo, no lo encontró por ningún lado. Ni en su estudio ni en la biblioteca ni en el jardín ni en ninguna de las otras salas comunes de la casa. Ni siquiera en la cocina.

Finalmente, le preguntó a la Sra. Athens si la ama de llaves le informaría al conde que le gustaría hablar con él lo antes posible. La ama de llaves asintió, pero inmediatamente le recordó a Ainsworth que era hora de que comenzara a prepararse para la fiesta de compromiso de Lily Chadwick esa noche.

En su enojo con el conde, se había olvidado por completo de eso.

En una hora, estaba bañada y perfumada y Caillie estaba sentada en un taburete a su lado mientras Gracie peinaba el cabello de Ainsworth. La muchacha estaba mucho más emocionada por la velada que Ainsworth.

«¡No puedo creer que vayas a una verdadera fiesta en Londres!», los ojos de la muchacha brillaban con el tipo de luz que solo se ve en aquellos que todavía creen en la magia.

«Una fiesta informal de familiares y amigos», le recordó Ainsworth a la muchacha y a ella misma. Luego frunció el ceño al ver su reflejo y agregó en voz baja, «todavía no estoy segura de por qué la dama me invitó».

Caillie suspiró con un sonido bastante sufrido, mientras dejaba caer los puños en las caderas. «Porque *eres* familia, Worthy. Ojalá lo aceptaras».

Ainsworth repitió la frase que se había visto obligada a decir cada vez con más frecuencia últimamente. Para sí misma y para la niña. «*Tú eres* su familia, cariño, yo no».

«Tienes razón, por supuesto», coincidió Caillie con un rápido cambio de actitud. Así que, obviamente, yo debería ir en tu lugar».

Caillie se levantó del taburete de un salto y corrió hacia donde estaba cuidadosamente colocado el vestido nuevo de Ainsworth sobre la cama. Madame Bellerose se lo había puesto ella misma esa misma mañana para completar los ajustes finales. Ainsworth se había quedado atónita por lo que la modista había sido capaz de lograr en tan poco tiempo. Caillie pasó una mano suavemente sobre la rica seda púrpura. «¿Crees que podría quedarme bien?».

«Algún día», Ainsworth sonrió, «pero no esta noche. Creo que la gente se daría cuenta y entonces me llamarían la atención por enviar a una impostora en mi lugar».

«Supongo que tendrás que ir y encontrar alguna manera de disfrutar», concluyó Caillie con una sonrisa triunfante.

Ainsworth suspiró.

En realidad, estaba deseando que llegara la velada tanto como la temía. Cuando era la hija joven de un barón, había soñado con fiestas y bailes tanto como Caillie. Después de que todo cambiara, socializar le parecía algo trivial cuando otra persona dependía de ella para su vida y felicidad. Pero eso no significaba que no imaginara a lo largo de los años cómo podrían ser esas diversiones: conversaciones en cenas, coqueteos, bailes.

Echó un vistazo por encima del hombro al vestido. Las faldas diáfanas estaban perfectamente diseñadas para girar en un vals. Y las zapatillas a juego probablemente la harían sentir como si estuviera flotando en el aire.

Pero incluso si hubiera baile en la fiesta de esa noche, ¿quién demonios querría acompañarla?

No conocía a nadie. Ciertamente no era una fresca joven belleza. Posiblemente podía imaginar al Sr. Bentley invitándola a bailar simplemente por cortesía. Pero ¿qué vergüenza sería eso? ¿Bailar solo un baile con el anfitrión de la noche?

Sus mejillas ardían.

Había pensado que esas cosas no le importaban. Pero aparentemente su orgullo tenía otras ideas.

Bueno. Lo mejor era anticipar lo peor y evitar cualquier decepción. La velada sería sin duda un desastre social para ella, pero al menos podría llevarse a casa algunas descripciones detalladas y tal vez una anécdota o dos para la diversión de Caillie.

«Lista, señorita. Bastante hermosa, creo», señaló Gracie mientras le daba una última palmadita al peinado de Ainsworth.

Caillie emitió un suave sonido de asombro mientras se paraba a su lado en el espejo.

Sonriendo ante la reacción de la chica, Ainsworth miró su reflejo con una mirada evaluadora.

Era más que hermosa, para ser honestos. Gracie había hecho

magia con las trenzas espesas y rebeldes. Ainsworth hacía mucho que había perdido la esperanza de lograr un estilo verdaderamente sofisticado con un cabello que no era ni rizado ni liso, sino algo intermedio. Pero esta noche, se había transformado en una elegante masa de giros y trenzas atravesadas con cintas del mismo tono que su vestido. Habían dejado unos mechones sueltos que le acariciaban la nuca y flotaban contra sus mejillas, pero en lugar de darle un aspecto desaliñado, añadían una especie de suavidad natural al intrincado peinado.

«El vestido, Worthy», instó Caillie. «Rápido. Solo tengo que ver el efecto completo».

Gracie colocó el suave material con cuidado sobre la cabeza de Ainsworth y luego comenzó a asegurar los diminutos botones. Le quedaba como un sueño, aunque tal vez debería haberle pedido a Madame que se asegurara de que el corpiño fuera más modesto, ya que el escote parecía sorprendentemente bajo.

Gracie podría haber estado de acuerdo mientras inclinaba la cabeza hacia un lado. «Un collar, creo, complementaría bien el vestido».

Tenía razón. Pero Ainsworth no tenía ninguna joya. Las pocas piezas que había heredado de su madre las había dejado en Faeglen porque no había considerado que pudieran ser de utilidad para ellas.

Como si leyera sus pensamientos, Gracie se inclinó hacia delante para recoger una cinta que no había sido utilizada en su cabello. La deslizó alrededor del cuello de Ainsworth y le hizo un rápido moño en la nuca. Era un adorno innegablemente simple, pero parecía funcionar.

Ainsworth sonrió agradecida y luego se sentó para ponerse las zapatillas.

«La noche podría terminar siendo muy larga, muchacha, así que quiero que me prometas que no intentarás esperarme despierta. Te contaré todo sobre la fiesta por la mañana».

«¿No crees en serio que voy a poder quedarme dormida?».

«Sí, en realidad», dijo Ainsworth mientras se levantaba y se inclinaba para darle a la chica un beso en la frente justo cuando el reloj marcaba la hora. Le habían dicho que el carruaje estaba listo y esperando hacía media hora, pero su cabello había tardado un poco más de lo esperado. «Ahora, será mejor que no pierda el tiempo más. Buenas noches, amor».

«Prométeme que lo pasarás muy bien. Por mi bien, por favor».

«Haré todo lo que pueda». Ainsworth hizo un rápido gesto con la mano y salió corriendo de la habitación.

Levantándose las faldas con ambas manos, caminó rápidamente por el pasillo y luego bajó corriendo la gran escalera. Se dijo a sí

misma que eran las zapatillas nuevas y no una dosis de anticipación lo que hacía que sus pasos fueran tan ligeros.

Cuando llegó al piso de mármol del vestíbulo, miró hacia arriba, esperando ver a Shaw cerca de la puerta con su capa.

Pero no era Shaw. Era el conde. Iba vestido con traje de noche negro, con sus botas lustradas perfectamente brillantes, su corbata blanca como la nieve atada en un nudo intrincado debajo de su barbilla cuadrada y con hoyuelos, su cabello ingeniosamente despeinado y sus llamativos ojos azules enfocados intensamente en ella.

Capítulo Dieciséis

¡Dios! Se veía increíblemente hermoso.

Refinado. Elegante. Y tan discreto, pero a la vez tan atractivo. Sencillamente, tan masculino que hacía latir el corazón.

Por supuesto, en el fondo de su mente se había dado cuenta de que él también asistiría a la fiesta esa noche. Pero en realidad no se había permitido considerar que irían juntos. Es decir… que él sería su acompañante esa noche, aunque solo fuera en apariencia.

Entonces, de repente, recordó su comportamiento esquivo durante los últimos días y se le tensó la columna vertebral.

Qué terrible para el pobre hombre. Después de evitarla tan intensamente, ahora se vería obligado a tenerla del brazo en un evento tan importante y público. Debía estar temiendo por completo esa velada.

Si ella podía soportar el tormento, él también.

Levantó la barbilla y continuó cruzando el pasillo. Forzando una sonrisa algo burlona, ella saludó intencionadamente con indiferencia. «Buenas noches, milord. No me di cuenta de que lo estaba haciendo esperar».

«De ninguna manera, señorita Morgan», se aclaró la garganta. «Se ve muy hermosa».

Buscando en su rostro alguna indicación de que pudiera estar siendo condescendiente, no vio nada que sugiriera tal cosa. Pero tampoco vio ninguna evidencia clara de admiración.

Entonces, solo estaba siendo educado.

«Gracias», respondió con forzada ligereza, y luego agregó, «y usted se ve bastante apuesto».

En *realidad* así era, pero por alguna razón, sus palabras provocaron una rápida y apenas perceptible presión en los labios de él. Una clara indicación de insatisfacción.

Antes de que pudiera responder, Shaw salió de las sombras con su capa sobre un brazo y el sombrero de copa y los guantes del conde en la otra mano. El conde dio un paso adelante para tomar su sombrero, pero tan pronto como se lo colocó en la cabeza, también tomó su capa del mayordomo.

Antes de que Ainsworth pudiera protestar, aunque no lo hubiera hecho, porque habría sido una reacción grosera y bastante extraña, de hecho, el conde sacudió la capa y la levantó, con la clara intención de ayudarla. Ella no tuvo más opción que acercarse y permitirle que le colocara la prenda sobre los hombros.

Debería haber sido una maniobra sencilla, una en la que ni

siquiera habría pensado si hubiera sido Shaw quien hubiera sujetado la capa. Pero cuando se acercó y percibió un aroma embriagador del conde, algo se encendió dentro de ella. Fue rápido e intenso e imposible de ignorar. Y muy probablemente, imposible de ocultar.

Su expresión permaneció tan severa como siempre, pero el pequeño apretón de su mandíbula y el sutil ensanchamiento de sus fosas nasales sugirieron que había notado su reacción hacia él.

¿O tal vez simplemente estaba luchando contra su propia reacción hacia ella?

Ella prefería mucho más esa posibilidad y el pensamiento la hizo sonreír mientras se giraba para darle la espalda. Casi se perdió el destello de confusión en sus ojos cuando vio la curva de sus labios.

Él le colocó la capa de verano sobre los hombros con suavidad y facilidad mientras sus palabras en voz baja fluían más allá de su oído. «No tenemos que quedarnos mucho tiempo si prefieres no hacerlo».

Ella comprendió que él estaba tratando de ser considerado con el hecho de que ella no estaba acostumbrada a una socialización tan formal, y lo apreció, pero su comportamiento reciente todavía la irritaba y no podía evitar llevarle la contraria.

«En absoluto, milord», respondió ella con ligereza mientras se volvía para mirarlo. Estoy deseando esta velada».

Él la miró fijamente por un momento, como si estuviera tratando de evaluar su estado de ánimo. Ella le dedicó otra sonrisa brillante intencionalmente.

Con una rápida inhalación por la nariz, tomó los guantes de Shaw y se los puso antes de ofrecerle su brazo. «¿Vamos, entonces?».

«Por supuesto».

Ella deslizó su mano en el pliegue de su codo y se quedó sin aliento inesperadamente. Incluso a través de las capas de su ropa y sus suaves guantes, podía sentir el calor y la fuerza esbelta de su brazo. La imagen de su cuerpo semidesnudo apareció en su mente y el calor rugió en su sangre.

Porque tan pronto como recordó cómo se había visto en la cocina esa noche, recordó cómo se había sentido. Y luego recordó cómo la había besado. Cómo había sabido rico y embriagador con un inexplicable toque de algo misterioso y ardiente.

Se dio cuenta con claridad repentina de lo que más la molestaba de su abrupta partida esa noche. Finalmente había comenzado a tener una idea de quién era él debajo de su reserva seria y le gustaba. *Realmente* le gustaba. Pero él había puesto fin a todo antes de que pudiera explorar por completo las profundidades que acababa de descubrir.

Se sentía como si la hubieran engañado y le hubieran quitado

algún premio. Un premio que sospechaba que valía mucho más de lo que nadie sabía.

Mientras el conde la ayudaba a subir al carruaje, ella deslizó una mirada en su dirección.

Su expresión permaneció como siempre, pero cuando su mirada se posó en la de ella, vio solo un indicio de ese misterio en sus ojos. Cuidadosamente protegido. Totalmente atado.

Por ahora.

Se acomodó en el asiento frente a ella y luego se fueron.

El viaje fue corto y silencioso, ya que el conde parecía decidido a mirar a cualquier lado menos directamente a ella, mientras que ella no sentía ni un poquito de remordimiento por mirarlo fijamente a él en contraste.

La verdad era que cuanto más conocía al hombre, más complejo e intrigante se volvía. Había mucho más detrás de su apariencia seria de lo que ella había sospechado al principio. Y sentía una curiosidad desmesurada por saber qué era exactamente lo que quedaba por descubrir.

Una curiosidad peligrosa, eso.

Cuando el carruaje aminoró la marcha, el conde se dirigió a la puerta antes de que se detuvieran. No esperó a que el lacayo bajara los escalones y salió del vehículo de manera rápida pero elegante.

¿Estaba simplemente ansioso por llegar a la fiesta? ¿O tal vez lo había perturbado la oscura intimidad de su viaje?

Una vez que los escalones estuvieron en su lugar, el conde regresó a la puerta para extender la mano y ayudarla a salir del vehículo. Su agarre era cálido y seguro alrededor de sus dedos y, cuando ella encontró su equilibrio sobre el pavimento, creyó sentir un roce muy leve en la parte baja de la espalda. Pero entonces él se giró y le ofreció un codo. Sin embargo, a ella no le importaba la formalidad, ya que le permitía sentir una vez más la fuerza y el poder esbelto de su cuerpo bajo su mano.

Cuando comenzaron a subir los amplios escalones de entrada hacia las puertas abiertas de una mansión resplandeciente, se dio cuenta con cierta sorpresa de que la casa de los Bentley era mucho más extravagante de lo que había esperado. ¿Podría el dueño de un casino ser tan rico? Aparentemente sí.

Al cruzar el umbral hacia un salón iluminado por un hermoso candelabro, tuvo su primera chispa de inquietud.

¿Informal e íntimo? ¿Solo amigos y familia?

Ainsworth casi se burló en voz alta. Parecía que en ese momento, la mitad de la alta sociedad estaba deambulando por el salón. Y todos tan elegantes y sofisticados.

Vio a los Bentley a la cabeza de la fila de recepción como los

anfitriones de la fiesta. Junto a Emma estaba un hombre alto con cabello oscuro y rasgos casi severos. Parecía... enojado. A su lado estaba Lily Chadwick, radiante con una sonrisa beatífica.

¿Era aquel caballero de aspecto feroz el prometido de la dulce joven? Era difícil imaginar una pareja más despareja. Él, tan oscuro y amenazador. Ella, tan tierna y dulce.

Cuando ella y el conde se acercaron a Roderick primero, los hermanos se saludaron brevemente y asintieron con la cabeza antes de que Bentley le ofreciera la mano a Ainsworth y le esbozara una amplia sonrisa.

«Señorita Morgan, me alegro mucho de ver que decidió soportar la escolta de Wright esta noche», luego se inclinó hacia delante para decir lo suficientemente alto para que el conde lo oyera con claridad. «No se preocupe, la ayudaré a encontrar una compañía más divertida tan pronto como pueda».

Ainsworth miró a un lado para ver la breve muestra de irritación del conde y luego le devolvió la sonrisa a su anfitrión. «Creo que Lord Wright podría beneficiarse de una buena diversión mucho más que yo, señor Bentley».

«Mmm», dijo el hombre con el ceño fruncido pensativo mientras el conde hacía todo lo posible por ignorarlos mientras saludaba a la señora Bentley. «Puede que tenga razón, pero no tengo la menor idea de qué podría funcionar en una tarea tan difícil. Avíseme si se le ocurre algo».

«Por supuesto», respondió Ainsworth asintiendo antes de volverse hacia la bella y encantadora esposa del hombre. «Señora Bentley, qué alegría volver a verla».

«A usted también, señorita Morgan. Me lo pasé muy bien en nuestra excursión del otro día. Espero que no sea la última». La dama se volvió hacia el conde mientras hacía un gesto sutil hacia el hombre que estaba a su lado. «Lord Wright, creo que conoce a su señoría, el conde de Harte, que está comprometido con mi hermana, la señorita Lily Chadwick».

«Felicitaciones, milord», dijo Wright simplemente antes de inclinarse ante Lily. «Y a usted, señorita Chadwick. Les deseo a ambos toda la felicidad en su futura unión».

Lily Chadwick sonrió y se sonrojó dulcemente mientras murmuraba un tímido agradecimiento mientras Lord Harte solo asentía con la cabeza de manera bastante solemne.

«Y esta es la señorita Morgan», continuó la Sra. Bentley, «Una nueva amiga de la familia a quien esperamos ver mucho más en el futuro», agregó con una sonrisa genuina.

Ainsworth le hizo una reverencia apropiada a lord Harte mientras él le ofrecía una rígida reverencia.

Lily Chadwick dio un paso adelante y le ofreció la mano. «Muchas gracias por venir esta noche, señorita Morgan. Sé que un evento como este puede ser intimidante para alguien nuevo en la ciudad, pero espero que lord Wright se asegure de que lo disfrute».

«Me esforzaré por hacer lo mejor que pueda, señorita Chadwick», respondió el conde suavemente con una sonrisa fácil.

Una repentina sacudida de incomodidad atravesó a Ainsworth ante su expresión afable y se dio cuenta con sorpresa de que eran celos. En verdad, Lily Chadwick probablemente hubiera sido una pareja perfecta para Wright. Dulce, amable, pero con un toque oculto de audacia.

Ainsworth, por otra parte, era demasiado descarada. Demasiado evidentemente irreverente.

No es que ella se considerara una buena pareja para el conde. En absoluto. Por supuesto que no.

Pero no pudo negar su decepción cuando notó lo rápido que su sonrisa se desvaneció de nuevo mientras se daba vuelta para escoltarla fuera del vestíbulo.

¿Era posible que hubiera algo entre Wright y la señorita Chadwick?

Echó un vistazo por encima del hombro a la pareja de novios que esperaban para saludar a la siguiente pareja de invitados. Aunque ni siquiera se tocaron las manos, lord Harte y la señorita Chadwick estaban íntimamente uno frente al otro. La cabeza de Lily estaba inclinada hacia atrás y la del lord inclinada hacia abajo mientras ella le murmuraba en privado. En un destello repentino, casi imperceptible, su actitud cambió de una fría indiferencia a un puro calor. Dio una palabra rápida en respuesta y las mejillas de la chica se calentaron mientras una sonrisa bastante traviesa curvaba su boca.

El momento fue rápido e intenso e innegablemente profundamente sensual sin ser ni siquiera un poco evidente. Dudaba que alguien más hubiera notado la interacción.

Ainsworth corrigió rápidamente su evaluación anterior de la pareja. Eran perfectos. Y obviamente estaban apasionadamente enamorados el uno del otro.

El pensamiento le provocó una sonrisa mientras ella y el conde entraban en un gran salón. La momentánea congestión del salón se extendió a un espacio más cómodo, ya que los invitados se reunían en pequeños grupos para charlar con conocidos y presentarse a otros nuevos.

El conde pareció dudar justo en la puerta, como si no estuviera muy seguro de adónde llevarlos. Empezaba a sentirse un poco incómodo cuando finalmente habló. «¿Quiere una copa de champán, señorita Morgan?», inclinó la cabeza hacia un lacayo que estaba de pie

cerca de las ventanas abiertas en el otro extremo de la habitación, sosteniendo una bandeja con copas.

«Está bien», estuvo ella de acuerdo.

Mientras cruzaban la habitación, sintió algunas intensas miradas, pero cada vez que se giraba para ver quién notaba su avance, el observador cambiaba la mirada.

Curioso.

Una vez que tuvieron las copas de champán en la mano, no hicieron ningún movimiento para abandonar la esquina de la habitación cerca de las ventanas, incluso cuando la habitación se llenó lentamente de más invitados. Ella continuó captando esas rápidas y furtivas miradas que se dirigían hacia ellos. Una parte de ella quería hacer un anuncio para que todos supieran que no estaban siendo tan encubiertos como creían.

Finalmente, después de varios minutos en los que su acompañante no hizo ningún movimiento para caminar con ella por la habitación, se giró para mirarlo un poco más directamente. «¿Planea presentarme a alguno de sus amigos, milord, o vamos a quedarnos acojonados en este rincón toda la noche?».

El ceño fruncido de él fue breve. «No nos estamos quedando aquí acojonados».

Ella arqueó las cejas. «Entonces, ¿cómo lo llamaría?».

«Estamos solo observando», respondió mientras levantaba su copa.

«No, estamos siendo observados», aclaró ella.

Su ceño fruncido volvió a mostrarse. «Realmente tiene que discutir conmigo sobre cada punto, ¿no?».

«Cuando está equivocado, absolutamente».

Agregó una sonrisa brillante y falsa después de su confesión.

Su atención se centró en sus labios por un momento antes de volver a dirigirla hacia el resto de la habitación. El calor que fluía a través de ella después de la mirada subrepticia logró suavizar sus siguientes palabras.

«¿Se avergüenza de mí? ¿Es por eso que no quiere presentarme?».

Su mirada impactante se volvió hacia ella en un instante. Brillante e intensa. «No me avergüenzo de usted, respondió en un tono serio. «Ni lo más mínimo».

Ella quería creerle. «Entonces explícame por qué estamos aquí parados como títeres mientras la gente nos mira y susurra detrás de sus manos».

Miró lentamente la habitación en una lectura constante e intencional. Luego, él levantó su copa para tomar otro sorbo. Ainsworth hizo lo mismo, reconociendo que necesitaba sentir cómo

esa acción compartida los conectaba en ese momento.

«Probablemente todos se estén preguntando por qué diablos estoy aquí», dijo él finalmente en un murmullo bajo.

Confundida, Ainsworth entrecerró la mirada hacia la multitud creciente. «Eres el hermano del Sr. Bentley», señaló con firmeza, «por supuesto que estarías aquí».

«El hecho de que compartimos un padre puede que sea bien conocido, pero nadie nos ha visto nunca socializando juntos. Siempre nos hemos evitado estrictamente hasta hace poco».

No pudo resistirse a aprovechar su comentario para reconocer algo más. «Entonces, ¿es eso lo que haces? ¿Evitar a la gente cuando las cosas se ponen… difíciles?».

Se puso rígido a su lado y una chispa se encendió en lo profundo de sus ojos. Su voz era baja y pesada cuando respondió. «¿Crees que te he estado evitando?».

Arqueó una ceja. «Definitivamente».

Su tono se volvió vacilante. «No quería hacerte sentir incómoda».

«Bueno, eso es inevitable, me temo».

Se volvió ligeramente hacia él y murmuró íntimamente. «Resulta que me haces sentir muy incómoda, milord».

Su mandíbula se apretó de esa manera deliciosa que tenía mientras sus ojos se entrecerraban y se oscurecían. Pero no dijo nada. Y Ainsworth no necesitaba que lo hiciera. La mirada en sus ojos la desconcertó mucho.

Apartó la mirada antes de ponerse en ridículo y decir aún más, y se obligó a volver al tema original de la conversación. «Aunque tu explicación podría aclarar el motivo de algunas de las miradas curiosas y los comentarios gorjeantes, no explica por qué estamos arrinconados contra la pared», hizo un gesto con su copa. «Quiero decir, seguramente tienes algunos amigos o conocidos en la habitación. ¿No te gustaría saludar a alguien?».

Hubo una pausa. Luego, él añadió, «en realidad, no».

«No entiendo».

Respiró profundamente por la nariz. «No tengo muchos amigos, señorita Morgan. Al menos, ninguno en esta habitación. Estos son invitados de Bentley y amigos de los Chadwick. Yo soy nadie para ellos».

Cuando ella no dijo nada en respuesta, se volvió para mirarla y algo en su expresión ligeramente sorprendida debe haberlo divertido porque soltó una risa muy suave desde lo más profundo de su garganta. «Vamos, seguro que eso no te sorprende. Has estado señalando mis atributos menos favorables desde el momento en que nos conocimos».

«Solo porque personalmente tengo aversión a los modales y comportamientos hipócritas de la clase alta de élite. Seguramente, los miembros de tu grupo no se ven a sí mismos como yo lo hago».

Se aclaró la garganta. ¿Para contener otra risa? «No, probablemente no lo hagan».

«Entonces, ¿por qué?», insistió ella.

Levantó su copa y se bebió el contenido final. «Nunca he sido muy hábil para convertir a mis conocidos en amigos. Y soy terrible en situaciones sociales como estas, en las que uno debe mezclarse y producir una serie de conversaciones triviales sobre temas que no interesan a nadie. El propósito de tales cosas a veces se me escapa».

Abrió los ojos como platos. «Caillie tenía razón».

Hizo una pausa. «¿Sobre qué?».

«Eres tímido».

La línea reveladora se formó entre sus cejas. «Yo no diría eso».

«Yo sí lo diría», respondió Ainsworth con una sonrisa. «Está bien, ya sabes. No se lo diré a nadie. Puedes seguir haciéndoles creer que eres extremadamente tenso y groseramente reservado si lo prefieres».

Una peligrosa luz parpadeó en sus ojos ante su broma. La dejó tan repentinamente sin aliento que en realidad tuvo que obligarse a inhalar.

«¿Tenso y reservado?». Su voz tenía una cualidad oscura y deliciosa mientras murmuraba las palabras. «¿Así es como me ves?».

Se le entreabrieron los labios. «A veces».

«¿Y otras veces?».

Se le revolvió el estómago mientras lo miraba a los ojos. En ese momento, el azul brillante era todo menos reservado.

Maldita sea, ¿le estaba preguntando qué había pensado de él esa noche en la cocina?

Capítulo Diecisiete

«Vamos, Wright», interrumpió el señor Bentley en tono jovial mientras se acercaba a ellos con su esposa del brazo. «No es de buena educación mantener a la señorita Morgan para ti solo».

Emma le sonrió a Ainsworth. «Me encantaría presentarle a mi hermana menor y a su esposo. Si no le importa, por supuesto».

Aunque estaba tentada de mirar al conde en busca de alguna razón para quedarse a su lado, sonrió a su anfitriona en cambio. «De ninguna manera, señora Bentley».

La mujer rubia se apartó del lado de su esposo y tomó del brazo a Ainsworth. «Llámeme Emma, por favor», luego señaló con indiferencia, «estoy segura de que nuestros caballeros están dispuestos a esperarnos aquí. Solo tardaremos unos minutos».

Mientras las mujeres se alejaban, Ainsworth miró hacia atrás, donde los hermanos se miraban con cautela. No pudo evitar sonreír ante la maniobra inteligente de la mujer que dejó a los hombres sin nadie con quien hablar excepto entre ellos. «Bien hecho», susurró con aprecio, «¿por qué tengo la sensación de que has tenido que hacer eso con tanta frecuencia?».

Emma puso los ojos en blanco. «Porque tenía que hacerlo. Pero no fue una mentira. Realmente me gustaría que conocieras a Portia». Sus ojos grises se fijaron en un punto más adelante. «Allí está. Y también Angelique».

Cuando Ainsworth se dio la vuelta, su atención fue inmediatamente captada por una dama de estilo vibrante, llevaba un vestido de un intenso azul zafiro. Aunque era muy evidente que era una mujer de edad avanzada, su cabello era de un negro intenso recogido en lo alto de su cabeza en un elaborado diseño. El rojo teñía sus mejillas de papel crepé y oscurecía sus labios mientras un sutil toque de lápiz delineaba sus ojos.

«Como recordarás», susurró Emma suavemente a su lado, «mi tía abuela es bastante poco convencional».

No había arrepentimiento ni censura en la voz de la mujer y Ainsworth sonrió cuando la dama en cuestión vio que se acercaban. Angelique extendió inmediatamente sus manos adornadas con joyas hacia Emma y abrió los labios en una radiante sonrisa.

«Mi *querida*», exclamó la dama con un innegable acento francés. «Me preguntaba si te habías escapado al jardín otra vez con tu apuesto joven», señaló con un brillo astuto en sus ojos.

Emma ignoró el comentario, aunque Ainsworth notó un ligero rubor en sus mejillas cuando tomó las manos de su tía abuela y se

inclinó hacia adelante para besar su mejilla. «Solo te dejé hace unos minutos».

«Ah, pero un amante hábil puede lograr mucho en unos minutos, ¿no?».

Una risa burlona salió de alguien que estaba detrás de la francesa. Ainsworth inclinó la cabeza para ver a una joven delgada con cabello casi tan negro como el de Angelique. La dama estaba girada hacia el hombre a su lado como si estuviera tratando de sofocar su risa en su corbata.

«Angelique», intervino Emma, «me gustaría presentarte a una nueva amiga de la familia, la señorita Morgan de Dumfriesshire. La señorita Morgan, mi tía abuela, la condesa viuda de Chelmsworth, pero llámala Angelique. Ella insiste en ello», añadió con una sonrisa.

«Un placer conocerla, milady», respondió Ainsworth mientras hacía una reverencia.

Cuando se enderezó, Angelique tomó su mano entre las suyas y le dio unas palmaditas en los nudillos. «Tengo muy buenos recuerdos de Dumfries». Luego se inclinó hacia delante con una sonrisa traviesa para susurrar dramáticamente, «mi difunto marido y yo una vez pasamos un fin de semana salvaje haciendo el amor por todo ese pueblito. *C'était très excitant*», terminó sin aliento.

Ainsworth arqueó las cejas con una expresión de alegría y sorpresa ante la íntima confesión.

Emma se aclaró la garganta. «También me gustaría que conocieras a mi hermana menor y a su marido, el señor Turner».

La mujer que se había estado riendo tontamente en la corbata de su marido dio un paso adelante con una sonrisa descarada. «Encantada de conocerla, señorita Morgan. Espero que mi hermana la haya preparado adecuadamente para nuestra compañía. La mayoría de la gente nos encuentra un poco exagerados, me temo».

La más joven de las hermanas Chadwick era simplemente hermosa, con cabello negro, ojos plateados, rasgos finos y elegantes y una especie de modales traviesos que instantáneamente encantaron a Ainsworth.

«En absoluto, señora Turner», respondió Ainsworth con una sonrisa fácil. «De hecho, me preocupaba que los salones de Londres fueran lugares sofocantes y sin vida. Por lo general no me gusta admitir que me equivoco, pero en este caso, me complace hacerlo».

La señora Turner mostró otra sonrisa brillante. «Bueno, la noche aún es joven, señorita Morgan. Todavía podemos sorprenderla».

«Portia», advirtió Emma en un tono que Ainsworth sospechaba que había usado mucho a lo largo de los años con respecto a esta hermana en particular.

«Oh, no te preocupes, Emma, solo estoy bromeando», respondió

Portia mientras le guiñaba un ojo rápidamente a Ainsworth.

Al ver el guiño, Emma miró severamente a su cuñado. «¿Te asegurarás de que no haga nada demasiado imprudente?».

Turner se acercó a su esposa y le colocó una mano suavemente en la cintura. «Siempre», respondió simplemente.

El señor Turner era un tipo pasablemente atractivo. Relativamente alto, con una complexión bien proporcionada, cabello castaño medio y rasgos algo comunes. No había nada en particular que lo hiciera destacar. Excepto quizás sus ojos, de un fascinante tono dorado y marrón.

Portia resopló ante su respuesta. «Solo por eso, te haré bailar conmigo».

Ainsworth ni siquiera se había dado cuenta de que los músicos habían empezado a tocar en la habitación de al lado, cuando de repente escuchó los primeros acordes de un vals que se filtraban por las puertas abiertas.

El señor Turner emitió un gemido audible, pero ofreció su brazo de todos modos. «Si insistes».

A juzgar por la repentina luz de anticipación en sus ojos, Ainsworth sospechó que el hombre solo fingía renuencia. También tuvo la sensación de que su esposa lo sabía muy bien, pero de todos modos jugó con su resistencia.

Mientras la joven pareja se alejaba, Angelique hizo un elegante gesto con las manos. «Emma, querida, también debes llevar a tu hombre a la pista de baile. No desperdicies una canción tan hermosa». Levantó la mirada y le hizo un gesto para que alguien que estaba detrás de ellos se acercara. Luego se volvió para acariciar la mano de Ainsworth. «Encontraremos una pareja adecuada para ti también, *ma chérie*».

«No, de verdad, no es necesario», aseguró Ainsworth, pero la mujer mayor desestimó su protesta con un gesto de la mano.

Un momento después, el señor Bentley apareció al lado de su esposa, pero tomó la mano de Angelique para hacer una reverencia sobre sus dedos adornados con joyas. «Madame, estoy a su servicio».

La anciana hizo un gesto coqueto con sus pestañas oscuras. «Por supuesto que sí», respondió en un tono francamente sensual.

Con el rabillo del ojo, Ainsworth notó que Emma se mordía los labios para no sonreír o hacer muecas, no podía distinguir bien cuál de las dos cosas.

«Insisto en que robes a mi querida sobrina para bailar un vals. No baila lo suficiente».

Bentley sonrió mientras tomaba la mano de su esposa. «Sería un placer».

Angelique se inclinó hacia delante para sugerir en un susurro

pesado, «y si ustedes dos se encuentran nuevamente en el jardín, intentaré distraer a sus invitados para que no noten su ausencia».

«Espera. ¿Cómo lo harías...?», Emma comenzó a preguntar con el ceño ligeramente fruncido, pero Bentley ya la estaba alejando.

«Y ahora tú, *ma chérie*», dijo la condesa viuda, mirando pensativamente alrededor del salón antes de que sus ojos se abrieran de manera teatral y su atención se posara en algo justo detrás del hombro de Ainsworth. «Ah, la solución perfecta. Milord», invocó en un tono sorprendentemente autoritario.

Gimiendo por dentro, Ainsworth se giró para ver qué pobre alma había sido convocada como sacrificio.

Lord Wright dio un paso adelante para hacerle una reverencia a la condesa viuda. «Buenas noches, milady».

Aunque sus palabras fueron amables, Ainsworth pudo sentir la incomodidad del conde al ser señalado. Mientras Ainsworth buscaba algo que decir para apaciguar a la francesa y librar al conde de su responsabilidad, Angelique dirigió una mirada atrevida y evaluadora al pobre hombre, que solo pudo permanecer inmóvil bajo su repentina intensa mirada.

Entonces una sonrisa cómplice curvó los labios enrojecidos de la dama mientras se inclinaba hacia Ainsworth y decía en un susurro muy fuerte, «lo hará muy bien, cariño. Créeme. Todo está en los ojos, ¿no?».

Tomó la mano de Ainsworth y la puso sobre la manga del conde. «Acompañarás a la dama a la pista de baile», declaró la francesa antes de ponerse de puntillas y comenzar a buscar en el salón una vez más. «Y ahora, para mí», dijo con un destello de alegría y anticipación en sus ojos.

Al darse cuenta de que acababan de despedirlos, Ainsworth permitió que el conde la guiara. Sin embargo, no llegaron muy lejos cuando sintió un cambio en el hombre a su lado. Fue solo una breve tensión y una vacilación momentánea en su paso antes de que volviera a un ritmo uniforme. Todo era muy sutil, pero Ainsworth se estaba resignando rápidamente a ser capaz de detectar esos cambios minúsculos en su comportamiento.

«¿Qué pasa?», preguntó Ainsworth.

Hubo solo una breve pausa antes de que respondiera, «solo alguien que no esperaba encontrar esta noche».

Ainsworth siguió la línea de su mirada para ver a una mujer elegante abriéndose paso hacia ellos con el tipo de gracia que no se podía enseñar. Era alta y delgada, con cabello rubio y ojos oscuros. Sus rasgos eran eternamente hermosos y más de un caballero se volvió para mirarla cuando pasó, aunque era bastante obvio que tenía la intención de interceptar al conde.

«¿Quién es ella?», preguntó Ainsworth aparte, sintiéndose tonta por la repentina sacudida de incertidumbre que inspiraba la mujer.

Hubo un breve carraspeo. «Mi madre».

Ainsworth parpadeó ante la respuesta inesperada.

La miró. «Estás sorprendida».

«Sí», balbuceó en un susurro rápido. «¿No me dijiste que la habían exiliado?».

«Mi padre la desterró de su casa y de su presencia, pero ella nunca fue muy lejos», bajó la voz cuando la dama casi los había alcanzado. «Creo que disfrutaba atormentándolo tanto como él a ella. Una vez que tuve la edad suficiente para tomar mis propias decisiones al respecto, encontré dónde vivía y me presenté», bajó la voz, «nuestra relación sigue siendo... complicada. No tenemos mucho en común y no nos hemos visto mucho desde que ella se volvió a casar recientemente».

Una vez más, al escuchar lo que no dijo explícitamente, Ainsworth comprendió que su madre no había intentado acercarse a él por su cuenta y aparentemente se había contentado con dejar a su hijo en las crueles manos de su padre.

Pero tal vez la mujer no había sabido lo que Colin se había visto obligado a soportar en su infancia. Ainsworth quería permitirle el beneficio de la duda, pero le resultaba extremadamente difícil imaginar a una madre simplemente alejándose de su hijo sin importar cuán difíciles fueran las circunstancias. Si alguien se atrevía a mantener a Caillie alejada de Ainsworth, moriría luchando por reunirse con su hija.

«Vaya, vaya», la madre del conde se acercó a ellos con un movimiento de sus faldas y una sonrisa encantadora. «Qué sorpresa tan agradable».

«Hola, madre», respondió el conde mientras tomaba la delgada mano que ella le ofrecía y se inclinaba hacia adelante para darle un beso en la mejilla. «No sabía que te vería aquí esta noche».

La dama respondió con un gesto despectivo de sus dedos. «Oh, Watson era un primo de la difunta madre de lord Harte». Luego soltó una breve carcajada y una mirada pícara. «En verdad, es mucho más chocante que estés aquí. Sabes de quién es esta casa, ¿no, querido?».

«Por supuesto», respondió el conde, pero su madre ya había centrado su atención en Ainsworth.

«¿Y quién es esta?»

«Madre, permíteme presentarte a la señorita Ainsworth Morgan», respondió sin perder el ritmo. «Está de visita en Londres desde Escocia». Asintiendo con la cabeza hacia Ainsworth, concluyó, «señorita Morgan, mi madre, lady Watson».

Ainsworth hizo una rápida reverencia. «Encantada de

conocerla, milady».

«Y a ti, estoy segura», respondió lady Watson en un tono que no coincidía del todo con el sentimiento, antes de volver rápidamente su atención a su hijo con una luz curiosa en sus ojos castaños. No fue exactamente una despedida, pero estuvo cerca. «En verdad, estoy bastante contenta de haberte encontrado esta noche. Verás, he oído un rumor curioso… uno que sospecho que aclararás enseguida».

«Si puedo, por supuesto», respondió amablemente.

Pero Ainsworth vio el indicio de tensión en su boca y la neutralidad bastante forzada en sus ojos. Estuvo tentada de acercarse a él y ofrecerle alguna señal de apoyo, pero él le había soltado la mano del pliegue de su codo cuando saludó a su madre. Y cualquier intento de recuperar esa pequeña conexión física sería demasiado evidente.

Así que simplemente se quedó a su lado, observando cómo lady Watson, que era posiblemente la mujer más sofisticada sin esfuerzo que había conocido, le dirigía a su hijo una mirada arqueada.

«Algo sobre un niño viviendo en tu casa». Luego se rió. «Una noción ridícula que debería haber sido descartada de inmediato, pero de alguna manera, la idea está ganando terreno entre los chismes».

El conde, para su beneficio y la innegable gratitud de Ainsworth, respondió rápida y decisivamente. «Su nombre es señorita Cailleach Claybourne. Ella se quedará en la residencia Wright por unos meses, aunque espero recibir más visitas de este tipo en el futuro».

Los ojos de lady Watson se abrieron de par en par en evidente conmoción. Claramente no había esperado que él confirmara el rumor. «¿Es así? Qué interesante. ¿Una niña de verdad? ¿Qué diablos está haciendo allí?».

Ainsworth se mantuvo quieta y en silencio mientras esperaba a ver cómo respondería el conde. Su estómago se anudó de inquietud. Se dio cuenta de que la dama era su madre y tenía cierto derecho a saberlo, pero Ainsworth se encontró tensa esperando la reacción de la mujer al saber que la hija ilegítima de su esposo anterior era la invitada del conde.

El conde respondió de inmediato, pero con un ligero dejo de exasperación en su tono. «Te conté sobre esto hace meses, madre. Dejaste en claro que no tenías ningún interés en el asunto y que no querías escuchar más sobre el tema».

Por supuesto, Ainsworth debería haber sabido que el conde habría tenido la cortesía de discutir un tema tan delicado con su madre antes de tomar acción.

Hubo una breve pausa mientras la dama entrecerraba la mirada pensativa. Luego una luz brilló en su mirada mientras una risa

burbujeaba en sus labios. «Oh, Dios mío, Colin. ¿No me digas que realmente seguiste adelante con tu ridícula idea?»

El conde no respondió mientras su madre se llevaba una mano a la boca en un intento tardío de ocultar su actitud incontrolable. Las lágrimas comenzaron a formarse en sus ojos.

Ainsworth se sentía bastante ofendido cuando la dama volvió a mirarla.

«¿Y esta mujer también es parte de ese pequeño proyecto? ¿Es esta una de los miserables bastardos de tu maldito padre?».

Aunque la dama mantuvo la voz lo suficientemente baja para no ser escuchada, todavía había una clara falta de preocupación al hablar del tema con tanta libertad.

Antes de que el conde pudiera responder, Ainsworth intervino descaradamente. «No soy nadie en absoluto, pero al menos nunca hablaría de una niña inocente de una manera tan despiadada. Maldiga a su difunto marido todo lo que quiera, mi señora, pero le sugiero que deje a sus hijos fuera de esto». Terminó sus palabras con una brillante sonrisa.

Lady Watson miró a Ainsworth en silencio y en estado de sorpresa total durante un breve instante antes de arquear las cejas y mirar de un lado a otro a Ainsworth y al conde. Luego sacudió un poco su cabeza perfectamente peinada. Su risa fue más bien gutural. «Es usted una persona atrevida, señorita Morgan, y tiene toda la razón», afirmó simplemente antes de dar un paso adelante para darle un beso suave a su hijo en la mejilla. «Trae a la niña a tomar el té antes de que se vaya de la ciudad. También a la señorita Morgan, por supuesto». Luego miró alrededor de la habitación con un aire de distracción y un suspiro profundo. «Debo comenzar con la socialización. Watson odia estos eventos y siempre me delega esas obligaciones sociales».

«Entonces es una suerte que socializar sea uno de tus pasatiempos favoritos», observó el conde.

Lady Watson sonrió y le dio una palmadita en el brazo, «es muy cierto, aunque sé cuánto lo aborreces tú. Será mejor que acompañes a tu dama a la pista de baile antes de que alguien decida venir a coquetear contigo». Echó una mirada de soslayo a Ainsworth, «Un placer, señorita Morgan», añadió la mujer.

«En efecto, milady», respondió Ainsworth con una respetuosa reverencia mientras la mujer mayor se alejaba entre la multitud cada vez mayor.

Se quedaron allí paralizados por un momento después de que ella se fue. La interacción dejó un residuo extraño que hizo que el momento pareciera ligeramente surrealista ahora que había terminado.

¿Realmente acababa de conocer a la madre del conde?

¿*Realmente* acababa de reprenderla?

Se negaba a arrepentirse. La mujer podría ser la atormentada esposa del difunto conde y la madre del actual conde, pero Ainsworth se mantendría firme en lo que había dicho.

«¿Vamos?», preguntó el conde, interrumpiendo sus pensamientos con un gesto de la cabeza hacia la pista de baile.

Ainsworth respondió en lo que esperaba que fuera un tono informal, «no tenemos que bailar, milord».

Él se aclaró la garganta brevemente, «sí. Creo que sí».

Aunque mantuvo la mirada fija hacia afuera, había una leve sombra de sonrisa en la comisura de su boca. La sorprendió. Tomó el brazo que le ofrecía sin pensar y le permitió que la guiara a través de la multitud. Sin embargo, después de unos pasos, bajó la barbilla para agregar, «a menos que tengas una aversión particular para bailar».

Aunque no dijo las palabras, sintió como si hubiera un “conmigo” implícito al final de su pregunta.

Y como no tenía ningún deseo de abordar ese aspecto tácito de su pregunta, ya que significaría que tendría que admitir que deseaba mucho bailar con él, decidió ignorarlo.

«De ninguna manera», respondió simplemente, «puede que sea una marimacho de las Tierras Bajas de Escocia, pero recibí lecciones de baile junto con mi instrucción en decoro social y etiqueta adecuada».

«No quise ofender».

«No, por supuesto que no», aseguró rápidamente. «Te lo advierto, ha pasado un tiempo desde que tuve la oportunidad de poner en práctica mis habilidades», sonrió. «Espero que estés preparado para tomar la iniciativa, milord».

Habían llegado al borde de la pista de baile y él se giró para mirarla mientras terminaba de hablar. Había querido que sus últimas palabras sonaran un poco burlonas, pero cuando sus ojos azules se encontraron con los de ella, su intensidad la hizo sentir como si pudiera haber desencadenado algo más profundo que un simple desafío.

«No tengo problemas para liderar, señorita Morgan. Sospecho que el problema podría estar más en tu disposición a rendirte a mi dirección».

«Probablemente tengas razón», admitió con una pequeña mueca. «Rendirse no es un concepto con el que los escoceses nos sintamos muy cómodos».

Dio un paso hacia ella, lentamente, y colocó su mano alrededor de su espalda baja. Tomando su otra mano entre las suyas, la levantó a la posición adecuada.

«Ni tú, específicamente, supongo», bajó la voz. «Requiere un grado significativo de confianza».

Le sostuvo la mirada mientras daba otro paso más cerca. Su mano se deslizó por la columna vertebral de ella hasta llegar al espacio entre sus omóplatos.

«Y al menos algo de experiencia con la idea de la cooperación».

Aunque hizo una mueca ante el golpe, automáticamente levantó su mano para colocarla sobre su fuerte hombro.

Su boca se curvó mientras la miraba. La sonrisa era característicamente reservada. Pero se mantuvo en su lugar incluso mientras hablaba. «Sin mencionar cierta voluntad de ceder».

El indicio de desafío y tentación oculto en su tono y el profundo brillo de su mirada encendieron algo dentro de ella. Sintió una urgencia desesperada, tal como había sentido en ese breve momento antes de presionar sus labios contra los de él en la cocina. Antes de que él tomara el control para hacer que su cuerpo cantara con sensaciones maravillosas. Antes de que se alejara de ella.

Mientras fortalecía su cuerpo y los arrastraba hacia los primeros pasos del vals, decidió no pensar en su rechazo anterior. Hubo un momento no hace mucho tiempo en el que ella habría discutido contra cada uno de sus puntos. Pero esta noche… estaba tentada de entregarse a ser guiada por él. Aunque solo fuera para ver a dónde la llevaría él.

Capítulo Dieciocho

Teniendo en cuenta quién era, Colin esperaba más resistencia por parte de Ainsworth mientras la arrastraba hacia la pista de baile.

Pero ella se deslizó en sus brazos como si estuviera destinada a estar allí. Su expresión conservaba un rastro de rebelión en la presión de sus labios carnosos y el brillo de su mirada, pero su cuerpo aceptó su dirección con sorprendente facilidad y gracia.

Sin embargo, después de unos minutos, ella lo miró con una expresión de creciente preocupación. Sabiendo que ella le diría lo que pensaba a su debido tiempo, esperó pacientemente y fue recompensado en treinta segundos.

«Lamento si te avergoncé antes. No debería haberle dicho eso a tu madre».

«No, definitivamente debiste haberlo hecho», respondió. «El corazón de mi madre generalmente está en el lugar correcto, pero, a veces puede ser... desconsiderada. Es bueno para ella recordar cómo sus actitudes descuidadas pueden afectar a los demás». La miró fijamente a los ojos. «Y *ciertamente* no me avergonzaste. Ojalá hubiera hablado más rápido en defensa de mis hermanos».

«Lo habrías hecho», le aseguró. «Soy un poco susceptible sobre algunas cosas».

«Tu dedicación a mantenerte firme en tus creencias es algo que admiro de ti».

Un leve rubor coloreó sus mejillas mientras bajaba la barbilla. ¿Tan poco acostumbrada estaba a los elogios?

Estuvo tentado de burlarse de ella por eso, pero no podía encontrar las palabras adecuadas. Más que burlarse, quería colmarla de más elogios. De repente, quiso decirle cuánto respetaba su fortaleza frente a los muchos obstáculos que había superado. Quería decirle lo agradecido que estaba por su devoción a Caillie. Quería expresar su gratitud por permitirle una oportunidad con su hermana incluso cuando ella había creído que él era del mismo tipo que su padre. Estaba en la punta de la lengua decirle que pensaba que sus ojos eran del tono de verde más hermoso que había visto nunca y que su sonrisa era la combinación perfecta de picardía y deleite. Y que cada vez que estaba en su presencia, se llenaba del deseo de ser la mejor versión posible de sí mismo.

En cambio, optó por una opción mucho más inocua. «Parece que los años desde tus lecciones de baile han sido insignificantes».

El elogio fue rígido y torpe en el mejor de los casos, pero ella inclinó la cabeza mientras una media sonrisa levantaba la comisura de

su boca. «Creo que también debería reconocer tu habilidad. Honestamente, no esperaba que fueras tan ágil de pies».

Él entrecerró la mirada ante su cumplido ambiguo. Luego, actuando totalmente por impulso, la acercó y la guió a través de una serie de giros rápidos y sin aliento. Para el tercero, ella se estaba riendo, un sonido libre y alegre.

Cuando sus pasos retomaron un patrón más tranquilo, ella sonrió con descarado placer. «Mi instructor de baile nunca realizó *esa* maniobra».

Se aclaró la garganta. «Sin duda debido a la naturaleza escandalosa del vals».

Ella se rió. «Es animado, sin duda, pero no me atrevería a decir que el baile es escandaloso».

Una imprudencia poco habitual en él le hizo acortar el espacio entre ellos, hasta que su pecho rozó muy ligeramente el pecho de ella y sus bocas quedaron a centímetros de distancia mientras él susurraba, «¿No lo harías?».

Sus labios se separaron en un suspiro entrecortado mientras sus pestañas revoloteaban sobre una mirada brillante.

Ella no respondió. Tampoco intentó apartarse.

En contra de todo mejor juicio, se permitió el lujo de abrazarla mientras la miraba fijamente a los hermosos ojos. Pero la quería más cerca. Quería que su cuerpo envolviera el suyo. Quería sus manos sobre su piel desnuda y sus labios acariciando los de ella. Quería escuchar sus gemidos sensuales mientras exploraba los pliegues húmedos entre sus piernas.

De repente, sus ojos se abrieron y un sonido breve se quedó atrapado en su garganta. Su atención voló de sus ojos a su boca y viceversa. La sorpresa en su expresión finalmente le hizo darse cuenta de que, durante varios momentos íntimos, no había ocultado sus pensamientos.

Un error monumental. Ella lo había visto todo.

Se puso rígida y se apartó. Él aflojó inmediatamente su agarre mientras el autorreproche fluía a través de él. Debería haber estado más consciente, más consciente de sí mismo. Nunca debería haber permitido tal falta de decoro o una exhibición tan descarada de sus deseos caprichosos. Era imperdonable.

Con cuidado restableció una distancia adecuada entre ellos.

Ella lo miró fijamente durante un largo, tenso y silencioso momento antes de desviar su atención para echar un vistazo alrededor de la habitación. Su voz era suave, pero él detectó algo extraño en sus palabras mientras hablaba. «Me siento un poco acalorada. Creo que Angelique mencionó un jardín». Su mirada encontró la de él nuevamente y la luz parpadeante en sus profundidades envió un

escalofrío de alarma a través de su sangre. «¿Tal vez pueda acompañarme afuera para tomar un poco de aire fresco?».

Colin no respondió de inmediato. Su pedido no era en absoluto lo que él esperaba y no estaba seguro de si ella era consciente de las implicaciones de tal invitación. Seguramente, ella no debía saber que los jardines eran conocidos por albergar reuniones clandestinas. Necesitaba aire fresco. Eso era todo.

Levantó la cabeza para examinar la habitación y notó una hilera de puertas que ya estaban abiertas al aire de la noche. Sin duda había un balcón de algún tipo justo más allá que permanecía respetuosamente a la vista de la habitación. Podían salir para un breve respiro y luego volver a entrar. No había nada escandaloso en eso. Entonces, ¿por qué la sangre se le escapaba de la cabeza mientras su cuerpo se tensaba con una anticipación aguda?

«Solo por un momento», dijo él. Las palabras sonaron lo suficientemente convincentes y ella asintió mientras ambos se giraban para caminar casualmente hacia las puertas.

Al salir, confirmó la presencia de una estrecha terraza abierta al jardín a solo tres pasos de distancia. Solo tuvo un momento para mirar a su alrededor y confirmar que no había nadie más antes de darse cuenta de que la mujer a su lado seguía avanzando.

«Es mejor quedarse aquí», señaló con severidad, «dentro de la luz del salón de baile».

«¿Por qué?», preguntó ella con una rápida mirada por encima del hombro mientras recogía sus faldas y bajaba los cortos escalones hacia el césped.

Él agarró su muñeca detrás de su espalda. «Para evitar rumores de impropiedad».

Ella soltó un bufido burlón y siguió caminando.

Como caballero que era, Colin obviamente no podía dejar que la mujer entrara sola en un jardín oscuro, sin protección. Tendría que seguirla. A una distancia respetuosa, por supuesto. Quedándose unos pasos atrás, siguió su ritmo mientras ella inclinaba la cabeza hacia atrás para contemplar la delgada franja de luna y las estrellas dispersas en lo alto. Su suspiro lo atravesó como una niebla cálida y sedosa. Suave y sensual.

«Es una noche tan hermosa», dijo ella con dulzura. «Sería una pena pasarla dentro de la casa». Miró por encima del hombro de nuevo. Esta vez su expresión era casi tímida «¿No estás de acuerdo?».

«La noche está hermosa», convino él antes de ofrecer una advertencia, «pero alejarse demasiado puede ser peligroso».

Ella se rió y se giró para mirarlo, aunque continuó caminando hacia atrás, todavía levantando sus faldas muy por encima de sus tobillos para liberar su paso. «¿Peligroso? Es un jardín amurallado en

el centro de Londres. No espero encontrarme con ninguna bestia salvaje».

«Solo las de dos patas», respondió.

Ella se detuvo y ladeó la cabeza mientras lo miraba a través de la tenue luz de la luna.

«Pero estás aquí para protegerme, milord ¿No es por eso que me seguiste a pesar de que es tan inapropiado?». Hizo una pausa y bajó la voz, el tono ronco se fundió en la oscuridad que los rodeaba. «A menos que seas tú de quien deba tener cuidado».

Él se detuvo cuando ella lo hizo, pero ahora ella se acercó a él. Con pasos lentos y deliberados. Hasta que le dolieron los brazos por la fuerza que necesitaba para mantener las manos detrás de la espalda y tuvo que inclinar la cabeza hacia atrás para encontrarse con su mirada, tal como lo había hecho para ver las estrellas.

«¿Eres una bestia disfrazada, milord?».

Su voz era un susurro embriagador, cargado de sugerencia y desafío.

Colin apretó los dientes y respiró profundamente por la nariz. Grave error. Su cálido, dulce y sensual aroma entró en su cabeza y se extendió por su sangre hasta que todo su cuerpo se sintió impregnado de su esencia. ¿Estaba ella tratando intencionalmente de tentarlo más allá de lo que podía soportar? Miró sus tentadores ojos verdes, enmarcados por sensuales pestañas. Algo descuidado y peligroso brilló en sus profundidades. Los músculos de su estómago se tensaron.

«De vez en cuando...», reflexionó en un cálido susurro cuando él no le respondió, «siento que vislumbro algo agazapado dentro de ti. Algo indómito, merodeando en busca de un poco de libertad».

Colin casi gimió por la forma en que su voz fluía a través de él. Por su ardiente proximidad. Por su audaz insinuación. Era innegable. Ella tenía la intención de romperlo.

«Deberíamos volver adentro». Su voz era áspera por el deseo y su lucha por mantener el control sobre las pasiones que surgían en su interior. Casi había ido demasiado lejos la última vez que la había besado. Tenía que mantener el control.

«¿Por qué?», ella levantó una mano para aplastar su palma contra su pecho. «Creo que necesitas esto tanto como yo».

Su pulso retumbaba en sus oídos mientras forzaba las palabras a salir de su mandíbula apretada. «¿Necesitar qué?».

Ella inclinó la cabeza hacia un lado y deslizó su mano hacia arriba para pasarla cálidamente alrededor de su nuca. «Esto», murmuró mientras acercaba su boca a la de él.

Al igual que había experimentado esa noche en la cocina, en el segundo en que sintió el tacto sedoso de sus labios, algo poderoso surgió a través de él. Algo primitivo e indiscutible. El impulso de

reclamar y conquistar. El instinto de reverenciar y defender.

Aunque sabía que debía hacerlo, no pudo resistirse.

Con un sonido pesado de posesión, inclinó su boca con más fuerza sobre la de ella y deslizó su lengua más allá de sus dientes mientras envolvía sus brazos alrededor de su cuerpo cálido y dócil. En unos pocos pasos los hizo girar detrás del sólido y oculto tronco de un roble. Mientras la apretaba contra el árbol, finalmente levantó la cabeza, pero solo lo suficiente para susurrar: «Yo te guío. ¿Recuerdas?».

Ella emitió un gemido suave, apenas perceptible, y se arqueó para abrazarlo. La sensualidad natural de sus movimientos y su suave sonido de rendición rompieron el tenue control que él mantenía sobre su autocontrol y algo despertó dentro de él. Era primitivo y salvaje. Un sonido crudo retumbó desde su pecho mientras apoyaba su peso sobre ella, necesitando sentir más de sus curvas y huecos. El deseo lo atravesó como una punta de flecha al rojo vivo, abrasando un camino hacia su núcleo, encendiendo todo a su paso. La lujuria, ardiente y dolorosa, se clavó en sus entrañas.

Su aliento sopló contra su garganta y dejó caer la cabeza hacia atrás para mirarlo. Su boca se curvó lentamente en una sonrisa. «Puedo verlo ahora, la ferocidad dentro de ti, luchando por ser libre».

Él no lo negó. Era demasiado tarde para eso. Entonces, hizo lo único que podía hacer en ese momento. Lo aprovechó.

Bajando la cabeza, reclamó sus labios con una intención feroz e innegable. Cuando ella jadeó en busca de aire, él metió la lengua en la calidez de su boca. Incapaz de negar su hambre, la probó. Entrelazó su lengua con la de ella en una danza de terciopelo mientras ella se aferraba a él y él palpitaba contra ella.

Ella se movió inquieta, como si luchara por aceptar su posición entre el tronco del árbol a su espalda y su cuerpo atrapándola allí.

Debería dar un paso atrás.

Nada en el mundo podría obligarlo a hacerlo.

Aflojando los brazos de su cintura, llevó las manos a la curva de sus caderas. Sus dedos se doblaron y flexionaron contra la exuberante curva antes de deslizarse hacia arriba a lo largo de su caja torácica hasta que sintió el encantador peso de sus pechos contra sus pulgares.

Aunque se puso rígida, no se apartó. De hecho, se arqueó más cerca, alentándolo a continuar.

Con un sonido bajo de satisfacción, rozó suavemente con los pulgares los picos apretados de sus pechos antes de palmear los suaves montículos en una caricia posesiva.

Sus brazos se apretaron alrededor de su cuello y su cabeza cayó hacia atrás mientras interrumpía el beso con un pequeño gemido ahogado. El sonido fue rápidamente seguido por un jadeo de sorpresa

cuando bajó la boca hasta la curva superior de su pecho, donde atrajo la sedosa piel contra sus dientes.

«Oh, Dios mío», murmuró ella, apretando su mano en su cabello. «Milord. Por favor», su voz se redujo a un susurro pesado. «Me duele».

Había un fuerte aguijón de necesidad dentro de él, ordenándole que la apaciguara. Que la complaciera.

Curvó sus dedos alrededor del borde superior de su corpiño y tiró de él hacia abajo hasta que un pecho lleno quedó libre. Ella se estremeció y lo agarró con más fuerza. «Por favor», suplicó de nuevo.

Cuando cerró la boca sobre su pecho de punta oscura y ahuecó sus mejillas para atraerla más profundamente, fue recompensado con un gemido gutural y su voz ronca y arrastrada por el placer.

«Hay tanto...».

Sus palabras se desvanecieron cuando él ahuecó su pecho y lo levantó para recibir el golpe caliente de su lengua sobre el pico en ciernes. Su gemido de respuesta fue como una droga. Ardiendo por sus venas, tensando cada centímetro de músculo y tendón en su cuerpo.

La necesidad de tomarla hasta el final era como una compulsión. Una obsesión repentina y aguda. Simplemente no podía dejarla ir hasta que la hubiera llevado a ese pináculo final del placer.

Con un sonido que era áspero y animal en la oscuridad que los envolvía, cambió su postura para agarrar sus faldas en un puño apretado. Pero justo cuando estaba a punto de levantar la tela para poder buscar el calor entre sus muslos, escuchó un susurro.

Inmediatamente se quedó quieto y escuchó.

Una pisada clara en la hierba. Luego otra. Acercándose.

Apretando los dientes con tanta fuerza que le dolía la mandíbula, soltó sus faldas y tiró de su corpiño para volver a colocarlo en su lugar apropiado.

«No», gimió ella suavemente.

La calmó con un beso. Este lánguido y suave, destinado a calmar en lugar de alterar. Pero de todos modos, el beso de alguna manera logró ser profundo y erótico. Podría haberse quedado allí para siempre, haciéndole el amor en la boca hasta que ella suspirara de rendición y necesidad.

Un carraspeo brusco le recordó la situación.

Al terminar el beso, le pasó el pulgar suavemente por la curva de la mejilla y luego salió de detrás del árbol.

Capítulo Diecinueve

«Wright», el murmullo bajo de Roderick se filtró a través de la oscuridad del jardín con una nota de impaciencia.

Reprimiendo una maldición de irritación, Colin avanzó a grandes zancadas para encontrarse con su hermano en el camino de regreso a la casa, esperando que el otro hombre no se diera cuenta de que Colin no había estado solo en el jardín oscuro. «¿Qué pasa?», preguntó secamente, todavía sintiendo los efectos de una pasión tan intensa que se vio interrumpida abruptamente.

Había luz suficiente para ver el arco de cejas de Roderick mientras la diversión curvaba sus labios. «No hay necesidad de arrancarme la cabeza, Wright. Ha habido un avance inesperado en nuestro proyecto».

Colin se tensó aún más. ¿Qué podría haber descubierto Roderick? Se suponía que Nightshade le informaría directamente y solo a él. «¿Qué tipo de avance?».

«Ven conmigo», respondió Roderick mientras se volvía hacia la casa. «También puede venir, señorita Morgan».

Maldita sea.

Mientras Roderick caminaba hacia adelante, Colin se volvió para verla emerger de la oscuridad. El morado oscuro de su vestido de noche combinaba perfectamente con el entorno nocturno del jardín y, por un momento, su corazón se detuvo ante la imagen que formaba. El cabello castaño oscuro estaba recogido en una gruesa capa sobre su cabeza con mechones casuales que enmarcaban sus rasgos atractivos. Sus ojos verdes brillaban y su hermosa boca estaba suave por sus besos. Aunque ella lo miró a los ojos sin timidez, había un ligero indicio de incertidumbre en la forma en que intentaba alisar las arrugas de su vestido mientras se acercaba a él.

«¿De qué se trata esto?», preguntó ella en un susurro.

«No estoy completamente segura. Pero no tienes que unirte a nosotros si prefieres no hacerlo».

Hubo solo una pequeña pausa antes de que ella negara con la cabeza. «No. Si el señor Bentley cree que debería estar allí, iré contigo».

Colin asintió. El reconocimiento de que Bentley sabía que estaban juntos en el jardín flotaba como una nube de humo entre ellos.

«Por aquí», llamó su hermano en voz baja y Colin se dio cuenta de que los estaba guiando hacia una entrada lateral para que no tuvieran que atravesar el salón de baile.

Él le tendió la mano y solo hubo un momento de vacilación antes de que ella deslizara sus dedos en los de él. Él colocó su mano en el pliegue de su codo y los guió por el camino en dirección a la voz de Roderick.

Quería decir algo. Algo para aliviar su sutil inquietud. Algo para asegurarle que todo estaría bien. Algo... Cualquier cosa, en realidad. Pero no se le ocurrieron las palabras. Luego, entraron en la casa en silencio, en una pequeña y oscura sala de estar antes de seguir a Roderick hacia el salón principal. El salón estaba tranquilamente vacío por solo un momento. Luego, el Sr. Turner, el esposo de la hermana menor de la Sra. Bentley, salió del salón y cruzó el pasillo con paso tranquilo. Les hizo un breve gesto con la cabeza mientras sacaba un cigarro de su bolsillo y se dirigía a la puerta principal, aparentemente saliendo a tomar aire fresco y fumar.

Roderick se detuvo en una puerta cerrada al fondo del pasillo. Al abrir la puerta, se hizo a un lado y les hizo un gesto para que entraran. «Aquí, por favor». La señorita Morgan deslizó su mano de su brazo mientras lo precedía en la habitación. Colin miró rápidamente su perfil antes de que ella se alejara. ¿En qué estaba pensando? ¿Se arrepentía de los momentos robados? ¿Maldecía la interrupción tan intensamente como él?

Su expresión no delataba nada. En todo caso, había una sugerencia de curiosidad en el levantamiento de su ceja.

Dejando a un lado su preocupación para centrarse en el tema actual en cuestión, Colin avanzó a grandes zancadas hacia lo que obviamente era el estudio personal de Roderick. Cuando su hermano cerró la puerta detrás de ellos, Colin se dio cuenta de que alguien más ya estaba en la habitación.

Un hombre estaba de pie frente al fuego apagado, de espaldas a ellos.

Muy por encima de la media en altura y en posesión de una constitución musculosa gruesa, la ropa del hombre era demasiado informal para una fiesta nocturna y sus botas estaban gastadas y sucias. Se giró para mirarlos mientras se acercaban y Colin notó que el hombre era más joven de lo que esperaba. Probablemente de unos veinticinco años.

El pelo negro le caía en ondas espesas y rebeldes casi hasta los hombros, enmarcando sus rasgos anchos y fuertes. Su mandíbula estaba cubierta por una sombra de barba oscura y su boca estaba apretada en una línea dura, sugiriendo que no estaba nada contento con lo que estaba sucediendo. Su mirada era oscura y enojada cuando se dirigió primero a Roderick y luego se deslizó brevemente hacia la señorita Morgan antes de posarse frente a Colin. Y cuando lo hizo, la expresión del hombre se endureció aún más cuando la ira resistente se

convirtió en furia brillante.

Ainsworth jadeó justo cuando Colin de repente se dio cuenta de la identidad del hombre.

Su primera reacción fue una explosión de alivio. Pero fue seguida rápidamente por el instinto de proceder con cautela.

Roderick dio un paso adelante para colocarse entre los dos hombres, aunque ligeramente a un lado.

«Aunque puedo ver que ambos han descubierto quién es el otro, haré las presentaciones de todos modos. Lord Wright, permíteme presentarte a nuestro hermano, el Sr. Beynon Thomas. El señor Thomas, conde de Wright y la señorita Morgan, quien ha amado y cuidado a nuestra única hermana, la señorita Cailleach Claybourne, desde el día del nacimiento de la niña».

El señor Thomas no dijo nada, pero siguió mirándolo con ojos negros como el carbón y una expresión cargada de ira sin filtro. Y mientras Colin luchaba por formar palabras que no garantizaran un agravamiento de la clara animosidad del hombre, Ainsworth dio un paso adelante.

Con una sonrisa fácil y un paso decidido, se acercó al señor Thomas y le tendió la mano. «Señor Thomas. Es un placer conocerlo, señor».

El señor Thomas vaciló, pero solo por un segundo. El hombre no podía ignorar exactamente su gesto cuando hacerlo sería un insulto flagrante. Puede que tuviera motivos para que Colin le desagradara, pero no podía tener esos sentimientos por una mujer que probablemente no había sabido que existía hasta este momento.

«Señorita Morgan», respondió con una voz pesada que llevaba la rica cadencia de un innegable acento galés mientras tomaba su mano.

Su sonrisa se ensanchó. «Debo admitir que no esperaba encontrarme con otro de los hermanos de Caillie esta noche, pero, de todos modos, estoy emocionada. Ella se pondrá como loca de emoción cuando se lo diga».

«Será mejor que no», murmuró el señor Thomas rápidamente mientras bajaba sus espesas cejas negras. «Decirle, eso es». Miró a Roderick antes de enviar otra mirada furiosa hacia Colin. «No me habría detenido si hubiera sabido que había una fiesta. El señor Bentley no me permitió la gracia de irme una vez que me di cuenta de mi error».

«Por supuesto que no», respondió Roderick sin vergüenza mientras cruzaba los brazos sobre su chaleco rosa brillante. «Viajó desde Gales y de alguna manera encontró mi residencia privada, que no es muy conocida, por cierto. Lo siento si me cuesta creer que simplemente quería presentarse y luego marcharse».

El señor Thomas miró con enojo el tono ligeramente frívolo de Roderick. «Desafortunadamente», gruñó, «estúpidamente pensé que podría encontrar un aliado. Ahora puedo ver que estaba equivocado».

Las cejas de Roderick se arquearon. «¿Un aliado? ¿Contra Wright?», preguntó mientras dirigía un rápido asentimiento hacia Colin. «¿Porque ambos somos bastardos y él es el preciado heredero?».

Thomas no respondió, pero su columna se tensó con creciente fastidio.

Roderick soltó una breve carcajada y dio un paso adelante para darle una palmadita cordial en el hombro a Thomas. «Bueno, no puedo culparlo exactamente por esa lógica. He resentido a nuestro hermano mayor durante mucho más tiempo del que no lo he hecho».

Cuando Roderick le envió una sonrisa alegre, Colin dio un paso adelante. «Últimamente, agradecidamente hemos encontrado algunos puntos en común», señaló intencionadamente cuando se encontró con el ceño fruncido de Thomas. «Ese es el tema de usted y del resto de nuestros hermanos».

«No somos hermanos», gruñó Thomas.

«Nuestra sangre dice lo contrario», replicó Roderick rápidamente. «He negado la sangre de ese hombre toda mi vida. El hecho de que este señor…», Thomas lanzó una mirada despectiva hacia Colin, «esté experimentando un ataque de culpa o vergüenza o lo que sea que quiera sentir, no cambia nada».

Aunque la señorita Morgan había dado un paso atrás amablemente cuando los hermanos habían comenzado a conversar, dio un paso adelante ahora para decir, «tal vez deberíamos sentarnos todos y hablar de esto un poco más cómodamente».

«No tiene sentido», replicó Thomas, «no me quedaré».

La dama lo detuvo con una expresión severa y una mano firme en su brazo. Su voz era baja y autoritaria, como una institutriz con un niño recalcitrante. «Piénselo de nuevo, señor Thomas. Tengo toda la intención de contarle a Caillie sobre nuestra reunión de esta noche y espero tener más para entretenerla, que una interacción breve y enojada con un hombre testarudo que no se comportaría razonablemente».

Sus palabras contundentes lograron hacer que el hombre se detuviera, aunque hubo un momento tenso mientras los dos se miraban fijamente. Entonces, él emitió un gruñido áspero. «Bien».

«Gracias», dijo ella simplemente mientras se sentaba en el sofá y miraba expectante a Colin y Roderick. «Caballeros».

Colin tomó el lugar a su lado mientras Roderick y Thomas ocupaban las dos sillas.

Un silencio tenso se cernió sobre la reunión hasta que Colin se aclaró la garganta. No tenía idea de qué decir que pudiera llegarle al

joven, pero tenía que empezar por alguna parte. «Puede que sea difícil de creer, señor Thomas, pero entiendo su enojo. Su correspondencia dejó muy claro lo que siente por nuestro padre. Y por mí». Ignoró el resoplido áspero del hombre y continuó. «Pero tengo la sincera esperanza de que encuentre en usted la capacidad de ver más allá de sus acciones, por aborrecibles que fueran, y considere la posibilidad de que, así como *usted* ha elegido repudiar las acciones de nuestro padre, tal vez también lo hayamos hecho nosotros».

Los ojos de Thomas permanecieron fijos e inquebrantables mientras respondía, «puede que sea así, pero eso no significa que tenga la obligación de reconocer una conexión entre nosotros. Estoy satisfecho con mi vida tal como es. No necesito nada más que la familia que tengo. La familia que siempre he tenido. Mi único deseo es que me dejen en paz, *milord*». La mueca de desprecio en su discurso le recordó a Colin de inmediato cómo la señorita Morgan había usado un tono muy similar cuando se conocieron. La miró de reojo y la vio mirándolo con una sonrisa apenas disimulada, sugiriendo que ella también se daba cuenta de la similitud.

«Le aseguro...», dijo Roderick en un tono tranquilo pero serio mientras miraba fijamente a su hermano menor, «que no es nuestra intención intimidarlo para que se someta».

«Simplemente queremos que tenga toda la información antes de decidir si quiere o no darnos de baja indefinidamente», añadió Colin.

El hombre más joven se puso de pie apresuradamente. «No necesito saber nada más de lo que ya sé», miró a la señorita Morgan, «será mejor que no le cuente nada a su protegida sobre nuestro encuentro. No puede salir nada bueno de ello».

El arrepentimiento y el duro dolor del fracaso se apretaron alrededor del pecho de Colin mientras veía al joven salir enojado de la habitación. Pero la esperanza seguía siendo fuerte en el reconocimiento de que, si Thomas realmente no quería tener nada que ver con ellos, no habría venido hasta Londres para decírselos.

Capítulo Veinte

Ainsworth se mordió el labio para no llamar al señor Thomas. Una parte de ella quería sermonear al joven por ser tan desdeñoso y enfadado, pero luego recordó su propia actitud el día que el conde había llegado a Faeglen. Entendía la posición de Thomas, aunque ya no pudiera estar de acuerdo con ella.

La frustración del señor Bentley era evidente en el peso de sus cejas negras y la presión de su boca, mientras que la determinación del conde de permanecer impasible revelaba su propia angustia.

«Debería enviarle un mensaje a Nightshade», señaló el conde después de un momento. «Debe desistir de sus esfuerzos con respecto a Thomas».

«No estoy de acuerdo», respondió Bentley con decisión. «De hecho, Nightshade sin duda ya está tras la pista de nuestro hermano».

«¿Qué?».

Bentley se encogió de hombros ante el tono duro del conde. «Tenía que tomar una decisión rápida. No tenía idea de cuánto tiempo me llevaría encontrarte o cuánto tiempo se quedaría Thomas una vez que se diera cuenta de que estaba convocando una pequeña y pintoresca reunión familiar».

El conde no parecía estar de acuerdo con la decisión de su hermano, pero en lugar de discutir el asunto, preguntó, «¿cómo te las arreglaste para avisarle tan rápido?».

«Lo pedí como un favor personal», respondió Bentley evasivamente. «Te dije que nos conocíamos».

Ainsworth se dio cuenta de la verdad justo cuando el conde dijo, «Nightshade estaba aquí. Asistió a la fiesta».

El otro hombre no negó ni confirmó esa suposición. «Le pedí que vigilara a Thomas cuando se fuera por si el joven se enojaba después de nuestra conversación y sentía la necesidad de hacer algo imprudente», arqueó una ceja, «quizás no te diste cuenta, pero nuestro hermano alberga un rencor bastante violento y, aunque lo controló esta noche, sospecho que posee un temperamento fuerte».

El conde no respondió y Ainsworth pudo ver que, aunque estaba molesto porque su autoridad con esta persona llamada Nightshade había sido anulada, también aceptaba la razón detrás de las acciones de Bentley.

«Una vez que sepamos que Thomas ha regresado a Gales», observó el conde con firmeza, «nuestra relación con él tendrá que llegar a su fin».

Aunque era obvio que ambos hombres hubieran preferido un

resultado completamente diferente, Bentley asintió con la cabeza. No tenían otra opción que resignarse a los deseos de su hermano.

A Ainsworth le sorprendió la intensidad de su propia decepción. El señor Thomas era impetuoso y estaba enojado, pero era el hermano de Caillie y había sido imposible no ver el parecido entre ellos, especialmente en la determinación obstinada del hombre y su orgullo inquebrantable. Había habido una expresión conmovedoramente familiar en su boca y en la forma en que sus manos se cerraban con fuerza en puños a los costados. Había visto la misma ferocidad y pasión en Caillie en innumerables ocasiones.

Era un hombre que sentía las cosas muy profundamente.

Aunque podía comprender por completo su resistencia y prejuicio contra el legado de su horrible padre, casi le rompía el corazón pensar que el joven podría irse de Londres y nunca regresar. Que se negara tan abyectamente a darles una oportunidad a sus hermanos y a su hermana menor.

«Mis disculpas, señorita Morgan», dijo el señor Bentley con pesar. «Sin duda, este drama familiar ha arruinado efectivamente su disfrute de la velada».

«No hay necesidad de disculparse, señor. Estoy agradecida de haber tenido la oportunidad de conocer al señor Thomas, por breve que haya sido».

«¿Le contarás a nuestra hermana sobre el encuentro?», preguntó Bentley.

Ainsworth respiró hondo. «Debo hacerlo. Hago todo lo posible por no ocultarle secretos a Caillie, incluso si la verdad puede ser un poco dolorosa».

Bentley asintió en reconocimiento, aunque su expresión era tensa.

«Deberíamos irnos», dijo el conde.

«¿Estás seguro?», preguntó Bentley. «La noche aún es joven. Sin duda, el baile continuará durante varias horas más».

El conde se puso de pie y silenciosamente le ofreció la mano a ella para ayudarla a levantarse. Ella deliberadamente no lo miró mientras deslizaba sus dedos en los de él y se levantaba. Ella mantuvo su atención en Bentley para responder con una leve sonrisa. «Gracias, pero creo que Su Señoría tiene razón. Por favor, dale recuerdos a tu esposa y hazle llegar mi agradecimiento por la encantadora velada».

«Lo haré», dijo.

Mientras esperaban en el salón a que les trajeran la capa y el sombrero, Bentley aseguró, «espero que Nightshade te informe pronto sobre las actividades de Thomas». Bajó la barbilla y la voz. «Odio pensar que el hombre pueda hacer algo imprudente, pero la verdad es que simplemente no lo conocemos».

«Tienes razón», asintió el conde mientras fijaba su mirada en Ainsworth. Algo cálido y preocupante la recorrió cuando agregó, «no podemos ser demasiado cuidadosos».

El viaje en carruaje de regreso a la residencia Wright fue tan silencioso como el que los llevó a la fiesta.

Los pensamientos de Ainsworth rebotaban salvajemente de un lado a otro. En un momento estaba pensando en el encuentro con el señor Thomas y todo lo que eso significaba, y al siguiente, sin darse cuenta, captaba la mirada bastante concentrada del conde, y el calor subía veloz y furioso por su sangre mientras recordaba con gran detalle los momentos que habían compartido en el jardín. No podía evitar preguntarse qué habría sucedido si el señor Bentley no los hubiera interrumpido. No quería preguntárselo. Pero quería *saber*.

Shaw no estaba cerca cuando entraron en la casa, así que el conde dejó su sombrero y guantes en una mesa cerca de la puerta mientras Ainsworth soltaba los lazos de su capa. Sus miradas se encontraron y en un acuerdo silencioso ella se giró cuando él se acercó y le quitó la capa de los hombros. La tela se arremolinó por un momento entre ellos antes de que él la recogiera y la colocara sobre una silla cercana.

Ainsworth respiró profundamente y se giró para mirarlo de nuevo.

No había razón para quedarse allí en el pasillo, pero lo hizo. Ninguna razón para no murmurar un simple buenas noches y subir las escaleras hacia su dormitorio. Pero no lo hizo.

Aunque su actitud era tan tranquila y paciente como siempre, sintió que algo diferente emanaba de él. Era similar a la frustración, pero no tan dura. Era más como anticipación. O… anhelo.

«Me pregunto...», comenzó justo cuando el conde también habló.

«¿Te gustaría…?».

Ambos se detuvieron. Él se aclaró la garganta cuando una rápida oleada de humor curvó los labios de ella y se deslizó de su garganta en una suave risa.

Un tic de diversión en respuesta levantó la comisura de su boca y una luz interesante parpadeó en sus ojos. «Tengo una botella de clarete en mi estudio», dijo el conde, «si quieres acompañarme a tomar una copa antes de retirarte».

Su vientre dio un pequeño y extraño vuelco. «Eso suena encantador».

Él hizo un gesto hacia un par de puertas dobles que estaban abiertas a un pasillo corto que terminaba en el santuario personal del conde. Ainsworth nunca había estado en el estudio del lord, pero recordaba bien que el de su padre había sido un lugar pequeño y algo

lúgubre cuando se sentaba durante horas inclinado sobre su escritorio.

El estudio de Wright, sin embargo, no era lúgubre en absoluto. Más pequeño que una sala de estar, pero lo suficientemente espacioso para un escritorio resistente con cubierta de cuero y un sofá mullido frente al fuego; contenía un aire de calidez y comodidad física. En la chimenea ardía un fuego bajo y una lámpara tenue sobre el escritorio arrojaba un resplandor uniforme por toda la habitación. El hecho de que la habitación estuviera tan preparada sugería que el conde solía retirarse a ese lugar tranquilo a altas horas de la noche.

Después de dejar la puerta entreabierta, el conde se acercó a un armario de la esquina para servir el vino. Ella se obligó a ignorar un destello de fastidio porque él seguía apegándose tan intensamente a la propiedad a pesar de las líneas que ya habían cruzado dos veces, y a pesar de que ella quería cruzarlas una y otra vez.

Inquieta, se acercó a una de las tres grandes ventanas. Las cortinas ya estaban corridas y dio un paso más al abrir el pestillo para dejar entrar el aire nocturno. Los embriagadores aromas de flores, tierra y luz de las estrellas recompensaron sus esfuerzos. En la oscuridad de la noche, el magnífico jardín del conde poseía una sensación de misterio y sensualidad en el follaje en sombras y los pasillos curvos que no estaba presente durante el día.

«Tu clarete».

Ella se giró ante las palabras en voz baja del conde y vio que se había acercado a ella. «Gracias», murmuró. Tan pronto como tomó el vaso de su mano, él se alejó de nuevo.

Decepcionada por su retirada, ella bebió un sorbo del rico vino tinto.

«Me disculpo por haber acortado tanto la velada».

Su voz venía de muy lejos y ella miró por encima del hombro para ver que él había tomado posición frente a la chimenea, donde estaba de pie observándola.

«Ciertamente no es tu culpa, milord. No podrías haber predicho la llegada del señor Thomas».

Su ceño se frunció por un momento. «No, pero tal vez si hubiera encontrado lo correcto para decirle... si hubiera sabido mejor cómo responder a su animosidad...».

«Evidentemente, el hombre no se dejaría influir por nada de lo que dijeran».

«Lo dejé salir por la puerta», replicó el conde.

El pecho de Ainsworth se apretó ante el arrepentimiento en su tono. «El señor Thomas puede ser tu hermano, pero es su propio hombre. Si desea fomentar la ira y el resentimiento, no hay nada que puedas hacer al respecto».

Hubo una pausa profunda mientras miraba a través de la corta

distancia entre ellos. Luego bajó la barbilla en un sutil gesto de derrota. «Lo sé».

Sintiendo que su decepción era mucho más profunda de lo que revelaba, no pudo evitar preguntar, «¿por qué te importa tanto?».

El ligero destello de alarma en su mirada sugería que no estaba preparado para su pregunta. «¿Por qué importa qué?».

Hizo un gesto con su copa de vino. «Esto. Esta búsqueda que te has propuesto para encontrar a la descendencia ilegítima de tu padre, para reconocerlos en un mundo que probablemente preferiría que permanecieran en secreto. ¿Qué esperas realmente lograr con todo esto?».

Su ceño fruncido, cuando se posó sobre su mirada, no desapareció rápidamente. Permaneció allí, oscureciendo sus ojos a un tono que ella nunca había visto. «Sin importar la naturaleza maliciosa que poseía nuestro padre en común, tenemos la misma sangre. Eso debería significar algo. Significa algo para mí», añadió en un tono más bajo.

Y de repente, ella lo entendió.

A pesar de una infancia de tormento y crueldad por parte de su propio padre, o quizás debido a él, lo que lo motivaba era la idea de la familia y los lazos creados por la sangre. Lo impulsaba a romper con las expectativas de la sociedad y a arriesgarse al escándalo al reconocer la descendencia ilegítima de su padre con la esperanza de forjar una verdadera familia, algo que nunca había tenido.

Al encontrarse con su mirada al otro lado de la habitación, volvió a sentir ese sutil hervor en su interior. Debajo del estoicismo y los modales perfectos actuales, ardía una inquietud.

Era un hombre muy complejo. Un hombre noble y considerado. Pero también un hombre con pasiones y profundidades que guardaba con una ferocidad con la que ella podía identificarse. No era el señor distante y sin alma que había esperado encontrar. Anhelaba la conexión, incluso si no sabía cómo lograrla.

Pensó en cómo le había hablado al señor Thomas esa noche. Cómo se había contenido y había permitido que el hombre dijera lo que tenía que decir. Cómo no había intentado discutir ni ignorar los sentimientos del joven y cómo su única preocupación había sido respetar los deseos del hombre y garantizar la seguridad de su familia.

Había viajado hasta Dumfriesshire para encontrarse con Caillie, a pesar de no haber recibido respuesta a sus cartas. Había comprendido y reconocido lo delicado del tema lo suficiente como para intentar abordarlo primero con ella, a pesar de su actitud abiertamente cáustica.

Ella había querido tanto convertir a Colin en la imagen malvada de su padre, pero simplemente no lo era.

El conde anterior había sido diabólicamente egoísta, mientras que Colin había demostrado ser desinteresado hasta el extremo. Aunque estaba dispuesto a hacer todo lo posible para localizar a sus hermanos y ofrecerles un lugar dentro de la familia Wright, nunca dejaba de respetar los complejos sentimientos que pudieran albergar hacia su padre. Y desde el principio no había sido más que abierto y honesto con la verdad del pasado y sus intenciones personales.

También había llegado a aceptar la evaluación temprana de Caillie... de que la naturaleza reservada del conde podría ser menos una cuestión de vanidad y mucho más un indicador de timidez. Eso y las medidas de autoprotección que se había visto obligado a tomar para sobrevivir bajo el cruel control de su padre.

Debió haber requerido una gran dosis de valor y esperanza para acercarse a los hijos ilegítimos de su padre. Para admitir la fealdad de su historia compartida y hablar de ella abiertamente. Para pedirles que consideraran dejarla atrás para formar un nuevo futuro como la familia que podrían haber sido.

No podía imaginar lo decepcionante, lo humillante, que el rechazo de Thomas debía sentirse para él en ese momento... aunque, por supuesto, nunca lo sabría al mirarlo.

Y ella lo hizo.

Observó su postura erguida y firme. El surco todavía estaba en su lugar entre sus cejas y su barbilla estaba ligeramente baja. Fue solo porque se había esforzado tanto en verlo de verdad que pudo detectar la sutil confusión en su expresión, sin duda provocada por la forma en que lo estaba estudiando. Pero también vio una sombra de tristeza en sus ojos, un indicio de arrepentimiento y un destello de incertidumbre.

Dejando su copa de vino en una mesa auxiliar cercana, se acercó lentamente a él.

«Sabes», dijo pensativamente, «vine a Londres con toda la intención de demostrar que no eres digno de reclamar algo más que una conexión distante con Caillie. Creí que solo era cuestión de tiempo antes de que revelaras que eras una réplica de tu egoísta padre».

Su expresión era severa mientras la miraba fijamente, sus labios estaban apretados en una línea dura. Había emoción en sus ojos, emoción que intentaba intensamente no mostrar.

Se detuvo frente a él. La tranquila turbulencia en su mirada desmentía su postura rígida y expresión severa y la alentó a continuar. «Pero estaba equivocada», confesó. «Me alegro de que hayas venido a Faeglen. Me alegro de que Caillie tenga esta oportunidad de conocerte. Me alegro de haber tenido la oportunidad de conocerte».

Cuando terminó de hablar, él bajó la mirada y ella sintió una especie de alivio silencioso en él. Le avergonzaba darse cuenta de lo

mucho que había necesitado oírla decir eso.

A Ainsworth le dolía el corazón, se le cerraba la garganta y se sintió invadida por una necesidad impulsiva. Cediendo, mantuvo los ojos fijos en los de él mientras levantaba las manos para enmarcar su dura mandíbula. Luego, se puso de puntillas y lo besó.

Capítulo Veintiuno

Él se quedó sorprendentemente quieto por un momento, lo que le permitió a Ainsworth notar el momento exacto en que el deseo se apoderó de ella. Un sonido áspero resonó en su garganta y la envolvió en un abrazo que la levantó del suelo.

Ella no había esperado una respuesta tan ardiente. Su beso había sido pensado como uno de consuelo y compasión. Pero cuando él separó sus labios y deslizó su lengua por los de ella mientras deslizaba una gran mano hacia abajo para agarrar firmemente su trasero, ella se rindió a la oleada de deseo que tan rápidamente le inspiró. En un momento, volvieron a donde lo habían dejado en el jardín. Con deseo, con dolor, con necesidad.

Sus brazos se deslizaron alrededor de su cuello y se hundió en el calor de su beso. Con otro sonido áspero, él la levantó más contra él y ella sintió la dura cresta de su deseo contra su bajo vientre. Luego, cayó hacia atrás. Un jadeo de sorpresa se deslizó de su garganta antes de sentir los suaves cojines del sofá debajo de ella.

La siguió hacia abajo. Con todo su peso. Su calor. Su cuerpo estaba maravillosamente duro y estirado sobre la forma ablandada de ella. Mientras sus bocas se unían en una danza furiosa y desesperada, ella jaló violentamente de su abrigo y, en cuestión de segundos, se lo había quitado; se encogió de hombros, jaló y lo arrojó a un lado. Su chaleco le siguió después con un suspiro.

Deslizó las manos sobre la superficie de su esculpido pecho, absorbiendo el calor de su piel a través del fino material de su camisa. Parecía que no podía tener suficiente de él. Quería tomarlo dentro de ella, respirarlo. Un gemido escapó de sus labios y fue inmediatamente arrastrado por su lengua.

Cambiando su peso, él agarró un puñado de sus faldas y las arrastró hasta sus caderas. Agarrándola firmemente de un muslo desnudo, se acomodó más íntimamente entre sus piernas abiertas. Saqueando su boca con la suya, meció sus caderas en un movimiento devastador. Con un jadeo y un arqueo temerario de su cuello, ella se apartó de su beso. Pero su boca cayó a un lado de su garganta y ella se dio cuenta de que no habría alivio.

¡Gracias a Dios!

Por instinto, se inclinó para agarrar sus tonificadas nalgas, sujetándolo contra ella.

El borde de sus dientes raspó la curva de su hombro. Ella se estremeció de placer y presionó sus repentinamente doloridos pechos con más fuerza contra su pecho.

La lujuria, el miedo y una especie de ardiente impaciencia rugieron a través de ella. Se movió inquieta debajo de él, exigiendo silenciosamente más. Más intensidad. Más pasión. Más del placer salvaje que chispeaba a través de su cuerpo.

Él respondió con un sonido suave mientras ajustaba su agarre en su muslo para levantar su pierna hacia arriba y sobre su cadera. La nueva posición permitió que sus dedos se deslizaran sugestivamente a lo largo de la curva inferior de su nalga. Las yemas de sus dedos se acercaban cada vez más a su centro caliente.

Contra su voluntad, otro gemido se escapó.

Al instante se levantó sobre ella, arrodillándose entre sus piernas separadas.

Al mirarlo, aterrorizada de que pudiera dejarla, Ainsworth estaba completamente hechizada por todo lo que vio en sus atractivos rasgos. La tensión en su mandíbula y la intensidad en su ceño fruncido. El calor y el fuego en su mirada y la forma en que sus labios perfectamente formados se entreabrieron para permitir el paso de su respiración entrecortada.

Él no iba a ir a ninguna parte.

De hecho, ella suponía que estaba tan desesperado como ella por ver esto hasta su tan anticipada conclusión. Un escalofrío atravesó su sangre. Nada en el mundo iba a impedirle conseguir lo que quería.

A ella.

«Tu vestido», murmuró con voz ronca.

Aunque tardó un segundo más de lo debido en darse cuenta de lo que quería, tan pronto como lo hizo, se sentó y se llevó la mano a la espalda para comenzar a soltar los pequeños botones. Pero la tarea no iba lo suficientemente rápido. Para ninguno de los dos.

Con un gruñido áspero, él se inclinó sobre ella y agarró los bordes de su vestido para abrirlo bruscamente por su espalda en una magnífica muestra de impaciencia. Cuando ella comenzó a sacudirse fuera del vestido, él agarró la tela y se la pasó por la cabeza. Luego, rápidamente le quitó la enagua ligera y luego el corsé corto.

Su mirada ardiente recorrió su cuerpo tendido, deteniéndose atentamente en sus piernas cubiertas por medias de seda y su camisola apenas visible. Luego, con sus ojos clavados profundamente en los suyos, se inclinó sobre ella y pasó el brazo por debajo de su cintura, forzando un arco profundo en su columna mientras reclamaba su boca en un beso de posesión innegable.

Con un agudo y estremecedor estallido de certeza, se dio cuenta de que todo lo que él guardaba tan cuidadosamente era suyo para que lo tomara. Toda la rigidez y la reserva habían desaparecido y había surgido un hombre maravillosamente magistral y extremadamente sensual. Para ella.

Se sintió obligada a hacer lo mismo. Quería estar completamente abierta y desnuda para él. En todos los sentidos.

Le costó un poco retorcerse, pero logró subirse la camisola por la cabeza sin tener que soltarlo. Y ella fue ampliamente recompensada por el esfuerzo cuando él emitió un embriagador sonido de hambre sexual antes de bajar la cabeza para tomar profundamente en su boca el pico de su pecho expuesto.

Por un segundo, reconoció la absoluta lascivia de su posición, desnuda salvo por sus medias y zapatos, estirada en el sofá con los brazos sobre la cabeza mientras el conde la devoraba. Tal vez no fuera sorprendente que, en lugar de vergüenza, sintiera un estallido de diversión temeraria. La risita se le escapó antes de que pudiera detenerla.

Su maravillosa boca se detuvo en su pecho y levantó la cabeza lo suficiente para mirarla con una ceja interrogativa.

Desafortunadamente, la belleza de la lujuria sin filtro en sus ojos le impidió formar palabras de explicación. Todo lo que pudo hacer fue sonreír como una tonta embelesada y esperar que no malinterpretara su humor.

Su mirada se deslizó sobre sus rasgos y su mano en su cintura le dio un breve apretón. Entonces algo peligroso se encendió en las profundidades de su mirada pesada. Bajando la cabeza lentamente hacia su otro pecho, extendió la lengua para acariciar muy suavemente su pezón puntiagudo.

Ella jadeó y lo miró fijamente por debajo de sus pesados párpados mientras él le enseñaba los dientes y los apretaba firmemente sobre el dolorido capullo. La sensación era increíblemente intensa. Delicada pero aguda. Sin aliento y hermosa.

Con miedo de moverse, solo pudo observar cómo él jalaba con esos dientes parejos, llevando su resistencia al límite antes de soltarla para prodigar la sensible carne con el cálido deslizamiento de su lengua.

Suspiró, liberando el aliento que se había estado acumulando dentro de ella. Pero luego su siguiente aliento fue una rápida inhalación de sorpresa cuando él deslizó su lengua hasta su ombligo. Luego más abajo.

Levantando la cabeza, se tensó al verlo inclinado entre sus piernas abiertas con un pie calzado con una bota plantado firmemente en el suelo. Él rozó suavemente con los labios su vientre bajo, haciendo que sus entrañas se estremecieran con deliciosa anticipación. Sus fuertes dedos masajearon suavemente sus caderas, luego sus muslos superiores mientras se deslizaba aún más abajo.

Ainsworth tuvo una repentina sospecha de lo que pretendía. Rápidamente llevó una mano a su hombro. No estaba segura de si era

para detenerlo o para alentarlo. Pero cuando él volvió a mirarla por el cuerpo sonrojado para encontrarse con el de ella, ella perdió el aliento, los pensamientos, el alma misma ante el hambre que vio allí. Tan silenciosa y tan fuerte. Y muy seria.

No podía moverse.

Ni siquiera cuando él deslizó lenta e intensamente sus grandes manos bajo sus nalgas y la levantó hasta su boca.

Su boca seria, sensual, increíblemente generosa.

Lo primero que sintió fue calor. Luego, una suavidad abrumadora, como terciopelo, pero más flexible. Y más insistente. Por último, placer. Placer puro, delicioso, hormigueante.

Con un gemido áspero, él cerró los ojos para deleitarse más intensamente con su sexo dolorido.

Liberada de su mirada, Ainsworth dejó caer la cabeza hacia atrás y giró la columna. En contra de su dirección consciente, su cuerpo se rindió a la necesidad buscadora y exigente dentro de ella. Su pelvis se inclinó, levantándose hacia él, su mano se deslizó desde su hombro hasta su cabeza mientras su otra mano permanecía estirada sobre su cabeza, agarrada con fuerza al brazo curvado del sofá.

Su lengua se movió con perversa maestría a lo largo de sus pliegues, deslizándose con habilidad tentadora. Despertando nervios con una sensación aguda que se extendió en espiral por su cuerpo, haciendo que su vientre se apretara y sus dedos de los pies hormiguearan. Y cuando cerró su boca sobre ese capullo hinchado en el ápice y succionó suavemente mientras su lengua realizaba una danza intrincada, ella simplemente perdió la cabeza. El sonido que salió de lo profundo de su garganta sonó extraño. Era demasiado sensual y crudo para ser suyo.

Pero el gemido pesado se escuchó de nuevo. Y de nuevo, mientras él aplicaba una atención implacable a su carne más sensible. Todo lo que ella podía hacer era rendirse. Hundirse en el placer, abrazar el abandono. Darle cada pedacito de lo que él silenciosamente, insistentemente le demandaba. Hasta que llegó a un punto que se sintió como una frustración abrumadora.

Su mano se tensó y apretó su cabello. Su columna se tensó y su respiración no fue más que una serie de jadeos. Algo incoherente salió de sus labios.

Él murmuró contra ella. Eran palabras ricas y decadentes. Palabras tranquilizadoras. Palabras de aliento. Quería que ella se soltara.

Pero ¿cómo podría? «Siento que me voy a derrumbar», jadeó.

«Sí», gruñó él. «Hazlo por mí».

«No sé si puedo».

«Puedes», le aseguró. Luego volvió a poner su boca en su sexo

con renovada intensidad, concentrándose explícitamente en las cosas que parecían volverla más salvaje. Y en unos momentos esa presión devastadora pareció alcanzar su límite, luego flotar con una sensación delicada, antes de estallar en una oleada de placer que palpitó brillantemente a través de su cuerpo, tocando cada rincón de su existencia. Las ondas de sensación robaron cada pensamiento, cada respiración, mientras la destrozaban y luego la volvían a unir con pulsos suaves y flotantes. Y durante todo ese tiempo, le prodigó lamidas lentas de su lengua a lo largo de sus pliegues húmedos y cálidos besos en la parte interna de sus muslos. Su ritmo cardíaco finalmente disminuyó, sus piernas perdieron toda fuerza y comenzaron a temblar, y su mano se relajó contra su cráneo, luego cayó flácida a su costado.

Con un último beso en su vientre, él se puso de rodillas y se levantó la camisa por la cabeza. Aunque su mente todavía estaba confusa, su atención fue inmediatamente capturada por la perfección de su cuerpo. Con los párpados entrecerrados, devoró la vista de él, apenas notando cuando él se movió más para quitarse las botas y las medias.

Sin embargo, se dio cuenta en el segundo en que comenzó a empujar sus pantalones hacia abajo.

Conteniendo la respiración, se incorporó sobre los codos, sin atreverse a perderse un solo momento de lo que vendría después. Pero su movimiento repentino atrajo su atención y se detuvo. Sus pantalones estaban bajos alrededor de sus caderas. Lo suficientemente bajos para que ella viera esos músculos afilados que se inclinaban a lo largo de sus caderas y un rastro de cabello dorado oscuro que desaparecía más allá de su cintura.

Se le hizo un nudo en la garganta y se le secó la boca.

Era imposible pasar por alto el bulto duro de su erección atrapado debajo del material estirado de sus pantalones, la punta casi expuesta.

Su mirada se levantó para encontrarse con la de él. Había mucho calor, pero también una leve sombra de interrogación. Y un surco de preocupación oscureció su frente. Ella negó con la cabeza lentamente. «No te atrevas a parar ahora».

La comisura de su boca se curvó hacia arriba y las sombras desaparecieron. Por un segundo, pareció francamente travieso mientras empujaba sus pantalones al suelo y los pateaba a un lado. Ella casi se rió de su repentina impaciencia, pero luego vio su orgullosa excitación y la risa se detuvo en seco.

Su erección era larga, gruesa y hermosa. Se mantenía firme desde su ingle mientras se sentaba, girado parcialmente hacia ella.

Por impulso, se puso de rodillas y se sentó sobre sus talones.

Con los ojos abiertos, presionó su mano plana sobre la superficie cálida de su pecho.

«Inclínate hacia atrás».

Su frente se frunció, pero hizo lo que le pidió, acomodando sus hombros en la esquina del sofá. Levantó una pierna, dejó que su rodilla cayera abierta mientras el otro pie permanecía apoyado en el suelo. La nueva posición le dio acceso total a su cuerpo mientras que su expresión la alentaba a hacer lo que quisiera. No dio por sentada su generosidad. Su sonrisa se ensanchó con anticipación emocionada mientras colocaba sus manos sobre sus rodillas. El vello claro de sus muslos estaba terso y le hacía cosquillas mientras exploraba las duras columnas de músculos que se tensaban y relajaban bajo sus palmas. Las yemas de sus dedos acariciaron ligeramente los pliegues cerca de su ingle antes de arrastrarse suavemente sobre el plano estriado de su abdomen, que se tensó y tembló deliciosamente bajo su toque. Aunque deseaba desesperadamente alcanzar la parte masculina de él que parecía expandirse cada vez que la miraba, lo evitaba intencionalmente. Algo dentro de ella quería provocarlo, tanto a él como a ella misma. Quería prolongar la tentación tanto como pudiera soportarla. Entonces, presionó sus dedos en los músculos de su pecho. Probó la sensibilidad de sus pezones planos con sus uñas. Entonces apoyó las manos sobre sus hombros mientras se inclinaba hacia delante para darle un breve y casto beso en los labios.

Cuando se apartó sin profundizar el beso de la forma en que ambos obviamente querían, su expresión reveló claramente su objeción. Ella sonrió y sostuvo su mirada oscurecida por la pasión mientras finalmente recorrió con los dedos su torso.

Hambrienta por verlo y sentirlo, bajó la mirada y envolvió suavemente su longitud con la mano.

Él respiró profundamente ante el contacto, atrayendo su atención de nuevo hacia su rostro. Tenía los ojos cerrados mientras los músculos de su garganta se tensaban.

Mirándolo, deslizó lentamente su mano hacia su suave y sedosa punta. Luego volvió a bajarla hasta la gruesa base.

Su gemido de placer reverberó a través de su bajo vientre, haciendo que sus músculos internos se apretaran alrededor de un doloroso hueco. Ella lo acarició de nuevo y se maravilló del peso y el calor de él. El poder y la demanda silenciosa en él. Él había sometido completamente su cuerpo a su tacto, pero ella tenía la clara sensación de que él era el que tenía el control innegablemente.

Y para su total sorpresa, le gustaba sentir ese poder en él. La vigorizaba y le emocionaba saber que el placer que sentía en su cuerpo en ese momento se debía a que él se lo estaba permitiendo. Porque quería que ella lo tuviera. Quería que ella lo *tomara*.

La idea la hizo apretar el puño alrededor de él y él gruñó bruscamente cuando abrió los ojos para encontrar los de ella. Algo en su mirada ardiente la inspiró a hacerlo de nuevo. Esta vez, agregó una caricia corta con el agarre más apretado.

Sus labios se separaron para revelar dientes fuertemente apretados y sus ojos se entrecerraron hasta convertirse en rendijas feroces, brillantes e intensas.

Ella levantó la mano, sus dedos rodearon la cabeza estriada, y repitió la caricia brusca. Deslizó el pulgar sobre la pequeña ranura en la punta, lo hizo de nuevo. Y otra vez. Hasta que un sonido gutural retumbó en su garganta y su cabeza cayó hacia atrás.

Entonces se dio cuenta de que las manos de él estaban apretadas con tanta fuerza contra los cojines del sofá que sus nudillos estaban blancos.

Ella aflojó el agarre, pero solo un poco, y se sorprendió al ver una gota de humedad formarse en la hendidura. Por instinto, reclamó la gota con su dedo y se la llevó a los labios. Apenas tuvo la oportunidad de disfrutar de la sal sutil de él cuando la agarró bruscamente por la cintura y la levantó sobre su regazo para sentarla sobre sus muslos mientras sus rodillas se acomodaban a horcajadas sobre sus caderas y su centro flotaba deliciosamente cerca de su longitud palpitante.

Palmeando la parte posterior de su cabeza, acercó su boca bruscamente a la suya. Su lengua empujó hacia adelante en una demanda furiosa mientras su otra mano agarraba con fuerza su trasero. El beso derritió sus huesos y la hizo perder el equilibrio. Ella se aferró a él, aplanando sus senos contra su pecho mientras giraba sus caderas en un intento desesperado por sentirlo. Allí. En todas partes.

Pero él la mantuvo firmemente en su lugar sobre sus muslos, sin dejarla acercarse.

Finalmente, ella se separó del beso con un sonido de frustración. Pero cuando ella intentó separarse, él se negó a permitírselo, mordiéndole brevemente el labio inferior. Ella abrió los ojos y se estrelló contra su mirada justo cuando él movió la mano y sintió el primer movimiento de su pulgar sobre su clítoris.

Su gemido fue profundo y breve, interrumpido por una respiración entrecortada cuando él hizo círculos con el pulgar con una presión perfecta. Una y otra vez, hasta que la sensación se expandió hacia afuera, haciendo que su carne se hinchara mientras ella latía por dentro y por fuera.

Cuando su pulgar llegó más abajo, deslizándose sin esfuerzo entre sus pliegues para presionar contra su centro dolorido, ella respiró hondo y su pecho se apretó con anticipación. Pero él no siguió adelante. Simplemente la sostuvo así, una mano enterrada en su

cabello, la otra entre sus muslos.

«Todavía podemos detenernos. Si quieres».

Capítulo Veintidós

Sus palabras eran entrecortadas y tensas, como si apenas pudiera encontrar el aliento para manejarlas. Ella lo entendió completamente, ya que le tomó una cantidad excesiva de tiempo forzar una respuesta a salir de sus propios labios.

«¿Por qué demonios querría parar ahora?».

Se dio cuenta de que sonaba enojada y ligeramente confundida y que sus uñas se curvaron en sus hombros, pero no le importó.

Él respiró hondo para calmarse. «Porque todavía no hemos hecho nada irrevocable».

Ella frunció el ceño. «¿Irrevocable?». La palabra no tenía mucho sentido para su mente atormentada por la lujuria. Especialmente considerando que mientras hablaban, su pulgar ejecutaba círculos lentos y sutiles en la entrada íntima de su cuerpo, suavizando y calentando su carne. No creía que él siquiera fuera consciente de la caricia profunda.

Ella lo estaba y tuvo que obligarse intencionalmente a no responder con un exuberante movimiento de sus caderas.

«Tu inocencia», respondió él.

Su ceño se profundizó incluso cuando deliciosas sensaciones se extendieron por su cuerpo. «Mi *inocencia*», observó con firmeza, «o la falta de ella, no debería ser asunto de nadie más que mío». Puede que no tuviera mucha experiencia en esas cosas, pero seguro que no las ignoraba. Y además ya era una soltera. Si deseaba comportarse de forma escandalosa en la intimidad de su casa, bueno, la del conde, entonces debería tener la libertad de hacerlo.

Su ceño se frunció de esa manera que ella sabía que significaba que estaba preocupado. Su deseo estaba en guerra con su sentido del honor profundamente arraigado.

Su tono era pesado cuando respondió. «Nunca quisiera ponerte en una situación que pueda causarte daño. De ninguna manera».

Ainsworth deslizó las manos desde sus hombros hasta la tensa columna de su garganta para rozar con los pulgares la dura línea de su mandíbula.

«Milord», empezó con cuidado, queriendo estar segura de que escuchaba y entendía cada palabra que estaba a punto de decir, «tengo casi veintiocho años. Pasé de ser una niña recién salida de la escuela a una mujer responsable del bienestar de una niña huérfana. Me tomé muy en serio mi responsabilidad hacia ella», sonrió, «quizás incluso con un poquito de terquedad. La vida que forjé en Faeglen solo fue posible porque me negué a seguir las reglas de alguien. Reglas que

insistían en que no podía hacer exactamente lo que sabía que tenía que hacer». Hizo una pausa para acariciar con la mano los planos esculpidos de su pecho. Aunque quería tomar su hermosa erección en la mano, no lo hizo. Todavía no. «Cuando quiero algo, no permito que nada se interponga en mi camino». Se inclinó hacia delante, hasta que su boca rozó suavemente la de él mientras hablaba. «Y ahora mismo, te deseo a ti».

Aun así, él parecía dudar. La tensión seguía alta en todo su cuerpo. «Las consecuencias...».

«Estoy muy consciente de las consecuencias», lo interrumpió mientras se apartaba. Odiaba que desafiaran su autonomía en cualquier momento, pero especialmente no lo apreciaba ahora. «Pero no te haré responsable, si eso es lo que te preocupa».

Por alguna razón, su seguridad pareció enojarlo. No hizo nada para ocultar el repentino oscurecimiento de su semblante o el destello de mal genio en sus ojos cuando de repente y con bastante fiereza la agarró por la cintura y la recostó de nuevo en el sofá. Su cuerpo la cubrió, y aunque sostenía gran parte de su peso sobre sus codos apoyados, ella estaba innegablemente atrapada bajo su fuerza superior.

Y no lo odiaba. De hecho, un escalofrío la recorrió ante su demostración de dominio físico.

«Nos encargaremos de las consecuencias juntos o no iremos más allá», señaló él con dureza.

Sus palabras despertaron en ella su conciencia dándose cuenta de lo involuntariamente hirientes que podían haber sido sus palabras. Lo último que quería hacer era sugerir que pensaba que él era algo parecido al hombre que había seducido y abandonado tan cruelmente a Davina.

Envolviendo sus brazos alrededor de su cuello, lo miró fijamente a los ojos mientras respondía, «tienes razón y lo siento. Nos las arreglaremos como sea que resulte».

Cuando ella terminó de hablar, no pudo evitar mover las piernas, separándolas para permitir que sus caderas se asentaran más profundamente contra ella. Su recompensa era el innegable placer de la suave y roma cabeza de su erección encajando en el lugar justo donde más la deseaba.

Ambos dejaron de respirar cuando sus miradas se encontraron.

Ainsworth intentó levantar la pelvis, buscando más presión de esa gloriosa parte de él. Pero él se tensó, impidiendo el contacto más profundo que ella ansiaba tan imprudentemente. Ella dejó en claro su desagrado en su expresión mientras le pasaba las uñas insistentemente por la espalda.

Pero él no se inmutó ni se ablandó.

«¿Estás segura de que quieres esto?».

«Eso es lo que acabo de decir, ¿no? ¿Cómo puedes dudarlo?», preguntó mientras le palmeaba las nalgas e intentaba levantar las piernas para rodearlo.

Un gruñido bajo salió de su garganta, pero se mantuvo firme, sujetando sus caderas contra el sofá con las suyas mientras su erección palpitaba contra su carne húmeda y dolorida. «Entonces déjame hacerte sentir bien», murmuró finalmente con voz ronca. Levantándose un poco, deslizó su mano entre ellos. Mientras sus dedos se deslizaban sobre su sexo, bajó su boca hacia la de ella.

El sabor de él la embriagó al instante, su lengua la hechizó. Se rindió a las sensaciones que despertó su hábil caricia, entregándose a su dirección más experimentada, confiando ahora en que él no intentaría detenerse de nuevo.

Cuando sintió por primera vez la presión de su dedo empujando dentro de su cuerpo, se arqueó ante la rareza de la situación. Pero él simplemente continuó besándola con una pasión desmesurada. Pronto, el ritmo de su dedo empujaba dentro y fuera, deslizándose a través de su calor húmedo, llegando a lo más profundo de ella donde se despertaban nuevas y maravillosas sensaciones que la hicieron jadear por más.

Cuando agregó un segundo dedo, estirándola, ella canturreó en el fondo de su garganta mientras la presión adicional parecía aumentar el placer creciente. Comenzó a murmurar incoherencias contra sus labios. Él respondió con palabras tranquilizadoras que ella no podía comprender del todo.

No era suficiente y ella trató de decírselo.

Tal vez lo logró, porque entonces él se movió, retirando los dedos de su cuerpo. Supo de inmediato, cuando sintió presión de nuevo, que ya no eran sus dedos los que reclamaban la entrada. La intrusión era más caliente, más suave y significativamente más amplia.

Ella apretó los brazos alrededor de su cuello y lo besó con total abandono, señalando su aliento y desesperada necesidad con todo su cuerpo de la única manera que sabía hacerlo.

Él respondió deslizando un brazo por debajo de sus hombros, abrazándola fuerte, mientras su otra mano se deslizaba por debajo de sus caderas. La reclamó con un progreso constante e insistente. No más vacilaciones, no más dudas. Solo un empuje fuerte y lento. Hasta que estuvo completamente dentro de ella y todo lo que pudo pensar, todo lo que pudo sentir, fue que sin importar cuánto tiempo viviera, ella nunca pertenecería tan completamente a nadie más.

#

Colin apenas podía pensar. El mundo existía en ella. En su beso.

En ese momento de asombro suspendido entre su inhalación y exhalación.

La presión estaba aumentando dentro de él. La necesidad, la lujuria y un profundo y primitivo impulso de poseer que luchaban con el rincón todavía algo racional de su cerebro que le advertía que fuera lento, para que pudiera frenar el hambre casi violenta que rugía en su interior. Para sujetar con fuerza las riendas del control que amenazaban con escapársele de las manos.

No quería perder el control. No quería volverse loco por el ansia física. Quería permanecer completamente presente y totalmente consciente de cada momento. Porque nunca había experimentado algo tan perfectamente satisfactorio y maravillosamente excitante como hacer el amor con esta mujer deslumbrante, impredecible, compasiva y desafiante.

Estar tan profundamente dentro de ella era placentero, más allá de lo imaginable. Pero luego se retiró lentamente, midiendo cuidadosamente su reacción al movimiento, y se dio cuenta de que solo había comenzado a explorar y comprender lo que podía experimentar. Avanzó de nuevo, reclamándola. Y había aún más.

El placer se acrecentaba con cada embestida. Se extendía salvajemente por su sangre y consumía cada sensación en su cuerpo. Era más intenso y más asombroso que cualquier cosa que hubiera experimentado jamás. La necesidad en su cuerpo era apasionada y primitiva, pero ella lo recibía con cada embestida.

Sus besos pronto se convirtieron en jadeos cortos y gemidos ásperos, pero ella continuó encontrando su mirada con valentía, exigiéndole más. Dándole más de sí misma con cada suspiro y cada movimiento de sus caderas. Ella lo abrazó fuerte con sus brazos alrededor de su cuello y sus piernas alrededor de su cintura.

El placer se volvió tan grande dentro de él que cada respiración que tomaba amenazaba con romper la presa que contenía su clímax. Apretó los dientes contra eso. Todavía no. Si se le concedía su deseo, esto continuaría para siempre. La constante superposición de sensaciones intensas. La intimidad cada vez más profunda. Y el placer salvaje, indómito, completamente alucinante.

Ajustando el movimiento de sus caderas, cambió el ángulo de entrada y acortó sus embestidas.

Su gemido fue instantáneo y profundamente erótico.

Continuó el ritmo palpitante, sus movimientos se volvieron casi frenéticos mientras los sonidos de su placer llenaban sus oídos y chispeaban a lo largo de sus nervios. Entonces, de repente, ella arqueó la columna y contuvo la respiración. Sus músculos internos se tensaron y luego convulsionaron alrededor de él, atrayéndolo más profundamente.

El último de sus poderes fue destruido cuando su clímax desencadenó el suyo. Y durante unos largos y gloriosos momentos, el placer que compartían era lo único que importaba. Abarcaba el mundo y excluía todo menos a ellos dos. Las miradas estrelladas se encontraron. La respiración se entremezclaba en suspiros y jadeos. La piel se deslizaba a lo largo de lo resbaladizo por el sudor mientras compartían el ritmo agitado de la liberación.

Pero inevitablemente, retrocedió.

En oleadas lentas y pulsantes, las sensaciones abrumadoras comenzaron a desvanecerse y a alejarse más de su fuente. Dejando atrás un corazón que latía demasiado rápido. Músculos que temblaban y luego se volvían pesados. Pensamientos que se desataban con preguntas.

Colin respiró profundamente mientras intentaba reunir la fuerza que necesitaba para alejarse de ella. Cuando por fin logró levantar la cabeza de donde había caído junto a la de ella, se dio cuenta con un sobresalto de que acababan de hacer el amor apasionadamente en medio de su estudio. Con la puerta todavía entreabierta.

¿Qué demonios le había pasado?

Se había comportado como un hombre poseído.

Y tal vez lo había estado. Poseído por la pasión. Destruido por el deseo.

Se incorporó hasta los codos. Tendría que retirarse de su calor envolvente en poco tiempo, pero no podía obligarse a dejarla todavía. Usando sus pulgares, apartó suavemente mechones de cabello castaño rojizo de sus mejillas y sienes humedecidas por el sudor. Ella tenía los ojos cerrados y su respiración salía rápida y constante de entre sus labios entreabiertos.

Labios regordetes y oscurecidos por sus besos.

Con un sonido bajo, presionó la yema del pulgar sobre la exuberante curva inferior. La textura aterciopelada tiró de algo dentro de él, retorciendo el núcleo de su deseo. Obligándolo a ponerse alerta.

No habría podido evitar reclamar otro beso ni aunque le hubieran clavado un cuchillo en la garganta. Necesitaba el sabor de ella.

Cuando su boca se colocó sobre la de ella, ella lanzó otro suspiro. El suave aroma de su aliento inspiró otra torsión en su interior. Cuando su lengua se deslizó suavemente por el borde de sus dientes, sus dedos se curvaron en el pelo de su nuca. Otra torsión, más dura y profunda. Cuando ella rozó la lengua contra la de él y gimió suavemente, él se rindió. Y la última torsión fuerte lo liberó.

Sus ojos se abrieron con sorpresa cuando él comenzó a endurecerse y engrosarse dentro de ella.

Él estaba igual de sorprendido. Nunca había estado listo de nuevo tan rápido.

Movió las caderas, inclinando la pelvis. El movimiento de prueba provocó un momento de intensa sensación en lo más profundo de ella, donde el camino se había vuelto resbaladizo y caliente con su semilla.

Ella jadeó. Su cuerpo dio un delicado estremecimiento y sus muslos apretaron sus caderas.

Sin duda estaría dolorida por la primera vez. Aunque lo había intentado, no había sido tan suave como debería haber sido. Apoyándose en sus brazos, comenzó a retirarse lenta y tortuosamente de su estrecha vaina. Ya estaba sorprendentemente cerca de estar completamente erecto y el encantador deslizamiento de su carne dentro de la de ella casi lo mata.

Sus pestañas revolotearon y se levantaron. Se encontró mirando fijamente unos ojos que brillaban con magia y deseo y algún profundo misterio femenino que ni siquiera podía comenzar a comprender. Pero sus cejas estaban fruncidas en un suave surco de preocupación.

«Lo siento», murmuró él, odiando la posibilidad de que algo que le daba un placer intenso pudiera causarle incluso la más mínima incomodidad.

El surco se profundizó y una luz peligrosa entró en su mirada. Él conocía esa luz. Ella se estaba enojando.

«¿Lo siento?», preguntó ella. «¿Por qué?».

«No debería...».

«No te atrevas a decir que ya estás arrepentido de lo que acabamos de hacer», lo interrumpió en un susurro feroz mientras todo su cuerpo se tensaba debajo de él. «Si lo haces, te juro que voy a… voy a…».

Estaba claro que estaba luchando por encontrar un castigo apropiado para semejante crimen. Curiosamente, Colin encontró la reacción ridículamente divertida. Cuando una profunda carcajada surgió de su pecho, el ceño fruncido de ella se volvió francamente asesino. Pero antes de que pudiera mover sus manos para empujarlo, él ejecutó un rápido movimiento de sus caderas, recuperándola. Luego otro. Más lento y más profundo.

Su respiración se detuvo y la punta de su lengua se extendió para presionar contra el borde de sus dientes superiores.

«¿Esto se siente como arrepentimiento?».

Los ojos de ella se cerraron y él embistió de nuevo. Parpadeó y volvió a mirarlo. «Se siente como magia», respondió.

Colin sonrió, pero luego preguntó con seriedad, «¿hay dolor?».

Ella rápidamente negó con la cabeza. «No. Ni siquiera un poquito».

«Bien», gimió él mientras envolvía su brazo alrededor de sus caderas para jalarla mientras se levantaba y se inclinaba hacia atrás en la esquina del sofá con ella ahora a horcajadas sobre él. La tomó de la cintura con las manos, la levantó y luego le permitió que se empujara hacia abajo. «Entonces retiro mis disculpas».

Sus palabras casi quedaron ahogadas por el fuerte gemido de ella cuando se dio cuenta del poder de su nueva posición. Colocó las manos firmemente sobre sus hombros y lo miró a los ojos con un deseo descarado y alegre en su mirada. «No lo vuelvas a hacer» le advirtió.

«Jamás», juró él antes de levantar las caderas para encontrarse con las de ella en un ritmo castigador que los llevó a ambos de regreso al corazón de su deseo compartido.

Capítulo Veintitrés

Ainsworth se despertó con un estiramiento profundo y lánguido. Su conciencia somnolienta notó cada lugar de su cuerpo que se sentía nuevo y ligeramente diferente. Mientras reconocía los dolores sutiles y el ligero ardor, una sonrisa se extendió por sus labios.

Se sentía... despierta. De una manera básica. No era algo que nadie pudiera ver o incluso algo que ella pudiera describir adecuadamente. Simplemente se sintió... como una comprensión más profunda de sí misma. Como si finalmente hubiera descubierto un secreto para la vida.

Se rió roncamente ante ese pensamiento. Había una arrogancia innegable en creer que lo que ella y el conde habían experimentado era de alguna manera excepcional, pero lo creía. Lo sentía. Y era una sensación encantadora con la que despertarse.

El calor la invadió mientras pensaba en los detalles sensuales de sus horas en el estudio. Cada toque perfecto, cada sonido y olor erótico, cada mirada que él le dirigió y cada beso derretido. El increíble placer seguido por la sensación de sentirse lánguida y completamente saciada. Su cabeza descansaba sobre su hombro y su corazón latía con fuerza bajo su oído.

Ella se tensó.

Maldita sea. Se había quedado dormida. Allí mismo, en el estudio, desnuda como un niño pequeño, desparramada sobre el conde en una maraña de extremidades. La vergüenza amenazó con apoderarse de ella, pero la rechazó. Se negó a sentir siquiera una sombra de vergüenza por algo tan hermoso, tan absolutamente transformador, como lo que había experimentado la noche anterior.

El alivio luchó con la confusión cuando abrió los ojos y notó que estaba en su dormitorio. Las cortinas estaban cerradas, pero la luz se derramaba por los bordes, diciéndole que la mañana había llegado.

Más recuerdos comenzaron a filtrarse en su mente. La voz baja y tranquilizadora del conde mientras la volvía a vestir. Sus brazos firmes alrededor de ella mientras la llevaba por las escaleras. Probablemente debería estar preocupada por la posibilidad de que un sirviente los hubiera visto o escuchado, pero ya no tenía por qué preocuparse por su reputación, excepto en lo que pudiera afectar a Caillie. Afortunadamente, sospechaba que los sirvientes del conde eran tan prudentes como debían serlo, y dudaba que llevaran historias más allá de las paredes de la residencia Wright.

Mientras levantaba la colcha y deslizaba los pies hasta el suelo, notó que la habían dejado dormir con la camisola puesta. El resto de

su ropa estaba colgada al pie de la cama. El hermoso vestido estaba irremediablemente arrugado. Sin duda, por haber estado tanto tiempo tirado en el suelo del estudio. Y luego estaba el asunto de los botones arrancados apasionadamente.

¿Cómo demonios podía esperar que volviera a pensar en el conde sin revivir la sensación de su boca sobre su piel, sus manos moldeando su cuerpo, su miembro palpitando dentro de ella?

Al presionarse las mejillas con las manos, sintió una necesidad repentina y brillante de verlo. Una necesidad que pronto se vio ensombrecida por la duda.

¿Querría verla él?

¿No había intentado detener las cosas en algún momento? ¿Y qué había pasado con su disculpa después de su primera vez?

¿Y si se arrepentía de lo que habían hecho juntos? ¿Y si deseaba que no hubiera sucedido en absoluto?

Una extraña y retorcida incomodidad la recorrió hasta que su orgullo se levantó y la detuvo.

Se quitó la camisola por la cabeza, se lavó rápidamente y luego se volvió a vestir con un sencillo vestido de día verde pálido. Después de retorcer su cabello en un moño alto, miró el reloj y pensó que era lo suficientemente temprano como para tener la esperanza de que el conde todavía estuviera desayunando. Aunque la incertidumbre todavía presionaba por todos lados, solo había una manera de saber realmente cómo se sentía el hombre sobre lo que había sucedido entre ellos.

Entró en la sala de desayunos iluminada por el sol con la respiración contenida. Y no la liberó ni siquiera cuando lo vio sentado a la cabecera de la mesa pequeña.

Tenía una taza de té a medio levantar hacia la boca mientras leía el periódico que sostenía en la otra mano cuando levantó la vista y vio su repentina aparición en la puerta.

El aliento de Ainsworth abandonó sus pulmones en un suave silbido.

La expresión del conde era apropiadamente impasible, sin un atisbo de sensualidad en su boca ni el más mínimo arco de reconocimiento en su frente. Pero sus ojos...

Ardían.

Brillantes, profundos e intensos.

Dejando la taza en el platillo y doblando el periódico al lado de su plato, echó una mirada rápida al lacayo que estaba de pie en la esquina de la habitación y luego se la devolvió a ella. «Buenos días, señorita Morgan».

Su voz. No había nada particularmente diferente en ella, pero inmediatamente sintió que los tonos la recorrían como la noche

anterior cuando él había murmurado contra su piel. Obligando a que su corazón latiera a un ritmo más tranquilo, continuó avanzando para sentarse frente a él en la mesa.

«Buenos días, milord», logró decir en un tono igualmente apropiado, aunque su vientre había comenzado a aletear un poco extraño.

El lacayo le trajo varios platos para elegir, pero ella apenas prestó atención a lo que puso en su plato ya que su atención permaneció atrapada en el hombre sentado en el otro extremo de la mesa.

El conde se aclaró la garganta y le dijo al lacayo, ¿podrías ir a la cocina para ver si quedan algunos de esos pasteles de ayer?».

El sirviente respondió con una reverencia y salió de la habitación en silencio.

El conde miró fijamente a Ainsworth hasta que el lacayo estuvo indudablemente fuera del alcance del oído.

El aleteo se convirtió en una danza en espiral.

«¿Cómo te sientes esta mañana?».

Su pregunta fue baja, casi íntima.

Ainsworth respondió de la misma manera. «Estoy bastante bien». Luego arqueó una ceja. «¿Y tú?».

Su rápido parpadeo sugirió un momento de sorpresa. «Estoy bien».

Ainsworth apretó los dientes. Esto era ridículo. El lacayo podría volver en cualquier momento.

Sacudió la servilleta y la colocó sobre su regazo. Todavía sosteniendo su mirada, preguntó, ¿por qué me llevaste a mi dormitorio anoche?».

Se puso rígido. Una silenciosa consternación tiró de sus cejas. «Supuse que era ahí donde querrías dormir».

«¿Por qué?».

Sus rasgos se oscurecieron con confusión.

«¿Por qué supusiste eso?», volvió ella a preguntar.

Sus labios se separaron, pero hubo otro momento en silencio antes de que él respondiera. «Porque parecía la opción más apropiada para evitar cualquier… angustia al despertar».

Ella inclinó la cabeza. «¿Pensaste que estaría angustiada si me despertaba en tu cama?».

Él tragó visiblemente mientras su mandíbula se tensaba de esa manera maravillosa y bastante reveladora. «Siendo consciente de lo mucho que valoras tu independencia, sí, lo consideré una posibilidad», respondió con un tono uniforme. Sin emociones.

A pesar de la naturaleza desapasionada de su respuesta, todavía logró tocar una fibra sensible dentro de ella. ¿Veía su dedicación a la

autosuficiencia como un defecto? La mayoría de la gente así lo percibía. Que también podría lastimarla más de lo que ella esperaba.

Ella puso rígidos sus hombros. «¿Estás seguro de que no fue porque la idea de dormir a mi lado durante la noche desencadenara tu propia incomodidad?». El ceño fruncido de él volvió más profundo. Pero antes de que él pudiera responder, ella le preguntó lo que realmente quería saber. «¿Te arrepientes de lo que pasó anoche?».

«Nunca». La palabra era cruda, dura y muy sensual.

Ainsworth se derritió. Pero antes de que pudiera decir nada más, el sonido de pasos le detuvo la lengua.

El lacayo entró en la habitación con una bandeja de pasteles en la mano y Caillie saltando detrás de él.

«Buenos días», exclamó la chica mientras se sentaba a la mesa y de inmediato tomaba los pasteles.

Aunque la discusión con el conde sobre lo que había sucedido y lo que se podría esperar que sucediera en el futuro estaba decididamente cerrada por el momento, Ainsworth se sintió al menos un poco segura de que el hombre no albergaba remordimientos. Y aunque trató de hacerse una mejor idea de lo que podría estar pensando, su comportamiento apropiado había vuelto a su lugar. La decepción se apoderó de ella, pero trató de no demostrarlo mientras el resto del desayuno estuvo ocupado por las interminables preguntas de Caillie sobre la fiesta.

Ainsworth describió las decoraciones, los vestidos de gala y la música lo mejor que pudo, mientras el conde intercalaba detalles ocasionales. En un momento dado, cuando Caillie preguntó si había asistido alguien particularmente interesante, Ainsworth y el conde intercambiaron una mirada rápida. Ella no pasó por alto la sutil pregunta en su mirada.

Habría preferido que la noticia se enmarcara de manera muy diferente, pero cuando Ainsworth mencionó al señor Thomas que tenía la intención de avisar a su hermana sobre su reunión, lo había dicho en serio.

«En realidad...», comenzó con cuidado, «hubo una aparición inesperada que te resultará interesante».

Caillie jadeó mientras sus ojos color avellana se abrieron de par en par con curiosidad. «¿Asistió el príncipe regente?».

Ainsworth se rió entre dientes. «No, cariño. El príncipe no asistió».

Frunciendo el ceño, la chica preguntó, «¿entonces quién?».

«Bueno, resulta que tu hermano, el señor Thomas, ha venido a la ciudad desde Gales y anoche hizo una breve parada en la casa de los Bentley».

«¿El señor Thomas?», exclamó Caillie mientras miraba al conde

en busca de confirmación. Cuando él asintió, ella preguntó rápidamente, «bueno, ¿cuándo lo conoceré? ¿Vendrá a cenar esta noche?».

«Me temo que eso es poco probable», comentó el conde con calma. «Parece que el señor Thomas no ha cambiado de opinión sobre no tener ningún deseo de explorar más nuestra conexión».

La mirada abatida de la muchacha hizo que el corazón de Ainsworth doliera, pero rápidamente cambió a una expresión de confusión. «Si no quería saber más sobre nosotros, ¿por qué vino a Londres?».

El conde miró a Ainsworth, quien se encogió de hombros levemente. «No estoy segura, cariño, pero tendremos que respetar su elección».

Por un momento, la muchacha pareció estar en desacuerdo obstinadamente con ese plan. Pero luego miró al conde y dijo en tono tranquilizador, «cambiará de opinión, Colin. Lo sé con seguridad».

El conde asintió, pero luego se puso de pie. «Espero que tengas razón, Caillie. De verdad que lo espero. Mientras tanto, me temo que tengo algunos asuntos que atender que me mantendrán fuera durante la mayor parte del día. Me temo que me perderé nuestro almuerzo diario».

Aunque su decepción era evidente, Caillie sonrió. «Lo entiendo», luego sonrió. «Tendrás que compensarme llevándome al Museo Británico el sábado. Con Worthy, por supuesto».

La mirada que le dirigió a Ainsworth fue intensa pero fugaz, y no le dijo nada mientras le dedicaba una sonrisa encantadora a su hermana. «Será un honor acompañarlas a las dos».

La chica dio un grito de entusiasmo que se desvaneció rápidamente cuando Ainsworth declaró que era hora de que se dirigieran al aula.

Desafortunadamente, el entusiasmo de la muchacha no regresó durante las siguientes horas. De hecho, solo continuó menguando a medida que avanzaban con dificultad en las lecciones. El papel de institutriz era, por mucho, el menos favorito de Ainsworth de todos los que había asumido durante la última década, pero estaba comprometida a brindarle a Caillie una educación completa y amplia, incluso si eso significaba aprender ocasionalmente algunas materias junto con su estudiante. Hoy, por desgracia, estaba resultando excepcionalmente tedioso y cuando llegaron a su descanso del mediodía, ambas estaban listas para el respiro momentáneo.

Decidieron compartir una comida ligera en su sala de estar, que se encontraba bañada por el sol de la tarde. Después de llamar a una doncella para solicitar una selección de sándwiches y té, Ainsworth y Caillie habían ocupado cómodamente el sofá cuando Shaw apareció en

la puerta.

«Disculpe, señorita, pero lady Watson ha llegado y está esperando una audiencia en el salón».

Ainsworth se tensó. ¿Lady Watson? ¿La madre del conde? «¿Avisaste que el conde estaba fuera?».

«Sí», el mayordomo asintió. «Dijo que está más interesada en hablar con usted y con la señorita Claybourne».

«¿Quién es Lady Watson?», preguntó Caillie.

Ainsworth miró a la muchacha con otro destello de tensión. Considerando las palabras de la dama en la fiesta de anoche, existía la posibilidad de que su visita de hoy no fuera del todo amistosa. Tal vez lo mejor sería insistir en que Caillie se quedara allí arriba mientras Ainsworth bajaba al salón. Pero antes de que pudiera expresar su decisión, Lady Watson pasó elegante y enérgicamente alrededor de la alta figura de Shaw en un remolino de tafetán color burdeos.

«Hola de nuevo, señorita Morgan, ¿no es así?», exclamó la dama con un gesto elegante de su mano ensortijada mientras entraba a la habitación.

Aturdida por la audaz intrusión, Ainsworth casi se olvidó de ponerse de pie y hacer una rápida reverencia. «Buenas tardes, lady Watson». Al encontrarse con la mirada penetrante de la dama, agregó, «debo decir que es una sorpresa verla hoy».

La mujer mayor respondió con una sonrisa que logró ser encantadora y astuta al mismo tiempo. «Me imagino que lo es, querida, pero mi curiosidad no sería ignorada. Simplemente tenía que conocer a su joven pupila».

Ainsworth se tensó cuando la madre del conde se volvió hacia Caillie. «Usted debe ser la señorita Claybourne».

Caillie hizo una reverencia mucho más elegante que la que había hecho Ainsworth y le ofreció una sonrisa amistosa. «Sí», respondió la muchacha, «¿y usted es...?».

La risa de lady Watson fue rápida y encantadora. «Soy la madre de lord Wright, querida. Lo que me convierte en una especie de tía para usted, supongo».

No era nada por el estilo, casi replicó Ainsworth.

«Qué maravilloso», respondió Caillie y algo en su tono hizo que Ainsworth se preguntara cuánto le había contado Colin a la muchacha sobre la disputa matrimonial de sus padres.

Al ver que Shaw todavía estaba de pie en la puerta, con una expresión que titilaba con un dejo de sorpresa por la franqueza de su invitada, Ainsworth le hizo un gesto de despedida antes de volverse hacia lady Watson.

«¿Le gustaría sentarse, milady?».

«Me encantaría», la madre de Colin miró con curiosidad

alrededor de la habitación mientras literalmente se contoneaba hacia un sillón acolchado. «Esta es una habitación encantadora, ¿no? Me gusta mucho lo que Colin hizo con el lugar después de que su padre finalmente se deshiciera del control sobre su vida».

Ainsworth tosió ante la cruel referencia al conde anterior mientras ella y Caillie recuperaban sus asientos en el sofá. Como si entendiera la señal, lady Watson miró a la chica con los ojos muy abiertos. «No tengo intención de ofenderla, señorita Claybourne. Espero que lo entienda... Tengo una historia bastante difícil con su, eh, padre», terminó con una evidente vacilación seguida de una sonrisa que era casi de disculpa.

«Creo que hay varias personas que pueden afirmar tener una historia difícil con el exconde, milady», dijo la chica.

Hubo una breve pausa de silencio mientras la mujer mayor estaba claramente desconcertada por la respuesta de Caillie. Luego se rió, un sonido brillante y contagioso. «Mi querida señorita Claybourne, es usted tan deliciosamente descarada como la señorita Morgan. Supongo que no debería sorprenderme», añadió con un guiño inesperado hacia Ainsworth. «Las mujeres desafiantes tienden a inspirar más de lo mismo en los demás».

Curiosamente, el reconocimiento sonó más a elogio que a censura.

«Es exactamente por eso que tenía que conocerlas mejor a ambas», agregó la mujer con ojos brillantes. Luego se inclinó hacia adelante para susurrar de manera dramática, «ahora, díganme honestamente, ¿qué piensan ambas del intento de Colin de encontrar a todos los hijos de mi difunto esposo?».

Ainsworth apretó los dientes ante la indiscreta pregunta, pero Caillie respondió de inmediato. «Creo que es maravilloso. El hecho de que nuestro padre fuera cruel no significa que tengamos que continuar con ese legado. Podemos crear nuestro propio legado basado en la lealtad y la confianza y algún día… convertirnos en la familia que nuestro padre nos negó».

El corazón de Ainsworth se encogió al reconocer los sentimientos del conde en la explicación de Caillie. Si tuviera que adivinar, diría que los dos habían hablado sobre este tema durante bastante tiempo.

Lady Watson escuchó con una leve sonrisa y cuando la chica terminó, dio un profundo suspiro mientras alisaba las arrugas invisibles de sus faldas. «Es un objetivo hermoso, pero tal vez no muy realista».

«Sabemos muy bien lo desafiante que será», se defendió rápidamente Caillie, «pero Colin cree que vale la pena el esfuerzo, y yo también».

La mirada de lady Watson se desvió hacia Ainsworth. «¿Y usted, señorita Morgan? ¿Comparte este ardiente optimismo?».

El tono de la dama era bastante tenso y su mirada aguda, lo que sugería que estaba un poco más involucrada emocionalmente en la discusión de lo que su manera inicialmente despreocupada había sugerido.

Al encontrar la mirada de la mujer, Ainsworth respondió, «cuando lord Wright vino a Faeglen y anunció su deseo de traer a Caillie de regreso a Londres, me resistí; no, me *negué* a permitirlo. No podía entender por qué querría arriesgarse al escándalo y más aún reconocer los resultados de las acciones vengativas de su padre. Nada bueno podría salir de un plan así». Lady Watson comenzó a asentir en aprobación y acuerdo, pero Ainsworth levantó una mano para detenerla. Los ojos de la otra mujer se abrieron ante el gesto, pero Ainsworth no estaba demasiado preocupada por los modales en ese momento. «Pero no pasó mucho tiempo antes de que mis convicciones fueran anuladas. Si Lord Wright espera formar lazos de lealtad y confianza, como dice Caillie, entonces seguramente lo hará con el ejemplo. Nunca he conocido a un hombre con una firmeza tan noble. No creía que un hombre así pudiera existir y, considerando todo, honestamente no puedo imaginar cómo llegó a tener cualidades tan honorables», añadió con una mirada pertinente a los ojos entrecerrados de la mujer mayor. «Pero si alguien puede unir a un grupo variopinto de hermanos dispares en una verdadera familia, ese es Colin».

Un momento de pesado silencio llenó la habitación después de la respuesta de Ainsworth. La expresión de lady Watson era tensa y pensativa, luego respiró rápidamente por la nariz mientras miraba a Caillie y luego de nuevo a Ainsworth para decir en voz baja, «me lo merecía». La dama miró hacia su regazo y luego soltó una risita breve mientras volvía a levantar la mirada. Ainsworth se sorprendió al ver un destello de lágrimas que se desvaneció rápidamente. «Y estoy agradecida. Me alegro de que Colin las tenga a ambas de su lado. Durante tantos años, no pude estar allí para él cuando quería estarlo. Y después de eso, no estaba segura... de que él quisiera que lo estuviera. Pero eso es cosa del pasado y es lo que es», añadió con un rápido movimiento de manos.

Ainsworth se dio cuenta al instante de que tal vez había juzgado a la madre de Colin con demasiada rapidez y dureza. Parecía muy obvio que la mujer nunca habría elegido separarse de su hijo como lo había hecho. El sufrimiento que había soportado estaba enterrado profundamente, pero estaba innegablemente presente.

Cuando una doncella apareció en la puerta con una bandeja, lady Watson se puso de pie con un crujido de tafetán. «Veo que están

a punto de tomar el té y tengo muchas cosas que hacer hoy».

«¿No se quedará a almorzar con nosotros?», preguntó Caillie mientras ella y Ainsworth se ponían de pie.

Lady Watson soltó una risa suave y trina. «Oh, nunca como tan temprano en el día». Se alisó la cintura con las manos. «Debo mantener mi figura. Pero fue un placer conocerla, señorita Claybourne. Señorita Morgan, un placer».

«Me imagino que está bastante ocupada, pero si su agenda lo permite», dijo Ainsworth, «agradeceríamos otra visita cuando tenga más tiempo para quedarse a tomar el té». Se sorprendió al descubrir que lo decía en serio.

La sonrisa de la mujer mayor era suave cuando respondió, «eso suena encantador, pero por ahora debo irme. No es necesario que me acompañen, puedo ir sola», agregó con un gesto de los dedos por encima del hombro mientras salía de la habitación.

Después de dejar la bandeja sobre la mesa, la doncella también salió. Un silencio temporal cayó entre ellas mientras Ainsworth servía el té y esperaba pacientemente a que Caillie hablara. No tuvo que esperar mucho.

«Creo que me gusta bastante lady Watson», afirmó la muchacha con firmeza.

Ainsworth arqueó las cejas cuando se encontró con unos ojos color avellana que solo eran ligeramente desafiantes. Sin duda, la chica esperaba que Ainsworth señalara alguna observación negativa sobre las presunciones y caprichos de las condesas inglesas. Y aunque seguramente era algo que hubiera hecho en esos primeros días tras llegar a Londres, hoy, sencilla y honestamente, respondió, «A mí también».

Capítulo Veinticuatro

El conde regresó poco antes de la cena. Ainsworth solo lo supo porque recibió una breve nota en la que le informaba que cenaría en su estudio y que ella y Caillie podían elegir disfrutar de la cena en el comedor o en la sala de estar, según sus preferencias.

Como ya estaban abajo, vestidas para cenar, optaron por un ambiente más formal. Al percibir la decepción de Caillie por la ausencia del conde, Ainsworth hizo un esfuerzo significativo para mantener el ambiente alegre y entretenido. Hablaron y se rieron durante la cena antes de retirarse al salón, donde participaron en algunas partidas de whist.

Cuando volvieron a subir, Caillie estaba lista para meterse en la cama y quedarse dormida.

Sin embargo, Ainsworth no.

Aun así... se cambió el vestido por un camisón y una bata. Se soltó el pelo de las muchas horquillas y se lo cepilló. Entonces, deliberadamente, abrió la puerta de su dormitorio solo un poco para poder escuchar movimiento en el pasillo antes de acomodarse a esperar.

No estaba segura de cuánto tiempo había pasado exactamente, lo suficiente para cruzar ansiosamente hacia la habitación de Caillie dos veces para asegurarse de que la muchacha siguiera durmiendo en paz. La chica no se había despertado por la noche en más de una semana, ya que se había aclimatado bastante bien al nuevo entorno. Pero de todas las noches, Ainsworth realmente esperaba que la muchacha no tuviera necesidad de buscarla esta noche.

Finalmente, cuando se levantó de su silla por tercera vez, escuchó pasos de botas. Las habitaciones privadas del conde estaban a la vuelta de una esquina en el otro extremo del pasillo y, cuando el sonido se alejó, tuvo la confianza de que el lord finalmente se había retirado a pasar la noche.

Aunque la anticipación y la emoción la impulsaron a seguirlo de inmediato, se obligó a esperar. Probablemente tendría que ser atendido por su ayuda de cámara y podría haber otros sirvientes recorriendo los pasillos, dirigiéndose a sus propios dormitorios ahora, ya que el conde se había acostado.

Después de contar hasta trescientos tan lentamente como pudo con su corazón acelerado tan salvajemente por lo que pretendía, Ainsworth asomó la cabeza para escanear el pasillo en busca de cualquier señal de movimiento. Una vez que se sintió segura de que el camino estaba despejado, se deslizó silenciosamente de su dormitorio

y se dirigió a la suite privada del conde.

Se detuvo frente a la puerta cerrada y escuchó. Por supuesto, escuchar a escondidas, era imperdonable, a menos que fuera necesario. Y esta mañana, definitivamente era esto último. No quería entrar corriendo en su dormitorio si un sirviente podía estar presente.

Cuando determinó que no había sonidos de movimiento más allá de la puerta, enderezó la columna, echó un vistazo rápido al pasillo para verificar una vez más que no había nadie más, luego giró el pomo de la puerta y entró antes de cerrar rápidamente la puerta detrás de ella.

El dormitorio era grande, enorme, en realidad, y estaba bañado por la suave luz de las velas.

A Ainsworth se le encogió el estómago cuando miró hacia la impresionante cama con dosel, pero la encontró vacía. El conde se había ido. La suave ropa de cama indicaba que aún no se había metido entre las sábanas.

Escudriñó el resto de la habitación. Estaba vacía. ¿Adónde demonios se había ido?

Antes de que pudiera decidir qué hacer a continuación, oyó un poco de ruido que provenía de detrás de una puerta abierta situada entre la cama y un gran armario de caoba.

Un poco sorprendida por su propia audacia, cruzó rápidamente la habitación. Había hecho un plan para verlo esa noche, para decirle que no quería que la noche anterior fuera un acontecimiento singular, y no iba a echarse atrás. Si la única oportunidad que tenía para una conversación privada era tarde por la noche en su dormitorio, que así fuera.

Ainsworth se apretó el cinturón de la bata, entró en la puerta abierta de lo que claramente era un baño y se detuvo en seco.

Recibió el impacto de un mármol blanco brillante que se volvía turbio por el vapor y el maravilloso aroma del sándalo. No se dio cuenta de ningún otro detalle, ya que su atención quedó inmediatamente cautivada por el hombre desnudo que estaba de pie en el centro de la habitación.

El conde estaba de espaldas a ella mientras se pasaba una toalla por la cabeza para secarse el pelo, lo que le permitió ver maravillosamente sin obstáculos su hermoso trasero.

Era asombroso.

Piernas largas y musculosas, nalgas firmes, cintura y caderas esbeltas, esos hombros poderosos y brazos fuertes, y una espalda que estaba tan esculpida y definida como su pecho y abdomen. Realmente, era una perfección absoluta. Todo lo que Ainsworth pudo hacer fue permanecer de pie con los labios entreabiertos y los ojos enormes mientras él pasaba la toalla por su cuerpo con movimientos decididos.

Pero cuando él se inclinó hacia delante para secarse las piernas y ella vio su miembro viril en sombras, un gemido ahogado se escapó de su garganta apretada.

Inmediatamente él se tensó y se giró para mirar por encima del hombro. Su expresión era imposible de interpretar y a ella le preocupaba haberlo molestado o desconcertado con su intrusión y su imperdonable voyeurismo.

Pero entonces… vio un destello de luz en sus ojos y un tic en la comisura de su boca. Lenta y deliberadamente, se giró para mirarla con la toalla sostenida casualmente a su lado.

Sus entrañas dieron un violento vuelco cuando se vio obligada a reconocer que se había equivocado. Él estaba *más allá* de la perfección. Era cada fantasía sensual que alguna vez hubiera tenido la audacia de imaginar, formada en un solo hombre.

Ella no podía hablar. Y él no se molestó en hacerlo. Así que se quedaron así por un momento o dos.

Su mirada se posó en su ingle. Aunque su pene inicialmente había descansado pacíficamente contra rizos dorados oscuros, ahora comenzó a crecer. Alargándose, engrosándose, endureciéndose.

Su cuerpo respondió con una ráfaga de calor líquido en su sexo, haciéndola tener dolor y temblar.

Finalmente, él habló. «¿Hay algo que necesite, señorita Morgan?».

Tus manos en mi cuerpo. Tu boca en la mía. Y tu…

Ella volvió a levantar la mirada para encontrarse con la de él. Había una verdadera pregunta en sus ojos, junto con mucho más. Tuvo que aclararse la garganta dos veces para poder responder, e incluso entonces, su voz sonaba tensa y sin aliento. «Creo que podrías llamarme Ainsworth considerando nuestra situación actual, ¿no?».

Su boca se torció de nuevo y se curvó suavemente en una sonrisa mientras bajaba la barbilla. Era una de las cosas más encantadoras que ella había visto en su vida.

«Ainsworth». La calidez infundió su voz mientras formaba su nombre y sus ojos azules la miraban fijamente. «Sin duda viniste a mis habitaciones por una razón. ¿Qué puedo hacer por ti?».

Incapaz de detenerse, miró hacia abajo una vez más. Solo un vistazo rápido. El deseo se desplegó, pleno y deseoso, en lo más bajo de su cuerpo.

Había venido aquí por una razón. Simplemente no parecía recordar cuál era.

¡Ah!, cierto.

Forzando su atención a volver a su hermoso rostro, puso sus manos firmemente en sus caderas. «Solo hay algunas cosas que me gustaría dejar en claro entre nosotros».

La sonrisa tentativa de él desapareció. Asintiendo con la cabeza, se aseguró la toalla alrededor de la cintura, para su profunda decepción. Luego hizo un gesto hacia la puerta. «¿Pasamos a la otra habitación?».

¿Su dormitorio? Era un poco más apropiado que el baño, supuso. ¿O era un poco más inapropiado?

¿Importaba?

Se giró para entrar en el espacio más grande, sintiéndolo a solo unos pasos detrás de ella. Al llegar al centro de la habitación, se detuvo cuando una oleada de incertidumbre la invadió.

Él había dicho que no lamentaba sus acciones la noche anterior, pero ¿y si su deseo por ella había sido saciado? Era una posibilidad dolorosa de considerar, especialmente porque su propio deseo parecía haber crecido exponencialmente.

«¿Quieres sentarte?», preguntó, señalando su cama.

Su cama. Las chispas bailaron a través de su sangre. «Probablemente no», respondió con voz tensa.

Él asintió de nuevo y luego adoptó su postura habitual. Pies firmes, columna recta y manos a la espalda. Ella casi sonríe. Incluso con solo una toalla, se las arreglaba para lucir ferozmente estoico y silenciosamente dominante.

Pero ella lo había visto perder el control. Lo había sentido. Se había deleitado con ello.

«Milord», comenzó, tratando de mantener el tono de voz a pesar de que su corazón temblaba con una vulnerabilidad que no había sentido en años y su cuerpo zumbaba con un deseo desenfrenado. «Nuestra conversación de esta mañana fue bastante breve y, desafortunadamente, hay ciertas cosas que requieren un poco de explicación».

Un ceño fruncido oscureció sus rasgos y los músculos de su pecho se tensaron.

Haciendo todo lo posible para no distraerse con la breve exhibición de su físico tonificado, Ainsworth se obligó a encontrarse con su mirada intensa y concentrada. Pero tan pronto como lo hizo, su estómago se retorció bruscamente y su lengua se sintió repentinamente gruesa y pesada.

Maldita sea, ¿por qué era esto tan difícil?

Respirando profundamente, reunió valor. «Quiero que sepas que no tengo absolutamente ninguna expectativa de ti después de anoche. Entiendo que una vez que la pasión se sacie, puede que no regrese y existe la posibilidad de que no desees repetir la experiencia», su voz vaciló cuando su expresión se endureció en un ceño fruncido serio. Obligando a que el resto pasara a través de sus pulmones apretados, terminó su confesión en un apuro sin aliento. «Pero

deberías saber que yo sí».

Su cuerpo se tensó bruscamente y sus ojos parpadearon de una manera que le envió escalofríos por los brazos.

Dio un paso acechante hacia ella mientras le preguntaba en voz baja y áspera. «¿Tú sí qué?».

«Deseo repetir la experiencia», afirmó ella con el mentón levantado.

Él dio otro paso, acortando la distancia entre ellos a la mitad, aunque mantuvo las manos entrelazadas detrás de la espalda. El cuerpo de Ainsworth estaba prácticamente encendido con anticipación sensual a pesar de que todavía no había dado ninguna indicación de que estuviera de acuerdo con su posición más allá de la mirada bastante intensa en sus ojos.

De pie, lo suficientemente cerca de ella como para que pudiera rodearle el cuello con los brazos si quería, él la miró y le dijo en un murmullo silencioso, «¿quieres que te haga el amor otra vez?». Su voz se había apagado por completo. Todo lo que pudo hacer fue asentir, lo cual hizo. Enfáticamente.

Y eso fue suficiente.

La bestia sensual que tan cuidadosamente había contenido en su interior saltó hacia adelante. Con un sonido bajo de innegable hambre, la atrajo hacia sus brazos y la levantó del suelo. Y así, el deseo que fluía caliente en su sangre se encendió en un furioso infierno.

Pasando una mano a sus nalgas, agarró la tela de su bata y camisón con la otra, jalándolos lo suficientemente arriba para que ella pudiera envolver sus piernas alrededor de sus caderas. En dos pasos, la presionó contra uno de los postes tallados de su cama. Su cuerpo se iluminó en respuesta a su repentino y ferviente ardor, a su feroz y hermosa pasión completamente desatada.

Sosteniendo sus caderas en sus manos, meció su pelvis en la cuna de sus muslos.

Ella gimió ante la maravillosa presión de su dureza donde más la necesitaba. Aferrándose a sus hombros, inclinó la cabeza para encontrar su boca. Pero él no la besó. Mantuvo sus labios fuera de su alcance mientras la miraba fijamente a los ojos. Él volvió a balancear las caderas. Una maldad se apoderó de su mirada mientras parecía deleitarse con la forma en que sus pestañas revoloteaban y su respiración se entrecortaba. «Por favor, milord», jadeó, confiando en que él sabría lo que estaba pidiendo.

Con un rápido ajuste, él cambió su agarre en sus caderas y ella sintió sus dedos deslizándose por sus pliegues húmedos. La caricia íntima era exquisita y su gemido era pesado y profundo.

Él bajó la cabeza junto a la de ella para susurrar de manera

enigmática, «creo que podrías llamarme Colin considerando nuestra situación actual, ¿no?».

Una pequeña risa ahogada se elevó ante las palabras. Pero ella obedeció de inmediato. «Colin», jadeó cuando dos de sus dedos se deslizaron dentro de ella. «Colin», gimió mientras él retorcía y empujaba esos dedos en un ritmo tortuoso y glorioso.

La toalla se había deslizado de alrededor de sus caderas y ella podía sentir el calor de su erección contra su muslo y cadera. Ella lo quería dentro de ella, pero no podía formar las palabras para pedirlo mientras sus dedos se movían con tanta pericia exigente. «Colin». Era todo lo que parecía capaz de decir. «Colin».

Hubo otro cambio rápido de agarre y entonces él estaba allí, preparado, sensual y duro en su entrada, sosteniendo su peso en sus brazos mientras la presionaba contra la sólida columna del poste de la cama. Sus miradas se encontraron y se sostuvieron. «Ainsworth», murmuró con voz espesa contra sus labios mientras empujaba lentamente hacia arriba hasta llenarla por completo.

Sus piernas se apretaron alrededor de él y su lengua se enroscó apasionadamente con la de él.

Magia. Posesión y rendición. Placer y la conexión más profunda.

Sosteniéndola fuerte en sus brazos, la levantó del poste de la cama y la bajó al colchón. Su acoplamiento fue intenso e impaciente. Sus embestidas eran agudas y profundas, apuntando implacablemente a un punto dentro de ella que palpitaba más profundamente con cada embestida. Era exactamente la intensidad que necesitaba. Una declaración poderosa. Una promesa tácita de pasión no gastada.

Y el placer surgió dentro de ella como una fuerza de la naturaleza. Lo abarcaba todo, era implacable y aniquilaba todo. Todo lo que podía hacer era aferrarse a él y confiar en que la llevaría allí mientras todos los demás pensamientos se dispersaban como bocanadas de aire.

Ella reclamó su liberación primero en un furioso estallido de placer que se expandió por su cuerpo en una ola de sensaciones. Su propio clímax siguió inmediatamente después. Sus cuerpos se tensaron y temblaron juntos, luego se deslizaron hacia la saciedad posterior de miembros pesados y respiración jadeante.

Antes de que pudiera recuperar completamente el sentido, él cambió su peso, levantándose de ella. Pero no la soltó. Con manos que eran casi sorprendentemente suaves después de la ferocidad de su pasión solo unos momentos antes, aflojó el cinturón de su bata y le quitó la prenda del cuerpo. Luego también le quitó el camisón. Cuando ella se acostó en su cama, desnuda y cálida, él se dedicó a besar cada centímetro de ella.

El punto de hormigueo detrás de sus orejas. La curva interna de su codo y la parte inferior de sus pechos. El arco de su costilla más baja, la hendidura de su ombligo y los arcos de sus pies. Luego la giró suavemente hasta quedar boca abajo para prodigarle la misma atención a su trasero. Besó detrás de sus rodillas, en la exuberante curva de su trasero, en el hueco de su columna y en su sensible nuca.

Cuando terminó, ella era un amasijo de hormigueo y derretimiento y solo entonces él se estiró sobre su cuerpo lánguido y tembloroso, deslizando una mano debajo de su vientre para inclinar sus caderas hacia arriba para recibirlo.

Su suspiro fue profundo y sensual mientras él llenaba su dolorida cavidad desde atrás. Empujó con exuberantes embestidas que casi le cortaron la respiración. Pero cuando su mano contra su vientre se movió más abajo y su dedo medio hizo círculos expertos sobre su clítoris hinchado, sus jadeos se convirtieron en fuertes gemidos. El placer crecía mucho más lentamente esta vez y ella se deleitaba en él. Se hundió en la forma en que cada paso de su pene dentro de ella la extendía aún más y el borde afilado de sus dientes en su hombro aumentó la sensibilidad de cada nervio hasta el momento en que su cuerpo simplemente no pudo contener las sensaciones por más tiempo y explotaron en una serie de luz y placer tan profundos que ninguna parte de ella permaneció intacta.

Capítulo Veinticinco

El sol estaba saliendo lentamente, envolviendo el dormitorio en una neblina de ensueño. Colin se había despertado hacía poco tiempo, pero seguía en la cama. Acostado de lado con la cabeza apoyada en la mano, no había querido moverse más por miedo a molestar a la encantadora mujer que dormía tan pacíficamente a su lado. La suave luz de la mañana le sentaba bien mientras yacía acurrucada de lado con su abundante cabello castaño rojizo esparcido en un alboroto enredado sobre sus almohadas.

Tendría que despertarla pronto, pero primero, quería permitirse unos breves y gloriosos momentos de satisfacción sin filtros mientras observaba el subir y bajar de su respiración y el suave aleteo de sus pestañas contra sus mejillas pecosas.

Lo que había dicho la noche anterior todavía resonaba en su mente. Algo en sus palabras lo preocupaba, pero no estaba exactamente seguro de qué. Todo era demasiado confuso y mezclado con las otras emociones poderosas que lo invadían. Emociones que eran impactantes, extrañas y absolutamente sin precedentes.

Contuvo la respiración cuando ella comenzó a moverse. Primero, frunció suavemente los labios, luego, levemente el ceño y finalmente inhaló con suavidad. Luego, estiró las extremidades. Sonrió. Y abrió lentamente los ojos.

Pero justo cuando su mirada verde encontró la de él, sonó un golpe brusco en la puerta.

Ambos se tensaron ante la intrusión inesperada en una mañana tan apacible, mientras su expresión soñolienta se oscurecía instantáneamente con un ceño fruncido.

«Maldita sea».

Su maldición susurrada con dureza trajo una sonrisa a los labios de Colin a pesar del alboroto interno de resistencia que lo inundaba.

«¿Qué pasa?», gritó para evitar que quienquiera que se hubiera atrevido a llamar entrara sin ser invitado.

«Un señor Davies ha venido, mi señor», dijo Shaw desde el otro lado de la puerta. «Dice que es *urgente* e insistió en que le informe de *inmediato* de su llegada. Lo he pasado a la biblioteca para esperar su palabra, mi señor».

«Maldita sea», murmuró Colin con frustración.

«Es importante, ¿no?», ella murmuró.

«Davies es el hombre de Nightshade. Podrían ser noticias sobre el señor Thomas. O del señor Owen», añadió con una pequeña chispa

de esperanza.

«Noticias urgentes». Suspiró ella mientras se deslizaba sobre las sábanas para presionar su cálido cuerpo contra el de él. «Supongo que eso significa que tendrás que levantarte».

Él le pasó un brazo por la cintura y la acercó aún más mientras presionaba su rodilla entre sus muslos. Ya estaba endurecido y palpitaba con la necesidad de hundirse en su calor. «Debería», admitió de mala gana. «Y al señor Davies no le gusta que lo hagan esperar».

«¿Qué debo decirle al hombre, milord?», insistió Shaw desde el pasillo.

«Bajaré enseguida», gritó Colin antes de besar el hombro desnudo de Ainsworth. «Te lo compensaré», murmuró con pesadez y ella asintió levemente. Luego se apartó lentamente y se levantó de la cama para comenzar a vestirse.

Cuando estuvo prácticamente presentable, creyó que había logrado controlar la lujuria que había aumentado tan rápidamente con ella despertando. Pero cuando finalmente se giró para mirarla, se dio cuenta de que simplemente no había manera de contener por completo tal hambre.

Ella estaba sentada en el centro de su cama con las piernas extendidas hacia un lado mientras apoyaba su peso sobre una mano. Estaba claro por su ávida atención y su sonrisa sensual que todo el tiempo que él se había vestido, ella había estado observando.

No estaba seguro de qué era exactamente lo que había logrado que su sangre volviera a su máxima intensidad en una fracción de segundo, pero allí estaba, obligándolo a ajustarse en sus pantalones.

«Pícara», susurró en voz baja.

Ella soltó una risa suave, luego balanceó los pies hacia el borde de la cama y deslizó su trasero sobre su colcha de satén. «¿Qué? ¿Pensabas que de repente me volvería adecuadamente recatada?».

Se puso de pie y tomó su camisón. Colin observó con un destello de disgusto cómo el vaporoso algodón se deslizaba sobre sus curvas perfectas. Después de ponerse la bata, se acercó a él con un brillo en sus ojos verdes. Alisó la tela de su abrigo antes de acomodar suavemente su corbata. «¿Siempre te vistes sin ayuda?».

«Por lo general, no», respondió él, dándose cuenta de que ni siquiera se le había ocurrido llamar a su ayuda de cámara.

«Entonces estoy agradecida de que se me permita una oportunidad tan rara. No tenía idea de que observar a un hombre en su aseo y arreglo pudiera ser tan...», suspiró, «revelador».

Tuvo que respirar profundamente por la nariz para contrarrestar el intenso impulso de agarrarla por los brazos y atraerla rápida y poderosamente hacia él.

Como si fuera plenamente consciente del conflicto que se

desataba dentro de él, ella inclinó la cabeza y sonrió. «Probablemente deberías ocuparte de tu invitado».

Ella tenía razón. «Acompáñame».

Dio un pequeño respingo de sorpresa. «¿Qué te acompañe?».

«Sí. No hay duda de que lo que tenga que decir será de tu interés, así me ahorras la molestia de tener que repetirlo todo más tarde».

Dio un paso atrás y miró su ropa de dormir. «Primero tendré que vestirme».

«Me aseguraré de que el camino esté despejado para que regreses a tu habitación».

Ella asintió.

Después de echar un vistazo por la puerta para confirmar que el pasillo estaba vacío, él le hizo un gesto para que siguiera. Ella pasó junto a él con una pequeña sonrisa traviesa y una palmadita sugerente en el trasero que le hizo apretar el estómago.

Si no conseguía controlarse, lucharía contra un estado de semiexcitación el resto del día.

Esperó varias respiraciones para asegurarse de que ella hubiera llegado sana y salva a su dormitorio y tuviera un poco de tiempo para empezar a vestirse antes de salir de su habitación. Le pidió a la primera doncella que encontró que le avisara a la señorita Morgan que le gustaría que se uniera a él en la biblioteca.

El Sr. Davies estaba de espaldas a la chimenea en el otro extremo de la habitación. Un hombre de edad algo indeterminada, con cabello castaño rojizo, mirada oscura, un cutis perpetuamente sonrojado y una complexión ligeramente con sobrepeso, Davies era el intermediario establecido entre Colin y Nightshade. Aunque Davies no se inquietaba ni fruncía el ceño, daba la clara impresión de estar bastante impaciente y significativamente irritado por la demora en recibir una audiencia.

«Mis disculpas, señor Davies, por hacerlo esperar», dijo Colin mientras se acercaba para estrechar la mano del hombre. «Es bastante temprano para recibir visitas».

«Sí, bueno», balbuceó el señor Davies con más que un dejo de indignación, «como le dije a su mayordomo, tengo un asunto urgente que comunicarle, milord».

Justo cuando el hombre terminó de hablar, Colin escuchó una ráfaga de movimiento detrás de él. Al girarse, vio a Ainsworth, vestida con un bonito vestido amarillo y con el pelo recogido de forma informal en un moño sobre la cabeza, entrando corriendo en la habitación. «¿Ha solicitado mi presencia, milord?», dijo alegremente.

Colin se obligó a reprimir una sonrisa. Maldita sea, era encantadora.

Se dirigió al señor Davies y le dijo, «esta es la señorita Morgan. También está interesada en su investigación, así que la he invitado a unirse a nosotros».

El señor Davies asintió brevemente en señal de reconocimiento, claramente no preocupado por a quién había decidido Colin involucrar en el asunto.

«Como le dije a su hombre, tengo noticias de naturaleza bastante urgente que pensé que le gustaría conocer de inmediato».

«Por supuesto. Gracias por la consideración. ¿Nos sentamos todos?».

Davies levantó una mano. «No hay tiempo para eso, milord. Solo tengo unos minutos más libres».

Colin miró a Ainsworth, que observaba al hombre con curiosidad.

«Como desee, señor. ¿Qué ha descubierto?».

«Hemos localizado a Max Owen».

La conmoción y el alivio siguieron a las palabras. Esto no era en absoluto lo que Colin había esperado oír.

Después de tantos meses sin ninguna señal del paradero de su hermano menor o incluso si aún vivía, la posibilidad de que lo hubieran encontrado era totalmente inesperada. Mientras estaba de pie asimilando la noticia inesperada, Ainsworth se acercó a él. No tan cerca como para tocarlo, pero la sintió de todos modos.

«¿Está seguro?», logró decir finalmente.

Davies asintió brevemente. «Todo lo seguro que podemos estar».

«¿Dónde está? ¿Está bien?».

«Parece estar sano y fuerte. Sin embargo, puede que no lo esté por mucho tiempo».

Colin se puso rígido. «¿Qué significa eso?».

«Lo arrestaron recientemente y actualmente se encuentra detenido en Bow Street. El magistrado lo interrogará esta tarde».

«¿Por qué delito?».

Hubo una pausa tensa antes de que Davies respondiera. «Asesinato, milord».

El corazón de Colin se detuvo. No supo cuándo Ainsworth había deslizado su mano en la suya, pero cuando su agarre se hizo más fuerte, agradeció el gesto de apoyo. Y el hecho de que ella lograra hacer la pregunta que él no parecía poder formular.

«¿Es culpable?».

Davies la miró fugazmente. «Eso es lo que el magistrado intentará determinar».

«¿Pero lo *es*?», insistió Colin.

Davies se aclaró la garganta. «No digo esto para generar falsas

esperanzas, milord, pero en este momento, es cuestionable. Por lo que mi empleador ha logrado descubrir desde que se enteró del arresto anoche, hay algunos detalles que no cuadran. Debe aclarar sus sospechas, pero no hay garantía de que descubra algo que le permita limpiar de culpa a Owen. Es igualmente probable que encuentre pruebas que puedan condenar al chico».

«¿Qué puedo hacer?», preguntó Colin. Tenía que haber algo.

«Recomiendo que vaya directamente a Bow Street y use su influencia para retrasar el interrogatorio lo máximo posible. Si el magistrado declara culpable a Owen, puede que no haya mucho que se pueda hacer por él. Cualquier tiempo extra que pueda comprarle al muchacho podría salvarle la vida».

«Por supuesto. Iré de inmediato».

Davies asintió. «Yo también debo irme, pero me pondré en contacto con usted a medida que se desarrolle la situación».

Colin se hizo a un lado para dejar pasar al hombre, pero luego lo detuvo con una mano levantada. «Antes de que se vaya, ¿hay algo que informar sobre el señor Thomas?».

«Hasta esta mañana, Thomas sigue siendo huésped del White Crow Inn, pero todo parece indicar que tiene la intención de marcharse de Londres hoy».

Colin asintió. La noticia no era inesperada, pero añadió otro peso a la sensación de hundimiento en su estómago.

Una vez que el señor Davies se fue y estuvieron solos en la biblioteca, Ainsworth se volvió hacia él. Una evidente preocupación llenó su mirada.

«Esta no es una buena noticia».

«No, no lo es», estuvo él de acuerdo.

«Dime qué puedo hacer y lo haré».

Por un momento, se permitió deleitarse con la gratitud asombrada que sus feroces palabras desencadenaron en su interior. No era algo a lo que estuviera acostumbrado. Tener a alguien en su vida que se enfrentara a él con tanta firmeza. Sin vacilaciones. Solo con pleno apoyo.

Le levantó la mano, que todavía sostenía firmemente entre las suyas, y se la llevó a los labios, donde le dio un beso en la palma. «No hay nada que puedas hacer, pero agradezco el ofrecimiento».

En sus ojos se encendió una obstinada pero tranquila determinación. «Podría ir a hablar con el señor Thomas. Si supiera a lo que se enfrentaba el señor Owen, su *hermano*, tal vez no desearía abandonar Londres todavía. Tal vez pudiera ayudar de alguna manera», hizo un gesto de impotencia. «Como mínimo, debería estar al tanto de la situación».

Su frustración era obvia, pero Colin negó con la cabeza. «El

señor Thomas tomó su decisión. Quiere que lo dejen en paz».

Frunció el ceño, claramente no estaba lista para rendirse. «Pero si él supiera...».

«No. La palabra fue firme y decisiva. Tenía que serlo. «No lo agobiaré más con esta noticia. Sin embargo, debería enviarle una nota rápida a Bentley antes de irme. Él posee una influencia significativa por sí mismo. Tal vez nuestros esfuerzos combinados puedan producir un resultado favorable con el magistrado. Lo siento», añadió, «debo irme. Volveré tan pronto como pueda para contarte cómo fue todo».

«Buena suerte», susurró ella antes de levantar la barbilla para presionar un rápido beso en sus labios.

El gesto fue breve e impulsivo, pero lo saboreó de todos modos mientras salía de la habitación. A los pocos minutos de pasarle instrucciones a Shaw, le enviaron una nota a Bentley y trajeron un caballo.

El miedo y la inquietud se instalaron en su estómago como una bala de plomo, pero se negó a aceptar que podría perder a Owen justo cuando finalmente lo había encontrado.

Capítulo Veintiséis

Casi dos horas después, cuando Colin regresó a casa, su único deseo era encontrar a Ainsworth, echársela al hombro y llevarla de vuelta a su dormitorio.

Le dolía el corazón. Le dolía la cabeza. Y le dolía el cuerpo por la tensión de las últimas horas.

Al menos, él y Roderick habían conseguido retrasar el interrogatorio. El magistrado estaba convencido de que el chico era culpable de matar a un hombre durante un robo que salió mal, pero accedió a posponer el proceso veinticuatro horas más por la imposible posibilidad de que se pudieran encontrar pruebas para demostrar la inocencia de Owen. Al final, fue una promesa de apoyo fiscal a su oficina lo que convenció al hombre de hacer incluso esa pequeña concesión. Afortunadamente, no los había obligado a explicar el motivo de su interés en un criminal violento de St. Giles, aunque estaba claro que sentía curiosidad por saber por qué un lord del reino de gran prestigio y el rico propietario de un club de caballeros vendrían a abogar en nombre de un muchacho de la calle.

Desafortunadamente, el magistrado no les había permitido hablar con Owen a pesar de todas las amenazas o incentivos que habían lanzado para convencerlo. Había afirmado firmemente que el chico era peligroso y que debía mantenerse bajo estricta vigilancia en todo momento. Sin excepciones.

Ansioso por volver con su esposa con una actualización, Roderick insistió en que Colin le enviara un mensaje de inmediato en cuanto tuviera noticias de Nightshade. Colin estuvo de acuerdo, viendo la misma frustración e impotencia que él mismo luchaba por controlar en la forma tensa de su hermano.

Tenía que haber más que pudieran hacer.

¿Y si Nightshade no podía encontrar ninguna prueba de la inocencia del chico? Odiaba siquiera considerarlo, pero había una posibilidad clara, ¿y si Owen era culpable?

¿Podría su privilegio como par evitar que su hermano fuera a la horca?

Las preguntas pesaban mucho en su mente cuando cruzó la puerta principal y vio a Ainsworth parada en el pasillo como si lo hubiera estado esperando. El alivio y el deseo se desencadenaron instantáneamente al verla, pero ambas reacciones duraron solo un momento cuando notó la evidente angustia en su rostro.

«¿Qué pasa?».

Ella comenzó a sacudir la cabeza antes de poder formar las

palabras. «Caillie se ha ido».

Su corazón se hundió ante el miedo crudo en su voz. «¿Qué quieres decir?».

«Quiero decir que se ha *ido*. No puedo encontrarla en ninguna parte».

Cruzando el pasillo, tomó sus manos temblorosas firmemente entre las suyas. «Dime lo que sabes», dijo en un tono tan sereno como pudo mientras su pecho se apretaba y su estómago se retorcía con un miedo ilimitado.

Ella respiró profundamente. «Después de que te fuiste, fui a esperarla en la sala de desayuno. En mi distracción, no noté cuánto tiempo había pasado hasta que miré el reloj y me di cuenta de que debería haber bajado hacía algún tiempo. Cuando fui a buscarla, encontré su dormitorio vacío. Así como el salón de clases». Sus manos agarraron las de él. «Acabo de terminar de registrar la casa y de interrogar a todos los que encontré. Una doncella dijo que la vio bajar las escaleras bastante temprano esta mañana, posiblemente incluso antes de que nos encontráramos con el señor Davies en la biblioteca. Pero nadie la ha visto desde entonces».

«Puede que no sea cierto», observó Shaw mientras se apresuraba hacia ellos desde el pasillo trasero.

Ainsworth soltó sus manos mientras ella se giraba para encarar al mayordomo. «¿Alguien la vio?».

Shaw asintió. «Acabo de hablar con un vendedor ambulante que comercia sus productos en nuestra calle. Aunque no vio a una jovencita, afirma haber visto a un perro blanco y negro subirse a un carro de alquiler hace casi dos horas».

«Bramble», suspiró Ainsworth mientras miraba a Colin con los ojos muy abiertos.

«No conozco ningún perro que llame a un taxi por sí solo», observó el mayordomo.

«¿Adónde se dirigía el taxi?», preguntó Colin.

El mayordomo sacudió la cabeza con tristeza. «El vendedor ambulante no lo pudo decir».

Ainsworth emitió un suave sonido para llamar su atención. «Si ya estaba abajo cuando nos reunimos con el señor Davies, es posible que nos haya oído en la biblioteca. Es muy posible que haya…», hizo una pausa y luego murmuró, «la chica tiene la terrible costumbre de escuchar a escondidas, y si lo hizo…», encontró la mirada interrogativa de Colin con una luz de posibilidad en sus ojos. «Creo que sé adónde fue».

#

Quince minutos después, estaban en un carruaje que corría hacia la posada White Crow Inn.

«¿Estás segura de que se iría así como así y cruzaría la ciudad sola?», preguntó Colin, esperanzado y temeroso al mismo tiempo.

Ainsworth asintió, con un gesto de confianza que parecía una obstinación de "tengo que creerlo porque no hay otra opción aceptable".

«Si la muchacha hubiera oído por casualidad una discusión que se estaba desarrollando en la biblioteca, podría haber tenido la tentación de escuchar. Y si hubiera descubierto que uno de sus hermanos se enfrentaba a una posible ejecución mientras otro se preparaba para abandonar la ciudad, probablemente habría tenido la tentación de tomar el asunto en sus propias manos. Aunque te dejó a ti para que trataras el asunto con el señor Owen, también habría considerado que era *su* responsabilidad tratar el asunto con el señor Thomas».

Colin no pudo evitar señalar. «Son muchas las *probabilidades* y *posibilidades*».

La mirada de Ainsworth era directa y tranquila. «La conozco, Colin. Ella va a estar allí».

El White Crow Inn era un edificio de ladrillo de tamaño modesto con grandes ventanales que daban a la calle y rosas plantadas en el frente. La sala común estaba algo abierta al vestíbulo y contenía solo unos pocos clientes. No había señales de Caillie ni de su fiel collie.

«¿Puedo ayudarlos?», preguntó una joven sirvienta mientras avanzaba desde una habitación trasera.

«Estamos buscando a una muchacha de cabello oscuro acompañada de un perro blanco y negro», dijo Ainsworth rápidamente. «Creemos que vino aquí buscando a uno de sus clientes, un señor Thomas. ¿Los ha visto?».

«Oh, sí. La chica llegó hace más de una hora al menos». La sirvienta frunció el ceño mientras cruzaba los brazos sobre el pecho. «Es una cosita feroz, que hace exigencias y cosas así. El viejo Crawley no tolera esas tonterías de nadie. Estaba a punto de que la echaran de culo cuando el señor Thomas, que estaba desayunando en ese momento, oyó su nombre e intervino».

«¿Dónde están ahora?», preguntó Colin secamente.

La mujer lo miró y rápidamente notó su elegante atuendo. «No lo sé. Estaba ocupada. Los vi hablar durante unos minutos y luego se fueron».

«¿El señor Thomas ya dejó la posada?».

Uno de los huéspedes del comedor dio un silbido, llamando la atención de la mujer. Ella le lanzó al silbador una mirada hostil antes de volver a mirar a Colin. «No lo creo. Está en la habitación seis si quiere verlo usted mismo», murmuró mientras se apresuraba hacia el

exigente cliente.

Rápidamente encontraron la habitación de Thomas al final del pasillo en el segundo piso. Justo cuando Colin levantó la mano para llamar a la puerta, un murmullo bajo de risas, en lo que seguramente podría haber sido la voz del señor Thomas, sonó desde adentro. Inmediatamente después, se oyó el familiar tono cadencioso de la voz de Caillie.

Sin esperar a que Colin tocara, Ainsworth agarró el pomo de la puerta y entró en la habitación sin anunciarse.

Caillie y el señor Thomas estaban sentados conversando frente a una chimenea apagada con Bramble acurrucado en el suelo a los pies de la muchacha. La figura grande y oscura del galés contrastaba marcadamente con la de la ágil muchacha sentada en la silla a su lado, pero los dos parecían perfectamente cómodos en compañía del otro.

Caillie jadeó de sorpresa cuando entraron en la habitación mientras el señor Thomas se ponía de pie rápidamente. «¿Qué demonios?», preguntó con un gruñido fuerte y amenazador.

«Hola», exclamó Caillie mientras Bramble saltaba y corría para rodear sus piernas en un saludo entusiasta. «¿Qué están haciendo aquí ustedes dos?».

«Sabes muy bien por qué estamos aquí, muchacha», respondió Ainsworth con severidad. «¿En qué estabas pensando al salir corriendo de la casa de esa manera? ¿Sin decirle a nadie a dónde ibas? ¿Asustándome hasta la muerte?».

«Un momento. ¿No sabían que ella estaba aquí?», preguntó el señor Thomas con el ceño fruncido.

Ainsworth se volvió hacia él y le preguntó con incredulidad, «¿de verdad pensó que la enviaríamos sola a reunirse con un extraño?».

«Yo...», Thomas claramente no tenía respuesta para eso.

«No había necesidad de preocuparse», interrumpió Caillie. «Simplemente deseaba tener unas palabras con mi hermano».

El señor Thomas se puso visiblemente rígido ante la referencia a su asociación, pero no negó el término. Colocándose al lado de Ainsworth, Colin señaló con firmeza, «deberías haber esperado a que uno de nosotros te acompañara».

«Pero ¿lo habrían hecho?», preguntó la chica con una mirada mordaz. «Por lo que escuché, estabas bastante contento de dejar que Beynon se fuera de la ciudad, para no ser visto nunca más».

Colin miró al otro hombre y notó su semblante oscuro y su postura tensa. «El señor Thomas dejó en claro que eso era lo que quería».

«Pero si todavía ni siquiera me había conocido», argumentó Caillie. «Y se merecía saber lo que estaba pasando con Max».

«¿Qué sabes de Max Owen?», preguntó Ainsworth con dureza.

«Sé que está en serios problemas», respondió la chica en tono impertinente. «Y necesita nuestra ayuda. La de *todos* nosotros».

«Nuestra conversación de esta mañana no era para tus oídos, Caillie», observó Colin.

«¿Y por qué no?», casi gritó la chica mientras levantaba las manos con exasperación. «También son mis hermanos. ¿No debería tener tanta voz y voto sobre cómo se manejan las cosas como tú o Roderick?».

Colin miró a Ainsworth, quien le devolvió la mirada con una expresión que claramente decía que dejaba esa pregunta en sus manos. Suspiró y volvió a mirar a su hermana menor. Su expresión rebelde se suavizó con su evidente preocupación y compasión. Quería decirle que era demasiado joven para preocuparse por esas cosas. Que ella debía confiar en sus decisiones.

Pero no pudo hacerlo.

Se agachó a su lado y le dijo, «tienes razón».

Ella abrió mucho los ojos y Ainsworth emitió un breve sonido detrás de él, pero él continuó con seriedad. «Deberías haber estado mejor informada. Deberías haber tenido la oportunidad de dar tu opinión y ofrecer sugerencias. Lo haré mejor en el futuro».

Hubo una larga pausa mientras la chica consideraba sus palabras. Luego asintió y sonrió antes de rodearlo con sus brazos para darle un rápido abrazo. «Gracias, Colin».

Cuando se apartó de nuevo, miró a Thomas con una pequeña sonrisa. «Te dije que era razonable y amable». Luego miró por encima del hombro de Colin para agregar en un tono que casi logró sonar arrepentido. «Y lo siento, Worthy, por asustarte, pero sabes que no podía hacer *nada*».

Colin se puso de pie cuando Ainsworth dio un paso adelante.

«Sí, y entiendo tu deseo de involucrarte más», bajó las cejas. «Pero vamos a tener otra pequeña charla sobre escuchar a escondidas, muchacha».

Caillie puso los ojos en blanco suavemente. «Sí, Worthy».

El momento de breve acuerdo fue interrumpido por Thomas mientras se aclaraba la garganta bruscamente. Se había quedado torpemente a un lado hasta ahora cuando dio un paso adelante. «Entonces, ¿tienen noticias?», preguntó bruscamente. «¿Sobre el muchacho?».

«Logramos retrasar el interrogatorio», respondió Colin, «pero permanece detenido en Bow Street».

«¿Él lo hizo?», preguntó Caillie en voz baja, con los ojos muy abiertos. «¿Mató a alguien?».

Colin respondió con sinceridad. «Tengo a alguien investigando

el asunto ya que cree que puede ser inocente. Pero todo depende de si se puede demostrar eso».

«Todo lo que podemos hacer ahora es esperar más noticias», dijo Ainsworth, y agregó con insistencia, «que serán dirigidas a la residencia Wright, que es donde deberíamos estar».

«Está bien», respondió la chica mientras hacía un gesto que atrajo a Bramble a su lado. Deslizó la mano sobre la cabeza del collie y miró a Thomas. «Tú también vienes, ¿no, Beynon?».

Thomas se puso rígido y dirigió su mirada oscura a Colin.

«Por supuesto, es bienvenido a regresar con nosotros», afirmó sin dudarlo.

La pesadez en la mirada del hombre más joven no se alivió ni siquiera cuando volvió a prestar atención a su hermana y asintió lentamente. «Iré. Por ahora».

Caillie sonrió. «Perfecto».

Capítulo Veintisiete

De vuelta en el salón de la residencia Wright, Colin tuvo que hacer acopio de toda su fuerza de voluntad para permanecer sentado en uno de los sillones de respaldo alto y no caminar de un lado a otro con ansiedad por la habitación. Si se dejaba llevar por las emociones que lo agitaban en el interior, lo que era la preocupación, la gratitud y la incertidumbre, aunque fuera por un momento, temía perderse.

Caillie estaba sentada en el suelo, junto a la mesa de té, y Bramble se acurrucó a su lado mientras evaluaba con atención el surtido de mollejas que había traído la señora Athens junto con el té que Colin había pedido. La chica se había saltado el desayuno y estaba debatiendo cuidadosamente entre un pastel ligeramente glaseado relleno de crema de limón o un pan recién horneado rociado con miel.

Ainsworth se sentó en la esquina del sofá más cercana a Caillie. Después de cumplir el papel de anfitriona y servir el té, habló en voz baja con Caillie y, aunque su mirada se dirigía con frecuencia a Colin, no presionó para entablar conversación con él. Sin embargo, ella le lanzó un par de miradas mordaces al hombre que estaba al otro lado de la habitación.

En cuanto pudo, el señor Thomas tomó su taza de té y su platillo y se retiró rápidamente a la esquina donde se encontraba de pie junto a las ventanas que daban al jardín. Su atuendo sencillo y algo tosco era ligeramente incongruente con el salón de la casa. Y Colin sospechaba que el joven era muy consciente de ese hecho. Más de una vez, lo vio tirando de su abrigo o quitándose alguna mota invisible de sus pantalones de lana antes de mirar a su alrededor con una mirada de cautelosa sospecha.

Colin sabía que debía decir algo para que su hermano se sintiera más cómodo, pero temía hacer exactamente lo contrario. Su interacción anterior no había sido exactamente amable y sospechaba que era la sola presencia de Caillie lo que impedía que el hombre más joven fuera más abiertamente hostil. Colin odiaba lo inepto que era con este tipo de cosas y deseaba poder decir algo inteligente o encantador para aligerar el ambiente. Pero sobre todo quería respetar la evidente determinación del otro hombre de mantener un poco de distancia.

Thomas estaba allí y eso era suficiente por ahora. Tenía que ser así.

Colin no tenía idea de lo que Caillie podría haberle dicho en la posada al molesto joven enojado, y aunque nunca quería que ella escapara de esa manera otra vez, sabía que Thomas probablemente

estaría de regreso a Gales en ese momento si la chica no hubiera tomado el asunto en sus propias manos.

Cambiando su atención de su hermano a su hermana, Colin sintió que un poco de su tensión se aliviaba cuando la chica se metió el último bocado de su pastel en la boca. Al captar su mirada, ella le mostró una sonrisa dulce.

Él no pudo evitar sonreír a cambio.

«¿Colin?», preguntó pensativamente, «¿alguna vez te conté de la vez que nuestro herrero local perdió su armiño mascota y tuvo a todo el pueblo buscando a la criatura?».

Sospechando la intención de la chica, ya no estaba asombrado por sus habilidades perceptivas.

«No creo que lo hayas hecho».

Mientras Caillie se lanzaba a contar su animada historia de aventuras cómicas, Colin levantó la vista y vio que Ainsworth lo observaba atentamente. Aunque llevaba la taza de té a la boca, la curva de sus labios y la calidez de sus ojos sugerían que estaba sonriendo. Una sonrisa íntima destinada solo para él.

Y a pesar de su ansiedad por Owen y su incertidumbre con Thomas, Colin sintió de repente que todo iba a ir bien. Sosteniendo su mirada, respiró profundamente y se permitió aceptar las circunstancias actuales como lo que eran: un progreso en la dirección correcta.

Tanto si Thomas se quedaba en Londres como si no, al menos ahora estaba con ellos.

Y cualquiera que fuera la noticia que recibieran sobre el joven Owen, la abordarían juntos.

Cuando Caillie llegó a una parte particularmente divertida de su historia, el inesperado sonido de la risa áspera de Thomas retumbó desde la esquina de la habitación. Aunque el joven galés seguía mirando fijamente por la ventana, parecía que había estado escuchando la historia de su hermana.

Colin tuvo solo un momento para reconocerlo antes de que Shaw apareciera en la puerta.

«El señor y la señora Bentley han llegado, milord», anunció solemnemente el mayordomo. «¿Debo decir que no va a recibirlos?».

«Está bien», respondió mientras se ponía de pie. Colin no estaba para nada sorprendido por la llegada de los Bentley. Sabía cuando él y Roderick se separaron después de la oficina del magistrado que su hermano no podría simplemente esperar noticias. En todo caso, le sorprendió que hubiera tardado tanto en aparecer. «Hazlos pasar».

«Como desee».

El mayordomo se apartó y unos momentos después, los Bentley entraron en el salón.

«Lamento interrumpirte, Wright», dijo Roderick con una sonrisa impenitente que hizo que su esposa pusiera los ojos en blanco sutilmente.

Colin respondió. «Me sorprende que te hayas abstenido tanto tiempo». Luego se volvió hacia su cuñada con un gesto de asentimiento y una sonrisa breve pero sincera. «Bienvenida, señora Bentley».

«Gracias, milord», respondió rápidamente antes de mirar a Ainsworth. «Hola, señorita Morgan. Y Caillie, es un placer volver a verte, querida».

«¡Hola!», Caillie sonrió radiante en respuesta. «Hola, Roderick».

«Muñequita», respondió con un guiño. Luego, al ver a Thomas, que se había dado vuelta al ver su llegada, pero se quedó al otro lado de la habitación, Roderick arqueó una ceja interrogativa hacia Colin antes de dirigirse directamente a su hermano. «Es bueno verlo, señor Thomas. Sorprendente. Pero bueno. Anoche no se quedó el tiempo suficiente para que le presentara a mi esposa». Acercó a la señora Bentley a su lado y esbozó una sonrisa. «Emma, este es el señor Beynon Thomas, el temperamental galés del que le hablé».

Sin sorprender a nadie, Thomas frunció el ceño ante la presentación, pero fue rápidamente seguido por una respetuosa inclinación de cabeza. «Un placer, señora Bentley».

«En efecto, señor Thomas», respondió ella amablemente, «estoy agradecida por la inesperada oportunidad de conocerlo, a pesar de las circunstancias bastante desalentadoras».

«Muy bien», dijo Roderick mientras su mirada se dirigía de nuevo a Colin. «¿Alguna noticia de Nightshade?»

«Todavía no», respondió Colin y, por un momento, el peso de la aprensión colectiva inundó la habitación.

«Quizá debería pedir más té», sugirió Ainsworth.

«Oh, y más dulces», añadió Caillie alegremente.

Colin no tardó mucho en notar cómo cambiaba la atmósfera en la habitación con los recién llegados. Mientras Ainsworth y Emma hablaban sobre el éxito de la fiesta de compromiso, Roderick y Caillie comenzaron a bromear entre sí. Las bromas amistosas y casuales lograron aliviar gran parte de la tensión previa. Y aunque el señor Thomas permaneció en su lugar junto a las ventanas, no le dio la espalda a la habitación.

Colin observó a su hermano menor. Con cautela. Lo último que quería era hacerlo sentir incómodo. Bueno, *más* incómodo de lo que ya estaba.

Aunque un ceño fruncido oscuro y pesado parecía permanentemente fijo en los rasgos rudos del joven y su oscura mirada seguía evaluando cautelosamente, Colin tuvo la sensación de

que Thomas se estaba suavizando, relajándose poco a poco. No era nada evidente en la expresión severa del hombre. Tampoco se podía detectar en su figura musculosa, que permanecía rígida e inmóvil, como si Thomas tuviera miedo de interactuar demasiado con su entorno.

Pero como fuera, Colin tenía esperanzas.

Especialmente cuando Emma logró obligar al hombre más joven a que se alejara de la ventana y adoptara una posición más conversacional frente a la chimenea. Su sincera curiosidad finalmente lo hizo abrirse un poco. Y aunque sus respuestas seguían siendo bruscas y breves, también revelaban algunos elementos clave de su vida.

Tenía varios hermanos pequeños: tres hermanos menores y dos hermanas. Su padrastro había fallecido recientemente, dejando la granja familiar a Thomas. Era una responsabilidad que se tomaba muy en serio. Y más que eso, estaba claro que amaba la tarea. Había un orgullo tranquilo en su actitud cuando hablaba de la granja, al igual que su amor por su familia era evidente en el tono protector de su voz.

El joven era innegablemente temperamental, desconfiado y hosco. Pero parecía que poseía una lealtad profundamente arraigada hacia aquellos que tenían la suerte de ganársela.

Cuando Colin desvió su mirada de Thomas a Roderick y Emma, luego a Caillie y finalmente a Ainsworth, no pudo ignorar la sensación de que todo estaba bien. Así era como se suponía que debía ser la familia. No siempre era cómodo y, aunque podía haber conflictos ocasionales, también había cooperación y una especie de equilibrio. Caillie y Roderick compensaban con creces la falta de encanto y de comunicación de Colin, añadiendo una ligereza al tono de la reunión. La naturaleza amable y pragmática de Emma podía hacer que cualquiera se sintiera a gusto. Y la audaz seguridad en sí misma de Ainsworth era a la vez tranquilizadora e inspiradora.

Al mirar a Ainsworth ahora, sentada escuchando atentamente la voz baja de Thomas, mientras el hombre hablaba primero vacilante y luego con creciente seguridad sobre su hogar, Colin sintió una oleada de calidez por toda su persona. La rectitud dentro de él se expandió exponencialmente. Rectitud. Facilidad. Deseo. Anhelo. Y más.

Cuando pareció notar su mirada con el rabillo del ojo, lo miró de reojo. Al notar su mirada intensa, sus labios se separaron en un suspiro rápido y sus ojos verdes se oscurecieron. Eso fue todo lo que se necesitó para que las llamas que ardían bajo la superficie de su existencia cobraran vida instantáneamente.

Rápidamente cambió su enfoque, asegurándose de no mirar en dirección a Roderick. No habría forma de ocultar sus pensamientos o

sentimientos actuales de ese astuto hermano. Pero cuando captó la mirada de Caillie, se dio cuenta de que no era mucho mejor.

La chica lo miraba con una sonrisa amplia y demasiado conocedora.

Entrecerró los ojos, pero la chica solo sonrió más ampliamente antes de apartar la mirada para rascar a Bramble detrás de las orejas.

Justo cuando parecía que el Sr. Thomas se estaba sintiendo incómodo por ser el foco principal de atención, Roderick tomó el control de la conversación con una facilidad que evitó que el cambio se sintiera incómodo o forzado. Y pronto, todo el mundo escuchaba con gran atención sus anécdotas salvajes sobre la vida en una sala de juego.

Estaba en medio de contar un incidente particular que había tenido lugar poco después de que Emma había comenzado a trabajar para él como contable y que había resultado en que Roderick recibiera un disparo de un cliente angustiado cuando Shaw apareció una vez más en la puerta del salón.

Todos guardaron silencio cuando el mayordomo anunció, «El Sr. Davies, milord».

Como a Shaw le habían aconsejado que hiciera pasar al hombre de Nightshade sin demora, el hombre dio un paso alrededor de Shaw justo cuando el mayordomo terminó la presentación.

Todos los que estaban sentados se pusieron de pie y se giraron expectantes hacia el recién llegado. El Sr. Davies, sin embargo, ignoró a todos excepto a Colin mientras se acercaba para hacer una pequeña reverencia con la cabeza. «Milord».

«Hola, Sr. Davies», le tomó todo su esfuerzo mantener su tono sereno y sin prisas. «¿Tiene noticias?».

«Sí». Hizo una pequeña pausa. «No todas buenas».

Roderick hizo un sonido ronco de impaciencia. «Cuéntenos, hombre».

Davies, que no se dejaba intimidar, esperó a que Colin asintiera antes de explicarse.

«Nightshade logró recuperar las pruebas necesarias para demostrar que Max Owen ni siquiera estaba cerca del lugar del crimen cuando ocurrió». El hombre se aclaró la garganta para continuar. «Parece probable que un rival de la banda criminal a la que pertenece haya orquestado el robo y cometido el asesinato para incriminar al señor Owen y sacarlo del camino para crear una oportunidad para su propio ascenso. Las pruebas han sido entregadas al magistrado, que ya ha retirado los cargos contra Owen».

El anuncio creó una suave oleada de alivio en la sala. Colin, sin embargo, mantuvo su atención fija en Davies. Temía hacerse demasiadas ilusiones antes de escuchar todo. «¿Nightshade descubrió

todo esto en las últimas horas?».

Davies se aclaró la garganta de nuevo. «Bueno, no exactamente. Había estado siguiendo una pista sobre el rival durante algún tiempo, pero antes no tenía nada concreto que informar».

«Mencionó que no todas las noticias eran buenas», insinuó Colin.

«Al no ser consciente de lo que se estaba haciendo para ayudarlo, el Sr. Owen no esperó a que se demostrara su inocencia». Hizo una pausa extraña. «El muchacho se adelantó a su liberación escapando de la custodia. Desafortunadamente, esto no le ha hecho ganarse la simpatía del magistrado».

«¿El maldito bribón escapó?», cuestionó Roderick.

«Lo hizo», respondió Davies sin molestarse en volverse hacia el otro hombre. «También logró evadir al hombre que Nightshade había colocado para vigilar Bow Street justo para este suceso. Ha desaparecido de manera efectiva».

«¿Cómo puede un hombre simplemente desaparecer?», intervino la voz grave de Thomas.

«El Sr. Owen está excepcionalmente familiarizado con las madrigueras del East End. También es probable que tenga algunos amigos y asociados repartidos por toda la colonia que están dispuestos a ayudarlo. Hace tiempo que se sospecha que esta es la razón por la que no tuvimos éxito en localizarlo antes de que cayera en manos de las autoridades».

«Pero eso es algo bueno, ¿verdad?», Caillie habló con optimismo. «Que tenga tanta gente dispuesta a protegerlo».

A pesar de su evidente frustración por el nuevo desarrollo, Roderick logró sonreírle. «Muy cierto. Aunque a nosotros nos dificulta las cosas».

«Nightshade supuso, milord», continuó Davies dirigiéndose al conde, «que usted desearía que continuáramos nuestra búsqueda. Me ha asegurado que tiene algunos hilos nuevos que seguir y que le gustaría aprovecharlos mientras el rastro esté fresco, por así decirlo».

«Por supuesto», respondió Colin rápidamente. Luego miró a sus otros hermanos. «¿A menos que alguno de ustedes tenga una objeción? ¿O algo más que crean que deberíamos considerar?».

Roderick y Caillie dejaron en claro que no tenían objeciones.

Pero Thomas se aclaró la garganta bruscamente. «Parece que el chico no desea que lo encontremos».

«Temperamental, leal y *decidido*», señaló Colin en voz baja en una enmienda a su evaluación anterior.

«¿Está diciendo que le gustaría cancelar nuestros intentos de acercarnos a él?», preguntó, encontrando la mirada de ojos negros del galés.

Todos esperaban la respuesta de Thomas a la pregunta directa.

En el tenso silencio que siguió, una variedad de emociones pasó por el semblante oscuro del joven, incluyendo molestia, frustración, resistencia y conflicto interno. Finalmente, con el ceño fruncido miró a Caillie, respiró hondo y respondió. «Supongo que se le debe dar la oportunidad de conocer toda la verdad sobre sus orígenes para poder decidir lo que es mejor para él».

El alivio de Colin fue inmenso, pero lo contuvo mientras miraba de nuevo a Davies. «¿Cree Nightshade que puede encontrarlo?».

No hubo vacilación. «Con tiempo suficiente».

Colin asintió. Eso ya era algo. Era esperanza. «Gracias, Sr. Davies. No lo entretendré más. Por favor, manténganos informados de cualquier novedad».

El hombre de Nightshade hizo otra reverencia antes de darse la vuelta y salir de la habitación.

«¿Qué hacemos ahora?», preguntó Caillie.

Emma colocó una mano reconfortante sobre el hombro de la chica. «Esperaremos, cariño, a que Nightshade continúe su investigación».

«Y como la tarea podría llevar algo de tiempo, creo que será mejor que regresemos a casa». La expresión de Roderick tenía un dejo de tensión mientras le decía a su esposa, «deberías estar descansando».

Ella entrecerró la mirada mientras respondía con voz tranquila pero firme. «Te dije que estoy perfectamente bien. No hay necesidad de preocuparse».

«Asegúramelo Colin», dijo con la misma severidad antes de dirigir una mirada mordaz a su hermano. «¿Me enviarás un mensaje?».

«Por supuesto».

Roderick se volvió hacia el señor Thomas. Hubo un breve momento de tensión antes de que extendiera su mano. «Me alegra verlo todavía en la ciudad, Thomas. Si desea una mejora en el alojamiento de la posada, es bienvenido a quedarse con nosotros».

«En realidad», interrumpió Colin en un tono firme, «si está de acuerdo, me gustaría que se quedara aquí, en la residencia Wright por un tiempo. Me daría la oportunidad de responder cualquier pregunta que pudiera tener».

Después de una pausa, el Sr. Thomas se volvió hacia los Bentley. «En otra ocasión. Tal vez».

Su respuesta poco entusiasta no pareció molestar a Roderick en lo más mínimo mientras sonreía cálidamente. «Cuando usted *guste.* Y eso también aplica al club. Ya le han agregado a nuestra membresía».

Caillie se puso de pie de un salto. «Todavía quiero conocer tu club, Roderick, no lo olvides».

Bentley soltó una carcajada mientras se inclinaba para tirar de

un mechón de su cabello. «Dudo que me dejes hacerlo, muñeca».

Ainsworth miró fijamente el reloj. «Tales aventuras tendrán que esperar para otra ocasión, desafortunadamente, ya que ahora llegamos muy tarde para nuestras lecciones».

Caillie gimió con consternación, pero se puso de pie de mala gana. «¿No podemos saltarnos nuestras lecciones de hoy?».

«Me temo que no, cariño. Pero en aras de un compromiso, acortaré el programa de hoy y, si terminamos a tiempo, más tarde llevaremos a Bramble al parque».

Con evidente renuencia, Caillie se despidió. Antes de salir de la habitación con Bramble trotando lealmente tras sus talones, hizo una pausa para susurrarle algo privado al señor Thomas, quien asintió sombríamente como respuesta.

Cuando Ainsworth se dio la vuelta para seguirla, pareció dudar, como si estuviera tentada de mirar a Colin. Pero no lo hizo.

Él la observó subir la gran escalera mientras él llevaba a los Bentley por el pasillo hasta la puerta principal, donde encontraron a Shaw. Una parte de él deseaba en silencio que ella se diera la vuelta y lo mirara. Cuando no lo hizo, se dijo a sí mismo que era lo mejor. Tal vez no hubiera podido resistirse a revelar el hambre que lo había estado desgarrando desde esa mañana.

Al apartar la mirada, vio a Roderick observándolo con una media sonrisa y esa mirada en sus ojos que siempre prevenía alguna burla grosera y descarada.

Rápidamente, Colin lo interceptó con una mirada dura y amenazadora que provocó una risita baja, pero agradeció que el otro hombre mantuviera el comentario entre dientes.

Unas cuantas despedidas rápidas más y garantías de mantenerse en contacto con respecto a Owen y luego solo quedaron Colin y Thomas de pie en el pasillo.

Volviéndose hacia el hombre más joven, Colin envolvió su mano alrededor de su muñeca detrás de su espalda. «La Sra. Athens puede encargarse de que se instale en una de nuestras habitaciones de invitados mientras envío a alguien a buscar sus cosas a la posada».

«No».

La respuesta cortante desencadenó un rápido impulso de discutir, pero se mantuvo paciente mientras esperaba que su hermano aclarara la objeción.

«Preferiría saldar mi propia cuenta y ocuparme de mis pertenencias yo mismo», afirmó Thomas con firmeza. Luego se encogió ligeramente de hombros. «Si da igual».

«Por supuesto. Lo que desee», Colin se aclaró la garganta. «Las cenas se han vuelto bastante informales, pero me encantaría que se uniera a nosotros esta noche».

Una pausa. «Lo consideraré».

Colin asintió, deseando una vez más saber qué decir para tranquilizar al hombre más joven. Probablemente Roderick soltaría alguna broma ligera. Incluso Ainsworth sin duda tendría algo perfecto que decir. Caillie simplemente le mostraría una sonrisa brillante y encantadora e insistiría en que el hombre se relajara. Colin, por otro lado, solo podía quedarse allí de pie, incómodo, ya que todo lo que *quería* decir parecía no estar del todo bien.

Thomas cambió su peso de un pie al otro mientras miraba hacia la puerta principal. Parecía que estaba a punto de irse y, de repente, cambió de opinión. Su mirada oscura bajó al suelo brevemente antes de rebotar de nuevo hacia el rostro de Colin.

«Escuche, eh, milord», comenzó, su tono brusco y vacilante, «no soy bueno en este tipo de cosas. Llevo una vida sencilla. Trabajo duro. Me preocupo por mi familia. Duermo bien por las noches. Todo esto...», hizo un gesto para señalar el vestíbulo de entrada, que sin duda era opulento, antes de incluir al propio Colin con un breve asentimiento, «me resulta muy extraño. Pero estoy aquí. Y me quedaré tanto tiempo como pueda, lejos de mis responsabilidades. Eso es todo lo que puedo prometer por ahora».

Colin sintió la honestidad de las palabras del otro hombre y se dio cuenta de lo difícil que había sido para él hacer incluso esa concesión. No tenía otra opción que correr el riesgo y revelar un poco de su propia verdad.

«Es más que suficiente, señor Thomas». Respiró hondo y miró fijamente a su hermano. «La verdad es que yo tampoco soy muy bueno en este tipo de cosas», permitió que una sonrisa irónica se inclinara sobre sus labios. «Pero estoy tratando de hacer lo mejor. Hace poco descubrí que abrirse a cosas nuevas puede resultar que valga la pena el supuesto riesgo».

Los ojos de su hermano se entrecerraron brevemente, luego emitió una especie de gruñido brusco de reconocimiento antes de preguntar, «¿de verdad cree que se pueda encontrar a Max Owen?».

«Eso espero», respondió Colin de buena gana.

«¿Y luego qué? Incluso si es inocente del cargo de asesinato, podría resultar no ser mejor que un criminal común. ¿Por qué arriesgar su nombre y reputación? ¿Por qué tomarse tantas molestias por un extraño?».

Colin miró a los ojos oscuros y desconfiados del hombre más joven. «Porque es nuestro hermano».

La respuesta fue bastante clara para Colin, pero pareció angustiar aún más a su hermano. «Nuestro padre fue un hombre despiadado y cruel al que no le importaba en absoluto cómo sus acciones afectarían a nadie más que a sí mismo», continuó Colin.

«Owen no tuvo elección en la vida que le tocó ni en cómo se vio obligado a sobrevivir. Me gustaría darle una oportunidad».

Las cejas pobladas de Thomas se fruncieron sobre su mirada entrecerrada. «¿Y si elige continuar por su camino criminal?».

Colin consideró su respuesta con cuidado. Pero en realidad solo había una respuesta verdadera. «Aún así me gustaría conocerlo».

Las facciones de Thomas estaban tensas y demacradas mientras parecía procesar la respuesta de Colin. Había confusión en su interior, eso estaba claro, pero parecía estar haciendo un esfuerzo por superarla, o al menos, por comprender el otro lado de las cosas.

«¿Puedo preguntarle algo, señor Thomas?», dijo Colin, cediendo a un impulso poco común.

Cuando el otro hombre dudó, pero luego asintió brevemente, Colin continuó con cuidado. «Entiendo si prefiere no contestar, o si hacerlo traicionaría cierta confianza, pero tengo curiosidad por saber qué le dijo nuestra hermana esta mañana para hacerle cambiar de opinión sobre quedarse».

Thomas comenzó a cambiar de posición de nuevo, claramente incómodo, pero luego se encogió de hombros otra vez. «Después de tomarse unos minutos para reprenderme por pensar en irme de Londres sin conocerla, me sentó y me explicó con toda franqueza que estaba siendo un cobarde».

Colin arqueó las cejas con sorpresa, pero no lo interrumpió.

«Afirmó que ninguno de nosotros habría elegido al padre que nos dieron, pero que es algo que todos tenemos en común». Bajó la mirada y soltó una risita. «Luego sugirió que la mejor manera de vengarse de ese cabrón sería anulando por completo su plan de sembrar odio y venganza uniéndonos y encontrando alguna manera de seguir adelante… como una familia». Arqueó las cejas. «Y sí, usó la palabra *cabrón*».

Colin no pudo contener una breve carcajada. «Eso no me sorprende».

«Es muy persuasiva esa chica», señaló Thomas mientras sacudía la cabeza. «Y terriblemente inteligente».

«Sí que lo es», asintió Colin con una sonrisa relajada.

Capítulo Veintiocho

Por desgracia, las lecciones de Caillie ese día no salieron nada bien. Y aunque Ainsworth lo intentó, la culpa se debió tanto a su propia distracción persistente como a cualquier otra cosa. Después de un breve momento de inútil esfuerzo por mantenerse concentrada en la tarea, levantó las manos en señal de derrota.

«Ya está. No más. Vamos al parque».

Caillie se puso de pie de un salto. «Iré a buscar a Bramble».

«Yo veré si hay un mozo de cuadra que nos acompañe. ¿Nos vemos en el salón? No olvides tu sombrero», gritó Worthy mientras la chica salía corriendo de la habitación.

Unos siete minutos después, Ainsworth y Caillie estaban listas para salir. Bramble estaba atado con su correa y Randall estaba listo para escoltarlas cuando las puertas del estudio del lord se abrieron y el conde salió.

«Creí oír un poco de conmoción», señaló en un tono casual mientras se acercaba.

«Lamento haberlo molestado, milord», dijo Ainsworth en el tono más ligero que pudo manejar con el repentino calor que su aparición desencadenó en su sangre. «Pronto saldremos de aquí».

Su ceño se frunció. «De ningún modo. ¿Van al parque?».

«Sí. Me temo que hoy no podremos seguir con nuestras lecciones».

«Una caminata rápida y un poco de aire fresco suenan como una alternativa perfecta. Tal vez debería acompañarlas».

«Oh, sí, Colin, por favor, hazlo», exclamó Caillie. «Es mucho más divertido cuando vienes. ¿No es así, Worthy?».

Ainsworth miró a la chica con atención. ¿Por qué parecía que había demasiado entusiasmo en su tono?

«A menos que prefiera que no lo haga», añadió el conde lentamente.

«¿Qué?», Ainsworth volvió la mirada hacia él y notó el destello de incertidumbre en sus ojos. «No. Por supuesto que no. Nos encantaría su compañía, milord. ¿Deberíamos invitar también al señor Thomas?».

«Ha vuelto a la posada para recoger sus cosas. Espero que quede instalado esta noche y que se una a nosotros para cenar».

«¿Se quedará aquí?», preguntó Caillie con esperanzada emoción.

«Lo hará».

La muchacha dio un grito que hizo que Bramble saltara sobre

sus patas traseras con igual entusiasmo.

«Eso es maravilloso», dijo Ainsworth, captando la mirada del conde.

«Cuando menos, es un progreso», respondió el conde y Ainsworth sospechó que estaba pensando en el hermano menor escondido en algún lugar de Londres.

«Lo encontrarás», susurró suavemente antes de pensarlo mejor.

Hubo una pequeña pausa mientras sus miradas se mantenían en comunicación silenciosa. Luego, el conde terminó el momento volviéndose hacia Randall, que había estado de pie cerca de la puerta preparándose para escoltarlos en su caminata. Él asintió y el hombre hizo una reverencia antes de dar un paso atrás para permitir que Shaw se acercara con el sombrero y los guantes del conde.

A pesar de los acontecimientos anteriores del día, el conde parecía más relajado de lo que ella lo había visto nunca mientras hacían sus rondas por el parque. Sonrió al menos media docena de veces, ya sea por algo ingenioso que decía Caillie, alguna payasada imprudente realizada por Bramble o la única vez que pareció simplemente estar sonriendo sin razón aparente. Aunque sus sonrisas eran generalmente pequeñas, ligeramente torcidas y desaparecían rápidamente, Ainsworth se calentaba de adentro hacia afuera cada vez que veía una.

No habría sido apropiado que ella se aferrara a su brazo durante todo el recorrido de su caminata, pero se mantuvo tan cerca de su lado como era socialmente aceptable. Su cuerpo todavía vibraba con el deseo de estar sola, y desnuda con él otra vez, pero por ahora, simplemente estar en su compañía sería suficiente.

Desafortunadamente, su caminata se interrumpió bastante rápido cuando las nubes de tormenta comenzaron a acumularse sobre sus cabezas.

«Será mejor que regresemos o nos arriesgamos a que nos pille un diluvio», observó el conde con evidente renuencia.

«Probablemente tengas razón», convino Ainsworth antes de llamar a Caillie, que se había adelantado.

Acababan de llegar a casa cuando empezaron a caer las primeras gotas de lluvia. Mientras se quitaban las prendas exteriores y dejaban a Bramble en manos de un lacayo para la cena, Caillie sugirió otra actividad.

«¿Vamos a ver si el chef nos deja entrar en su cocina, Worthy? Los días lluviosos siempre han sido una buena razón para hornear un poco».

Ainsworth entrecerró los ojos. «Después de todos los pasteles que devoraste esta mañana, habría pensado que tu gusto por lo dulce debería estar bastante satisfecho».

La muchacha hizo un puchero perfecto. «Pero sería una forma ideal de terminar el día, ¿no crees? Y ha pasado una eternidad desde que comimos tu tarta de moras. Supongo que a su señoría le encantaría probarla, ¿no te parece, Colin?».

«Lo haría. Mucho», respondió.

El tono bastante profundo de su voz tocó una fibra íntima en Ainsworth. Mientras Caillie se alejaba a saltos hacia la cocina, se encontró con la mirada tranquila del conde y casi se derritió a sus pies.

¡Oh, Dios mío!

El hombre definitivamente no tenía en mente la tarta de moras. Y cuando ella comenzó a imaginar lo que sospechaba que estaba pensando, un suave sonido se escapó sin aliento de sus labios.

Una luz brilló en sus ojos y la comisura de su boca se curvó. Parecía que quería decir algo, pero luego se dio cuenta, con una rápida mirada hacia un lado, de que todavía estaban en medio del vestíbulo de entrada, donde cualquier cantidad de sirvientes podrían acercarse a ellos.

«¿Te opondrías a tener otro par de manos en la cocina?».

Ainsworth tuvo que respirar profundamente para calmar su corazón acelerado y aliviar el rubor que se arrastraba por su piel. «De ninguna manera, milord». Su voz se convirtió en un murmullo. «Aceptaré tus manos con mucho gusto».

Sus ojos se entrecerraron cuando otra llamarada de calor envolvió el azul de sus ojos. Y necesitó toda su voluntad para mantenerse erguida mientras sus rodillas se doblaban.

Pero entonces él hizo lo que ella nunca hubiera esperado.

Ignorando por completo el riesgo de ser visto o escuchado, se acercó e inclinó la cabeza junto a la de ella para susurrar con una voz rica y maravillosamente sensual. «Tendrás más que mis manos antes de que termine este día».

Suspiró con todo su cuerpo. «¿Es una promesa?».

Él no respondió mientras daba un paso atrás y le hacía un gesto para que lo precediera hasta la cocina, pero sus ojos le indicaban todo lo que necesitaba saber.

Las siguientes horas lograron distraer a Ainsworth de las palabras del conde mientras los tres se dedicaban a hacer un desastre absoluto en la cocina. El conde había sido sincero en su oferta de ayuda, pero como era de esperar, el hombre no tenía idea de lo que estaba haciendo. Esto desencadenó una andanada de bromas bastante incesantes por parte de Caillie, que se convirtieron en risitas y sonrisas mientras el conde seguía adelante, a pesar de su inexperiencia.

Por decir lo menos, era inquietante observar al caballero correcto y recatado de pie en la gran mesa de trabajo de la cocina con

el abrigo descartado, las mangas arremangadas y harina espolvoreando sus manos y chaleco. Ella lo vio sonreír más en esas dos horas que en todos los días anteriores. Incluso se rió un par de veces. Un sonido corto y ligeramente áspero que aún logró calentarle la sangre.

Caillie, sin embargo, no parecía muy sorprendida por esta versión relajada y juguetona del conde. Estaba claro que ambos empezaban a quererse mucho y Ainsworth se alegraba de ver que su relación se desarrollaba sin esfuerzo.

Hacía apenas un par de semanas no habría podido decir eso. Pero la dedicación del conde al bienestar de su hermana menor era incuestionable. Ainsworth no tenía ninguna duda de que haría todo lo que estuviera en su poder para asegurar la felicidad y el éxito futuro de Caillie a pesar de cualquier juicio social. Entre lord Wright y el señor Bentley, y Ainsworth sospechaba que el señor Thomas pronto demostraría su propia lealtad, su muchacha nunca estaría sin un campeón y protector.

Cuando la tarta estuvo terminada, era casi la hora de que el personal de cocina del conde comenzara a preparar la cena. Ainsworth habría dejado la golosina a un lado para disfrutarla después de la cena, pero Caillie logró convencerlos de que todos merecían disfrutar de los frutos de su trabajo de inmediato. Para dejar paso al chef y sus ayudantes, que estaban claramente sorprendidos por el estado desaliñado del conde y su presencia sin precedentes en sus dominios, se llevaron la tarta, tres platos y tres tenedores al comedor de desayunos.

Ainsworth miró por casualidad al conde mientras daba el primer bocado. El lento y deliberado deslizamiento del tenedor entre sus labios y la tranquila intensidad de su mirada provocaron una respuesta inmediata. La bestia desatada que se escondía en su interior estaba agazapada y lista, esperando pacientemente su oportunidad. Caillie recordó al instante su promesa anterior.

¡Qué vergüenza! ¿Quién habría pensado que un hombre con modales tan severos y un comportamiento tan refinado demostraría ser tan implacable y descaradamente sensual? ¿Y quién habría esperado que ella tuviera la suerte de cosechar beneficios tan placenteros de ese lado salvaje y desenfrenado de él?

Después de disfrutar a fondo de la tarta, Ainsworth insistió en que Caillie subiera las escaleras para lavarse y descansar un poco antes de la cena. Como había dormido tan poco la noche anterior, Ainsworth estaba deseando darse un buen baño y echarse una pequeña siesta. Pero en cuanto se le ocurrió la idea, recordó *porqué* se había acostado tan tarde.

Con esos pensamientos eróticos llenando su cabeza, no pudo

evitar mirar al conde mientras todos salían de la sala de desayunos. Debería haber sabido que él la miraría a ella. En verdad, era exactamente lo que esperaba recibir: otra mirada sensual de sus ardientes ojos azules y un delicioso retorcimiento en su bajo vientre. Otro compromiso silencioso con su promesa de terminar lo que no habían podido empezar adecuadamente esa mañana.

Maldita sea, esta noche no podía llegar lo suficientemente rápido.

Capítulo Veintinueve

Ainsworth se deslizó más profundamente en la enorme bañera hasta que su cabeza se deslizó bajo la superficie del agua perfumada. Un calor lleno de lujo la envolvía. El baño era maravillosamente relajante, pero no hizo nada para aliviar la incomodidad en su interior. En todo caso, el calor sedoso y los aromas sensuales solo aumentaron su deseo. Sus miembros estaban lánguidos y pesados mientras un hambre profunda y encantadora se retorcía y daba vueltas en su centro.

¿Cómo demonios lograría sobrevivir a la cena?

Necesitaba a Colin ahora. Necesitaba su beso. Sus caricias.

Salió a tomar aire, mantuvo los ojos cerrados mientras apoyaba la cabeza en el borde de la bañera. Podía escuchar el crepitar del fuego en la rejilla y sentir el calor flotante de las llamas, pero el calor más grande estaba en su interior.

Apretando las piernas y tensando sus músculos internos, experimentó un breve momento de alivio. Pero intensificó su malestar en lugar de aliviarlo. Necesitando algo más, deslizó la mano más allá de su vientre para presionar sus dedos contra su carne caliente. La presión era agradable, pero no era suficiente. Sintiéndose audaz y extrañamente desesperada, separó un poco las piernas y deslizó el dedo medio por la abertura de su sexo hasta llegar al sensible nudo de su clítoris. Con movimientos tentativos y exploratorios, hizo círculos y acarició hasta que sus piernas se tensaron y sus dientes atraparon su labio inferior.

Las mismas sensaciones que había experimentado con el conde estaban surgiendo en su interior, pero más lentas y menos intensas. Quería la intensidad. La ansiaba.

El agua chapoteaba contra las paredes de la bañera mientras movía la mano con más rapidez, persiguiendo el placer que parecía estar fuera de su alcance. Levantó la otra mano hacia su pecho, arqueó la espalda y apretó la suavidad mientras trataba de imaginar que era el conde quien la tocaba allí y que era su lengua, en lugar de sus dedos, la que se adentraba entre sus húmedos pliegues. El pensamiento envió un agudo arco de placer a través de ella y su nombre se escapó de sus labios antes de que pudiera detenerlo.

La palabra jadeante fue respondida por un gemido gutural corto, apenas audible pero innegable.

Se quedó quieta al instante. Abrió los ojos de golpe.

Todo dentro de ella se encendió en llamas cuando su mirada se estrelló contra la del conde.

Él estaba de pie frente a ella, apoyado contra la pared detrás de él mientras su mano se movía lentamente sobre el grueso bulto en sus pantalones.

La conmoción inicial de Ainsworth por su presencia silenciosa se disolvió rápidamente en una ola de calor lujurioso. «Colin», susurró de nuevo mientras presionaba la palma firmemente sobre su sexo, luego no pudo evitar frotar la base de su mano en pequeños círculos apretados sobre su clítoris hinchado.

«¿Qué estás haciendo aquí?», susurró.

Su voz era espesa cuando respondió. «Interrumpiste mi baño anoche. Parecía lo justo».

Cuando terminó de hablar, su mirada bajó hacia donde el sutil movimiento entre sus muslos perturbaba la superficie del agua.

De repente, insegura de ser atrapada haciendo algo tan lascivo, se quedó quieta.

Su atención se dirigió de nuevo a su rostro. «No te detengas. Me encantaría ver cómo te corres», añadió él.

Sus palabras provocaron un aleteo en su interior, arrancando un suave gemido de sus labios. Se acarició el sexo con los dedos mientras su visión se nublaba un poco. «No estoy segura de poder», susurró con voz ronca.

La bestia despertó en su mirada brillante. «¿Te ayudo?».

«Por favor».

Su respuesta fue apenas un suspiro, pero él respondió de inmediato. Se apartó de la pared y llegó a su lado en tres largas zancadas. Ella pensó que él agarraría uno de sus pechos mientras flotaban justo encima del agua o que deslizaría su mano hacia abajo para reemplazar la de ella entre sus piernas. En cambio, enganchó su mano alrededor de la nuca y la levantó mientras se inclinaba hacia adelante para sellar su boca sobre la de ella.

La danza erótica de su lengua y sus labios envió oleadas de sensaciones que se elevaron por todo su cuerpo. Con habilidad experta, su beso despertó cada nervio y agitó el núcleo más profundo de su deseo. Le trajo tanto placer a su alma hambrienta que ni siquiera se dio cuenta de que había dejado de mover la mano.

Pero él se dio cuenta. Levantó la cabeza y la miró fijamente a los ojos. Era una mirada de posesión y de promesa.

«¿Dónde debo tocarte?».

«En todas partes», respondió ella sin vergüenza.

Él sonrió y su corazón se agitó. «¿Dónde primero?».

Le tomó un momento a su mente comprender la pregunta y luego decidir una respuesta adecuada. Había demasiadas opciones. Demasiados lugares que ansiaban su caricia. Separó los labios y susurró las primeras palabras que se le escaparon. «Mis pechos».

El fuego ardió en sus ojos, diciéndole que estaba complacido con su respuesta.

Su mano, cuando cubrió su pecho, fue suave al principio. Su palma grande y cálida ahuecó su suave montículo, amasando y masajeando antes de ajustar su agarre para atrapar su pezón puntiagudo entre dos de sus dedos separados. Luego se inclinó sobre ella para tocar el capullo atrapado con su lengua. Burlándose y atormentándola mientras chispas de placer se disparaban a través de su centro hacia su dolorido sexo.

Él le dedicó la misma atención al otro pecho antes de soltarlo de su boca y enderezarse de nuevo hasta alcanzar su altura máxima.

Ainsworth lo miró por debajo de sus pestañas entrecerradas. Estaba hipnotizada por la visión de él. Un héroe conquistador. Un hombre de pasiones hirvientes, que mantenía el control con el único propósito de darle placer.

El grado de esfuerzo que requería de él era evidente en la tensión de sus pantalones sobre su miembro agrandado.

Ainsworth sintió una repentina e innegable necesidad de verlo. Todo él, pero especialmente esa parte de él que se había hinchado hasta la dureza lista para ella. Impulsivamente, levantó la mano para presionar su palma húmeda contra su longitud caliente. Aunque su cuerpo se tensó, no se movió. Y no habló.

Ella deslizó una rápida mirada hacia su rostro mientras él la miraba. Su enfoque era firme. Su respiración profunda. Sus músculos tensos y esperando.

Él no iba a detenerla. Una vez más, él le estaba permitiendo explorar como ella lo deseaba.

El reconocimiento le provocó a ella un escalofrío de placer que le hizo encoger los dedos de los pies.

Volviéndose a colocar en la bañera para sentarse de lado, puso ambas manos en la tarea de soltar el cierre de sus pantalones mientras él rápidamente se liberaba de su abrigo y chaleco y luego se sacaba la camisa por la cabeza.

En unas cuantas respiraciones más, ella logró soltarlo. Su erección caliente y pesada brotó de sus pantalones como si buscara su toque. Ella se lo dio de buena gana, rodeándolo con ambas manos para acariciarlo de arriba a abajo. Pero quería más de él. Lo acercó más, impulsivamente se inclinó hacia adelante y deslizó su boca sobre su punta.

El sonido profundo y placentero que salió de su garganta fue directo a su sexo.

Tomó más de él en su boca y presionó su lengua mientras aprendía la forma y la sensación íntima de él. Sosteniéndolo firmemente con una mano mientras le hacía el amor con la boca,

extendió la otra alrededor de él para agarrar su firme trasero.

Su gemido era delicioso. Ella aumentó el ritmo, atrayéndolo más profundamente, reclamándolo como suyo. Cada pequeña indicación de su placer aumentaba el suyo, de modo que cuando deslizó su mano en su cabello para alejarla suavemente de él, su cuerpo palpitaba de necesidad.

Ella lo soltó de mala gana e inclinó la cabeza para mirarlo.

Esa intensidad cuidadosamente controlada que él ocultaba tan bien se reveló plenamente en su postura feroz y poderosa. En la línea dura de su mandíbula y su mirada ardiente. Aflojó su agarre en su cabello para pasar la yema del pulgar sobre su labio inferior. Mirándola profundamente a los ojos, dijo bruscamente, «tu placer primero».

Ella suspiró y él se inclinó hacia adelante para tomar su boca en otro beso derretido.

«¿Dónde te acaricio ahora?», preguntó él en un murmullo contra sus labios.

«En cualquier lugar», suspiró.

Él soltó una risita y luego deslizó las puntas de sus dedos por la longitud de su columna vertebral en una caricia ligera y continua que le provocó escalofríos en la piel. Debajo de la superficie del agua, giró la mano para seguir la curva de su trasero con la palma mientras le daba besos suaves por el cuello y el hombro. Las yemas de sus dedos apenas rozaron el pliegue de sus nalgas antes de deslizar la mano hacia la parte posterior de su muslo.

Apretó suavemente y luego le separó las piernas con suavidad.

«¿Te toco aquí?», preguntó mientras sus dedos subían por la parte interna de su muslo.

Incapaz de hablar mientras las sensaciones se apoderaban de todo su ser, Ainsworth solo pudo asentir.

«Recuéstate», susurró él.

Ella regresó a la posición reclinada en la que había estado cuando él llegó por primera vez. Mientras contenía la respiración, él deslizó la mano por su pantorrilla para envolverla alrededor de su tobillo. Levantando su pie, lo apoyó en el borde de la bañera.

Su mirada, cuando encontró la de ella, era intensa y decidida. «Quédate así».

Ella casi gimió ante el calor y el peso de su tono.

«Muéstrame lo que estabas haciendo antes de descubrir que te estaba mirando».

Ainsworth frunció el ceño. ¿De verdad le estaba pidiendo que hiciera eso? ¿Ahora?

Al ver su renuencia, tomó su mano y la guió hacia abajo entre sus piernas. Presionando sus dedos contra su sexo, puso su mano sobre

la de ella. «Quiero saber cómo te gusta tocarte».

«Pero...», Ainsworth hizo una pausa para lamerse los labios. «Quiero que me toques *tú*».

«Lo haré. Nada en el mundo podrá impedirme hacerlo. Pero permíteme este placer primero».

La dulzura de sus palabras se combinó con la naturaleza autoritaria de su voz para dejarla sin otra alternativa que hacer lo que le pedía.

Con un aleteo en el vientre y la mano de él descansando cálidamente sobre la de ella, comenzó a deslizar sus dedos por sus pliegues. Al principio, cerró los ojos, obligándose a hundirse en las sensaciones. Pero al cabo de un rato volvió a abrirlos, pues necesitaba una conexión visual con él. Él se había agachado junto a la bañera y su hermoso rostro no estaba lejos del de ella, aunque su atención se centraba bastante en los movimientos de sus manos entre sus piernas. Ver la oscura intensidad de su expresión, el anhelo y el fuego, avivó su deseo y aumentó las sensaciones en su cuerpo.

Cuando ella levantó los dedos para rodear su clítoris, los músculos de su mandíbula se tensaron y se relajaron en una lucha rítmica por el control. Aumentó la presión y la velocidad de su caricia, jadeando mientras el placer se extendía por todo su cuerpo.

Y de repente algo cambió. En un suspiro, el placer se volvió más intenso. Era más profundo, más rico y más punzante. Le tomó otro momento darse cuenta de que era porque sus dedos habían reemplazado por completo los suyos. En algún momento, su mano había caído y ahora se aferraba con fuerza a su muslo mientras la tensión subía por su columna vertebral.

«Algún día, quiero verte llegar al orgasmo», murmuró él con voz espesa. «Pero ahora mismo, no puedo...». Su voz era ronca y áspera. «Necesito sentir tu calor resbaladizo. Necesito darte esto. Necesito *tener* esto».

Ella no estaba dispuesta a discutir. Él parecía saber mucho mejor que ella lo que su cuerpo ansiaba. Qué áreas delicadas le daban más placer y cómo acariciarla y provocarla. Ella inclinó las caderas en un intento de reclamar más de su toque y él murmuró su aprobación, respondiendo a su demanda silenciosa deslizando dos dedos profundamente dentro de ella.

Ella gimió y se arqueó y rodeó sus caderas.

Él retorció y curvó sus dedos, encendiendo nuevas y maravillosas sensaciones. Ella contuvo la respiración mientras sus dedos rudos se volvían más urgentes, más exigentes. Y cuando él deslizó su otra mano sobre su bajo vientre para rodear su clítoris con su pulgar ancho, decidió que moriría felizmente allí mismo bajo la magia de su toque.

«Colin», jadeó, levantando una mano para envolverla alrededor de la parte posterior de su cuello. «Colin».

Él se giró hacia ella y sorbió suavemente sus labios antes de deslizar su lengua por la de ella. «Te tengo. La puerta está cerrada. No habrá interrupciones». Succionó su lengua brevemente en su boca antes de murmurar una última orden áspera: «Derrúmbate para mí».

La hermosa dureza de su voz y la exuberante demanda de sus dedos en su cuerpo la hicieron caer al borde. Con un profundo gemido, se entregó a la repentina erupción de placer. La arrastró en una ola de gloriosa sensación que la invadió por completo. Dejándola sin mente, sin huesos y sin aliento.

Antes de que pudiera comenzar a recuperarse, él la levantó de la bañera y la llevó, goteando y saciada, a la cama cercana donde la colocó sobre la suave colcha.

Cuando finalmente ella logró abrir los ojos, fue para verlo de pie en la orilla de la cama. Se había quitado el resto de su ropa y el poder puro y silencioso en su cuerpo desnudo hizo que su vientre se apretara con un deseo rápidamente renovado. Pero fue el hambre salvaje en su mirada lo que casi la deshizo por completo, provocando una oleada de fuego fundido a través de su núcleo y un feroz apretón de su corazón.

#

Colin respiró profundamente por la nariz en un intento desesperado por calmar el infierno que rugía en su interior. Le costaba acostumbrarse a la intensidad con la que su pasión y su necesidad se apoderaban de él cuando estaba con ella, cuando la complacía, la tocaba, la saboreaba.

Todo lo demás desaparecía cuando ella lo miraba como ahora. Sus ojos se llenaron de placer, sus labios se suavizaron y su respiración se aceleró.

«Eres increíblemente magnífico, Colin».

Sus palabras susurradas contenían tanto asombro y maravilla que no pudo evitar reírse.

«Es verdad», insistió ella.

La necesidad de sentir cada centímetro de su piel húmeda y con olor a baño contra su propio cuerpo caliente era una tentación mayor que cualquier otra que hubiera conocido. Esa noche en el estudio no había sido suficiente para saciar su necesidad de ella y la noche anterior solo había aumentado su hambre. Los fuegos dentro de él ardían aún más por haber conocido la belleza de su tacto, sus suspiros, su audaz deseo.

Pero desde el momento en que conoció a Ainsworth, había querido más. Su cooperación. Su aceptación. Finalmente, su admiración. Siempre más. Él la ansiaba. La necesidad de ella lo

abrumaba. Y mientras permanecía allí, disfrutando de la vista de su cuerpo tendido sobre la cama en un abandono audaz y confiado, se rindió al anhelo en su interior.

Colocó sus manos sobre el colchón entre sus tobillos separados y la escuchó respirar con dificultad. Arrodillado en la cama, se sentó sobre sus talones mientras acariciaba sus piernas. Sus muslos temblaron y luego se abrieron más mientras se aferraba a las sábanas debajo de ella.

Ella sabía lo que venía.

Él la miró y vio la luz de anticipación en sus ojos mientras sus dientes se cerraban sobre la plenitud de su labio inferior. Una lenta sonrisa se extendió por sus labios y ella soltó un jadeo silencioso.

«¿Quieres que te bese?», preguntó él con brusquedad, su deseo casi lo ahogaba.

Ella asintió rápidamente. «Sí».

«¿Dónde?».

Ella gimió de frustración, pero respondió, «Tú sabes dónde».

Bajó la mirada hasta su centro, donde los pliegues rosados internos brillaban hinchados por su liberación anterior. «Sí», murmuró él con voz ronca, «sé exactamente dónde quieres mi beso».

Luego bajó la cabeza y la cubrió con su boca hambrienta.

Su cuerpo se sacudió en respuesta. Sin duda, sus nervios aún estaban sensibles. Para mantenerla en su lugar, deslizó los hombros debajo de sus muslos y cruzó los brazos sobre su vientre. Luego, pasó la lengua suavemente contra el capullo apretado en el vértice de su sexo. El sonido que emitió fue un grito estrangulado, y él miró hacia arriba para ver su cuerpo curvado en un arco profundo. Suavizando la lengua, la calmó con lamidas largas y lánguidas antes de probar su sensibilidad succionando sus pliegues internos. Sus jadeos y gemidos eran como miel para sus oídos. Sensuales y dulces. Cuando introdujo la lengua en ella, ella giró las caderas, ofreciéndose más a sí misma, y su control quedó destruido. Con un gruñido, tomó todo lo que ella tenía para dar. La devoró. Vorazmente. Perversamente. Salvajemente. Hasta que ella apretó los muslos alrededor de su cabeza y se estremeció con espasmos pulsantes contra su lengua y labios. Y después de que ella finalmente se calmó, él lamió su carne resbaladiza, consumiendo cada pedacito del placer sedoso que había liberado.

El sabor de ella era embriagador. Su miel, un poderoso afrodisíaco.

Cuando finalmente logró levantarse de entre sus hermosos muslos, casi estalló con un ligero roce de la colcha contra su erección. Debió haber gemido ante el breve y tortuoso contacto, porque ella murmuró con lánguida preocupación, «¿qué pasa? ¿Estás bien?».

No pudo responderle. El fuego furioso dentro de él era demasiado grande. Necesitaba estar dentro de ella.

Ahora.

Con un gruñido áspero, envolvió un brazo alrededor de su cintura y la levantó con él mientras se sentaba sobre sus talones. Separó las rodillas, la colocó sobre sus muslos. Inmediatamente envolvió sus brazos alrededor de su cuello y hombros mientras giraba sus caderas para presionar su núcleo caliente contra su longitud dolorida y palpitante.

Su pene dio una sacudida de advertencia. Él la levantó agarrándola por las caderas con las manos. Luego se colocó en posición y empujó hacia arriba, reclamándola con un sonido oscuro y gutural que no se habría creído capaz de hacer. Ella respondió con un gemido sensual mientras se agarraba con fuerza a sus hombros y arqueaba la espalda en abandono. Bajó la cabeza para tomar un pecho de punta rosada profundamente en su boca, y meció las caderas debajo de las de ella. Sumergiéndose y retirándose en embestidas cortas y profundas. Su clímax estaba demasiado cerca. Trató de alejarlo, no quería que el momento terminara. Pero no podía negarlo. Un tirón más caliente y delicioso de su cuerpo sobre el suyo y lo perdió. Soltando su pecho, giró su rostro hacia la curva de su cuello. Ella lo envolvió con sus brazos, sujetándolo con seguridad mientras su cuerpo se sacudía con el poder de su liberación. Vagamente, escuchó el nudo revelador en su garganta cuando sus músculos internos se convulsionaron a su alrededor, lo que indicaba que había alcanzado la cima por tercera vez.

Capítulo Treinta

Él volvió a la realidad lentamente, de forma casi tortuosa.

Ambos yacían lánguidos en la cama. Su cálido cuerpo se presionaba contra el suyo mientras el aire de la noche refrescaba suavemente su piel humedecida por el sudor. Ella acarició sus labios con una encantadora lengua mientras acariciaba suavemente su pecho y vientre, luego sus muslos, luego subía por sus brazos laxos, finalmente llevándolo a la conciencia plena.

«Colin», susurró dulcemente contra el costado de su cuello antes de presionar un beso debajo del borde de su mandíbula. «No hay tiempo para dormir, me temo. La cena es en menos de una hora y probablemente deberíamos hacer un esfuerzo para lucir presentables».

La cena.

Con Caillie y el Sr. Thomas.

Se había olvidado por completo.

Con un gruñido áspero, se levantó rápidamente y se dio la vuelta sobre ella.

La risa de ella era ligera y juguetona. Y su sonrisa era cálida e innegablemente satisfecha.

«Te ves… complacida», notó él, tratando de contener su propia sonrisa.

Ella solo sonrió aún más. «Complacida conmigo misma. Complacida contigo», añadió mientras deslizaba sus manos por su cabello antes de sujetarlas en su nuca. «Eso fue…», respiró profundamente y cerró los ojos.

Al recordar la ferocidad de su comportamiento, Colin no estaba seguro de querer que terminara.

«Glorioso», exhaló ella con un suspiró.

Colin no se dio cuenta de lo tenso que se había vuelto hasta que de repente se relajó, hundiéndose en su suavidad, deleitándose con la belleza de su mirada y su sonrisa. Bajó sus labios hacia los de ella, sorbiendo suavemente de sus labios hasta que ella emitió un sonido suave y profundizó el beso deslizando su lengua entre sus dientes.

Contra todos sus instintos dentro de él, levantó la cabeza y rompió el beso. «Tienes razón. Tenemos que prepararnos para la cena».

«No, no lo haremos», respondió ella enfáticamente mientras enganchaba una delgada pierna sobre su cadera. «He cambiado de opinión. Cancelemos la cena. Mejor aún, Caillie y el señor Thomas pueden cenar sin nosotros. Parece que los dos se llevan de maravilla».

Un sentimiento parecido a la esperanza floreció en su pecho

ante sus palabras.

«Lo hacen, ¿no? Le debo mucho a Caillie. Aunque dudo que alguna vez haya estado tan aterrorizado como cuando me dijiste que estaba desaparecida, si no hubiera ido a ver a Thomas, hay una gran probabilidad de que nunca la hubiéramos vuelto a ver».

Ainsworth sonrió.

«Sí, la muchacha está demostrando ser bastante hábil en la manipulación». Entrecerró la mirada pensativamente. «No estoy segura de si debería estar orgullosa o muy, muy preocupada».

Colin se rió entre dientes suavemente. «Orgullosa, creo. Has criado a una joven inteligente y segura de sí misma».

La mujer debajo de él se puso rígida mientras sus pestañas recorrían su mirada. «Sí». Su tono era repentinamente pesado y grave. «Y ahora, debo acostumbrarme a perderla».

«¿Perderla?», Colin le tomó la cara entre las manos y la obligó a mirarlo. «¿De qué estás hablando?».

Aunque ella lo miró a los ojos, su mirada era cautelosa. «Era inevitable. Lo supe en el momento en que te vi en mi gallinero. Caillie pertenece aquí. Contigo y sus otros hermanos. Ella ya los ama mucho a todos. Y ama Londres».

Su ceño se frunció aún más, pero no se molestó en detenerlo. «¿Y cómo indica todo eso que la perderías?».

Ella suspiró exasperada. «Vamos, Colin. Faeglen nunca será suficiente para ella ahora. Necesitará una institutriz adecuada, alguien que le enseñe todo lo que necesita saber para que sobresalga. No puedo darle lo que tú puedes. Lo que ella merece. Me llevó un tiempo aceptarlo, pero ya no puedo negarlo».

Aunque estaba contento de que ella ya no viera motivos para resistirse a la conexión que deseaba forjar con Caillie y sus otros hermanos, el tono de su voz era inusualmente derrotista. Se le encogió el estómago.

«El futuro que describes para Caillie no te excluye», observó.

«Por supuesto que sí», replicó ella.

Con un suspiro áspero y un suave empujón de sus manos en su pecho, lo hizo hacia un lado mientras se alejaba y se levantaba con gracia de la cama. «Estoy segura de que me visitará en vacaciones y cosas así y pasearemos juntos por Faeglen como en los viejos tiempos. Pero ahora es parte de tu familia».

Desnuda, se acercó a donde había una bata sobre una silla cerca de la bañera. Mientras la envolvía alrededor de su hermosa figura, sus movimientos eran rígidos por la emoción que intentaba no mostrar, Colin se sentó y se giró para mirarla, plantando los pies en el suelo y apoyando las manos sobre los muslos.

Después de atar el cinto de la bata con seguridad alrededor de

su cuerpo, levantó su cabello aún húmedo de debajo de la bata y lo dejó caer por su espalda en gloriosas ondas color castaño rojizo.

Él estaba increíblemente tentado de ponerse de pie y caminar hacia ella para poder hundir sus manos en la cálida riqueza de su cabello, pero se mantuvo quieto. La conversación en cuestión era mucho más importante que someterse a su deseo constante de tocarla.

Le tomó un esfuerzo significativo mantener su tono uniforme mientras comentó. «Creía que estabas empezando a verte a ti misma como parte de esta familia también».

Ella soltó una breve risita acompañada de un gesto despectivo con la mano. «No pertenezco aquí, Colin. Seguramente, eso es obvio».

Deseó poder ver su rostro en ese momento, pero ella parecía decidida a mantener su espalda hacia él. «No es obvio en absoluto».

«Hice lo mejor que pude por la muchacha», dijo en voz baja. «No sabía lo que estaba haciendo la mitad del tiempo y lo fingí la otra mitad, pero traté de ser una buena... una buena madre para ella».

La garganta de Colin se cerró ante la emoción en su voz. ¿Cómo podía dudar de su valor en ese sentido? «Caillie tiene la suerte de tenerte, Ainsworth. Es inteligente, compasiva, infinitamente segura de sí misma y te ama más que a nada. Seguramente lo sabes».

Inclinó la cabeza por un momento, siendo la única indicación de que había escuchado lo que él había dicho, pero luego la sacudió levemente. «De hecho...», continuó con una clara nota de terquedad en su tono, «podría ser el momento de que comience a pensar en regresar a Dumfriesshire».

«¿Qué?», se puso de pie rápidamente. El tono de objeción en su voz debió sorprenderla, ya que se volvió para mirarlo con los ojos muy abiertos.

Hubo una pausa conmovedora cuando su mirada se deslizó sobre su cuerpo desnudo antes de volver a su rostro, que él luchó por evitar que revelara cuán intensamente lo molestaba su declaración casual.

«Bueno, solo vine para asegurarme del bienestar de Caillie», aunque sonrió, había un innegable indicio de tensión en su boca. «Creo que una parte de mí siempre supo que la muchacha no podía ser mía para siempre. Es la razón por la que tu llegada a nuestras vidas me sacudió tan profundamente. Pero ya no tengo ninguna duda sobre tu dedicación a su comodidad y seguridad. Lo que hace que mi presencia aquí se sienta un poco... superflua».

Su pecho se apretó tan fuerte que casi tuvo que jadear para respirar. Apenas logró controlar su reacción, contener su repentina angustia debajo de la superficie. Seguramente, ella no creía lo que decía. Seguramente, no se había equivocado tanto en lo que había pensado que había entre ellos. ¿Podrían haber sido sus sentimientos

tan unilaterales? La inquietud le retorció el estómago. ¿Se había equivocado tanto al esperar que ella quisiera lo mismo que él?

De repente se sintió extremadamente expuesto allí de pie. Desnudo. Emocional. Y ahora, confundido. A lo largo de su vida, había experimentado innumerables momentos de incertidumbre, momentos diseñados por su padre para demostrar su falta de valor, para convencerlo de que no era nada sin el reconocimiento de su padre. Con el tiempo se había cerrado al deseo innato de aceptación. De amor. De una verdadera familia.

Sin embargo, se había permitido creer que de alguna manera podría haber encontrado exactamente eso. Con sus hermanos. Y con *ella*. Con el corazón como un peso de plomo en el pecho, se armó de valor para resistir el aumento del dolor en su interior.

Ainsworth se quedó en silencio observándolo con la cabeza ligeramente inclinada hacia un lado y los brazos cruzados sobre el pecho. Estaba esperando que él hablara. Y por solo un segundo, creyó detectar una vacilante incertidumbre en su actitud.

Se obligó a sí mismo a encontrarse con su mirada fija y sintió una sacudida de conexión. Una oleada de anhelo en lo más profundo de su ser. Una oleada de deseo que sólo siguió haciéndose más punzante. Y más profundamente conectada con su corazón.

Él quería desesperadamente que ella se quedara, pero solo si realmente era su elección. Nunca le impondría sus propios deseos a ella ni a nadie. Con todo lo que había ocurrido entre ellos en los últimos días, se había convencido de que ella lo deseaba tan apasionadamente como él a ella. Si se había equivocado..., aunque le dolía muchísimo, si ella quería irse, él encontraría una manera de aceptarlo.

Se aclaró la garganta, se agarró la muñeca detrás de la espalda. «Nunca podría definirte como superflua. Como dije, esperaba que llegaras a verte tan parte de esta familia como cualquier otra persona». No pudo evitar que su mirada se posara brevemente en el suelo, pero la levantó rápidamente y asintió brevemente. «Pero si es tu deseo irte, haré lo que pueda para que sea una partida tranquila».

Él creyó verla entrecerrar los ojos mientras repetía suavemente. «¿Una salida tranquila?». Luego, de repente, se dio la vuelta y caminó hacia el tocador, donde tomó un cepillo para el cabello y comenzó a pasárselo por el pelo.

Colin la miró con el ceño fruncido antes de obligarse a que su expresión volviera a ser monótona. Sus movimientos eran obviamente tensos y su tono había sonado innegablemente… irritado.

«¿Dije algo malo?», preguntó con rigidez.

«Oh, en absoluto, milord. ¿Qué demonios podría estar mal? Estás siendo muy amable al darme tus garantías de una *salida*

tranquila».

Definitivamente estaba irritada.

«Estás molesta», afirmó un tanto innecesariamente mientras una mueca le pesaba el ceño una vez más. No se molestó en apartarla. «Sin embargo, no estoy seguro de entender por qué. Acabas de decir que querías irte».

Ella giró la cabeza rápidamente para clavarle una mirada feroz. «¿Lo dije? ¿Dije que quería eso?».

¿No lo dijo?

Ella le dio la espalda de nuevo y tiró del cepillo con más fuerza aún entre sus largos y ondulados mechones.

Él nunca había estado más confundido en su vida. «Entonces, ¿qué quieres?», preguntó.

«¿Qué quieres *tú*, Colin?», preguntó ella bruscamente.

Él no podía responder. No cuando había pasado su vida manteniendo esas cosas cuidadosamente ocultas para que no pudieran ser usadas en su contra.

«Me pregunto si alguien te ha preguntado eso alguna vez». Su voz era considerablemente más suave.

Mientras él permanecía tenso e inseguro, con el corazón latiendo como un tambor de acero y el estómago anudado, ella lentamente se giró para mirarlo. Viéndolo directamente a los ojos, preguntó de nuevo, «¿*tú* qué quieres?».

La presión brotó dentro de él, presionando constantemente hacia afuera desde su interior. Era doloroso y aterradoramente similar a cómo se había sentido tan a menudo cuando era un niño pequeño, antes de que aprendiera a desentenderse de la esperanza inútil y el anhelo infructuoso. Necesitó toda su fuerza de voluntad para reprimirla y mantenerla contenida. Pero lo logró. Apenas.

«Quiero que hagas lo que sea mejor para ti», respondió finalmente.

Entonces ella suspiró. Un sonido pesado. Luego sus ojos parpadearon hacia el reloj. «Se está haciendo tarde», dijo de repente mientras se volvía hacia el tocador. «Gracie llegará en cualquier momento para ayudar a vestirme. No puede encontrarte aquí».

Tenía razón, por supuesto.

Por otra parte… si los descubrían así, Ainsworth tendría que quedarse.

No. Inmediatamente comenzó a vestirse. *No así.*

Antes de salir de la habitación tan silenciosamente como había entrado, se giró para mirarla.

Ella estaba sentada frente al tocador, cepillándose el cabello. No podía ver su reflejo en el espejo desde donde estaba parado, pero le parecía como si su cuerpo estuviera preparado a la espera de algo.

Como si estuviera… tan solo esperando. Y no con mucha paciencia.

Cuando el reloj dio la hora, se obligó a irse, a pesar de que todos sus instintos dentro de él deseaban quedarse.

Capítulo Treinta y Uno

La cena resultó ser tan desafiante, como Ainsworth lo esperaba. El único aspecto que salió bien fue la interacción entre Caillie y el señor Thomas. Aunque el joven parecía tener un carácter naturalmente oscuro y sombrío, hablaba con facilidad con su hermana, que ni siquiera intentó ocultar su entusiasmo por tenerlo en la residencia Wright.

Varias veces, la chica intentó involucrar en una conversación al señor Thomas, pero el hombre claramente seguía reacio a confiar en su hermano mayor. Al menos estaba allí, y Ainsworth sabía por experiencia personal que, con el tiempo, el conde demostraría a Thomas que sus intenciones eran honestas y nobles.

Ainsworth estaba agradecida de que la atención de Caillie se dirigiera tan completamente hacia el señor Thomas, considerando que el aspecto más incómodo de la noche resultaba ser definitivamente la tensión entre ella y el conde.

Ambos hicieron todo lo posible por hablar con cortesía durante la comida, pero permanecía un hilo subyacente de intensa incomodidad.

Ainsworth estaba plenamente consciente de la causa, pero cuando captó la mirada del conde varias veces durante la noche y buscó algún tipo de claridad en el llamativo azul de sus ojos, simplemente no podía estar segura de si él entendía del todo lo que había sucedido antes en su dormitorio.

Al principio ni siquiera se había dado cuenta.

Cuando había mencionado inicialmente que se iba, realmente había creído que era lo que debía suceder.

A pesar de la impresión que pudo haber dado al principio, nunca había querido interponerse en el camino de Caillie para establecer una relación con sus hermanos. Ahora que tenía plena fe en que el conde y Roderick, e incluso el señor Thomas, tenían en mente lo mejor para Caillie, su residencia continua en Londres realmente parecía innecesaria y tal vez incluso un pequeño obstáculo para que Caillie desarrollara verdaderos vínculos con su nueva familia. La niña siempre se sentiría obligada a considerar las necesidades de Ainsworth, y Ainsworth no quería que eso la detuviera.

Aunque su proceso de pensamiento era racional en ese momento, en cuanto había expresado en voz alta la idea de irse, un miedo enfermizo había invadido su corazón. Ella no quería irse. Y en cuanto *lo* reconoció, se vio obligada a reconocer la razón que había detrás de ello. Y había contenido la respiración, esperando que el

conde la convenciera de quedarse.

Ni siquiera lo había intentado. Y eso le había dolido, mucho más de lo que jamás podría haber anticipado cuando se reveló su verdadera vulnerabilidad con respecto al hombre. Hasta que, claro, se había dado vuelta para mirarlo de verdad y había notado cada signo revelador en su apariencia.

La verdad había sido obvia en la estructura tensa e inmóvil de su cuerpo, la tensión de su mandíbula y la breve aparición ocasional de esa línea entre sus cejas a pesar de la absoluta falta de emoción presente en sus rasgos y el efecto plano de su mirada. Y especialmente en la forma en que agarraba firmemente sus manos detrás de su espalda. Todo eso le indicaba con tanta claridad lo mucho que quería ir hacia ella, alcanzarla, tocarla. Y exactamente cuánto esfuerzo le costó evitarlo.

Él quería que se quedara.

Sin embargo, no había dicho nada para retenerla.

Sería totalmente exasperante si no fuera tan triste.

Al observarlo durante toda la cena, nunca habría sospechado que sucediera ningún tumulto emocional debajo de sus modales refinados.

Corrección: varias semanas atrás, nunca lo habría sospechado. Ahora, podía verlo con suficiente claridad. Las pocas veces que sus miradas chocaron involuntariamente a través de la mesa, él frunció el ceño brevemente antes de forzar su atención a otra parte. Temía revelar demasiado si se miraban el uno al otro demasiado tiempo.

Una parte de ella quería obligar al hombre a dejarlo salir todo. Había pensado que se estaba sintiendo más cómodo al compartirse con ella. Ciertamente no se había guardado nada cuando se trataba de su pasión y deseo.

Pero todavía no confiaba en ella con todo su ser.

Tan pronto como pensó eso, una pregunta incómoda flotó en su mente.

¿Había confiado en él con todo su ser? Todo menos las palabras necesarias para decirle lo que realmente sentía por él.

Maldita sea. Ella era tan mala como él.

#

Ainsworth esperó hasta que la casa estuvo en silencio y a oscuras antes de salir en silencio de su dormitorio una vez más. Vestida con su camisón y bata y con el pelo suelto por la espalda, se dirigió rápidamente por el pasillo hacia las habitaciones privadas del conde.

Ansiosa y distraída por todas las cosas que necesitaba decir, giró en una esquina al final del pasillo y se estrelló contra alguien que venía por el otro lado. Antes de que pudiera levantar la vista y ver las

líneas en sombras de su rostro en el pasillo sin luz, supo que era el conde quien la había agarrado de los brazos para evitar que cayera de espaldas. Su distintivo aroma la envolvió mientras el calor familiar de su cuerpo empapaba su piel.

«Lo siento». Su voz era un susurro aterciopelado. «¿Estás bien?».

«Sí», susurró ella en respuesta.

Ninguno de los dos se movió para alejarse el uno del otro. «¿Qué estás haciendo aquí?», preguntó él.

«Iba a verte», admitió ella con facilidad, ya que probablemente era bastante obvio.

Hubo una pausa mientras su cuerpo fuerte parecía acercarse, aunque no se movió.

«Y yo iba a verte».

Ainsworth le sonrió y no se sorprendió en absoluto al ver que las comisuras de su boca se levantaban en respuesta. Una ola de calidez fluyó a través de su centro cuando casi extendió la mano para trazar el contorno de su sonrisa antes de detenerse con un rápido movimiento de cabeza.

«Debemos hablar».

«Estoy de acuerdo», respondió él en un tono serio.

«¿En tu habitación, tal vez?».

Él asintió con firmeza. «Por aquí».

Tomó su mano y la guió hacia su puerta. Entró en su dormitorio, se detuvo y esperó a que ella pasara por la puerta antes de cerrarla con un clic rápido.

Iluminada por solo unas pocas velas, la habitación tenía un brillo suave perfectamente adecuado para confesiones íntimas y declaraciones vulnerables.

Ainsworth comenzó a juguetear con los extremos de la cinta que mantenía cerrada su bata. Había venido aquí con un propósito. Iba a decirle a Colin exactamente lo que sentía por él y admitir que no quería irse de Londres en absoluto. Pero ahora que estaba allí, en su habitación, de repente se sintió invadida por los nervios y la duda.

Creía que él sentía algo por ella. Pero ¿y si estaba equivocada? ¿Y si su consideración era estrictamente de naturaleza sexual?

Tal vez debería regresar a Faeglen después de todo. Esta noche, incluso. Podría vivir el resto de su vida feliz sin oírle decir nunca que lo único que sentía por ella era lujuria. Una lujuria intensa y apasionada, pero solo eso.

«¿De qué querías hablar?», su voz permaneció baja, apenas por encima de un susurro, y llegaba justo detrás de ella.

Su vientre se retorció y se dio vuelta mientras su corazón se aceleraba. Nunca había estado tan insegura en su vida. Ni siquiera ese

día en que había llegado a una vieja casa destartalada con un niño pequeño en brazos.

«¿Ainsworth?», la insistió suavemente.

Tal vez sería más fácil decir lo que necesitaba si no se giraba para mirarlo.

«Yo, eh…», comenzó, luego hizo una pausa para lamerse los labios secos. «Quería aclarar algunas cosas que dije en mi habitación antes de la cena».

Hubo una larga pausa antes de su respuesta. «También me gustaría volver a hablar de esa conversación».

«¿Lo harías?», preguntó ella con fingida indiferencia mientras cruzaba la habitación hacia la ventana. Estaba haciendo tiempo.

Cobarde.

«Sí», respondió él. Su voz sonaba más lejana ahora. No la había seguido. «En cuanto te dejé, me arrepentí de las cosas que no dije».

«Ah, ¿sí?», se giró parcialmente para mirarlo. «No quería imponerte mis deseos en ese momento y todavía no lo deseo. Has trabajado muy duro para construir un hogar y una vida que es claramente muy gratificante y sé cuánto valoras la libertad y la independencia que has cultivado. Nunca querría que renunciaras a eso». Él respiró profundamente. «Pero debería haberte dicho… debería haberte dicho… que me gustaría que te quedaras. En Londres. Aquí, en mi casa. Conmigo. Y con Caillie, obviamente. Sin embargo, si realmente deseas irte, respetaré absolutamente esa decisión, pero debes saber que nunca podrías perder a Caillie. Ella es tu hija y siempre lo será. Nunca la alejaría de ti. Como mínimo, debes saber que entiendo lo importantes que son la una para la otra».

Estaba divagando. Sus palabras prácticamente se desmoronaban. Podría haber sido divertido presenciar al siempre sereno lord reducido a tal estado si no fuera por el hecho de que Ainsworth todavía no estaba muy segura de lo que estaba tratando de decir. Se giró para mirarlo. Y cuando sus ojos se encontraron con los de él, algo ligero y que revoloteaba pareció quedar atrapado en su pecho, lo que le dificultaba la respiración. Se presionó una mano en el esternón, forzando una inhalación profunda cuando encontró su mirada. «¿Quieres que me quede?».

Respiró profundamente otra vez. Entonces pareció recomponerse mientras enderezaba su postura y se concentraba en ella.

«Más que eso, en realidad», afirmó con firmeza mientras se dirigía hacia ella. «Me gustaría que te casaras conmigo».

Ella lo miró con incredulidad y asombro. «¿Casarme contigo?». Una risa incontrolable se le escapó, pero el sonido murió rápidamente cuando se dio cuenta de que él no se reía con ella. Ni siquiera había

esbozado una sonrisa de diversión ante la broma.

Su humor se esfumó en un instante.

Hablaba en serio. Por supuesto que lo hacía. El conde de Wright nunca bromearía sobre algo así. Su corazón se congeló.

«No puedo hacer eso».

Su ceño se frunció e hizo como si quisiera agarrarse las manos detrás de la espalda. Pero luego no lo hizo. En cambio, se dirigió hacia ella. «¿Por qué no?».

Ella miró impotente alrededor de su elegante dormitorio. «Yo no pertenezco aquí».

«La mayoría de las veces, estoy seguro de que yo tampoco», respondió con suavidad. «El único momento en el que me siento realmente en casa es cuando estoy contigo».

Su corazón se agitó. «¿Te hago sentir en casa?».

Al alcanzarla, le acarició la mejilla con el pulgar muy suavemente. «Eso y mucho más. Eres la familia que siempre soñé tener pero que nunca creí que existiera».

«Pero no me amas». Su voz sonó involuntariamente sin aliento. Y aterrorizada.

Se puso visiblemente rígido y el surco se profundizó hasta convertirse en un ceño fruncido mientras su mano caía pesadamente a su costado. «¿Cómo puedes pensar que no te amo?».

Ella parpadeó ante su asombro, que era muy real. Puso las manos en las caderas y arqueó las cejas. «Quizá porque nunca me lo has dicho».

«¿No lo he hecho?». El hombre parecía genuinamente perturbado por la sugerencia. Ainsworth podría haberse reído de su confusión si este asunto no fuera tan desesperadamente importante.

Ella inclinó la cabeza. «Creo que lo recordaría si alguna vez me hubieras dicho que me amas».

«Puede que no haya usado las palabras exactas, pero considerando cómo pasamos las últimas dos noches y esta tarde, pensé que habría sido obvio».

Ainsworth sonrió. «El amor no es exactamente un requisito para lo que hicimos».

Su expresión se oscureció por un momento antes de aclararse la garganta. «¿Estás diciendo que no me amas?».

«No estoy diciendo eso en absoluto».

Sacudió la cabeza con frustración. «Entonces, ¿qué estás diciendo?».

Deslizó los brazos alrededor de su torso y apretó su cuerpo contra el suyo. Y aunque él respondió envolviéndola en un abrazo seguro, un ceño fruncido todavía estropeaba sus atractivos rasgos.

Compadeciéndose de él, respiró profundamente y finalmente

logró decir las palabras que había venido a decir. «Te amo. Y quiero quedarme contigo aquí en Londres, aunque no renunciaré a Faeglen, ¿entiendes? El lugar significa demasiado para mí y tendré que visitarlo a menudo».

Una luz brilló en sus ojos. «Y te casarás conmigo».

Ella entrecerró la mirada pensativamente y suspiró. «No quiero casarme solo porque hemos... disfrutado tanto de la compañía del otro últimamente». Sus labios se curvaron ante su elección de palabras. «Además, sería una condesa terrible».

«Serías una condesa perfecta. Mi condesa», añadió con un gruñido posesivo que hizo que se le tensara el vientre.

Ella lo miró fijamente. «*Todavía* no me lo has dicho».

Sus brazos la apretaron. «Te amo». La emoción áspera de su voz la emocionó. «Con una profundidad y una pasión que, honestamente, a veces me asusta. No quiero imaginar que te vayas. No quiero ni siquiera considerar un futuro sin ti a mi lado. Te amo, Ainsworth Morgan. Te necesito. Quiero dedicar el resto de mi vida a tu felicidad...», su voz bajó íntimamente, eróticamente, «y a tu placer».

Un escalofrío la recorrió ante sus palabras y el gran peso de la verdad que contenían. Deslizó las manos por su nuca para enredar los dedos en su cabello, se puso de puntillas y acercó sus labios a un suspiro de los de él.

«Muy bien, entonces», dijo ella con una amplia sonrisa. «Cuando lo dices de *esa* manera... sí, me casaré contigo».

Epílogo

Julio de 1820
East End, Londres

Un conde, el dueño de una casa de juego y un granjero galés entraron en una taberna en St. Giles. Bajo las miradas vigilantes y suspicaces de los demás clientes, tomaron posiciones alrededor de una mesa vacía en la esquina del establecimiento burdo y bastante amenazador.

Roderick hizo una seña a una mesera que pasaba mientras Beynon miraba fijamente a cualquiera que se atreviera a mirarlo a los ojos y Colin escudriñó la habitación en busca del hombre con el que se suponía que se reunirían.

Después de que la mesera se alejara para traer tres cervezas, Roderick se inclinó hacia atrás para mirar a su alrededor. «De nuevo, ¿con quién dijo Nightshade que nos reuniríamos?».

«Con un hombre llamado Cromwell».

Beynon soltó un resoplido áspero.

«Sí, bueno. No espero que sea el verdadero nombre del hombre», respondió Colin. «Pero no me importa cómo se llame a sí mismo siempre que su información sobre Owen resulte ser de algún valor».

«Es lo más cerca que hemos estado de tener una reunión», intervino Roderick mientras se frotaba las manos con ansiedad.

«De hecho. Nightshade indicó que Cromwell afirma haber visto y conversado con Owen la semana pasada».

«El muchacho ha evadido nuestros esfuerzos durante dos años», observó Beynon con su típico escepticismo. «Es difícil creer que este tipo realmente tenga algo útil que ofrecer».

Colin se volvió para encontrarse con la mirada oscura de su hermano. «Tenemos que tener esperanza».

Después de un momento, el hombre más joven asintió.

«Hablando de esperanza», dijo Roderick con una sonrisa y una palmada firme en la ancha espalda de Beynon, «se espera que la fiesta de verano de la condesa de Harte incluya una larga lista de jovencitas elegibles».

La expresión de Beynon era la más oscura y amenazadora hasta el momento. «Creí haber dejado en claro que no tengo interés en el matrimonio. Todavía no, y menos con una dama de la alta sociedad londinense».

Roderick se rió. «Le he transmitido el mensaje, pero a Emma no siempre le importa lo que digo. Y cuando sus hermanas se

involucran…» suspiró dramáticamente, «me temo que no hay mucho más que pueda hacer».

«Tal vez no pueda asistir a la fiesta después de todo», se quejó Beynon.

La siguiente burla de Roderick fue interrumpida cuando una figura encapuchada apareció de repente en su mesa.

Frustrado porque habían estado demasiado distraídos por su conversación como para notar la llegada del hombre, Colin empujó su silla hacia atrás y se preparó para ponerse de pie.

El hombre alto y encapuchado, cuya capucha ensombrecía perfectamente su rostro, levantó una mano envuelta en un guante de cuero negro. «Un momento, finos caballeros», dijo en un murmullo con acento cockney. «Sé a quién han venido a ver y está ansioso por conocerlos. Pero no aquí».

«Aquí es donde nos indicaron que nos reuniéramos con él», señaló Colin con firmeza.

El hombre se encogió de hombros. «Los planes cambian».

Dejar el lugar público no era una gran idea. Las calles estrechas y oscuras que rodeaban la taberna eran conocidas por ser un refugio para ladrones y asesinos.

«¿Cómo sabemos que se puede confiar en ti?», preguntó Roderick.

Ignorando la pregunta, el hombre hizo un gesto descuidado con la mano. «Por aquí».

Los tres hermanos se miraron entre sí antes de ponerse de pie. Roderick dejó algunas monedas en la mesa para cubrir las cervezas que no bebieron mientras Colin los guiaba a través de la taberna detrás del hombre encapuchado.

Se sentía mal, pero ¿qué opción tenían? Como Roderick había notado, esto era lo máximo que habían obtenido sobre Owen más allá de rumores susurrados y falsas instrucciones que siempre inevitablemente no conducían a nada. Había habido momentos en los últimos años en los que habían temido que Max Owen ya no estuviera vivo. Pero luego Nightshade desenterraría alguna nueva pista misteriosa que sugiriera la existencia de un hombre que podría ser su hermano.

Esta reunión también podría no conducir a nada, pero tenían que jugar hasta el final. Como era de esperar, Roderick y Beynon habían insistido en acompañarlo a St. Giles. Había sabido hacía algún tiempo que protestar por su insistente participación era una pérdida de tiempo. Estaban juntos en esto y los necesitaba de su lado cuando se vio obligado a rechazar las apasionadas súplicas de Caillie para que lo acompañara también.

El hombre encapuchado los condujo a través de una puerta

trasera de la taberna hasta un callejón estrecho y húmedo lleno de basura y desechos. Sin esperarlos, el extraño se dio la vuelta y continuó hacia lo que parecía ser un callejón sin salida. No había nadie más alrededor.

«¿Qué es esto?», exigió Roderick bruscamente cuando la puerta de la taberna se cerró detrás de ellos. «¿Dónde está Cromwell?».

La figura encapuchada se detuvo varios pasos por delante de ellos y se dio la vuelta justo cuando Colin escuchó el sonido distintivo de una barra que se arrojaba a través de la puerta de la taberna desde el interior.

Al parecer, no les iban a permitir volver a entrar.

La figura se echó los bordes de la capa por encima de los hombros y colocó las manos enguantadas sobre las estrechas caderas. «No existe ningún Cromwell. Están aquí para conocerme a mí».

«¿Y quién es usted?», preguntó Colin.

El hombre se rió. «Ya respondí una de sus preguntas. Ahora responda usted la mía». Beynon se tensó a su lado, pero Colin le dirigió una rápida mirada de advertencia antes de avanzar con calma. «Muy bien», dijo con calma. «Pregunte lo que quiera. La actitud del hombre encapuchado cambió en un instante, como si un viento oscuro de repente hubiera arrastrado su apariencia de indiferencia. Su postura se volvió amenazante y un aire de peligro emanó de él. Cuando volvió a hablar, su voz estaba cargada de amenaza y la sugerencia de violencia. «¿Qué diablos quiere el poderoso conde de Wright con ese bribón, Max Owen?».

Roderick dio un paso adelante pero no habló y Beynon lentamente cerró los puños. Colin, sin embargo, no mostró nada de su inquietud interna cuando respondió, «ese es un asunto personal entre nosotros y el joven».

«¿Personal?», se burló el hombre. «¿Qué hizo? ¿A su esposa? ¿A su hermana? No, ¿a su madre? ¿Eso es?».

El silencio siguió a las crudas palabras mientras Colin luchaba por determinar la forma adecuada de responder. Quienquiera que fuese, el hombre que tenían delante parecía conocer a su hermano. Si decía algo incorrecto ahora, esta pista vital podría ser destruida. Pero no podía confiar en un hombre que todavía no había mostrado su rostro con la verdad de por qué estaba buscando a Owen.

«Dígame por qué lo busca o desapareceré. Y le prometo que nunca volverá a acercarse tanto a Owen».

«Maldito juego», murmuró Beynon enojado. «Él no sabe nada».

«Espera», interrumpió Roderick.

Colin se giró para ver a su hermano mirando fijamente al extraño. Los ojos de Roderick estaban entrecerrados mientras respiraba profundamente por la nariz. Luego, con tranquila

convicción, dijo, «díselo».

«No puedes», protestó Beynon con un gruñido bajo.

Pero Colin vio la expresión en el rostro de Roderick. Y confió en ella, confió en la intuición infalible de su hermano.

Volviéndose hacia la figura encapuchada, se aclaró la garganta. «Se lo explicaré, pero solo si me asegura de que mis palabras serán transmitidas fielmente a Owen. Y *solo* a Owen».

Un largo silencio respondió a su demanda. Entonces la figura encapuchada levantó una mano para hacer una serie de gestos rápidos. La oscuridad a su alrededor cambió y se transformó de inmediato cuando las sombras se pusieron de pie y se convirtieron en hombres que acechaban en silencio desde el callejón.

Habían estado rodeados todo el tiempo y no habían estado lo más mínimo conscientes de ello.

«Ahora», señaló su adversario en un tono inflexible, «suéltelo».

Colin respiró hondo, esperando que esto no resultara ser un error. «Soy lord Wright. Estos son el Sr. Bentley y el Sr. Thomas», hizo una pausa y luego agregó, «somos hermanos por parte de nuestro padre».

Después de un momento, el hombre respondió sombríamente, «todo eso es muy interesante, jefe, pero no responde a mi pregunta, ¿verdad?».

«Un padre», continuó Colin con firmeza, «que también es compartido con Max Owens».

Hubo otro largo silencio frío.

Entonces el hombre comenzó a reír. Una risa profunda y gutural que casi lo hizo doblarse en dos. Después de un rato, se enderezó y se obligó a recuperar el aliento mientras se quitaba la capucha de la capa de la cabeza para revelar los rasgos de un hombre sorprendentemente joven con un cabello que no era ni claro ni oscuro, sino una mezcla de los dos. La barba le oscurecía la mandíbula, pero no era suficiente para disimular su amplia sonrisa risueña.

«Bueno, entonces. Eso lo cambia todo, ¿no?», extendiendo los brazos a los costados, hizo un guiño atrevido y dijo, «Hola, hermanos».